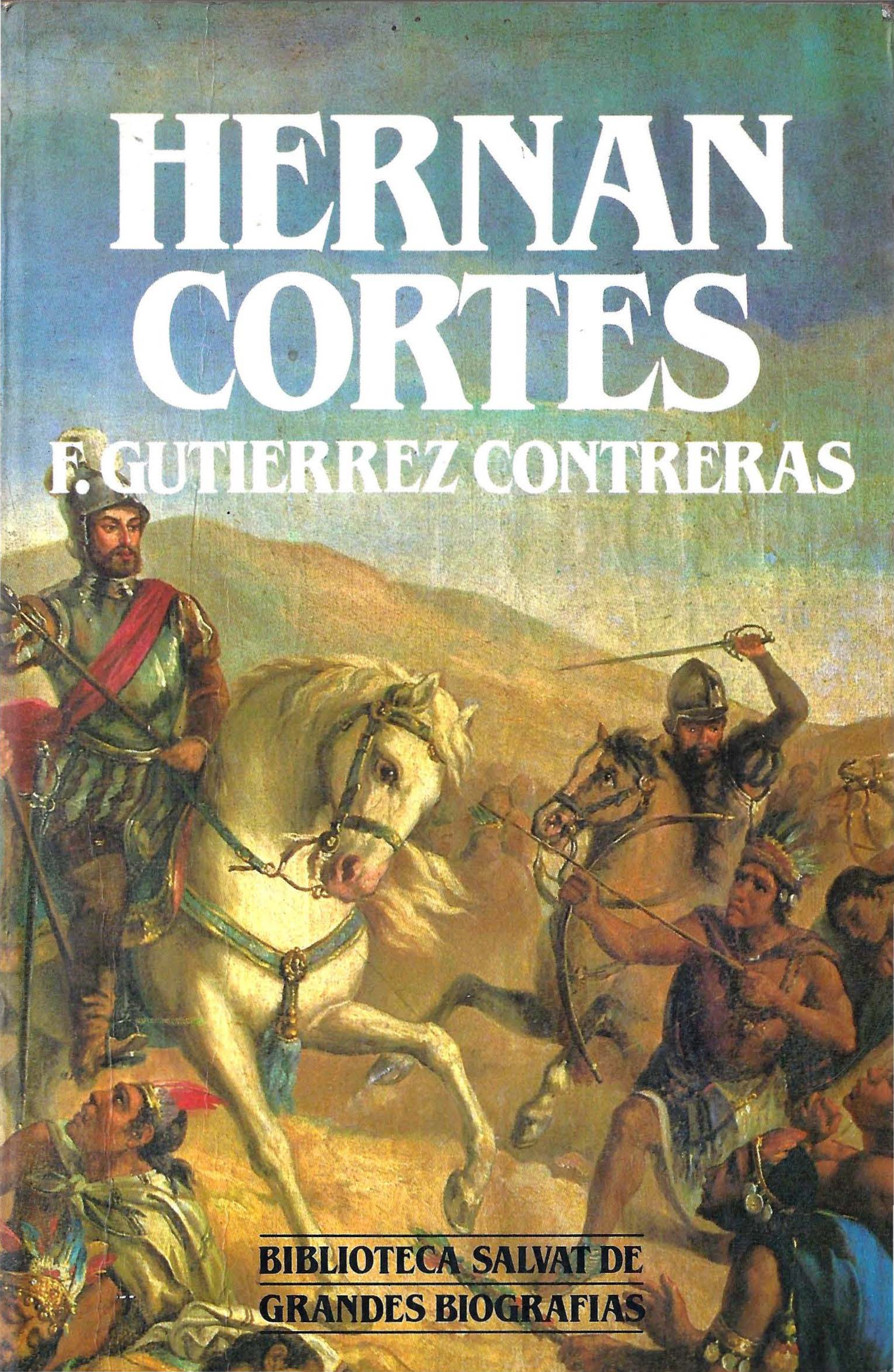
HERNAN CORTES

F. GUTIERREZ CONTRERAS



BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS

HERNAN CORTES

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS

HERNAN CORTES

FRANCISCO GUTIERREZ
CONTRERAS

SALVAT

Todas las ilustraciones de esta obra proceden del Archivo Salvat.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa).
ISBN: 84-345-8242-2.
Depósito legal: NA - 216 - 87
Publicado por Salvat Editores, S. A., Mallorca, 47 - 08029 Barcelona.
Impreso por Gráficas Estella, S. A. Estella (Navarra), 1987.
Printed in Spain

Indice


HERNAN CORTES.

Hernán Cortés (1485-1547)

Hernán Cortés, paradigma del conquistador de Indias y figura polémica, nació en Medellín, en la Extremadura española, en 1485. Tras un breve paso por la Universidad de Salamanca, embarcó para las tierras del Nuevo Mundo en 1504. Durante siete años residió en la isla de La Española como colono con encomienda de indígenas y en 1511 acompañó a Diego Velázquez a Cuba. Esta etapa es importante porque le permitió adquirir una sólida experiencia en los asuntos coloniales y le mantuvo en contacto con las primeras expediciones enviadas a las costas mexicanas. Desde 1519 su nombre queda vinculado a la gran empresa de su vida, la conquista de México, operación militar clave en la organización del imperio colonial más importante de los tiempos modernos, aunque implicó el fin de ricas y florecientes civilizaciones indígenas. La fase posterior de la vida de Cortés se caracteriza por la configuración económica, social y política de los dominios incorporados y la expansión hacia nuevas áreas. Hay que destacar también la faceta de escritor de sus propias vivencias, plasmadas en las *Cartas de relación,* uno de los ejemplos más notables de relatos de la conquista. El último periodo de la existencia de Cortés estuvo marcado por su pugna con los intereses de la Corona, que pretendía convertir el territorio conquistado en una pieza más dentro de un esquema organizativo propio de un Estado moderno, lo que difería de la concepción cortesiana. Por ello, el conquistador vio reducirse sus poderes, aunque recibió como feudo amplios dominios. Cortés murió en la localidad sevillana de Castilleja de la Cuesta en 1547.

◀ *Retrato de Hernán Cortés, conquistador de México.*



Un mercado prehispánico, según la visión artística de Diego Rivera. Palacio Nacional, México.

«Por lo que yo he visto y comprendido cerca de la similitud que toda esta tierra tiene a España, así en la fertilidad como en la grandeza y fríos que en ella hace, y en otras muchas cosas que la equiparan a ella, me pareció que el más conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse la Nueva España del mar Océano... ...y es otro mundo sin duda, que de sólo verlo tenemos hasta codicia los que a los confines de él estamos.»

Hernán Cortés, conquistador de México.

«¡Oh, qué cosa tan trabajosa es ir a descubrir tierras nuevas, y de la manera que nosotros nos aventuramos.»

Bernal Díaz del Castillo, cronista y soldado de la hueste de Cortés.

«Es cercado por la guerra el tenochca;
es cercado por la guerra el tlatelolca.
Pasados nueve días son llevados en tumulto a Coyohuacan,
Cuauhtemoctzin, Coanacoch, Tetlepanquetzaltzin:
prisioneros son los reyes...
Llorad, amigos míos, tened entendido que con estos hechos
hemos perdido la nación mexicana.»

Cantares mexicanos, visión de los vencidos.

1. El hombre y el mito

Hernán Cortés, paradigma del conquistador de Indias, es una figura histórica controvertida, que ha despertado adhesiones y alabanzas incondicionales y provocado censuras y descalificaciones sin paliativos. Esta afirmación, a fuerza de repetida es casi tópica, pero siempre es necesario refrescarla, porque en último término, y al margen de su importante actuación histórica, explica el caudaloso acervo bibliográfico dedicado al estudio de su personalidad.

Cortés es polémico en las dos vertientes que conforman su excepcional protagonismo en la historia de la conquista (y por extensión del México posterior): como hombre y como mito. Sobre su apariencia física, parece que el retrato con más visos de autenticidad es el que le hizo el alemán Weiditz en 1529, durante su estancia en España. De su perfil humano podemos hacernos una idea si consideramos las descripciones que de él hicieron Bernal Díaz del Castillo y Francisco López de Gómara, los dos más importantes historiadores cortesianos junto al propio conquistador. La amalgama desordenada de rasgos nos lo perfila así: de buena estatura y cuerpo, bien proporcionado y musculoso, de color ceniciento, barba clara y rala, cabello largo, de poca barriga, piernas y músculos «bien sacados», excelente jinete y diestro en todo tipo de armas, esforzado y animoso, travieso en la mocedad y asentado en la madurez, siempre muy dado a las mujeres (¡y vaya si lo fue!: sus dos esposas, doña Catalina Juárez y doña Juana de Zúñiga; doña Marina; doña Isabel Moctezuma o Tecuichpochtzin, hija del emperador azteca y mujer de Cuauhtémoc; doña Francisca, hermana de Coanacoch; una india llamada doña Inés y las españolas Leonor Pizarro y Antonia Hermosillo son algunas de las mujeres de su vida), celoso en su casa y atrevido en las ajenas («condición de putañeros», según Gómara), orgulloso de su numerosa prole, jugador, muy liberal en los gastos



Este retrato de Cortés, pintado por Weiditz en 1529, parece que responde de manera más fidedigna que otros a la apariencia física que realmente poseía el conquistador.

que le ocasionaba la guerra, las mujeres, los amigos o sus propios antojos, elegante en el vestir pero sin ostentación, con trazas de gran señor en todos sus actos, buen comensal mas sin exageración en el yantar y menos en el beber, devoto de la Virgen, San Pedro, Santiago y San Juan Bautista, conocedor de muchas oraciones y salmos de coro, gran limosnero... Otros autores, no tan favorables al conquistador, nos hablan de su comportamiento insensible, cruel y rapaz. Pero con ello no hacen sino confirmar la humanidad del personaje, compleja y nada lineal, como es la propia naturaleza del hombre, respecto de la cual afirmaba el novelista Carlos Fuentes, en un trabajo sobre Cortés y citando a Marsilio Ficino, que «contiene todos y cada uno de los niveles de la realidad: de las horrendas formas de los poderes sub-

terráneos a las jerarquías de la inteligencia divina descrita por los místicos». [1]

La más elemental consideración de la acción histórica cortesiana nos muestra lo grande y lo mezquino que en ella hay. Nacido en la villa de Medellín, en 1485, el medio en que se desarrolla orienta decisivamente su futuro. Cortés es un hidalgo e hijo de hidalgos en una tierra como Extremadura, profundamente marcada por el proceso reconquistador contra los musulmanes y las guerras contra Portugal de la etapa bajomedieval. La repoblación y los avatares bélicos configuraron una sociedad dominada por las poderosas órdenes militares y la nobleza y con una ideología caracterizada por los contenidos caballerescos. Para la baja nobleza, caso de los hidalgos, las oportunidades de promoción, gloria y aventura quedaban prácticamente vedadas en la tierra natal, a la vez que las armas aparecían como el instrumento idóneo para alcanzar tan ansiados fines. Por otra parte, Extremadura es el traspaís natural de las dos áreas que se convierten en la segunda mitad del siglo XV en bases de los descubrimientos geográficos ultramarinos: el sur de Portugal y la costa atlántica andaluza. Después de 1492, las Indias aparecen como el escenario donde se puede alcanzar fama y fortuna.

Afirma Carlos Pereyra, uno de los mejores biógrafos de Cortés, que la vida de nuestro personaje es anodina hasta 1519, fecha en que inicia su magna empresa mexicana. Sin embargo, como quedará patente a través de las páginas que siguen, la aseveración es problemática. Tanto su adolescencia y el periodo de estudios en Salamanca como la fase de permanencia en La Española y Cuba ofrecen los suficientes sucesos y anécdotas para sospechar que no fue la de Cortés en estos años una existencia monótona y, por supuesto, queda fuera de duda que se trató de una etapa decisiva para el conquistador, pues en ella adquirió la formación cultural y la experiencia administrativa que tan útiles le resultaron posteriormente y tanto se traslucen a lo largo de su actuación.

Pero será en la conquista y primera colonización de México donde el genio cortesiano brille de manera más esplendorosa y en relación con variados aspectos. Como soldado, es valeroso pero también prudente y pragmático, sobre todo al aprovechar en beneficio de su estrategia cualquier circunstancia (ambiental, del terreno, etc.). Así, lo vemos preferir la presión indirecta y la dominación pactada y sin desgaste, pero no duda en aceptar la guerra total cuando el reto de Cuauhtémoc lo exige. Supo servirse de las disensiones entre los pueblos indígenas del México

central para concertar ventajosas alianzas y alcanzar victorias importantes con costos mínimos. Utilizó el ardid y la sorpresa como armas y sacó un gran partido del miedo físico y psicológico que los naturales del país experimentaban ante la artillería, los caballos o los perros. Finalmente, se arriesgó a tentar a la fortuna, y la suerte no le fue esquiva en numerosas ocasiones.

En cuanto gobernante y político, sus dotes «se aprecian en la prudencia, la previsión, el sentido creador de anticipación, la valoración racional de cuantos detalles pudiesen ser importantes para la obtención del éxito, la acuciante preocupación por el bien de la comunidad a su cargo, la defensa de los intereses individuales, la firme voluntad de lealtad a la Corona, el orden como base para la convivencia; en una palabra, la idea de servicio como núcleo fundamental de la capacidad política cortesiana».[2] En esta faceta de su actividad, Cortés muestra una tendencia clara a regirse por pautas de raigambre feudal: la justificación de la conquista la realiza sobre una argumentación medieval y concibe la inclusión de las tierras dominadas en una construcción imperial mimética a la del Sacro Imperio Romano Germánico. Pero donde más claramente se percibe la impronta feudal es en el hecho de convertir la encomienda en clave de la organización social y económica: mediante esta institución se premiaban los servicios de los conquistadores y se facilitaba la utilización de la fuerza de trabajo indígena, a la par que se permitía indirectamente la adquisición de la propiedad. También en este punto demostró Cortés un evidente pragmatismo, al hacer congruente las características de la sociedad autóctona con el sistema de encomiendas, por cuanto «la propia jerarquía de la organización social indígena sirvió a los españoles como instrumento principal de dominio y colonización, así como para organizar la división del trabajo que pondría a las poblaciones indígenas a su servicio».[3] En cambio, nuestro hombre atisba una perspectiva menos feudalizante en aspectos como la evangelización, porque si bien es cierto que a la institución eclesial y a la religión como creencia se le asigna una función ya tradicional, también es preciso constatar que la elección de frailes, preferentemente mendicantes, para desarrollar la tarea de adoctrinamiento, va por unos derroteros vinculados al humanismo utópico, que constituye la expresión más interesante del Renacimiento cristiano. Del mismo modo, Cortés parece percibir algunos aspectos que lo relacionan con la etapa inicial de los tiempos modernos: su consideración de las posibilidades que ofrece la geografía mexicana para dominar las rutas que articulan el espacio, decidir los lugares de asentamiento, estable-



Carta de relació ēbiada a su. S. majestad del ēpador nro señor por el capitā general dela nueua spaña: llamado fernādo cortes. Enla q̄l haze relació dlas tierras y prouicias sin cuēto q̄ hā descubierto nueuamēte enel yucatā del año de. xix. a esta pte: y ha sometido ala corona real de su. S. M. En especial haze relació de vna grādissima prouicia muy rica llamada Culua: ēla q̄l ay muy grādes ciudades y de marauillosos edificios: y de grādes tratos y riq̄zas. Entre las q̄les ay vna mas marauillosa y rica q̄ todas llamada Timixtitā: q̄ esta por marauillosa arte edificada sobre vna grāde laguna. dela q̄l ciudad y prouicia es rey vn grādissimo señor llamado Muteeçuma: dōde le acaeciero al capitā y alos españoles espātosas cosas de oyr. Cuenta largamēte del grādissimo señorio del dicho Muteeçuma y de sus ritos y cerimonias. y de como se sirue.

Fragmento de la Segunda Carta de relación *de Cortés. Los escritos del conquistador constituyen un ejemplo excelente de las crónicas de Indias. Biblioteca Nacional, Madrid.*

cer líneas de expansión y relaciones con otras áreas. En algún momento nos hace sospechar que es consciente y calibra en toda su dimensión la incorporación de la Nueva España a una economía planetaria. El viraje que toma con él la conquista —sin que olvidemos todo su lastre medieval— así parece indicarlo.

Cortés es un cronista de sus acciones y las *Cartas de relación* se caracterizan por un punto de mira interesado y «más que en Pedro Mártir y en su intensa curiosidad e inmediata simpatía cognoscitiva, nos hacen pensar en el Colón ansioso de demostrarles a los Reyes Católicos que no han hecho un mal negocio al armar su expedición».[4] Ese pragmatismo también se manifiesta en enfoques muy puntuales: si describir una selva constituye para otros autores una ocasión de plantear el tema con criterio científico o simplemente un motivo de contemplación de la naturaleza, en Cortés implica el análisis de los factores que ayudan o perjudican a una operación militar. No quiere decir lo anterior que su obra esté exenta de interés «antropológico» o «etnográfico», máxime cuando aborda por vez primera la consideración de un territorio mucho más extenso y de mayor complejidad en su organización que las islas del Caribe, pero queda patente el punto de vista dominante de justificar una actuación e interesar a la Corona en sus empresas.

No podemos soslayar un punto siempre polémico en esta semblanza del Cortés-hombre: su carácter de creador de la nacionalidad mexicana, que asumen desde Alamán a Octavio Paz pasando por Vasconcelos. Su propósito fue integrar una nueva comunidad sobre bases inexistentes hasta entonces y con unos fundamentos materiales que la sostuvieran. El inicia la tarea en su fase más denostada: la que implica el sojuzgamiento de unas civilizaciones ricas y antiguas mediante una guerra de conquista plagada de cuanto negativo conlleva una lucha semejante. Pero también sentó los fundamentos de la colonización integradora, que proseguirá a lo largo de un proceso secular. Quiérase o no, como resultado histórico de ese proceso surge un México distinto y que enlaza con la contemporaneidad.

En suma, Cortés fue un hombre medieval por su formación y sus ideales, por sus criterios de justificación de la conquista y de organización de los territorios que dominó, por el sentido providencialista de la historia que exhibe, asentado en una religiosidad asumida sinceramente. Pero igualmente su modernidad resulta incuestionable en otra serie de aspectos: su acentuado individualismo, plasmado espléndidamente en el matiz autobiográfico, de experiencia propia de lo vivido, que tienen las *Cartas de*

relación; la exaltación de la razón y la voluntad como actitudes en pugna con su fe y su alardeado providencialismo; la concepción del tiempo histórico en la que presente y futuro comportan unas transformaciones sustanciales y no son mera repetición del pasado;[5] la ostentación del boato que confiere una posición social adquirida y no adscrita; el prurito de las fundaciones culturales, en una expresión del nuevo carácter que revisten las relaciones de los potentados con la cultura... En otro orden de cosas, Cortés es un maquiavélico sin haber leído a Maquiavelo. Para Carlos Fuentes, en el trabajo citado, el conquistador «es la mejor pueba de que el maquiavelismo, la figura del príncipe que conquista su propio poder, estaba en el aire del tiempo».[6]

Aquel hombre contradictorio por vivir en la frontera entre dos épocas vio cómo su poder menguaba paulatinamente —aunque no su riqueza— y su obra tomaba otros derroteros distintos a los perfilados por él. En el fondo, Cortés tenía una visión muy polarizada y posesiva de la Nueva España. Para la monarquía española, en cambio, era una pieza, esencial eso sí, del engranaje de un Estado que pretendía engrandecerse mediante la centralización económica, el proteccionismo mercantilista y la expansión ultramarina. En estos planes, el poder que ansiaba Cortés no tenía cabida, aunque sí su espíritu conquistador y su experiencia en las Indias, que le valieron la confianza real para abordar sus últimas empresas. Quebrantado por la vida y harto de pleitear, moría en 1547.

Hernán Cortés es también un mito. Y lo es en su doble sentido, positivo y negativo. Es un mito positivo como conquistador español, exaltado a esa categoría por contemporáneos y la posteridad. Para Juan de Torquemada fue un elegido de Dios, nacido el mismo año que Lutero, e instrumento para compensar con las almas que llevara al redil de la Iglesia las que el heresiarca perdiera con sus errores. Lucio Marineo Siculo exaltaba su continencia y castidad (!). Los poetas anónimos y famosos elaboraron, verso a verso, un romancero cortesiano como si de un héroe legendario se tratara. Su biografía se fue adornando con hechos ficticios que exaltaban aún más sus gestas, que aceptaron como realidades los románticos o nutrieron la ideología de los autores añorantes de un pasado imperial.

El mito cortesiano negativo tiene su origen en los sectores críticos a la acción española en América y en los autores europeos vinculados a posturas que impugnan la legitimidad de la dominación española en las colonias. Pero, sobre todo, es un mito mexicano, gestado en la etapa de la independencia y subsiguien-

te dentro de una corriente histórica e ideológica que consideró la conquista como un periodo que marca un paréntesis del devenir de México. Era la fase de las culturas indígenas la que constituía la auténtica raíz de la nación. El siglo XX afianzó el mito negativo de Cortés con el obstáculo que ello supone para una valoración objetiva del personaje, máxime si consideramos la complejidad de la figura de Cortés como hombre que vivió en un contexto histórico y la simplicidad del mito. Desentrañar la personalidad histórica del conquistador para dejar en su justo lugar al mito es la pretensión de las páginas que siguen.

2. El hidalgo extremeño

El hecho de que Hernán Cortés viniera al mundo en 1485, en la villa extremeña de Medellín, actual provincia de Badajoz, en el seno de una familia de hidalgos, sitúa a nuestro biografiado en unas coordenadas históricas que explican, en buena medida, su peripecia vital posterior: en un territorio de la Corona de Castilla cuando los Reyes Católicos han emprendido con decisión la tarea de adecuar el sistema feudal a las nuevas realidades, a siete años del final de la Reconquista y del descubrimiento de América —dos procesos históricos de indudable trascendencia para España y el mundo occidental— y en un medio familiar caracterizado por la asunción de unos valores feudales característicos, que se verán duramente probados en unos tiempos de crisis y zozobra para las clases dominantes tradicionales. Bien merece la pena una somera consideración de estos parámetros para ubicar históricamente la infancia y adolescencia de Cortés, decisivas, como veremos, en la conformación de su personalidad.

El carácter de la crisis feudal

Quizá el aspecto más estudiado y manipulado del reinado de los Reyes Católicos sea el que se refiere a la configuración de un Estado moderno. Pero tan compleja construcción no debe hacernos perder de vista un hecho apuntado por el historiador Pierre Vilar: las grandes monarquías absolutas de la época actúan como instituciones que controlan el desarrollo de la crisis del orden feudal y amparan los valores, las jerarquías y los recursos de las clases privilegiadas, si bien adecuan su función a un mundo transformado por el ascenso de nuevas fuerzas productivas y la apertura de nuevos mercados.

Las anteriores líneas precisan el carácter que revistió la crisis feudal: no supone la desaparición del sistema en su conjunto,



LA PENINSULA IBERICA AL NACER HERNAN CORTES

sino modificaciones en la organización social que tuvo como dominante al feudalismo. Traducido a términos más concretos, la política de los Reyes Católicos respetó a la nobleza, a los linajes consolidados a lo largo del periodo Trastamara. Para la monarquía, lo esencial era conseguir la libertad de acción política, la autoridad plena, pero resultaba evidente al mismo tiempo que la fidelidad de la aristocracia constituía la base del orden social, y esto sólo era factible si se le reconocían privilegios sociales y económicos.

Tal proceso lo sintetiza del siguiente modo el profesor Ladero Quesada: «La alta nobleza consiguió en aquel tiempo una plena constitución de sus linajes y la expansión del vínculo de *mayorazgo*, que garantizaba la transmisión y acumulación de poder y riqueza por vía de primogenitura, evitando su disipación a cada cambio generacional. Logró también el control de la vida administrativa y de las fuentes de enriquecimiento que de ella dependían al obtener para sí la *jurisdicción señorial* en abundantes lugares y territorios, y al mediatizar con su fuerza y presencia la actividad de los municipios y tierras de *realengo*. En cada uno de ellos un linaje o varios de la alta nobleza actúan rodeados por una clientela de pequeños aristócratas locales. La alta nobleza consiguió, por último, controlar el aparato político del Estado en gran medida: no discute que la Corona sea depositaria de la soberanía, ni que el ejercicio del poder discurra a través de los cauces institucionales monárquicos, en los que ella misma ocupa los principales cargos cortesanos, sino que trata de mantener un dominio fáctico o pactado sobre ellos y asegurar, a través de esta mediatización política, el incremento de su preeminencia social, institucional y económica.» [1]

El resultado de este proceso es que en Castilla la aristocracia y las órdenes militares controlaban más del noventa por ciento de la tierra, factor productivo en torno al cual giran las relaciones sociales de producción en una formación social feudal, pero también se beneficiaban del comercio de la lana, merced al control de la actividad ganadera ejercida a través de la asociación de la Mesta. Precisamente, Extremadura es una tierra donde los intereses de los grandes ganaderos consiguieron hacer prevalecer sus derechos de tránsito y pasto en detrimento de un campesinado ya muy quebrantado por la omnipotente presencia de la Orden de Alcántara.

Los linajes de los Zúñiga, Manrique, Suárez de Figueroa, Portocarrero, De la Cueva, etc., constituyen la alta nobleza extremeña, poderosa gracias a las realidades mencionadas. En el

polo opuesto de la escala social se sitúa un alto porcentaje de «pobres» (un 44,9 por ciento en Trujillo, según Bennasar, a mediados del siglo XVI, entre ellos hidalgos, caballeros, artesanos y hasta un abogado). Ante esta realidad, nada debe extrañar que el 14,7 por ciento de los emigrantes a las Indias entre 1509 y 1538, de acuerdo con las cifras de Konetzke, procediera de la región extremeña, cuando su población suponía entre el cinco y el ocho por ciento del total castellano, según tomemos las estimaciones más baja y más alta respectivamente. La nómina de conquistadores procedentes de la región es impresionante: Cortés, Pizarro, Orellana, Balboa, Valdivia... Todos vieron las Indias como escenario de sus hazañas y fuente de su fortuna.

Las expectativas del hidalgo

Pero la alta aristocracia no limitaba su función a desempeñar la hegemonía social y económica. Como consecuencia de ella, fijaba las pautas de actuación de la baja nobleza y su ideología, forjada en el respeto a los ideales caballerescos.

La hidalguía implicaba participar de determinados privilegios sociales y económicos. Los hidalgos habían de recibir su situación por vía de sangre, al menos por tres generaciones, lo que los diferenciaba de los caballeros, que no siempre pertenecían a la nobleza.

Los hidalgos, desde el momento que tomaban como estatus de referencia a la alta nobleza, se guiaban por los mismos ideales de ella, caracterizados por el sentido del honor. Ya el código de *Las Partidas* lo definía como la reputación adquirida merced al rango, sus hazañas o el valor que manifiesta. Era el principal acicate para las acciones y, al mismo tiempo, implicaba un reconocimiento social, concretado en la fama. La aspiración a la fama será una constante para los hombres de la última fase del siglo XV. Jorge Manrique, el poeta que ejemplificó con su muerte el concepto del honor, distinguía junto a la vida física, que finalizaba con la muerte, y la eterna, una vida de la fama, la más larga y gloriosa a que se podía aspirar. Sánchez-Albornoz opina que la idea del honor tuvo un origen aristocrático, vinculado al proceso reconquistador, como un resorte heroico para compensar el desfase técnico que implicaba una inferioridad en la lucha contra el infiel. Sin embargo, este ideal, monopolizado por la nobleza en un principio, pasará a ser compartido fuera del estamento privilegiado, y hasta un personaje tan antiheroico como el Laza-

rillo aludirá a la muerte de su padre en la acción de los Gelves como timbre de gloria; y otro tanto podemos apreciar en villanos del teatro de Lope.

Pero, como apunta Maravall, el honor propio de la sociedad feudal es el de la nobleza. Los demás son inducidos, secundarios, subalternos.[2] Eso explica el interés de Cortés y sus allegados por enaltecer su origen noble, y el de sus contrarios por rebajarlo. El relato «oficial» del capellán Francisco López de Gómara afirma que fue hijo de Martín Cortés de Monroy y doña Catalina Pizarro Altamirano; «entrambos eran hidalgos, ca todos estos cuatro linajes Cortés, Monroy, Pizarro y Altamirano son muy antiguos, nobles y honrados. Tenían poca hacienda, empero mucha honra; que raras veces acontece sino en personas de buena vida».[3] La versión «contraria» de fray Bartolomé de las Casas insiste en la condición «harto pobre y humilde, aunque cristiano viejo y dicen que hidalgo» del padre del conquistador. Es significativo que Gómara no anteponga el *don* a Martín Cortés, índice de la mayor importancia del linaje materno. También el capellán menciona la colaboración de Cortés padre en la revuelta de Alonso de Monroy, clavero de la Orden de Alcántara, contra los Reyes Católicos, en una de las frecuentes acciones suscitadas en aquellos tiempos para expresar las discrepancias de las órdenes frente a la Corona, empeñada en limitar el poder de aquellas mediante la asunción de los maestrazgos de Santiago, Alcántara y Calatrava por el rey. La posterior fortuna de su hijo lo redimió de un pasado levantisco.

La posteridad no regateó a Hernán Cortés el reconocimiento de su nobleza de origen. Un poema de Lasso, de 1594, así lo atestiguaba:

En Medellín mancebo floreciente,
de gran reputación, ser y cordura,
reportado, sagaz, diestro, valiente,
de clara sangre y próspera ventura.

Pero este poema laudatorio estaba escrito un siglo después. A la altura de sus años mozos, a Cortés se le planteaba la necesidad de complementar su nacimiento ilustre con hechos que le reportaran gloria y fortuna. Ya es perceptible la crisis de valores que ha hecho mella en la ideología feudal y la posesión de riqueza se configura como un elemento capital para la estimación social. Los dos códigos confluyen, como muestra el propio Gómara: «No es menor loa ni virtud, ni quizá trabajo, guardar lo gana-



do, que ganar de nuevo, pues así se conserva la hacienda, que sostiene la honra.» Y todavía podemos apreciar que se da un paso más allá de la ideología feudal cuando algunos personajes marginales de obras del momento, caso de *La Celestina*, afirman que merece más aprecio lo adquirido que lo heredado. Pero esta opinión, para la época que nos ocupa, constituye todavía la excepción.

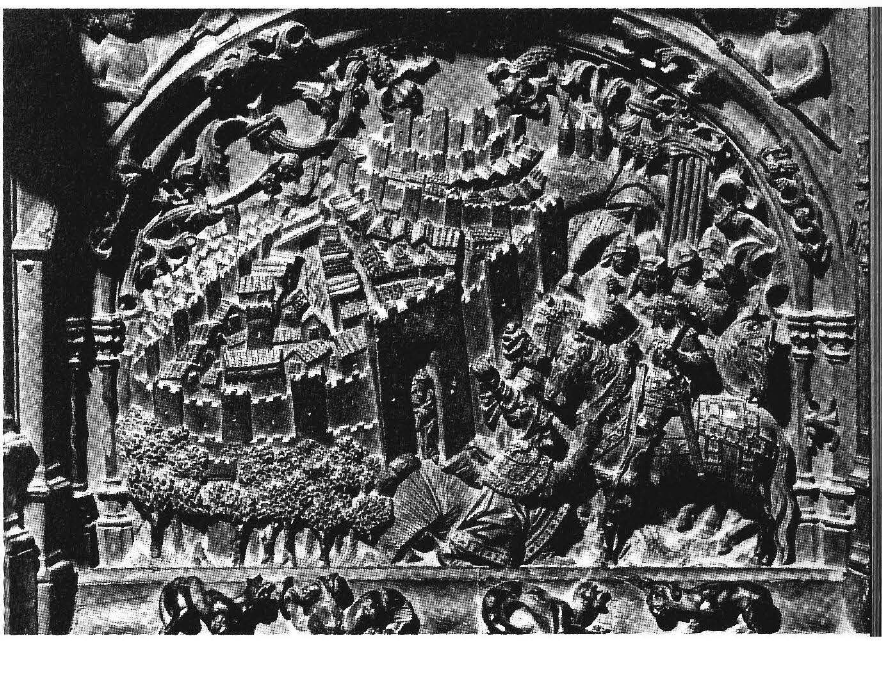
Las hazañas guerreras, reales y fantásticas

La sed de aventuras constituye otro elemento a tener en cuenta a la hora de explicar el complejo de condicionantes y alicientes para las expediciones indianas. Cuando Cortés es un niño aún, culmina la última etapa de la Reconquista. Es un proceso decisivo para comprender la historia medieval española, programada en función del ciclo reconquistador, y a la que imprime un carácter dinámico. Por si fuera poco, la institucionalización jurídica y política está en relación con el avance de las tropas. Finalmente, y al igual que ocurre al concluir todo periodo bélico prolongado, crea un tipo de vida al que resulta muy difícil sus-

traerse. Por ello, América, Italia, etc. aparecen como los nuevos escenarios para la aventura. Maravall acierta una vez más en su caracterización del periodo: «No se trata, ello es esencial para su entendimiento, de una obra de conquista pura y simple. Lo es, además, de restablecimiento, con todo el preciso método que la aplicación de esta idea reclama. Es una obra de restauración, que requiere bases sólidas, aunque sean de lento establecimiento. De aquí la táctica de la repoblación, que caracteriza nuestra Edad Media, como, adaptada a otras circunstancias, constituía nuestra técnica de colonización en América.»[4] El último acto reconquistador, la caída de Granada, acentúa una serie de notas cuya simple enumeración hace recapacitar sobre su importancia para la empresa americana: la idea de que el final de la dominación musulmana ha sido también un triunfo religioso, el consenso general sobre el papel de la Corona en el desenlace definitivo y su consiguiente aumento de prestigio, etc., y ello a pesar de que se usaron métodos poco acordes con los ideales caballerescos.

◀ *Castillo de Medellín (Badajoz), ciudad natal de Cortés. Probablemente fue el telón de fondo de sus sueños de aventuras durante la adolescencia.*

Escenas de la conquista de Granada por los Reyes Católicos. Detalle de la sillería del coro de la Catedral de Toledo.



Tras la toma de Granada concluye la conquista de las Canarias (1496), después de más de un siglo de ocupación nominal. En ellas se van a seguir pautas y formas jurídicas similares a las utilizadas en las repoblaciones medievales. Con colonos procedentes en su mayor parte de Andalucía y Extremadura, el modelo repoblador castellano va a tener una nueva edición, pero ahora con la peculiaridad de plantear un sometimiento y la posterior asimilación de una comunidad indígena. Un formidable laboratorio para la experiencia de ultramar.

Pero junto a estas hazañas guerreras reales, hay que resaltar la importancia de las ficticias, sobre todo las reflejadas en las novelas de caballería, cuyo impacto fue indudable como elemento conformador de la mentalidad de la época y como fabulación que incitaba a la realización de las más grandes hazañas. Los relatos caballerescos estaban en las bibliotecas de nobles e hidalgos, y también los reyes gustaban de ellos: hay constancia de la afición a este género literario de Fernando el Católico, el marqués de Zenete, el bachiller Fernando de Rojas, el virrey Toledo, el marqués de Pescara, que dijo tener «amor a la gloria» gracias a la lectura de los Amadises[5] y, por supuesto, leyeron estos libros, al igual que los romances, los soldados de las guerras de Italia y los conquistadores de Indias. El propio Bernal Díaz del Castillo, que representa el punto de vista de la hueste ante la conquista, comparó la visión de Tenochtitlan a la del relato de Amadís de Gaula. Por su parte, Luis, segundo vástago natural de Hernán Cortés, escenificó un tema caballeresco con motivo de los esponsales del príncipe Felipe con María de Portugal en 1544. En cuanto al conquistador, no hay duda que conoció los temas de caballería desde tierna edad. En la obra *Los pleitos de Hernán Cortés,* su anónimo autor imaginó, un siglo después, los anhelos e ideales del futuro capitán con bastantes visos de verosimilitud:

> *Soñaba yo cuando niño*
> *que andaba en reinos extraños,*
> *que conquistaba mil reinos,*
> *mas eran reinos soñados.*

El éxito de las novelas de caballería se explica en esta coyuntura histórica concreta porque el auge de la burguesía provoca un interés creciente de la nobleza por exaltar sus ideales, a modo de defensa y como constatación de que sus modos de pensar siguen siendo dominantes. Pero hay un contrasentido si



Aquí comiẽçan los quatro libros primeros
del inuencible cauallero Amadis de Gaula: en
los quales se tratan sus altos hechos de
armas y cauallerias, nueuamente
impressos.

En Salamanca, Con licencia del Consejo Real de su Magestad.
A costa de Lucas de Junta, Año de
M. D. LXXV.

Las novelas de caballerías y el romancero tuvieron un éxito indudable entre la alta y la baja nobleza, aunque por motivos diferentes: para los grandes aristócratas justificaban su visión del mundo, mientras que a hidalgos y caballeros les servían de estímulo para hazañas idealizadas. Portada del Amadís de Gaula. *Salamanca, 1575.*

consideramos que gran parte de la alta nobleza se hace cortesana y abandona la actividad bélica como quehacer definitorio de su condición. Todo lo más, en el miembro de la alta nobleza se da una autocomplacencia ante textos que apuntalan su ideología. Pero serán los hidalgos y caballeros quienes le encuentren plena significación, pues aparte de asumir la mentalidad caballeresca a la antigua, tienen los campos de batalla de Europa o de las Indias para hacer realidad los ideales. Además, los libros de caballería exhiben una característica que los hacen entroncar con los nuevos tiempos: aunque su ideología mire al pasado, su valoración de la empresa individual los hace rabiosamente actuales y, por ende, exalta la acción en sí. Desde esta perspectiva, su conexión con la conquista del Nuevo Mundo es evidente.[6]

La estimación del dinero

El último tercio del siglo XV es un periodo crítico para los valores morales y sociales. La crisis comienza por afectar a los estratos altos de la pirámide social, a la clase dominante, responsable de la estructura y del perfil de la sociedad y determinante de las relaciones entre los diferentes grupos.

El hombre bajomedieval del siglo XV vive su situación con conciencia de desorden. Para el hombre del Medioevo pleno, el mundo representaba la unidad de un orden, pero esa concepción hace crisis en el siglo XV a medida que se percibe la variedad y la contraposición, la concurrencia y la lucha.

¿Cuál es el elemento que provoca ese cambio fundamental en la concepción y estructura de la sociedad? La respuesta no ofrece duda: la posesión de la riqueza, verdadera piedra angular de la estratificación social; antes se era rico por pertenecer al estamento nobiliario, ahora se es noble en tanto que se disfruta de la riqueza. Juan de Lucena, un español vinculado al contexto renacentista italiano por sus cargos diplomáticos, afirmará tajantemente: «al modo de España, la riqueza es fidalguía.»

Estamos ante una realidad insoslayable: los bienes de fortuna rompen el esquema tradicional y, de ese modo, quienes los posean acceden al estrato social más elevado y viven exentos de menesteres mecánicos y productivos, estimados como indignos. Es la definitiva ruptura de la distinción entre nobles dedicados a las armas y plebeyos empleados en trabajos mecánicos.[7] Si antes la clase dominante se había caracterizado por la posesión de bienes y el control de hombres, ahora lo que interesa es el do-

minio efectivo de cosas y hombres. La mencionada opinión de Gómara de que pudieran convivir en una misma persona hacienda y honra, deja de ser excepcional y la acumulación de «honores, riquezas y temporales estados», de que ya hablara Gómez Manrique, se ve como situación normal y coherente.

La moral económica tradicional había predicado el estatismo, la contracción en el gasto, mientras que ahora se imponen las leyes del ocio y del gasto ostensibles. Frente al tradicionalismo económico, expuesto por Max Weber, según el cual el individuo no pretende ganar más dinero sino vivir como siempre han vivido los suyos, las nuevas realidades imponen la acumulación de riqueza, único modo de asegurar la libertad, que consiste en vivir por uno mismo, con medios económicos suficientes que aseguren una posición social.

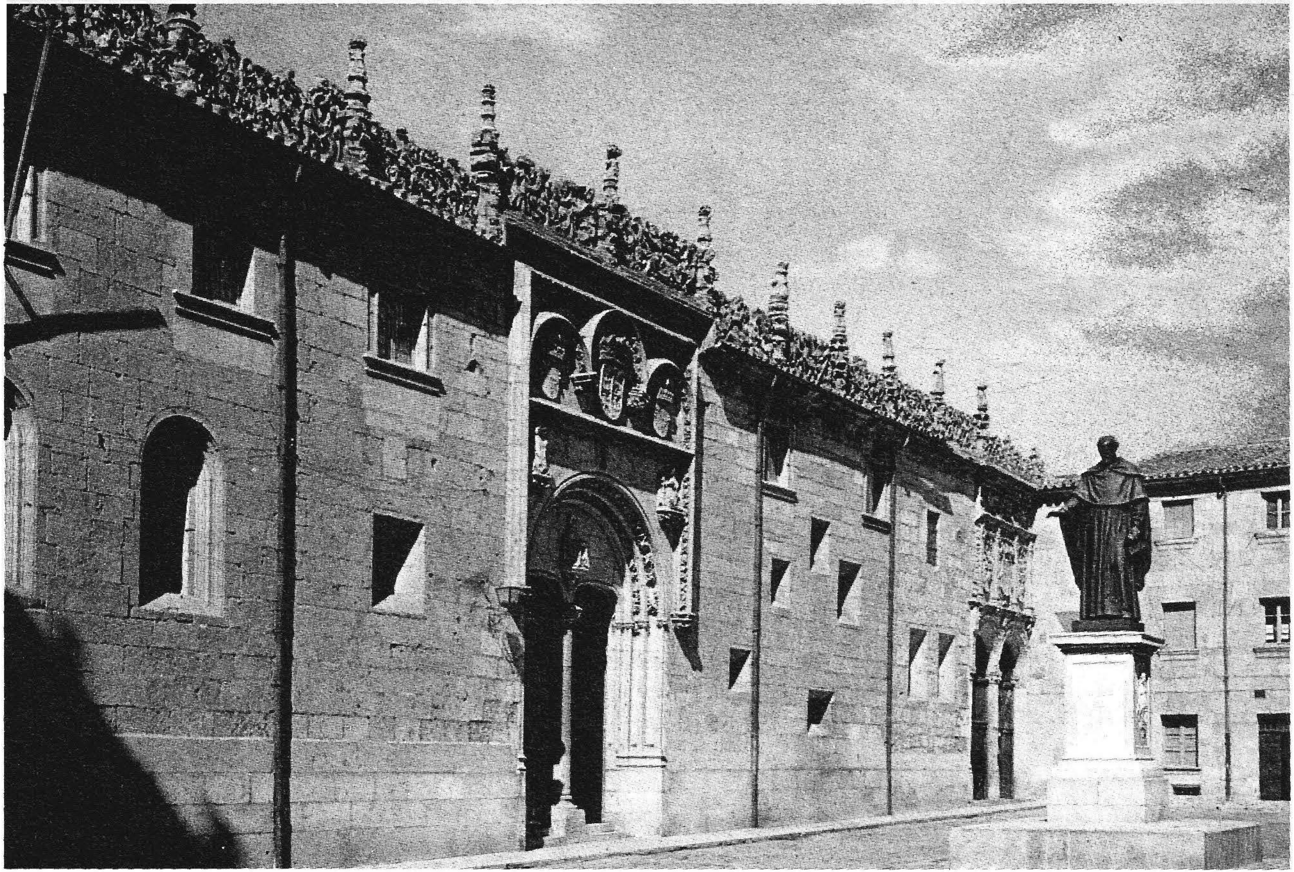
La ideología legitimadora del dinero no afecta de igual manera a España que a los medios típicamente burgueses, como el flamenco o el hanseático, pero no por ello su influjo es menos decisivo.

Esta atracción del dinero causa especial impacto sobre los hidalgos. Los burgueses podían esperarlo todo de su esfuerzo personal, pero la baja nobleza estaba muy distante de hacer el elogio de la laboriosidad. De nuevo, el desconocido poeta de *Los pleitos de Hernán Cortés* pone en labios del conquistador unas palabras definitivas:

Nunca, aunque pobre me ví,
me ocupé en oficios bajos,
porque el título de pobre
tiene un no sé qué de honrado.

Es decir, que el hidalgo español asumía la importancia del dinero pero no los procedimientos burgueses para adquirirlo. Su reacción sería contradictoria, pero no por ello menos lógica: «La pasión por la riqueza que no poseían y que no podían esperar del trabajo. Sin duda, la empresa era un tanto disparatada. Pero la pobreza forja los mejores militantes y el ayuno predispone a las fantasías.»[8] Es decir, la aventura quimérica era el desenlace lógico de una contradicción ideológica.

La otra consecuencia casi inevitable de un fin cuyos medios para alcanzarlo no se asumen es adjudicar un papel importante al azar y la fortuna, máxime cuando se vive un tiempo resbaladizo y la confianza en cualquier orden objetivo y trascendente se resquebraja. Ese azar puede ser atribuido a la acción de la Pro-



videncia, de la suerte, de la magia, de fuerzas incontrolables, en suma. Pero aunque esa fortuna sea el signo de una contradicción flagrante, también denota la confianza en un mayor dinamismo social y en una concepción no estática de la naturaleza. No hay que ser demasiado perspicaz para captar que el hidalgo Cortés se movía por tales derroteros.

El saber utilitario

La dicotomía entre alta y baja nobleza se manifiesta también en este aspecto. La gran aristocracia concibe el saber bajo forma no productiva, como manifestación de un consumo ostentoso. Los hidalgos lo contemplaban como medio para alcanzar una posición social estimada.

Por ello, el joven Hernán Cortés, tras pasar una infancia feliz en Medellín, salpicada por enfermedades frecuentes, algunas de las cuales obligó a ponerle bajo la especial advocación de San Pedro (autores hay que afirman que por haberse «sorteado» la protección del joven entre los apóstoles), fue enviado a Salamanca para cursar el bachillerato de leyes cuando expiraba el siglo XV, en 1499. Se alojó en casa de sus tíos Inés de Paz y Francisco Núñez de Valera.

Al llegar Cortés a la ciudad del Tormes, la Universidad vivía una fase de transición, con Nebrija ausente y la presencia de Lucio Marineo Siculo, Palacios Rubio y Montalvo como lumbreras más descollantes, pero lejos de la etapa de esplendor que marcará décadas más tarde el auge de la nueva Escolástica, con Francisco de Vitoria a la cabeza.

Sin embargo, para el inquieto joven, la vida salmantina ofrecía alicientes supletorios a los del estudio: fuera de las aulas, los escolares discutían por cuestiones académicas y extraacadémicas, portaban armas y esgrimían su agresividad tanto para defender la causa de un opositor a cátedra como para dirimir una algarada o aventura amorosa. A buen seguro que en alguna de estas pendencias coincidió con su más ilustre condiscípulo: el bachiller Fernando de Rojas, autor de *La Celestina*.

Poco debió atraer a Cortés la ceremoniosa vida académica de Salamanca. Y menos aún parece que aprovechara los estudios a efectos prácticos, ya que resulta improbable que obtuviera el

◀ *Fachada de las Escuelas de la Universidad de Salamanca. Cortés aprovechó pragmáticamente sus estudios, aunque no se entusiasmó con ellos.*

título de bachiller en leyes. Sin embargo, es difícil precisarlo porque a la sazón no había archivos oficiales de la Universidad y tan sólo los registros particulares de cada profesor daban fe de una trayectoria académica cuyo final debía ser atestiguado por un notario de la ciudad.

Los testimonios parecen coincidir al respecto: Cervantes de Salazar afirma que estudió gramática, en la que demostró cierta habilidad, y no concluyó los estudios de Derecho. Bernal Díaz del Castillo destaca que era tenido por latino, y tanto él como Las Casas se inclinan a pensar que alcanzó la graduación en leyes. Lo que está por ver es si el grado se le concedió *a posteriori*, cuando Cortés ya había alcanzado el renombre por otras razones. Prescott y Bancroft consideran poco factible que alcanzara la graduación, y en el mismo sentido se manifiesta un estudio más reciente de Stephen Gilman: «No es probable que Cortés estuviera el tiempo suficiente para conseguir un grado, pero su dominio del latín y su conocimiento de los procedimientos legales testifican algunos años de estudio universitario.»[9]

Gran pesar causó a sus padres el fracaso escolar de Hernán, como atestigua Gómara, sobre todo porque sus progenitores a buen seguro que habían hecho proyectos sobre los estudios de su retoño: la carrera de leyes constituía un excelente medio para labrarse un porvenir halagüeño en la época y buena prueba de ello era la superior remuneración de los profesores universitarios de Derecho y la alta estima social de los juristas, en un momento en que la tarea codificadora de los Reyes Católicos estaba en pleno apogeo.

De lo que no cabe duda es de que el joven Cortés no gustó de unos estudios excesivamente normativos, pero conoció a estudiantes de diferentes «naciones», denominación que expresaba el origen geográfico en el argot universitario de la época, y supo advertir —si es que no lo sabía ya— la importancia creciente del dinero y la menguada del linaje. Como paradoja, en una Salamanca escolástica y tradicional, que había recibido escépticamente a Colón años atrás y se había sacudido con alivio a su defensor fray Diego de Deza, nombrado para la sede episcopal de Zamora, Cortés captó que en las Indias podía hacerse realidad el sentido caballeresco de la vida.

Lo indudable es que la diferencia cultural de Hernán Cortés respecto a otros conquistadores fue notable y su acción está constantemente mediatizada por su formación humanística y jurídica. Tampoco ofrece discusión el juicio posterior sobre su decisión de abandonar los estudios. Un talante crítico como el de

Baltasar Gracián sentencia: «Nunca hubiera llegado a ser Alejandro español y César indiano el prodigioso marqués del Valle, don Fernando Cortés, si no hubiera barajado los empleos; cuando más, por las letras hubiera llegado a una vulgarísima medianía, y por las armas se empinó a la cumbre de la eminencia.»[10]

Vuelto a Medellín en 1501, el inquieto Cortés se muestra difícil de asimilar por una vida pacífica de aldea y pronto decide marchar en busca de aventura, sea a Italia o a las Indias. Su primera idea es embarcarse a las órdenes de Frey Nicolás de Ovando, comendador de Lares, nombrado gobernador por los Reyes Católicos para sustituir a Bobadilla, y allegado de la familia de Cortés. Pero de nuevo el azar jugó una mala pasada, que Gómara describe gráficamente: «Más entre tanto que Ovando aderezaba su partida y se aprestaba la flota que tenía de llevar, entró Fernando Cortés una noche a una casa por hablar a una mujer, y andando por una pared de un trascorral mal cimentada, cayó con ella. Al ruido que hizo la pared y las armas y broquel que llevaba, salió un recién casado, que, como le vio caído cerca de su puerta lo quiso matar, sospechando algo de su mujer; empero una vieja, suegra suya, se lo estorbó. Quedó malo de la caída, recresciéronle cuartanas, que le duraron mucho tiempo; y así, no pudo ir con el gobernador Ovando.»

Imposible, de momento, la marcha a las Indias, Cortés decide probar suerte en los tercios de Gonzalo de Córdoba, y marcha a Valencia con el propósito de embarcarse para Italia (1502). De nuevo las aventuras y pendencias abortaron la tentativa. Durante casi un año Cortés debió de llevar una vida no muy ejemplar («anduvo a la flor del berro», dice Gómara en sabroso castellano) y sus ilusiones quedaron en agua de borrajas.

Con todo, la citada obra *Los pleitos de Hernán Cortés* da por cierta su presencia en suelo italiano:

A Italia pasé sin sueldo
al son de español soldado
siguiendo los estandartes
del Católico Fernando.
Al Gran Capitán serví
cuando en Gaeta y Taranto
con García de Paredes
escaló los muros altos.

Pero esta leyenda no puede superar la realidad de un Hernán Cortés vuelto a Medellín y a la espera de embarcarse para

las Indias. Por fin, en 1504, a los diecinueve años, el joven cumplía su íntima aspiración.

Un hidalgo pobre de Extremadura, imbuido de los ideales salidos de la Reconquista y de las fantasías de los relatos caballerescos, deseoso de gloria y fortuna que sólo podría encontrar en la acción. Oro, fama, honor, gloria y aventura: los móviles del conquistador. Después de cuanto hemos explicado en las páginas anteriores, ¿cabe duda de que Cortés tenía marcado su destino en las Indias?

3. La experiencia del Caribe

«Tenía Fernando Cortés diez y nueve años cuando el año de 1504 que Cristo nació, pasó a las Indias y de tan poca edad se atrevió a ir por sí tan lejos. Hizo su flete y matalotaje en una nao de Alonso Quintero, vecino de Palos de Moguer, que iba en conserva de otras cuatro, con mercadería.»[1] Así refiere Gómara el modo y la ocasión en que el joven Cortés vio, por fin, satisfecho su anhelo de cruzar la mar océana.

El viaje fue muy accidentado, debido en gran parte a las artimañas del juego sucio desplegado por el maestre Quintero que, tras la escala técnica obligada en La Gomera, se quiso adelantar a los demás navíos para alcanzar las primicias comerciales en La Española, pero una tempestad puso en grave peligro el barco y hubo de tornar velas. La literatura laudatoria sobre Cortés apunta, además, que la tripulación se salvó gracias a que en el peor momento de la tormenta se encontraba en una parte de la nave, lejos de la que resultó más afectada por los embates del mar, en un menester poco heroico: comer las, al parecer, sabrosas viandas que el buen Hernán Cortés había embarcado consigo; su liberalidad con los compañeros de fatigas tendría en esta anécdota una temprana manifestación.

Pero, a pesar de que los cuatro navíos restantes de la flotilla aguardaron a que la nao capitaneada por Quintero reparara sus desperfectos, a los pocos días el taimado maestre repetía su feo proceder y adelantaba, movido por la codicia, a quienes jornadas atrás se habían comportado caballerosamente con él. La impericia del piloto, de la familia de los Niño, constituyó la segunda fuente de problemas y peligros del viaje: durante días anduvieron desorientados, en trance de zozobrar y hambrientos. De nuevo, Gómara explica la salida de situación tan azarosa con el recurso a lo sobrenatural: «Estando pues en esta tribulación, vino a la nao una paloma el Viernes Santo, ya que se quería poner el sol, y sentóse en la gabia. Todos la tuvieron por buena señal, y como

les pareciese milagro, lloraban de placer.»[2] Por fin, llegaron a Santo Domingo en torno a la Pascua de 1504.

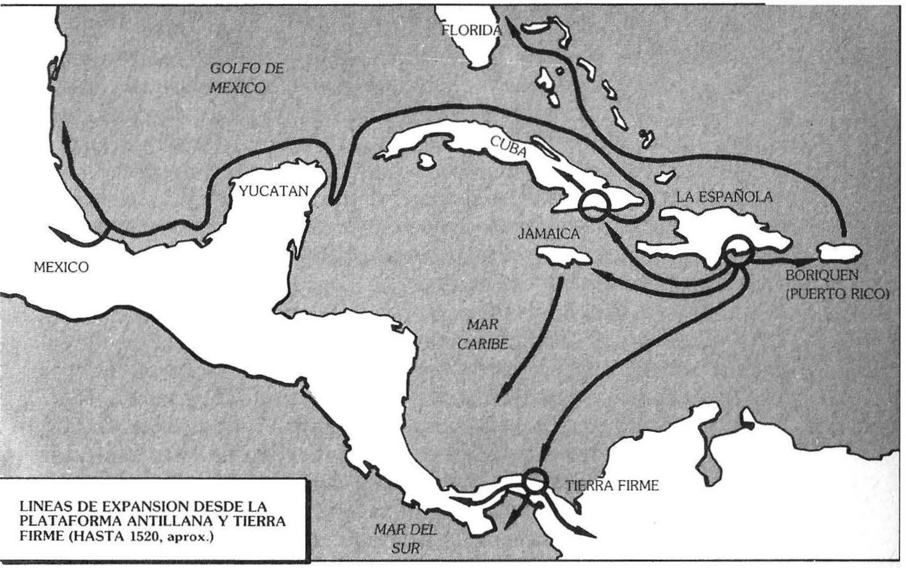
Apenas puesto el pie en tierra, se les hizo saber a los viajeros la conveniencia de empadronarse en una ciudad para tener derecho a solar, tierra y un cupo de indios de repartimiento, a cambio del compromiso de residir en el lugar cinco años. El anónimo autor de *De rebus gestis Ferdinandi Cortesii* pone en boca del futuro conquistador una displicente contestación: en ningún lugar esperaba permanecer cinco años. Gómara —posiblemente, autor de la obra anterior— precisa que el propósito de Cortés era «recoger oro», lo que desaconsejaba Medina, el secretario del gobernador Ovando.

La colonización española en América.

Acabamos de mencionar las actividades económicas principales de la colonia, las aspiraciones de los recién llegados y los criterios de las autoridades políticas y administrativas de la isla. Bueno será, por ello, que recapitulemos los avatares de la colonización de las islas del Caribe, fundamentalmente La Española, en la fase subsiguiente al descubrimiento, para comprender las andanzas de Cortés a lo largo de unos años oscuros, en relación a los más conocidos de la conquista de México, pero que le resultaron decisivos para adquirir experiencia de los asuntos coloniales y para conformar su personalidad.

La colonización española en América ofrece una primera etapa, delimitada por las fechas del descubrimiento (1492) y del inicio de la conquista de México (1519), que supone un cambio radical por el diferente carácter de las tierras a dominar desde todos los puntos de vista (geográfico, de organización social y económica, etc.). A lo largo de esas casi tres décadas, se configuran dos núcleos colonizadores principales: la isla de La Española y, desde 1509, la zona de Tierra Firme, que englobaba los territorios del Darién y Veragua, en la actual Panamá, convertidos desde 1514 en la gobernación de Castilla del Oro.

La etapa colombina, marcada por la impronta y el gobierno de la familia Colón, tuvo como base colonizadora la factoría, o establecimiento dedicado a la explotación minera y al intercambio. En estas factorías el trabajo era desarrollado por mano de obra indígena forzada y por asalariados llegados de la península. De ahí que las Instrucciones de 29 de mayo de 1493 no contuvieran ninguna referencia a la tierra y sí al comercio y a la preo-



LINEAS DE EXPANSION DESDE LA PLATAFORMA ANTILLANA Y TIERRA FIRME (HASTA 1520, aprox.)

cupación de la Corona por establecer un monopolio que le permitiera obtener recursos fiscales saneados.

No obstante, nadie alcanzó en esta primera fase lo que buscaba. La Corona apenas conseguía migajas del escaso oro extraído o del tributo impuesto a los indígenas, a pagar en metal precioso o en algodón. El tráfico de esclavos había quedado abolido y tampoco podía constituir fuente de ingresos ni ser origen de fuerza de trabajo. Las empresas de los años iniciales de la colonización fueron financiadas por la Corona a base de empréstitos, pero los fondos no alcanzaba para pagar a los funcionarios reales. Las dificultades de aprovisionamiento fueron enormes y la salida más fácil era el saqueo a los indígenas o la mera recolección de frutos naturales. Tanto en un caso como en otro, se rompía el circuito alimenticio de la población indígena, que se vio duramente afectada por esa razón y, a la postre, aquí debemos ver una explicación clave del alarmante descenso demográfico. Las importaciones de la metrópoli apenas pudieron paliar los efectos del racionamiento. Las rebeliones abundaron como protesta ante la penuria y las escasas satisfacciones que obtuvieron las expectativas con que los colonizadores cruzaron el océano.

Los reyes enviaron a Juan de Aguado para que investigara y emitiese un informe de la situación de la colonia. En 1495, una Real Provisión reguló el procedimiento para asentarse en La Española. La Corona favoreció la iniciativa privada mediante la con-

cesión de franquicias de diversa índole: viaje gratuito para quienes no fueran a devengar sueldos, autorización para explorar tierras nuevas, establecerse en ellas y comerciar. Al mismo tiempo, se reconocía la posesión hereditaria de casas y tierras adjudicadas por reparto, y licencias para obtener oro en placeres y minas; la Corona se reservaría dos terceras partes de lo conseguido y el total del metal procedente del trueque. Estas ventajas actuaron como estímulo para la emigración y favorecieron el desarrollo de un incipiente capitalismo.

Cristóbal Colón imaginó que semejantes medidas menguarían los privilegios concedidos por las Capitulaciones de Santafé, que podríamos calificar de «normales» en un contexto de factorías gestionadas y explotadas por iniciativa privada, pero no desde el momento en que se apreció la magnitud de la empresa y, en consecuencia, la necesidad de convertirla en una cuestión de Estado. El descubridor vino a España para defender sus intereses y dejó el gobierno de la colonia a su hermano, hombre de escaso tacto para cumplir las tareas que se le encomendaron.

Fue el momento elegido para rebelarse por quienes pretendían imponer un modelo conquistador-repoblador mediante asentamientos, de acuerdo con la tradición seguida a lo largo del proceso de la Reconquista en los reinos peninsulares. La mayoría de los amotinados, dirigidos por Francisco Roldán, solicitaba tierras y abominaba del sistema colombino. Curiosamente, esta revuelta fue apoyada en líneas generales por los indígenas, agobiados por la sobreexplotación extenuante a la que se veían sometidos para cumplir las tareas económicas propias de la factoría mercantil. A su vez, la quiebra del sistema colombino provocaba la reacción hostil de comerciantes y aventureros que habían llegado a las islas caribeñas con la intención de alcanzar rápidos beneficios mediante la extracción de metales y el aprovechamiento de la fuerza de trabajo esclava.

La voluntad real por cambiar la situación se manifestó con el nombramiento de Francisco de Bobadilla como gobernador, cargo que desempeñó entre agosto de 1501 y abril de 1502. Bajo su mandato se avanza cualitativamente en la línea de una colonización basada en el asentamiento sobre la tierra y la posibilidad de disponer del servicio de la mano de obra indígena, conjugando para ello el esquema feudal europeo con el sistema de cacicazgo aborigen. Comenzaba así la política, consustancial a la colonización española en América, de aprovechar e insertar dentro del cuadro general de intereses de los colonizadores las instituciones, formas de organización y modos de vida indígena.[3]

Sin que los fines de la colonización variaran sustancialmente, se fue pasando de los enclaves comerciales a colonias de asentamiento. Las argumentaciones legales, que tanto obsesionaron a los colonizadores españoles, encontraron en ese momento llamativas formulaciones: así, los colonos asentados que mantenían relaciones con indias consideraron que aquella «unión conyugal poligámica» les daba justificación legal para considerarse herederos de sus suegros y, en consecuencia, poseedores de las tierras. Es un ejemplo de una de las muchas razones que los colonizadores esgrimieron para formalizar su asentamiento y que la política blanda y condescendiente de Bobadilla favoreció, siempre en perjuicio de la población indígena. Como muestra una capitulación otorgada a uno de los colonos, Arriaga, en 1501, el propósito era conciliar los intereses particulares con los de la Corona y, de este modo, los asentados disfrutarían de sus tierras y podrían disponer de fuerza de trabajo india —so pretexto de iniciar a los nativos en el aprendizaje de las técnicas de las explotaciones—, aunque la libertad de los indígenas era indiscutible. La extracción del oro de minas y placeres constituía la otra fuente de riqueza de la isla. La Corona se reservaba la percepción de un tributo por las granjerías y establecía un monopolio «mercantilista» estatal sobre las mercancías de venta remunerable (vestido, calzado, etc.) y el instrumental que se utilizara en el laboreo minero.

Pero el paso definitivo para configurar el esquema colonizador se dio con la designación como gobernador del anteriormente citado Frey Nicolás de Ovando, comendador de Lares, con el que Cortés intentó pasar a las Indias, proyecto fracasado por una inoportuna caída en lances de amor. Ovando tenía encomendado el difícil trabajo de eliminar los resabios de la primera política colonial: «Su posición en el cargo de gobernador de las Indias era muy delicada por dos razones fundamentales: en primer lugar, porque, en definitiva, su misión giraba en torno a la limitación de los desorbitados poderes concedidos por los Reyes Católicos a Colón; en segundo lugar, porque su predecesor inmediato Francisco de Bobadilla, con su débil política, había provocado una radical debilitación de las bases autoritarias.»[4]

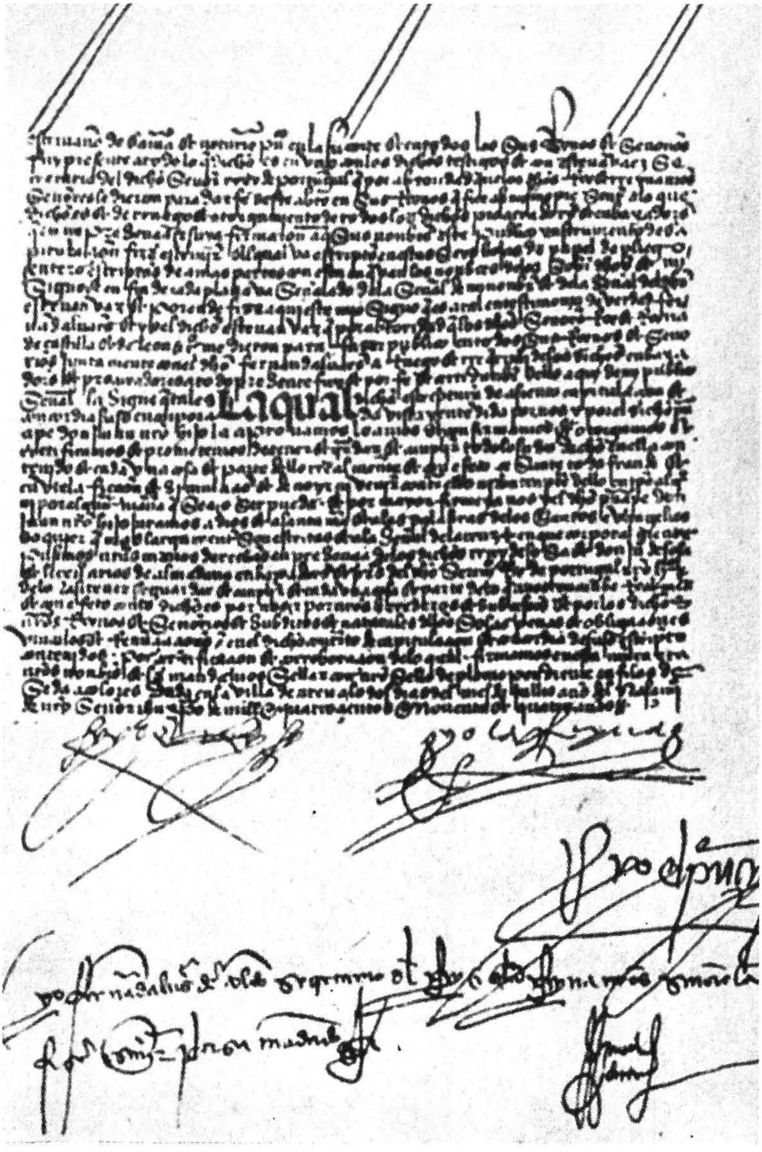
Así pues, Ovando llegaba a La Española con un triple fin: asentar la autoridad, regular adecuadamente el sistema colonial y el poblamiento para alcanzar una producción mayor, y atender a las necesidades de evangelización de la población aborigen de una manera sistematizada. Este ultimo requisito aparecía como decisivo, toda vez que el título que ostentaban los Reyes Cató-

licos para ejercer legítimamente su dominio en las Indias en estos primeros tiempos era la concesión papal de unos territorios de infieles con la contrapartida de su adoctrinamiento, según estipulaban las Bulas que el rey Fernando se apresuró a gestionar a raíz del descubrimiento. Con ello, no sólo se legitimaba el dominio de los nuevos territorios, sino que quedaban excluidos otros posibles adversarios en la carrera de Ultramar, principalmente Portugal, Francia e Inglaterra. Por el Tratado de Tordesillas (1494), se acordó con el monarca lusitano, que ya tenía concesiones papales para los territorios descubiertos a lo largo de la costa africana, una partición del mundo en zonas de influencia: a España correspondía la comprendida entre las actuales longitudes geográficas 44° 58' 7" E (370 leguas al O. del meridiano que pasa por las Azores y Cabo Verde, según el tratado) y 135° 1' 53" O, en el área del Pacífico.

Los presuntos granjeros de La Española, hidalgos en buena parte, poco se dieron al trabajo, mientras que el hallazgo de oro en las Minas Nuevas provocó una fiebre minera inusitada. Lógicamente, ambos factores afectaron de manera decisiva a la población indígena, que vio agudizada su situación como fuerza de trabajo. Las rebeliones no tardaron en aparecer en el Higuey y Xaragua.

Ovando hizo frente a la difícil coyuntura económica y social mediante la institucionalización del aprovechamiento de la mano de obra indígena, la represión de las revueltas y el esbozo de una primitiva administración colonial (tres alcaides, asesor letrado, tesorero, contador y factor). En lo tocante a lo primero, un informe sobre el «carácter retraído» del indio dio pie para entender que su mejor situación sería la «reducción» bajo control de un español para su incorporación a un sistema civilizado y el aprendizaje de la doctrina cristiana. La Real Provisión de Medina del Campo de 20 de diciembre de 1503 regulaba asentamientos con esos fines; en ellos sería posible utilizar como mano de obra los indios que se repartiesen. Estos repartimientos iban a constituir la base de la que sería la institución clave de la colonización española en América: la *encomienda*. Los colonos podrían servirse de los indios en los trabajos que estimaran oportunos, a cambio de formarles en la fe, protegerles y satisfacer a la Corona un peso de oro al año por cada indio. El triple fin, económico-social, fiscal y evangelizador, parecía quedar cubierto con esta institución de indudable raigambre feudal.

Para ser beneficiario de los repartimientos, era necesario avecindarse en las ciudades, que, de este modo, se convierten



El día 7 de junio de 1494 se firmó el Tratado de Tordesillas, que resolvía las diferencias existentes entre España y Portugal en materia colonial tras las concesiones del papa a los Reyes Católicos. El mundo quedo dividido en dos zonas de dominio en ambos hemisferios. Fragmento del citado documento.

en el núcleo colonizador fundamental, lo que confiere a la acción de España en el Nuevo Mundo una de sus características fundamentales. Ello explica la recomendación que recibieron Cortés y sus compañeros de viaje por boca de Medina, el secretario de Ovando, nada más poner el pie en Santo Domingo. Del mismo modo, queda claro por qué se encargaba de la fundación de ciudades a jefes de confianza y posteriormente se controlaba el núcleo urbano constituido mediante el nombramiento de los cargos principales de la administración local.

Por lo que se refiere al apaciguamiento de las revueltas de indios, se empleó la fuerza sin contemplaciones y ello contribuyó a que la población indígena se viera aún más diezmada. En este punto, conviene aclarar, en contra de la opinión más generalizada, basada en una interpretación sesgada de la defensa apasionada de los indios hecha por fray Bartolomé de Las Casas, que no fueron los «malos tratos», así en abstracto, la causa de la casi extinción de la población de las islas en las cuatro décadas que siguieron al descubrimiento, hecho en el que coinciden autores tan contrapuestos como el ya citado Las Casas y Fernández de Oviedo. Podríamos achacar el brutal descenso demogáfrico de la población autóctona a la ruptura de los ritmos de trabajo, al ser empleados los indios en labores muy distintas de las que habían realizado hasta entonces; a la concurrencia de muchas más bocas para consumir unos recursos escasos en una economía de subsistencia; al descenso de la natalidad indígena por la pésima nutrición de las mujeres y su empleo en labores durísimas, como el lavado de las arenas auríferas de los placeres; al hundimiento psicológico provocado por la brusca ruptura de un universo coherente hasta entonces para unos seres humanos que buscaron, con frecuencia, en el suicidio salida a su desesperación; y, por supuesto, a tratos inhumanos que la pretendida protección que los encomenderos habían de proporcionar no solucionaron en modo alguno. Con frecuencia, el vínculo encomendero-encomendado no existió, porque aquel vivía en las ciudades (en ocasiones en la Península) y al frente de los indígenas quedaba un estanciero o minero encargado, cuyo objetivo básico era «rentabilizar» al máximo el trabajo del indio.

El gobierno de Ovando consiguió, en suma, reforzar la autoridad, organizar la producción, elevar las cifras de la misma (446.266 ducados llegaron a Sevilla entre 1503 y 1505, y 979.483 en el quinquenio siguiente), instituir unos servicios administrativos básicos y emprender la expansión por las islas cercanas: Cuba (explorada por Ocampo), el Boriquén o Puerto Rico (Pon-



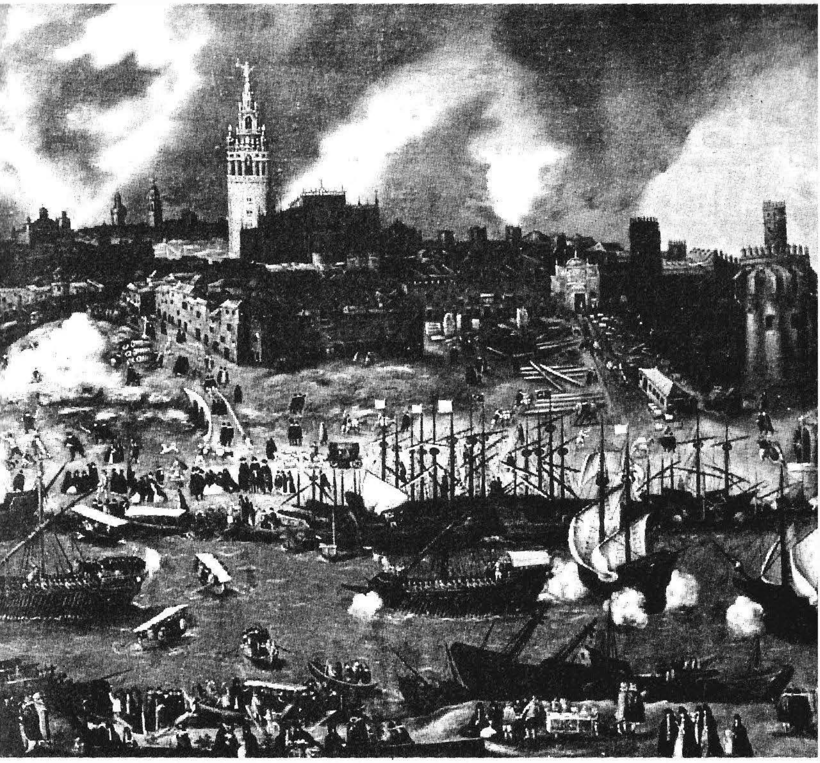
El aprovechamiento de la fuerza de trabajo indígena dio origen a los primeros problemas de la colonización, cuyo intento de solución llevó a institucionalizar la encomienda. Indígenas trabajando. Códice Florentino. *Btca. Laurenziana, Florencia*



ce de León) y Jamaica (Esquivel). Con un coste humano impresionante, la colonia había quedado asentada.

Primeras andanzas de Cortés en el Caribe

Cuando Cortés desembarcó en La Española, a la vista de lo expuesto, el consejo del secretario Medina no le resultaría vano, si quería prosperar en la colonia. Se asentó en Azúa, donde se benefició de las tierras que se le repartieron y de los indios encomendados, al tiempo que desempeñaba el cargo de escribano público. Sorprende que quien «era muy belicoso y de pensamientos muy levantados»[5] se aviniera a convertirse en un pacífico granjero. Por las noticias que nos han llegado de esos tiempos, parece que solamente pendencias y aventuras relacionadas con líos amorosos alteraron por entonces la vida de Cortés. Ber-



Sevilla, puerta para la Indias y señuelo de comerciantes y aventureros. Cuadro atribuido a Sánchez Coello. Museo de América, Madrid.

nal Díaz del Castillo se refiere a que fue «travieso sobre mujeres» y que «se acuchilló alguna vez» para dirimir en tales lances las querellas del amor. Curiosamente, esta proclividad de Cortés a complicarse la vida por las mujeres es silenciada por algunas biografías como la muy laudatoria de Lucio Marineo Siculo, quien, al referirse a la continencia y castidad del conquistador refiere que «fue en todas las partes y obras de su vida muy templado».[6] Es de notar el riesgo que implicaban tales devaneos, ya que Ovando no se anduvo con remilgos a la hora de castigarlos, incluso devolviendo a la metropóli a los colonos que incurrían en ellos.

Tal vez fuera una consecuencia de los amoríos, que Gómara diagnostica como «postema que se le hizo en la corva derecha», la que le impidió, una vez más, alistarse en la expedición

de Diego de Nicuesa a la zona del istmo panameño. Cervantes de Salazar es más explícito y da el nombre de la enfermedad venérea que impidió el viaje: el mal de las bubas.

En julio de 1509 cesaba Ovando como gobernador, en gran parte por la oposición de Juan Rodríguez de Fonseca y el secretario Lope de Conchillos, sobre los que recayó la administración colonial en este periodo, y era designado virrey Diego Colón, hijo del descubridor. Con este nombramiento se pretendía dirimir salomónicamente el contencioso entre Colón —y más tarde sus descendientes— y la Corona por el recorte de privilegios y atribuciones que, en opinión del navegante genovés, se había producido respecto a lo pactado en las Capitulaciones de Santafé. Sin embargo, la disputa continuó y se convirtió en una cuestión secular, conocida bajo el apelativo de «Pleitos Colombinos». El virrey había reforzado su posición mediante matrimonio con Dª María de Toledo, de la casa ducal de Alba. Pero como hemos señalado, el enfrentamiento con la Corona fue la actitud habitual del joven Colón, pronto manifestada a raíz de la limitación de sus prerrogativas en el terreno de la justicia, tras la institución de la Audiencia de Santo Domingo en 1511.

Durante el gobierno de Diego Colón tuvo lugar la primera gran denuncia de la acción colonial en América, que a la vez constituía el planteamiento de la duda sobre la legitimidad del dominio en aquellos territorios. Un sermón de fray Antonio de Montesinos impactó las conciencias de los colonizadores, entre ellas las del por entonces encomendero Bartolomé de las Casas, y abrió una corriente de revisión del sistema colonial, sobre todo en lo referente a las relaciones con los indígenas. Su consecuencia más inmediata fue la elaboración de las *Leyes de Burgos*, cuerpo jurídico promulgado en 1512 y completado con cuatro leyes adicionales un año después, que recogía una legislación general sobre los indios, el trato que recibían y el régimen de la encomienda. Igualmente, fue nombrado Rodrigo de Alburquerque como repartidor de indios para tratar de evitar abusos. Debía seguir el criterio de asignar a los indígenas según los «merecimientos particulares» de los colonos. El reparto de 32.000 aborígenes, realizado de acuerdo con sus instrucciones, fue muy discutido y protestado. Estas acciones son importantes porque constituyen los primeros balbuceos de una larga «lucha por la justicia», según expresión del historiador Lewis Hanke, que a pesar de quedar circunscrita muchas veces a la esfera legal, supone una de las aportaciones más características y notables del proceso colonial español.

Bajo el mandato de Diego Colón continuó la tarea expansiva por las islas circundantes del Caribe, en especial Cuba, hecho que tuvo una importante repercusión sobre la vida de Hernán Cortés. La Corona tenía un gran interés por la «perla de las Antillas», a pesar de que las noticias procedentes de viajes de exploración no auguraban que su dominio fuera una operación rentable. Aunque el virrey pensó nombrar a su tío Bartolomé Colón responsable de la expedición colonizadora, al final se decidió por Diego Velázquez de Cuéllar, hombre de la primera hornada llegada a La Española, que había desempeñado una labor importante durante el gobierno de Ovando y, además, había visto acrecentarse su fortuna considerablemente, lo que tenía un enorme interés desde el momento en que era necesario correr con los gastos de la expedición, a cambio del nombramiento como adelantado y teniente de gobernador.

La campaña de ocupación, iniciada en 1511, fue rápida, gracias al apoyo que el obeso Velázquez, no demasiado apto a la sazón para hazañas guerreras, recibió de Pánfilo de Narváez, llegado desde Jamaica con su hueste. Para evitar los problemas que soliviantaron La Española, Velázquez intento respetar la organización social de los indígenas, pero los tainos, recelosos por lo que habían oído respecto a otras islas, se rebelaron y fueron duramente reprimidos, tarea que no debió de causar especiales problemas a Velázquez, experto en «derramar o ayudar a derramar sangre de estas gentes malaventuradas», según Las Casas, que presenció esta conqista alistado en las filas de Narváez. Concluida la lucha, Velázquez fundó la ciudad de Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa, primera de la isla.

En una segunda fase, el adelantado envió a Francisco de Morales y Narváez a la región oriental, donde se mostraron codiciosos y capaces. Morales, hombre del virrey Colón, fue destituido. Para complacer a los colonos, Velázquez hubo de repartir tierras, a pesar de que no contaba con autorización para ello. La situación le enfrentaba a Diego Colón, pero supo buscarse apoyos directos de la Corona y logró el reconocimiento de su política, la concesión de los mismos privilegios de que disfrutaban en La Española y, para sí, el cargo de alcaide de la ciudad de Nuestra Señora de la Asunción. Con ello, de hecho, su capacidad de maniobra casi le emancipaba del virrey.

Finalmente, la isla fue ocupada por completo por medio de tres expediciones; una de ellas, conducida por Narváez al interior del país, reprimió duramente y sin necesidad a los indios. Las Casas probablemente tomó allí, tras contemplar las trope-

lías, su resolución de dedicarse a la defensa de los indígenas. Cuba ofrecía, además, una presencia creciente de esclavos negros, que habían llegado a las Antillas desde 1501 para ser empleados en determinados trabajos.

Cortés participó en esta empresa conquistadora de Cuba pero, de nuevo y según las versiones más fidedignas, en cargos civiles, ya como secretario del propio Velázquez, bien como oficial del tesorero Miguel de Pasamonte (Gómara). Hábil y sagaz, procuró granjearse la amistad y bienquerencia del adelantado.

Pero otra vez parece que asuntos de faldas interfirieron en la vida de Hernán Cortés y dificultaron sus relaciones con Velázquez. En el séquito de Dª María de Toledo, la virreina, había llegado un grupo de mozas que despertaron inmediatamente las apetencias de los colonos. Gonzalo Fernández de Oviedo refiere la falta de mujeres, que obligaba a algunos a casarse con indias, aunque «había otros muchos más que por ninguna cosa las tomaran en matrimonio». La llegada de castellanas e «hijosdalgas», por demás, debió constituir un aliciente no pequeño entre los hombres de La Española. Y, ¡como no!, el enamoradizo Cortés puso sus ojos en Catalina Juárez y Marcaida, hermana de Juan Juárez, un granadino que pasó al Nuevo Mundo para probar fortuna en compañía de su familia. Fue uno de los expedicionarios a Cuba y sus allegados le acompañaron.

El rico anecdotario cortesiano debe bastante a sus relaciones con Catalina en diferentes momentos de su vida y con signo distinto, como veremos. Sucedió que el adelantado Velázquez cortejó a otra de las hermanas Juárez —de no demasiada buena fama, por cierto— y por esta razón se sintió en la obligación de exigir a Cortés que cumpliera una supuesta promesa de matrimonio hecha a Catalina. Al resistirse a las nupcias, Velázquez mandó encarcelarlo.

Sin embargo, otra interpretación achaca a motivos políticos la enemistad de Velázquez; quizá determinados enemigos de Cortés lo malquistaron con Velázquez, aunque sí está probado que conspiró con gentes descontentas del gobierno del adelantado: «Acusábanle Baltasar Bermúdez, Juan Juárez, dos Antonios Velázquez y un Villegas para que se casase con ella [Catalina]; y como le querían mal, dijeron muchos males de él a Diego Velázquez acerca de los negocios que le encargaban, y que trataba con algunas personas cosas nuevas en secreto. Lo cual, aunque no era verdad, llevaba color de ello; porque muchos iban a su casa, y se quejaban del Diego Velázquez, porque o no creyó esto, con el enojo que de él tenía porque ya no se casaba con la

Catalina Xuárez, y le trató mal de palabras en presencia de muchos, y aun lo echó preso.»[7] Incluso parece probable que los opositores de Velázquez escribieran a los oidores de la Audiencia de La Española, que investigaban los actos de gobierno, y Cortés portara el informe.

Es muy posible que las dos causas, la personal y la política, confluyeran en la decisión de Velázquez de apresar a Cortés. Logró escapar con la colaboración, al menos pasiva, del guardián. Capturado de nuevo al salir de una iglesia en que se había refugiado para ver a Catalina Juárez, fue recluido en un barco fondeado en la bahía. Repitió Cortés la huida, ahora a nado, contra la corriente y los tiburones, llevando documentos comprometedores para Velázquez. No debió ver otra salida que la de aceptar el cumplimiento de su compromiso matrimonial y buscar el perdón del gobernador.

En realidad, si no hubiera sido por las peripecias rocambolescas originadas por sus tensiones con Velázquez, los años de La Española y de Cuba tendrían poco interés novelesco (tampoco concurrió, sin que se sepa con certeza la razón, a la expedición de conquista del Boriquén, primera de las organizadas bajo el mandato de Diego Colón) y las obras que trataron su vida solían despacharlos con brevedad. Así, *El peregrino indiano*, de Saavedra Guzmán (1599), decía:

En la isla de Cuba acaso estaba
el famoso Cortés entretenido
en actos virtuosos se ocupaba
y era en aquella tierra obedecido.

Poca verdad y mucha alabanza gratuita, como se ve. Pero era su segunda escapatoria de prisión la hazaña más celebrada por el mismo autor:

Mas, tanta la corriente era de un río
que temió aquesta, al barco trastornado,
de su ropa y papeles hizo un lío
sobre sí, y por el piélago nadando
como un pez contra la corriente fiera
salió del mar cansado a la ribera.

La pasión despertada por el tema cortesiano fue tal, que de una simple anécdota como la anterior hicieron cuestión de honor Cervantes de Salazar o Antonio de Herrera[8] negando la ha-

bilidad de nadar al conquistador, circunstancia bastante improbable, por otra parte.

Tras su reconciliación con Velázquez y el casamiento con Catalina, Cortés estabilizó un tanto su vida y fue nombrado alcalde de Santiago de Baracoa. Aunque, genio y figura, no abandonó sus aventuras amorosas, fruto de las cuales fue una hija habida con una india fuera del matrimonio.

Pero si la vida del conquistador en estos años resulta monótona en relación a etapas posteriores, no por ello deja de ser importantísima. «Esta fue para Cortés fase de crecimiento, experiencia y formación», dice Madariaga.[9] En efecto, allí se ejercitó en la administración y en la práctica del sistema colonial, aprendió cuanto de intriga había en el mundo de la conquista y supo de la organización de las empresas de Indias en unas islas desde las que en breves años saldrían expediciones intracaribeñas, a la Florida, a la zona de Tierra Firme, y que pronto contemplarían el salto definitivo hacia el continente, comienzo de la verdadera conquista.

4. La revelación de México

La exploración y descubrimiento de la costa mexicana del actual Yucatán es una consecuencia de los planes colonizadores pergeñados durante la fase de gobierno del almirante Diego Colón y bajo el mandato de los frailes jerónimos. Del mismo modo, en la gestación de las primeras expediciones confluye la experiencia, casi siempre negativa, de las acciones desarrolladas en la zona de Tierra Firme. Por ello, parece oportuno, como hemos hecho en capítulos anteriores, esbozar las principales características de la colonización en ambas áreas, la caribeña y la del istmo panameño.

En 1514, el almirante Diego Colón fue llamado por el rey Fernando a la Península. Su arribada coincide con el fallecimiento del monarca, ocurrido en la localidad extremeña de Madrigalejo a comienzos de 1516, y la asunción de la regencia por el cardenal de Toledo fray Francisco Ximénez de Cisneros. Estamos ante una de las figuras del Renacimiento español cuya personalidad es clave para comprender el sesgo sintetizador de las nuevas ideas con el pensamiento cristiano tradicional que la citada etapa histórica adopta en España. A ello hemos de agregar el componente utópico erasmista, del que tan imbuido estaba el propio cardenal, y que tanta importancia tuvo en el enfoque de las relaciones con los indios y, consecuentemente, en la toma de determinadas decisiones de gobierno.

Es el momento, además, en que se inicia la denuncia de fray Bartolomé de las Casas, convertido en fogoso defensor de los indígenas a partir de sus anteriores experiencias como encomendero, y del elenco de clérigos, dominicos y franciscanos sobre todo, que compartieron ideas similares. Lo cierto es que las revelaciones sobre la condición del indio produjeron un impacto indudable en la opinión española y muy especialmente en el regente, cuya sensibilidad filantrópica de humanista del Renacimiento le llevó a adoptar medidas concretas. La concepción cisneriana de la colonización no acepta como título de legitimación la mera

concesión papal de unos territorios de infieles para su evangelización. En ese sentido, se anticipa al gran teólogo Francisco de Vitoria al estimar lícito el proceso colonizador sobre la base de difundir e imponer una superioridad cultural y moral. No se negaba la condición humana del indio y se reconocía su derecho a la libertad, aunque también la necesidad de tutelarlo para ponerlo «en policía», es decir para insertarlo en un esquema social de convivencia informado por los valores imperantes en el occidente cristiano.

Por ello, Cisneros pensó que para garantizar unas relaciones adecuadas con la población india y, por consiguiente, el progreso de la colonización, los mejores gobernantes serían los clérigos. No estimó oportuno designar a miembros de su propia orden, los franciscanos, ni tampoco de los dominicos, a cuyas filas pertenecían los más conspicuos defensores del indio: Las Casas, Montesinos y fray Pedro de Córdoba. Se decidió por la congregación española de mayor proyección en los siglos imperiales, la orden jerónima, y de este modo fueron nombrados para el gobierno efectivo de las Indias —porque el teórico seguía en poder de Diego Colón— fray Luis de Figueroa, fray Bernardino de Manzanedo y fray Alonso de Santo Domingo, que arribaron a la capital de La Española el día 20 de diciembre de 1516. Las Casas fue designado para el pomposo título de «Protector y Procurador Universal de los Indios» y consejero de los jerónimos en asuntos de indios.

Los fines de su misión eran principalmente dos: poner remedio a los abusos graves y proporcionar al regente una información detallada y veraz de lo que ocurría en las Indias, para lo que se solicitaron los datos oportunos de encomenderos, frailes, particulares y oficiales reales. De las noticias obtenidas se desprendía que había tres posibles soluciones: la libertad de los indios asociada a su condición de tributarios, lo que ya se había mostrado inviable; en segundo lugar, reducirlos en poblados de indios con los necesarios servicios religiosos, hospitalarios, etc. bajo la dependencia de un administrador y un sacerdote; finalmente, la alternativa de respetar las encomiendas, pero con el imperativo de que se atuvieran escrupulosamente a lo establecido en las Leyes de Burgos de 1512 y las complementarias de Valladolid del año siguiente.

Las Casas fue el inspirador de las Instrucciones de 1516, en virtud de las cuales se propugnaba la constitución de comunidades indígenas, pero al no tener carácter imperativo, su interpretación era arbitraria y ello supuso una de las causas del fracaso



El cardenal Cisneros se hizo eco de las primeras dudas que surgieron sobre la legitimidad del dominio español en las Indias y obró en consecuencia. Sala capitular de la Catedral de Toledo.

de tan interesante proyecto. Por si fuera poco, una terrible epidemia de viruela diezmó a la población, y dio al traste definitivamente con el empeño, a pesar de que Las Casas, a quien los jerónimos nunca prestaron demasiada atención como consejero, había viajado a la Península y logrado interesar al propio rey Carlos I y a sus consejeros Croy, Sauvage y el cardenal Adriano de Utrecht.

Una consecuencia del lamentable desenlace de las alternativas lascasianas fue el nuevo auge de la trata de esclavos negros, regulada por la licencia de 1518 que, en la práctica, venía

a reforzar el empleo de fuerza de trabajo de color en las Antillas, incipiente desde 1501 y masivo a partir de 1510.

En este contexto, los jerónimos se vieron impotentes hasta para hacer cumplir las propias leyes de Burgos. Sus adversarios se agrupaban en dos bandos: el colombino, partidario del almirante, y el realista, cuyos representantes nombraron un procurador (Lucas Vázquez de Ayllón) que hiciese llegar al rey las peticiones de los colonos: sujeción a la autoridad real, limitación temporal del cargo de gobernador, perpetuidad de los repartimientos de indios, libertad para comerciar, autorización para efectuar reclutamientos de indios lucayos y trata de negros destinados a Tierra Firme, restablecimiento de la Audiencia y juicio de residencia[1] al gobernador.

Lo que se dirimía en esta oposición de bandos, entre sí y frente a los jerónimos, era la supervivencia de los intereses de los colonizadores amenazados, siquiera en el plano teórico, por el embate ético de la denuncia de los clérigos[2]. La victoria se iba decantar rápidamente del lado de los colonos, primero con la imposibilidad de cumplir las medidas de gobiernos por parte de los jerónimos, luego con la destitución del juez de residencia (asunto en el que los frailes no entendían), el bienintencionado Alonso de Zuazo, y su sustitución por Rodrigo de Figueroa, que no fue precisamente un paradigma de honestidad. Por último, en 1520, Diego Colón tomaba de nuevo el poder efectivo y concluía la peculiar experiencia del gobierno clerical.

Por lo que se refiere a la Tierra Firme, zona comprendida entre el golfo de Urabá y el puerto de los Escribanos, había sido recorrida por Rodrigo de Bastidas en 1501 y por Colón en su cuarto viaje. Posteriormente Ojeda y Nicuesa la hicieron teatro principal de sus expediciones. Pero desde 1509, el interés por la zona aumenta con motivo del despoblamiento de las Antillas, que convirtió al área del istmo en fuente posible de mano de obra, por la existencia de oro y la riqueza en perlas de las plataformas litorales. En un principio, son dos gobernaciones —el Darién y Veragua— las que institucionalizan la presencia castellana, pero en 1513 se refunden en la de Castilla del Oro, cuya constitución es casi coincidente con una de las grandes gestas descubridoras de la colonia: la del Mar del Sur (Océano Pacífico), llevada a cabo por Vasco Núñez de Balboa. Precisamente, los enfrentamientos entre Balboa, hombre de gran popularidad y carisma en la colonia, y el gobernador Pedrarias Dávila caracterizan esta fase, que culmina con la fundación de Panamá y la eliminación de Balboa en 1519. La zona, debido a su privilegiada situación geográfica,

Moneda de Panamá (1930) con la efigie de Vasco Núñez de Balboa, descubridor de la Mar del Sur, región que más tarde se convertiría en obsesión exploradora de Hernán Cortés. Museo Marítimo, Barcelona.



fue un puente que favoreció las relaciones entre las áreas que corresponden a las actuales Costa Rica, Nicaragua y Honduras y las comarcas de Coro, Santa Marta y Cartagena. Esas líneas de influencia se convirtieron en direcciones de conquista, sobre todo a partir del asentamiento de la colonia.

Pero lo que más nos interesa ahora es precisar el carácter de la primera fase colonizadora en Tierra Firme. Gracias a la investigación del historiador chileno Mario Góngora[3], podemos asociar las empresas coloniales a la fórmula de la «cabalgada», incursión ligera con un fin determinado, exponente de un contexto social y económico inestable y poco definido y de una institucionalización de escaso desarrollo. Ello no implica despreocupación por los aspectos jurídicos; fue en 1514, y en una expedición de Pedrarias Dávila, donde se hizo conocer a los indios por vez primera el *requerimiento*, manifiesto con que se arengaba a los indígenas para hacerles saber el derecho que asistía al monarca español en su propósito de dominar aquellas tierras y los males que se seguirían de no aceptar un sometimiento pacífico.

Las «cabalgadas» se dirigieron a los centros más poblados para capturar indígenas y a las zonas auríferas o proveedoras de perlas, donde el botín era rentable y los rescates solían revestir caracteres violentos. Las Casas, desde una perspectiva parcial y exagerada, pero no por ello menos gráfica, recoge la experiencia

HISTORIA
VERDADERA
DE LA CONQVISTA
DE LA
NUEVA-ESPANA
ESCRITA

Por el Capitan Bernal Diaz del Castillo, vno de sus Conquistadores

SACADA A LVZ

Por el P.M. Fr. Alonso Remon, Predicador, y Coronista General del Orden de Nuestra Señora de la Merced Redempcion de Cautivos.

A LA CATHOLICA MAGESTAD DEL MAYOR MONARCA DON FELIPE QVARTO, Rey de las Españas, y Nuevo Mundo, N. Señor.

CON PRIVILEGIO.

En Madrid en la Imprenta del Reyno Año de 1632.

de estas incursiones: «Este gobernador [Pedrarias] y su gente inventó nuevas maneras de crueldades y de dar tormentos a los indios, porque descubriesen y les diesen oro. Capitán hubo suyo que en una entrada que hizo por mandato de él para robar y extirpar gentes, mató sobre cuarenta mil almas.»[4]

Lo que sí es cierto es el impacto de tales procedimientos colonizadores sobre la población india, que desaparecía por exterminio o se retraía al contacto con los conquistadores. De este modo, las expectativas de quienes acudieron a Castilla del Oro se vieron defraudadas en gran medida, al menos antes de 1520, obligando a una movilidad geográfica acusada en busca de nuevos escenarios más favorables.

Veremos como algunos de los rasgos de las Antillas y Tierra Firme que acabamos de exponer (fines evangelizadores teóricos, práctica del rescate fácil como objeto de las expediciones, necesidad de mano de obra que obliga a efectuar incursiones para capturar indígenas, descontento de los conquistadores ante una realidad menos lisonjera que la esperada, atractivo carismático de los jefes de hueste, etc.) van a tener un papel decisivo en el asalto definitivo al continente durante el descubrimiento y conquista de México.

El pionero Hernández de Córdoba

Diego Velázquez había buscado infructuosamente la expansión desde la base de Cuba a partir de 1513. Legalmente, el proyecto era imposible, a menos que conculcase la autoridad del virrey Colón. Pero con la llegada de los jerónimos al gobierno de La Española, el panorama cambió, gracias a la concesión a los colonos de Cuba por parte del regente Cisneros del derecho a la libertad de comerciar y de la licencia para efectuar expediciones de particulares, que podrían armar a su costa navíos y descubrir islas y tierras según sus intereses.

De una de estas empresas nacería el proyecto mexicano. Bernal Díaz del Castillo, soldado que participó desde el comienzo en la conquista del continente y posteriormente formó en la hueste de Cortés, se convierte desde ahora para nosotros en fuente de primera mano, a través de una de las crónicas de Indias más importantes por sus valores testimoniales y literarios: la *Historia Verdadera de la conquista de la Nueva España.*[5]

◀ *Portada de la edición de 1632 de la obra de Bernal Díaz del Castillo.*

En 1517 ciento diez colonizadores de la Tierra Firme, partidarios de Balboa, emigraron a Cuba ante las escasas perspectivas que se le ofrecían allá para colmar sus ansias de gloria, fortuna y aventura. La tierra estaba ya ocupada y, como decía Bernal, era «muy corta y de poca gente». En el plano anecdótico, añadamos que también afirmaba haber presenciando la ejecución de Balboa, cosa imposible porque no tuvo lugar hasta dos años más tarde. Una flaqueza de memoria o el afán de protagonismo tendrían la culpa de este yerro de nuestro historiador.

Tampoco parece que se tornara la ventura para los emigrados de Tierra Firme en Cuba y ya llevaban algún tiempo en actividades poco relevantes para sus aspiraciones cuando concertaron su enrolamiento en la hueste de un rico hidalgo, Francisco Hernández de Córdoba, encomendero de un amplio contingente de indios. Otros colonos sin fortuna en Cuba completaron los efectivos humanos de la expedición, organizada al amparo de las concesiones cisnerianas antes mencionadas. Sin embargo, los recursos allegados no eran suficientes y el gobernador Velázquez dio un tercer navío a cambio de que los conquistadores le aportaran un cargamento esclavista. Bernal aporta su punto de vista, que tan bien resume el conflicto entre la realidad de unas expediciones y la postura ética —asumida sincera o farisaicamente— de defender la condición humana del indio y el trato consecuente: «... nos habíamos de obligar, todos los soldados, que con aquellos tres navíos habíamos de ir a unas isletas que están entre la isla de Cuba y Honduras, que ahora se llaman las islas de las Guanajas y que habíamos de ir de guerra y cargar los navíos de indios de aquellas islas para pagar con ellos el barco, para servirse de ellos por esclavos. Y desde que vimos los soldados que aquellos que pedía al Diego Velázquez no era justo, le respondimos que lo que decía no lo mandaba Dios ni el rey, que hiciésemos a los libres esclavos.»[6] Velázquez hubo de renunciar a su cargamento humano ante tan contundente y razonada negativa, y la expedición se hizo a la mar.

Desde Santiago, Antón de Alaminos conduce la flota bordeando la isla por el norte y el 8 de febrero de 1517 zarpa de La Habana rumbo a lo desconocido. Alaminos es un veterano de Indias, piloto desde los viajes colombinos, en el último de los cuales dice haber visto una canoa india, cuya construcción mostraba una alta técnica, cargada de mantas, telas de colores, hachas, etc., todo ello producto de una civilización refinada. Ahora, alimenta las mentes de los expedicionarios con la ilusión de que se arribará a las ricas islas pobladas por quienes construyeron aque-

lla canoa. Porque Alaminos es un visionario insular: a lo largo del viaje creerá estar llegando a una isla tras otra. La literatura medieval que tanto influyó en Colón parece haber impresionado también al que fue su piloto.

Tras sortear un violento temporal, la flotilla avista las costas del Yucatán y se sorprenden ante la contemplación de un poblado de construcciones más sólidas que las vistas hasta entonces en las islas y Tierra Firme con su templete correspondiente. La mente calenturienta de los viajeros no necesita mucho para magnificar su descubrimiento y bautizarlo con la denominación de El Gran Cairo. Como se ve, ningún empacho tuvieron en establecer la comparación con la que ellos consideraban ciudad más grande del mundo infiel. A los indígenas que hallaron en la zona los dieron de comer tocino y pan cazabe (hecho de la harina extraída a partir de la raíz de la yuca) y los obsequiaron con sartalejos de cuentas verdes como signo de buena voluntad. Estos indígenas repetían insistentemente la expresión «conex c'toch», que Bernal transcribe de oído «con escotoche» y traduce por «andad acá a mis casas». El resultado de este galimatías lingüístico es el bautizo del cabo cercano como Punta de Catoche.

Aquí tendrán su primera escaramuza con grupos de mayas protegidos por una especie de tela acolchada que hace las veces de armadura y armados con arcos y lanzas. Contemplan también el efecto ahuyentador y desmoralizador de las quince ballestas y los diez arcabuces que han bajado a tierra. Mientras dura la refriega, el clérigo de la expedición dirige el expolio de un pequeño botín: «ídolos de gestos diabólicos, y unas patenillas de medio oro, y unos pinjantes y tres diademas, y otras piecezuelas a manera de pescados y otras a manera de ánades, de oro bajo. Y después que lo hubimos visto, así el oro como las casas de cal y canto, estabamos muy contentos porque habíamos descubierto tal tierra, porque en aquel tiempo no era descubierto el Perú.»[7]

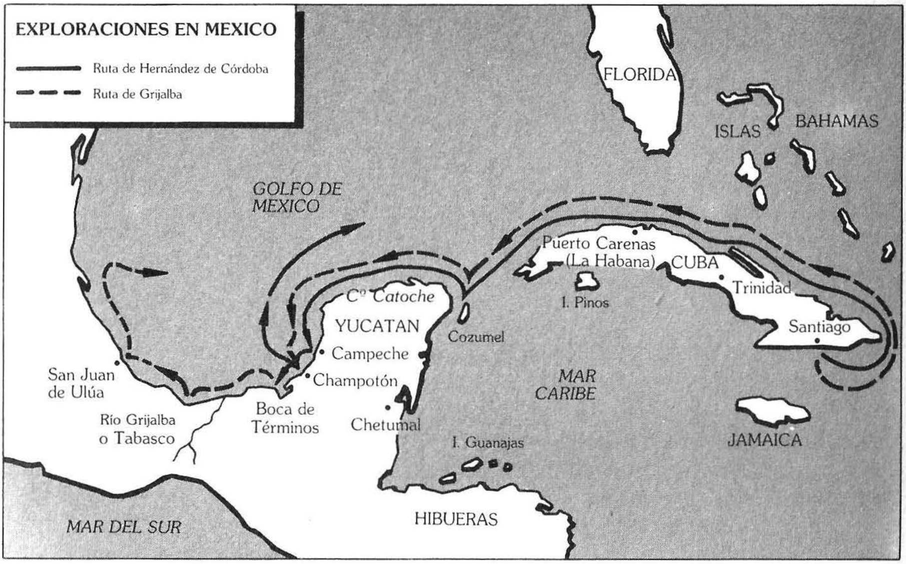
En la retirada hacia las naves, efectúan una captura más rentable que el botín de escasa calidad: dos indios «trastabados de los ojos» (bizcos), a los que cristianarán con los nombres de Melchorejo y Julianillo, y que les serán en adelante de suma utilidad como *lenguas* (intérpretes).

Bordean la costa de Yucatán por la zona en que el país es más inhóspito y seco: «... es una tierra la de menos tierra que yo he visto, porque toda ella es una viva laja, y tiene a maravilla poca tierra, tanto que habría pocas partes donde se pueda cavar un estado sin dar en grandes bancos de lajas muy grandes.»[8] Así

define fray Diego de Landa el área que los conquistadores recorren. La navegación es difícil y se evita hacerla por la noche. El peligro de ataques indios está siempre presente y, sin embargo, es necesario encararlo con frecuencia porque la falta de agua se ha convertido en el principal problema. La precaria financiación del periplo comienza a hacerse evidente: ni siquiera las pipas para el agua tienen una calidad mínima y el preciado líquido, que tanto cuesta obtener, se escapa de sus recipientes.

En la bahía de Campeche, donde se desembarca para hacer la aguada, oyen a unos indios por vez primera unas enigmáticas palabras: «Castilan, Castilan.» Los navegantes son invitados al poblado próximo, donde nuevamente quedan impresionados por la solidez de las construcciones de cal y canto y los «adoratorios» de los ídolos, en uno de los cuales ven sangre fresca, lo que aumenta sus temores y extrema sus precauciones para no verse sorprendidos por una «zalagarda» (el término es de Bernal) como la de Catoche. Pero los indígenas les reservan una sorpresa en forma de aviso: «... nos trajeron zahumerios, como a manera de resina, que entre ellos llaman copal, y con braseros de lumbre nos comenzaron a zahumar, y por señas nos dicen que nos vayamos de sus tierras antes que aquella leña que tienen llegada se ponga fuego y se acabe de arder, si no que nos darán guerra y nos matarán.» Se impone una rápida retirada, que sólo el prolongado ritual que siguen los mayas para entrar en combate[9] evita que se convierta en un desastre. Por muy poco consiguen escapar de aquella tierra a la que denominan Lázaro, por el día en que se descubrió, domingo de Lázaro.

De nuevo han de sortear los peligros del mar antes de llegar a una bahía próxima a Potonchan (Champotón), sembrada de maizales, según se divisa desde la costa. El paisaje ha cambiado y estas tierras serían más propicias para el establecimiento, pero los expedicionarios están muy quebrantados en sus fuerzas y en su espíritu y sólo desean salir cuanto antes de lo que se ha convertido en un penoso purgatorio. Por segunda vez oyen las palabras «Castilan, Castilan» que tanto les habían intrigado en su escala anterior. Sin comprenderlas por completo, intuyen que es una interrogación sobre su procedencia y responden que vienen «de donde sale el sol». Lo que ignoran es el interés de los indios por saber el origen de su derrotero: aquella era la última tierra que, según las creencias indígenas, había pisado Quetzalcóatl prometiendo su regreso. De ahí la expectativa de los naturales del país. Pero sobre esta circunstancia, tan afortunada para los españoles en la conquista de México, volveremos más adelante.



Los expedicionarios no salen de sus dudas de si atacar o no a los indígenas, pero éstos acaban con sus vacilaciones: una mañana atacan en tropel y diezman a los hombres de Hernández de Córdoba. El propio capitán escapa con diez heridas; Bernal refiere que recibió tres y les hicieron dos prisioneros. No quedaba más solución que la retirada y deciden volver a Cuba ante la imposibilidad de cumplir ninguno de los fines del viaje. El lugar quedará bautizado como «bahía de la Mala Pelea».

El retorno es penosísimo. A las cincuenta y siete bajas resultantes del encuentro con los indígenas hay que sumar las penurias de agua («Digo que tanta sed pasamos, que en las lenguas y bocas teníamos grietas de la secura», expone Bernal) y los siempre peligrosos vientos de la zona. Alaminos, siempre empeñado en la insularidad del Yucatán, decide elegir la ruta hacia Florida para luego buscar el Puerto de Carenas (La Habana), en lugar de volver sobre lo andado.

Al llegar a Cuba, escriben a Diego Velázquez, para comunicar el regreso y justificar el viaje: «que habíamos descubierto tierras de grandes poblaciones y casas de cal y canto, y las gentes naturales dellas andan vestidas de ropa de algodón y cubiertas sus vergüenzas y tenían oro y labranzas de maizales.» Estas palabras, que Bernal recoge, se difundieron por la isla como aliciente para emprender nuevas expediciones, sin que desalentara a acometerlas la muerte de alguno de los viajeros, entre ellos el

propio Hernández de Córdoba, fallecido a consecuencia de las heridas recibidas.

Velázquez, según su habitual proceder, puso en su haber la gloria de la expedición y así se lo hizo saber Rodríguez de Fonseca al rey Carlos, que se encontraba aún en Flandes. Bernal adopta, como hace a lo largo de su crónica, el punto de vista de la hueste: «y no hizo mención de ninguno de nosotros los soldados que lo descubrieron a nuestra costa.»

La expedición de Grijalva

El gobernador de Cuba decidió organizar otra expedición, para asegurar la prioridad de sus derechos de descubrimiento sobre las costas yucatecas. Su contribución, como siempre, fue escasa en relación a sus pretensiones: los navíos del viaje anterior, otros dos que añadió y baratijas de poco valor para intercambiar con los indígenas en el rescate. Los bastimentos de la escuadra fueron allegados por los jefes y aun por los mismos expedicionarios. Oviedo cita con especial énfasis la carga de varias pipas de vino de Guadalcanal que tanto gustaban a los indios. Un recurso de «brillante» futuro en las colonizaciones europeas en América se ponía en marcha.

La armada se confió a Alvarado, Montejo, Alonso Dávila y, como jefe, Juan de Grijalva, cuyas condiciones para dirigir una empresa de Indias en aquella dura fase hay que poner entre paréntesis, toda vez que Las Casas alaba su bonhomía y afirma que hubiera sido un buen fraile, cualidades estimables en circunstancias distintas a las que ahora encaraba la expedición, como el desarrollo de los acontecimientos mostraría cumplidamente.

El 8 de abril de 1518, tras el consabido ritual de arengas, entrega de instrucciones y misa, se hizo a la mar la pequeña escuadra. A comienzos de mayo llegaban los viajeros, a la isla de Cozumel, de la que tomaron posesión en nombre del rey de España. Los indígenas, sin embargo, habían huido y la «conquista» no ofreció mayores problemas. A pesar de los intentos de Grijalva por entablar contacto con los nativos del lugar, no fue posible. Tan sólo pudieron hablar con una «india moza de buen parecer», naufraga jamaicana que había llegado a aquellas costas y ahora embarcó con los españoles.

Operación de rescate comercial de Juan de Grijalva con los indios de Tabasco. Cuadro realizado a partir de un grabado de la Historia de la conquista de México, *de Antonio de Solís. Museo de América, Madrid.* ▶



El 7 de mayo avistaron el litoral yucateco, donde divisan una ciudad con casas de cal y canto que comparan con Sevilla. Recordando las dificultades con los indios en el viaje de Hernández de Córdoba, se prefirió no desembarcar para el aprovisionamiento de agua, que se hizo volviendo a Cozumel. Grijalva prentendía no sólo evitar cualquier incidente con los indígenas en las costas, sino también controlar una posible negociación con ellos, lo que provocó cierta oposición en su hueste. Sin embargo, el enfrentamiento no se pudo soslayar en Champotón, lugar de amargo recuerdo por el ataque que allí sufriera la expedición de Hernández de Córdoba. Tampoco ahora les fue demasiado bien a los hombres de Grijalva: el propio capitán cayó herido con sesenta de sus soldados, tal vez menos, si las cifras que proporciona Bernal son exageradas, y siete de ellos murieron. La escaramuza tuvo una anécdota que recoge Bernal: en plena refriega, una nube de langosta hizo que los combatientes se vieran sumidos en la confusión, al no discernir con claridad entre flechas e insectos.

El periplo continúa bordeando la costa por la isla del Carmen hasta llegar a un amplio estuario o laguna litoral, donde el piloto Alaminos cree poder confirmar su obsesiva teoría de la insularidad. Bautizan la zona como Boca de Términos y se encaminan, mientras contemplan un paisaje totalmente distinto de exuberante vegetación, hacia el río Tabasco, denominado desde entonces de Grijalva. En este punto, con las naturales precauciones y protegidos por los ropajes de algodón que los indígenas utilizan como escudo contra flechas y lanzas, desembarca parte de los conquistadores y hace conocer a los naturales de la zona por medio de los intérpretes Julianillo y Melchorejo el poder del rey Carlos, señor de aquellos soldados que con sus ballestas, arcabuces y falconetes tanto respeto les infunden, y de lo muy ventajoso que les resultaría convertirse en súbditos suyos. Las baratijas que se les entregan, juntamente con la arenga, son de su agrado, pero no bastan para que los nativos manifiesten intención de someterse. Todo lo contrario: advierten de las fuerzas con que cuentan y también su propósito de mantener la paz. Como prueba de ello «pusieron en el suelo unas esteras, que acá llamar petates, y encima una manta, y presentaron ciertas joyas de oro, que fueron collares de cuentas variadizas, y otras cosas de oro de poco valor, que no valían doscientos pesos; y más trajeron unas mantas y camisetas de las que ellos usan, e dijeron que recibiésemos aquello de buena voluntad, e que no tienen más oro que nos dar; que adelante, hacia donde se pone el sol,

hay mucho, y decía: "Culúa, Culúa, México, México"; y nosotros no sabíamos qué cosa era Culúa, ni aún México tampoco.»[10] Habían sonado las mágicas palabras que marcarían el destino de la conquista.

La siguiente etapa es otro río, en cuyas márgenes unos indios engalanados hacen señales con banderas blancas desde barcos aderezados con lujo. Los invitan a desembarcar y, a cambio de las cuentas de cristal verde que reciben, ellos regalan algunos objetos de oro. Los intérpretes no pueden ejercer ya su función porque aquellos indios hablan una lengua distinta de la maya, pero ante la insistencia de los españoles por conocer la procedencia del oro regalado repiten de nuevo las dos misteriosas palabras: «Culúa, México.» Por su parte, los indios, enviados de Moctezuma, el emperador de la Confederación Azteca, tampoco logran averiguar con certeza si la presencia de aquellos hombres tiene algo que ver con el profetizado regreso del dios Quetzalcóatl.

Tras hacerse de nuevo al mar, visitan tres islas, en la última de las cuales permanecen diez días, agasajados por los indígenas, que incluso construyen unos cobertizos con ramas para que protejan de los ardores solares a los expedicionarios. También aquí el rescate de objetos de oro resulta provechoso, pero los soldados quedan impresionados por la visión de cuerpos mutilados y descuartizados tras haber sido sacrificados a los dioses, «ídolos de malas figuras». Será la isla de los Sacrificios.

El largo viaje va a tocar a su fin cuando Grijalva ordena desembocar en otro lugar, donde encuentran un templo dedicado al dios Tezcatlipoca y nuevos restos de cuerpos sacrificados. Los españoles reciben la explicación de que aquellos rituales sangrientos se efectúan para cumplir ordenes llegadas de Culúa. Como los expedicionarios entienden «Ulúa» y es el día de San Juan, el lugar recibe la denominación de San Juan de Ulúa, puerto de gran importancia futura.

Las fuerzas y los recursos empiezan a fallar, pero la resistencia a volver es grande: el desigual botín rescatado en el viaje, que Gómara describe con sumo detalle,[11] les parece el anticipo de riquezas sin cuento. Por si fuera poco, una «estrella centelleante» que contemplan es interpretada como una señal inequívoca y providencial que les señala una tierra para poblar. Pero la situación es dificil y Grijalva decide enviar a Cuba a Alvarado para que busque auxilio, medida que provoca divergencias con Montejo y Dávila. Simultáneamente, Velázquez ha enviado desde Cuba a Cristóbal de Olid para que investigue la suerte de la

expedición de Grijalva, de la que nada se sabe. Olid volverá a la isla antillana sin lograr su propósito.

Alvarado, que siempre ha visto con malos ojos el mando de Grijalva, no escatima las críticas sobre la capacidad del jefe de la empresa ante Velázquez, pero insiste en la necesidad de realizar nuevos viajes porque la fortuna que espera bien merece la pena. Ese es el propósito del gobernador, pero se alarma al tener noticias de que, en la Corte de España, el rey Carlos está a punto de conceder la licencia para conquistar la «isla» de Yucatán a un flamenco. Para evitar quedar descolgado de la prometedora empresa, envía a la península a su capellán con el fin de que le gestione el título de adelantado de la Isla Rica (Yucatán).

Cuando el maltrecho Grijalva vuelve de su viaje, Velázquez ya tiene decidido el siguiente y definitivo.

5. La hora de Cortés

Desde su llegada al Nuevo Mundo, tras su paso por La Española y el posterior servicio a las órdenes de Diego Velázquez, Cortés no ha dejado de ser un colono y burócrata de mediana fortuna. Los indios de que dispone por repartimiento, los yacimientos mineros de su propiedad y las actividades comerciales que practica en sociedad con Andrés de Duero, secretario de Velázquez, le permiten unas rentas superiores a las que disfrutan la mayor parte de los colonizadores. Pero esas realidades no satisfacen las recónditas expectativas que abriga el extremeño. Por otra parte, las noticias que nos han llegado hablan de un derroche excesivo en los gastos, achacable en gran medida a Catalina Juárez, la esposa de Cortés, cuyos caprichos de ostentación casi siempre eran complacidos. Bien es verdad que la experiencia al servicio de la incipiente administración colonial le será de enorme utilidad en un futuro muy próximo, pero la gloria y la fortuna era preciso buscarlas por otros derroteros.

La ocasión se iba a presentar con motivo de la organización del nuevo viaje proyectado a las costas yucatecas por Diego Velázquez, tras el poco afortunado de Hernández de Córdoba y del dirigido por Grijalva, cuyo desenlace era aún desconocido. Es decir, el gobernador de Cuba —y este es un dato destacado por casi todos los biógrafos de Cortés— tenía ya decidida una tercera expedición antes del regreso de la anterior.

El primer escollo a salvar por Cortés era su propia designación como capitán de la armada. Aquí se valió de la influencia ante Velázquez del secretario Andrés de Duero, su socio comercial, y de Amador de Lares, un veterano de las guerras de Italia, astuto, valiente y curtido por la experiencia, aunque casi analfabeto. Con tales valedores y su innegable ascendiente sobre el gobernador, Cortés logró el encargo para dirigir la flota. Es este, no obstante, un punto controvertido, ya que Bernal afirma tajantemente: «...y todos los más soldados que allí nos hallamos decíamos que volviese el Juan de Grijalva, pues era buen capitán

y no había falta en su persona y en saber mandar.»[1] Sin duda, se trata de una afirmación que el cronista hizo *a posteriori* como reflexión sobre las cualidades humanas de Grijalva destacadas por otros autores, según hemos apuntado anteriormente. Pero debemos insistir en que la jefatura de Cortés estaba ya resuelta con anterioridad al regreso de la expedición anterior, y el supuesto deseo a que Díaz del Castillo se refiere no deja de ser una manifestación del buen concepto que de Grijalva tenía parte de la hueste de su viaje, aunque, en último término, sin posibilidad apenas de convertirse en realidad. Porque, en efecto, el 23 de octubre de 1518, concretamente un día antes del regreso de Juan de Grijalva, el gobernador Velázquez daba a Hernán Cortés las Instrucciones del viaje.

Aquí sí que nos encontramos ante un problema controvertido, desde el momento en que el carácter de la empresa cortesiana y los juicios que suscitó entonces y posteriormente están mediatizados por el testimonio del propio conquistador: ¿llevaba Cortés poderes para poblar las tierras que descubriese y conquistase en nombre del rey de España o sólo tenía autorización para rescatar?

Objetivos y organización de la expedición

Hay una serie de objetivos sobre los que las Instrucciones son bien explícitas:

—el rescate de seis cristianos presos en Yucatán, sobre cuya situación sólo se tenían vagas referencias;

—la realización de cartas de las costas que se explorasen y la confección de memorias sobre las mismas, en las que se destacasen los puertos existentes, las fuentes de aprovisionamiento de agua, etc.;

—la toma de posesión de las tierras descubiertas con el aparato que la ocasión requería: mediante un escribano y en presencia de testigos;

—la exploración de dichas tierras: condiciones de habitabilidad, recursos con que contaban, carácter de sus naturales, etc.;

—requerir a los indígenas su sometimiento al rey de España, so pena de graves males, y la guerra contra ellos, en caso de no aceptar la sumisión;

Diego Velázquez elige a Cortés como jefe de la tercera expedición enviada a Yucatán. Museo de América, Madrid. ►



—instruirlos en las verdades de la fe cristiana;
—rescatar oro y recabar noticias de los lugares donde pudiera haberlo;
—tratar de encontrar el reino mítico de las amazonas y las tierras pobladas por los seres extraños que tanto abundaban en los relatos medievales.

Como se ve, un capítulo amplio de objetivos, alguno de ellos difícil de alcanzar en un simple viaje de exploración y rescate, que dejaba en los reinos de la ambigüedad la posibilidad de poblar. Pero hay menos dudas acerca de los propósitos de Cortés desde el momento en que alcanzó la capitanía general de la armada: en los pregones que mandó publicar para organizar la empresa estaba mucho más claro el propósito poblador. Por otra parte, habida cuenta del clima de fracaso —al menos relativo— que rodeó a las anteriores expediciones y de las dudas que suscitaban los fines del nuevo viaje, Cortés necesitaba un éxito claro —y ello implicaba poblar— a fin de justificar la dudosa autoridad de que iba provisto para la consumación de determinados objetivos.[2]

Ahora bien, si Cortés llevaba a cabo esos proyectos, se enfrentaba a las atribuciones del propio Velázquez, y como casi toda la colonia era consciente de los propósitos del extremeño, no tardaron en hacer su aparición los rumores de una anunciada rebelión, que sus enemigos recordaban constantemente al gobernador para intentar que revocase el nombramiento de Cortés. Incluso hay una curiosa anécdota al respecto referida por Bernal. Había un bufón algo demente al servicio de Velázquez que un día en que el gobernador iba con Cortés por la calle gritó estentóreamente en público: «A la gala de mi amo; Diego, Diego, ¿qué capitán has elegido? Que es de Medellín de Extremadura, capitán de gran ventura. Mas temo, Diego, no se te alce con el armada; que le juzgo muy varón en sus cosas.» Incluso un astrólogo, también algo tronado según los cronistas, comunicaba a Velázquez sus predicciones sobre la futura rebelión de Cortés. En último extremo, el gobernador tampoco debía sorprenderse mucho, a poco que pensara en los quebraderos de cabeza que le había causado el ahora capitán de la armada a propósito del matrimonio con Catalina Juárez.

Hay un punto de las Instrucciones de Velázquez que merece la pena comentar: el referido a la búsqueda de tierras de amazonas y gentes extrañas, como los hombres cinocéfalos (con cabeza de perro); y no tanto por mera curiosidad como por el hecho de que constituye uno de los rasgos de medievalismo en la

conquista y un móvil indudable que espoleó las mentes calenturientas, atraídas por el oro y los reinos fantásticos.

Luis Weckmann, que ha dedicado un excelente trabajo al medievalismo en la conquista de México,[3] habla del mito de las amazonas como un componente básico de la geografía teratológica (referida a monstruos y prodigios) en el Nuevo Mundo. Marco Polo y Jean de Mandeville ya lo habían recogido en sus textos y los conquistadores españoles lo convirtieron en una de sus obsesiones. En la expedición de Grijalva, los intérpretes Melchorejo y Julianillo ya habían hablado de una isla poblada por mujeres. En 1524 y 1527 Carlos V recibió noticias de que había sido descubierta una isla de amazonas «rica en plata, oro y perlas». Más tarde, en 1533, la expedición de Diego de Becerra y, en 1535, la del propio Cortés a la baja California vuelven a poner de actualidad el tema. El propio nombre de California aludía a un mito medieval recogido en *Las Sergas de Esplandián*, continuación del *Amadís de Gaula*, donde se mencionaba una isla gobernada por la reina Calafia y poblada por amazonas y grifones. Antonio de Herrera asegura que fue el propio conquistador el que bautizó con tal nombre a la península que él suponía isla.

Fue esta creencia de encontrarse en un conjunto de islas (la imagen del «archipiélago asiático» la denomina Weckmann) otra de las constantes de la primera fase de la presencia española en América. Ya hemos visto como el piloto Alaminos pensó que el Yucatán era una isla, y ese error persistía aún en una edición de la *Segunda Carta de relación* de Cortés (Nuremberg, 1524) y en una bula del papa Clemente VII de la misma fecha. El propio Alaminos fue uno de los más enconados buscadores de la Fuente de la Eterna Juventud, que se suponía situada en las míticas tierras del Preste Juan y había sido uno de los instrumentos propagandísticos para atraer hombres a las cruzadas medievales. Y no queda ahí la variopinta geografía mítica de la conquista de México: Grijalva había oído hablar de los *panoti*, hombres que dormían bajo el agua, y de seres de enormes orejas. Bernal vio en Tlaxcala y en las cercanías de Tenochtitlan huesos que se suponía eran de gigantes. Más tarde, en la expedición de Diego de Becerra a la Mar del Sur (1533), hubo noticias de sirenas. Y los ejemplos de estas fantasías que tanto alentaron la conquista podrían multiplicarse. Incluso cuando Gómara habla de los tiburones, lo hace en términos que recuerdan a los terroríficos animales que tanto turbaron el ánimo del hombre medieval.

Mas volvamos a Santiago de Cuba donde Hernán Cortés ha comenzado a ejercer como capitán general de la armada, por

lo pronto porque «se comenzó de pulir e abellidar en su persona mucho más que de antes, e se puso un penacho de plumas con su medalla de oro que le parecía muy bien».[4] Pero el ejercicio de su cargo iba mucho más allá de este detalle de vestuario. Cortés inició la organización de la empresa y la recluta de su hueste. Como la mayor parte de las empresas de Indias, la de Hernán Cortés sería de iniciativa privada, y aunque se hizo bajo el patrocinio y autoridad de Diego Velázquez, era el gobernador un hombre que nunca se caracterizó por su esplendidez, aunque luego sí que se mostrara ávido de acumular beneficios. Así, los gastos de la expedición corrieron fundamentalmente a cargo de los propios participantes. Cortés los reclutó en Santiago, Trinidad y Puerto Carenas, tres ciudades clave en la colonización de la isla de Cuba.

Bastantes polémicas ha provocado el tema de la hueste indiana. En general, predominan las opiniones que sostienen el origen medieval de la institución: Chaunu ha afirmado que su actuación se asemeja a las cabalgadas que se hacían en tierras de moros durante la Reconquista, pero con ello aludía más al procedimiento de actuación que al carácter de la tropa. El profesor Demetrio Ramos quiere ver el antecedente de la hueste indiana en las compañías marítimas mercenarias del medioevo,[5] idea que asume parcialmente Ruggero Romano. Por su parte, Hernández Sánchez-Barba defiende que el origen de la hueste hay que buscarlo en los «caballeros de cuantía» extremeños, que recibían mercedes del rey a cambio de prestar servicios a caballo. Weckmann considera que las huestes constituían «bandos de conquistadores, ya que fueron un fiel reflejo de las fuerzas así llamadas que participaron en la Reconquista española, con su elemento aventurero de seguidores e hijosdalgo, caballeros y pecheros, y con una participación convenida de antemano en el botín».[6] No falta, sin embargo, quien otorga una caracterización más moderna a la hueste, concretamente el reclutamiento, que no existió en la época medieval y que nació en el reinado de los Reyes Católicos como medio para cubrir las plazas que dejaban los licenciados en los regimientos. No solía ser el Estado quien la realizaba, sino que se encomendaba a particulares (reclutamiento por comisión), generalmente a los propios capitanes, quienes se daba instrucciones sobre el lugar de la recluta, número de hombres necesarios y condiciones que debían reunir.[7]

Prescindiendo de la polémica anterior, nos interesa destacar que la recluta y organización de la hueste comportaba unos procedimientos casi rituales. Un aparato de tambores y bande-



Cristóbal de Olid, «el muy esforzado» según Bernal, pero también ambicioso de poder. Tras su activa participación en la conquista de México, se alzaría contra la autoridad de Cortés en las Hibueras, lo que le costó la vida.

ras acompañaba a la convocatoria. Los enrolados pactaban con el promotor de la expedición sufragar una parte de la misma o, al menos, su equipo y manutención. No se acordaba sueldo y todo quedaba a expensas de los beneficios que se pudieran obtener en la empresa. Entre los componentes de la hueste y el jefe se establecían unas relaciones directas y personales. En cierto modo, las instrucciones dadas para cada empresa definían el carácter de la hueste. Así, Madariaga ha podido decir que en las

expediciones confluían rasgos de espontaneidad, igualatarismo y «democracia».

Claro que esas características propiciaban numerosas desavenencias: «La "hueste" fue un aparato abierto con todas sus consecuencias y, a la vez, se estimaban los efectos conflictivos derivados de las discrepancias de los socios-cabeza con el socio-conductor.»[8] Por otra parte, el jefe no dudaba en aplicar una drástica disciplina si era preciso: Cortés mandaría poner grillos en Cozumel al piloto Camacho por no respetar las órdenes y en Catoche azotaría a unos ladrones de tocino.

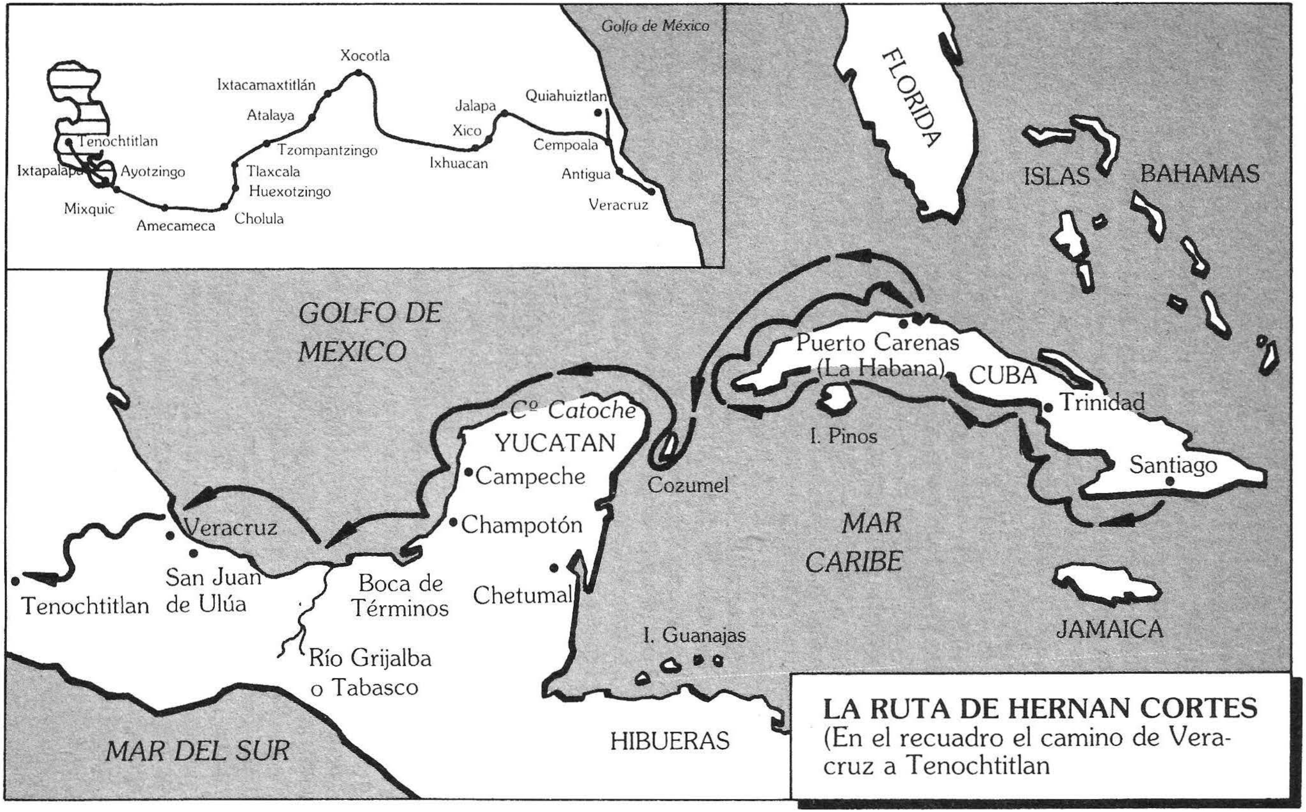
La empresa de Cortés despertó un interés notorio; buena prueba de ello fue el alistamiento en Santiago de deudos del propio Velázquez, si bien es cierto que Bernal justifica el hecho por el deseo del gobernador de contar con gente fiel en la expedición, caso de Diego de Ordás. Temiendo Cortés, en consecuencia, alguna maniobra de Velázquez que hiciera peligrar el viaje, zarpó rápidamente hacia Trinidad, donde mandó «poner su estandarte delante de la posada y dar pregones, como se había hecho en la villa de Santiago, y mandó buscar todas las ballestas y escopetas que había, y comprar otras cosas necesarias y aun bastimentos y de aquesta villa salieron hidalgos para ir con nosotros». Esos acompañantes a los que Bernal se refiere fueron los cinco Alvarado, Alonso Dávila (viajero como Pedro de Alvarado en la expedición de Grijalva), Cristóbal de Olid y Juan de Escalante. Al mismo tiempo, hizo reclamo en la villa interior de Sancti Spiritus, de donde llegaron Alonso Hernández Puertocarrero y Gonzalo de Sandoval. La nómina de participantes había adquirido consistencia con gentes tan señaladas, y aumentó aún más, por otras razones, cuando Cortés convenció para que se incorporara a la empresa a Juan Sedeño, un comerciante que accidentalmente llegó a Trinidad con un cargamento de pan cazabe y tocino y abasteció a la armada con tan estimables provisiones.

Diego Velázquez intentó detener la marcha de la flota y envió cartas al alcalde de Trinidad, Verdugo, en tal sentido y, del mismo modo, intentó que Diego de Ordás impidiera la prosecución del viaje soliviantando a los expedicionarios. Cortés hizo gala de sus buenas maneras y dotes de convicción para llevar al ánimo de sus hombres la idea de que obtendrían más ventajas si continuaban la expedición. No era difícil el empeño, si consideramos que en Cuba la fortuna no había sonreído a casi ninguno de los embarcados y el resentimiento contra Velázquez anidaba en bastantes de ellos. Por otro lado, el alcalde Verdugo advirtió inmediatamente la imposibilidad de cumplir la orden del gobernador.

De este modo, Cortés marchó hacia su última escala cubana, Puerto Carenas (La Habana), donde se agregó a su hueste Francisco de Montejo y Velázquez intentó nuevamente abortar la expedición sin conseguirlo. Por fin, el 10 de febrero de 1519 los once navíos de la flota enfilaban la ruta hacia Cozumel con 508 hombres (de ellos 32 ballesteros y 13 escopeteros), 109 marinos, 16 caballos, 10 cañones y 4 falconetes. Les acompañaba un grupo de indios en calidad de porteadores y la mayoría de los hombres se había confeccionado defensas de algodón, a modo de armadura, a imitación de los indígenas con los que habían establecido contacto en viajes anteriores. El contingente de expedicionarios se dividió en once capitanías, una por navío.

Es digno de resaltar el énfasis que Bernal Díaz del Castillo pone a la hora de mencionar los caballos de la hueste, sus características y a quienes correspondían. Bien sabía el cronista la importancia de los animales en las acciones de guerra por la turbación y la confusión que causaban entre los indios. Cortés se encargaría de demostrarlo con la broma que gastó a los indígenas en Tabasco mediante los relinchos de los caballos y el estallido de la pólvora. Si consideramos la procedencia regional de los expedicionarios, obtenemos una buena muestra del conjunto de los conquistadores: un 30 por ciento de andaluces, un 20 por ciento de castellanos viejos, un 13 por ciento de extremeños, un 10,5 por ciento de leoneses, un 8 por ciento de gallegos y asturianos y un 5 por ciento de vascos.[9]

Gómara pone en boca de Cortés un discurso[10] previo a la partida hacia Cozumel que constituye toda una exposición de los móviles y una justificación de la empresa. Al no recoger Bernal tan señalada arenga, es de suponer que constituye un alegato del propio conquistador que su capellán incluyó en el relato por indicación del interesado. Cortés insistía a sus hombres en la grandeza de la hazaña que se acometía y en el deseo de gloria que la impulsaba. No importaba, por tanto, el esfuerzo y el gasto realizado, por cuanto la mengua de hacienda acrecentaba la honra. Al fin y al cabo, a cambio de la fidelidad de los expedicionarios, Cortés prometía hacer ricos a todos. Finalmente, el móvil último de la empresa era la gloria de Dios y, bajo su advocación, el éxito, la justicia y la «buena fama» de la empresa estaban asegurados. Motivaciones todas que, aunque no enunciara Cortés en aquellos momentos, estaban en su mente y sobre las que volveremos al tratar las concepciones colonizadoras del extremeño. Esas palabras constituyen una síntesis de los móviles de la conquista, de tanta raigambre medieval: «El sentido del honor, in-



LA RUTA DE HERNAN CORTES
(En el recuadro el camino de Veracruz a Tenochtitlan

separablemente acompañado de la sed de grandeza, constituyó uno de los resortes principales de la acción emprendida por los españoles en defensa de su fe y en nombre de su rey.»[11]

Primeras vicisitudes de la empresa

Llegados los viajeros a Cozumel, tuvieron noticias de la existencia de españoles cautivos. Cortés envió una carta a los caciques locales incitándoles a ponerlos en libertad, pero su misiva no obtuvo respuesta. Reemprendida la marcha, una vía de agua en el navío de Escalante amenazó con echar a perder los alimentos y Cortés decidió regresar a Cozumel. Es entonces cuando tiene lugar el encuentro con los cautivos. De una canoa india salta un remero gritando: «¡Dios y Santa María y Sevilla!» Es Jerónimo de Aguilar, un estudiante para clérigo, que fue arrojado por una tempestad en 1511, con otros siete hombres y dos mujeres, hasta las costas de Yucatán, cuando se dirigían del Darién a La Española. Escaparon de un primer cautiverio, cuyo final previsto era el engorde progresivo de los prisioneros para ser sacrificados en un ritual antropofágico, y cayeron en otro, que supuso para ellos duros trabajos. De resultas de las penalidades fueron muriendo todos hasta quedar sólo Aguilar y Gonzalo Guerrero.

La historia de este último constituye el primer ejemplo del español «americanizado», aunque fuera considerado «traidor» y «renegado» por sus contemporáneos. Se había casado con la hija de un cacique y tenía tres hijos. Se negó a volver con sus antiguos compatriotas. En 1527, Montejo realizó una expedición a Yucatán y trató de ganarle por su conocimiento del medio. Nuevamente la negativa fue su respuesta («estaba ya convertido en indio, e muy peor que un indio», dice de él Oviedo). Guerrero incluso consiguió, mediante una hábil estratagema (hacer creer a Montejo que su acompañante Dávila había perecido y a éste que aquel estaba perdido), salvar la ciudad de Chetumal y eludir el combate con los españoles. Años después, Guerrero auxilió a los rebeldes mayas de las Hibueras (Honduras) y en 1536 murió de un arcabuzazo en un combate contra los españoles. Los mexicanos lo han considerado desde entonces como algo propio: «Fue el primer desarraigado europeo que unió sus destinos a los de una india anónima, y sus tres guapos chicos, asimismo, nuestros primeros mestizos.»[12]

El ecijano Aguilar se incorporó, por el contrario, a la expedición de Cortés en calidad de intérprete *(lengua)*, dado su co-



nocimiento del idioma maya. El día 12 de marzo de 1519 los navíos arribaron al río de Grijalva, pero, a diferencia de lo ocurrido el año anterior, los españoles fueron recibidos hostilmente. Los indígenas de Campeche y Champotón habían echado en cara a los naturales de la zona su «colaboracionismo» de otro tiempo y ahora pretendían redimir ese pasado inmediato. Ante las palabras que Jerónimo de Aguilar traduce, los mayas no responden favorablemente a las pretensiones de Cortés. El capitán general de la armada hace requerimiento ante el escribano real Diego de Godoy y culpa a los contumaces de cualquier mal que les pudiera sobrevenir y de la guerra inevitable. La escena es descrita con detalle por Bernal: en medio de una lluvia de flechas y piedras, con agua cenagosa hasta la cintura y al grito de «¡Santiago!», los expedicionarios derrotan a los tabasqueños, que hicieron gala de un valor indudable y merecieron el reconocimiento de sus enemigos. Cortés ordenó no perseguir a los que se batían en retirada y tomó posesión de aquellas tierras para el rey de España.

Pedro de Alvarado y Francisco de Lugo exploraron las zonas circundantes. Los indicios y noticias anuncian un ataque indio. Es el momento en que Melchorejo, intérprete desde la primera expedición a tierras yucatecas, huye abandonando sus ropas castellanas. Fue el equivalente de Aguilar por el lado indígena: ambos habían sido reacios a dejarse asimilar por sus captores. Sin duda alguna, y tal como temía Cortés, Melchorejo proporcionó a sus hermanos noticias sobre los invasores. Se aprestan los caballos, arcabuces, escopetas y lombardas para la lucha inminente. El impacto físico y psicológico de semejante aparato bélico es sobrecogedor entre los indios, que dejan ochocientos muertos sobre el campo de batalla, si creemos a Bernal, quien además pone en tela de juicio la afirmación de Gómara sobre la presencia de San Pedro y Santiago en esta batalla de Centla. Irónicamente, Díaz del Castillo pensaba que muy malos cristianos serían los cuatrocientos españoles que combatieron para no haber reconocido a los apóstoles. Sin duda alguna, Gómara exaltó en este caso la protección de dos santos de la devoción de Cortés. En el siglo siguiente, Antonio de Solís dejaba en su justo lugar las enfervorizadas visiones de los conquistadores en la batalla: «Exceso es de la piedad el atribuir al cielo estas cosas que suceden contra la esperanza o fuera de la opinión: a que confe-

◄ *Luchas entre Cortés y los indios de Tabasco. El valor exhibido por los indígenas admiró a los castellanos. Museo de América, Madrid.*

samos poca inclinación, y que en cualquier acontecimiento extraordinario dejamos voluntariamente su primera instancia a las causas naturales...»[13]

De todos modos, el propio Solís reconocía lo inverosímil de algunas acciones de Indias y la necesidad de recurrir a explicaciones milagrosas. La intervención de seres sobrenaturales en los combates fue algo corriente en los relatos de la Antigüedad y en la Edad Media, tanto en el campo islámico (Mahoma fue ayudado por el arcángel San Gabriel y cuatro millares de ángeles) como en el cristiano (Santiago intervino en treinta y ocho batallas contra los moros). Grijalva ya contó con la ayuda del apóstol en Tabasco y, al margen de la batalla de Centla, que acabamos de reseñar, aparecería de nuevo en Tenochtitlan, en el sitio del palacio, o en la retirada de la «Noche Triste». Las «apariciones» del apóstol dieron lugar a formas de culto folclórico que perviven hasta hoy, como las danzas en que el santo a caballo triunfa siempre.

El resultado de la batalla de Centla, en tierras de Tabasco, fue la promesa de lealtad de los caciques locales y el ofrecimiento de oro, mantas y veinte indias jóvenes. Cinco días permanecieron los expedicionarios en aquel lugar, bautizado como Santa María de la Victoria. De las esclavas indias que recibieron destacó pronto Malinali (cuyo nombre significaba «torcer sobre el muslo»), la «Malinche», concedida a Puertocarrero y conocida como doña Marina. Era la más avispada y su porte denotaba un alto origen («bien se le parecía en su persona», precisó Bernal). Sería de gran ayuda para Cortés como segunda intérprete formando equipo con Aguilar: ella hacia traducciones del náhuatl al maya, y el antiguo cautivo hacia lo propio del maya al castellano. Pero su papel fue más allá de la simple traslación lingüística. Como mujer perspicaz y conocedora de la psicología de los indígenas, llegaba allí donde la diplomacia de Cortés se quedaba corta. Así, el conquistador le fue cobrando afecto y su relación con ella llegó a ser íntima. Probablemente, por ello envió a Puertocarrero a la Corte de España como embajador.

En México, sin embargo, la figura de doña Marina aparece como un exponente de la traición, y el «malinchismo» pasó a ser, tras la independencia, símbolo del antipatriotismo. Pero no se puede juzgar una actuación del siglo XVI con criterios nacionalistas. Hemos de pensar que en aquella época la rivalidad entre los pueblos indígenas de México era manifiesta, y la propia doña Marina tenía motivos para odiar: había sido vendida como esclava por su padrastro en la región del río Coatzacoalcos. Desde su incorporación a las tropas de Cortés, las acompañó, como vere-

mos, en las acciones más importantes y dio un hijo al conquistador: el bastardo Martín Cortés, para quien su padre consiguió la «legitimación» como blanco mediante bula papal en 1529, lo que facilitó su posterior investidura como caballero de la Orden de Santiago. En realidad, Cortés utilizó a doña Marina como un objeto y, finalmente, le arregló un matrimonio de conveniencia con Juan Jaramillo. La Malinche tomó parte en la desgraciada expedición a las Hibueras (1524) y después su pista se pierde casi hasta su muerte, ocurrida en 1531. Según otras noticias aún vivía veinte años más tarde.

En tierras de Moctezuma

Tras la entronización de una imagen de la Virgen con su Hijo ante la que «oraron» los indígenas, los castellanos subieron a borde de sus navíos para encaminarse a San Juan de Ulúa, donde fondearon el Jueves Santo de 1519. Era el punto al que la expedición de Grijalva llegó como término de sus descubrimientos; desde allí era posible iniciar el camino hacia Culúa o México, la tierra prometida del oro. Se acercaba, pues, el momento en que Cortés debería dilucidar públicamente el dilema de continuar tras los objetivos de exploración y rescate o de conquistar y poblar. Parece como si al pensativo Cortés, sobre el puente de su nave, Puertocarrero le hubiese adivinado sus intenciones al recitarle unos versos del viejo romancero cargados de sentido:

Cata Francia, Montesinos;
cata París, la ciudad,
cata las aguas del Duero
do van a dar a la mar.
Que mires las tierras ricas
y sabéos bien gobernar.

A lo que el capitán, captando la intención del poema, respondió con otra alusión procedente de aquella literatura caballeresca que tanto gustaba: «Dénos Dios ventura en armas como al paladín Roldán, que en los demás, teniendo a vuestra merced y otro caballeros por señores, bien me sabré entender.» Cortés decidió el desembarco.

Aquellas eran tierras, según informó doña Marina, dependientes de un gran señor llamado Moctezuma; naturales de ellas pronto interrogaron a los recién llegados sobre sus propósitos.

El Domingo de Pascua se personan dos caciques Cuitlalpitoc (Pitalpitoque para Bernal) y Tehutile, quienes les obsequian y se sorprenden de que Cortés manifieste continuamente su deseo de ver al poderoso Moctezuma. Ellos lo consideran un atrevimiento, pero el conquistador hace una demostración de los caballos y la artillería, que impresiona vivamente a los indígenas como argumento de poder. Tehutile va a Tenochtitlan para informar a Moctezuma de cuanto ha visto: seres fantásticos mitad bestias y mitad hombres, corazas de metal reluciente, truenos, etc. La desazón de Moctezuma es inenarrable. No obstante, el soberano azteca intenta detener lo inevitable y envía de nuevo a Tehutile con cien *tamemes* (cargadores) que portan oro, piedras preciosas, mantas, plumas y dos grandes ruedas —un calendario y otra de contenido astral— que maravillan a los castellanos. Aquella enfermedad de sed de oro a que se refería Cortés atisba un principio de salvación con aquellos ricos presentes y consigue el fin contrario al perseguido por Moctezuma: en lugar de disuadirlos de sus intenciones conquistadoras, exacerba el ánimo, la codicia y el deseo de marchar sobre México.

Ahora bien, ¿cuál era la causa de la expectación y el temor que despertaban los recién llegados? ¿Por qué los obsequiaban, convidaban y sahumaban? Ya el año anterior, con la expedición de Grijalva, Moctezuma había tenido noticias de unos «cerros grandes» que caminaban sobre el mar y de unos hombres de carne blanca y barba y cabellos largos. Su curiosidad quedó insatisfecha al regresar desde San Juan de Ulúa los viajeros, pero su desasosiego fue en aumento.

La razón estaba en relación directa con un mito azteca de origen tolteca, según el cual el mundo en que se vivía debía desaparecer fatalmente como los tres anteriores («Sol de agua», «Sol de tierra» y «Sol de viento»), destruidos por un diluvio, un terremoto y un huracán. El fin del ciclo presente era inexorable y coincidiría con el retorno de Quetzalcóalt (la serpiente emplumada). Los mexicanos contaban el tiempo en ciclos de cincuenta y dos años (ver cuadro adjunto), divididos en cuatro grupos de trece dedicados sucesivamente a Tochtli (conejo), Acatl (caña), Tecpalt (pedernal) y Calli (casa). Quetzalcóalt había marchado con cincuenta y tres años de vida en un año Acatl (caña), y en la costa donde ahora habían desembarcado Cortés y los suyos se había autoincinerado, estallando en una gran llamarada hacia los cielos. Había predicho su regreso en otro año 1. Acatl para concluir necesariamente un mundo. Esa era la causa de que Moctezuma anduviera «cabizbajo que no hablaba cosa alguna»,

LOS 52 AÑOS DEL CICLO

1. Tochtli	1. Acatl	1. Tecpatl	1. Calli
2. Acatl	2. Tecpalt	2. Calli	2. Tochtli
3. Tecpalt	3. Calli	3. Tochtli	3. Acatl
4. Calli	4. Tochtli	4. Acatl	4. Tecpatl
5. Tochtli	5. Acatl	5. Tecpatl	5. Calli
6. Acatl	6. Tecpatl	6. Calli	6. Tochtli
7. Tecpatl	7. Calli	7. Tochtli	7. Acatl
8. Calli	8. Tochtli	8. Acatl	8. Tecpatl
9. Tochtli	9. Acatl	9. Tecpatl	9. Calli
10. Acatl	10. Tecpatl	10. Calli	10. Tochtli
11. Tecpatl	11. Calli	11. Tochtli	11. Acatl
12. Calli	12. Tochtli	12. Acatl	12. Tecpatl
13. Tochtli	13. Acatl	13. Tecpatl	13. Calli

como refiere Sahagún, poseído del fatalismo que reinaba por doquier y del deseo de congraciarse con los hombres venidos de donde sale el sol. La fortuna se había aliado en ese sentido con Cortés y los mexicanos consideraron que los *teules* (de *teotl,* dios) invasores marcharían sobre ellos inexorablemente.

6. La «revolución» de Veracruz

En aquellos momentos críticos, Cortés tenía clara una estrategia que abarcaba dos objetivos: «ir en persona a ver a Moctezuma y a estudiar su imperio y dejar en la costa una fuerza suficiente para que su puerta hacia el mar permaneciera abierta. Y desde luego, bajo estas dos ideas, su plan secreto de liberarse de la autoridad de Velázquez en cuanto lo permitiesen las circunstancias.»[1] Para ejecutar sus proyectos, Cortés necesitaba encontrar un lugar apropiado de asentamiento y base, y con tal fin envió una expedición de reconocimiento capitaneada por Francisco de Montejo y conducida por el piloto Alaminos.

Tuvo lugar entonces el regreso de Tehutile, al frente de una tercera embajada, con presentes para satisfacer la ambición de los expedicionarios y disuadirlos de su proyectado itinerario hacia Tenochtitlan. No iban a conseguir nada en tal sentido y, por el contrario, recibirían una sesión de adoctrinamiento a cargo del capellán Olmedo, tras sorprenderse al ver como los hombres barbudos se postraban en adoración ante un madero en forma de cruz. Se produce entonces un cambio sustancial en la actitud de los aztecas hacia los castellanos: su condición «divina» es puesta en tela de juicio y, ante la certeza de que estaban decididos a proseguir su acción conquistadora, se impone la necesidad de frenarlos; algunos hechiceros trataron de perjudicar mediante sus artes y poderes a los invasores y, finalmente, el cacique Pitalpitoque, que había permanecido como proveedor de los expedicionarios mientras Tehutile marchaba en sus embajadas a México, desapareció, y con ello se agravó la situación de Cortés y sus hombres, privados de recursos alimenticios. Desde entonces, estuvo en manos de los marineros aportar algunas viandas procedentes del mar que sus compañeros compraban a precio desorbitado con sus beneficios de oro o piedras preciosas, obtenidos de los indios que acompañaron a Tehutile en su última embajada. Cortés había permitido ese comercio directo y el posterior de alimentos, a pesar de que el primero iba en contra de las

Instrucciones de Velázquez y el segundo causaba un efecto desmoralizador. Ante las protestas de los velazquistas, Cortés respondió: «Mirad, señores, que nuestros compañeros pasan gran trabajo de no tener con qué se sustentar, y por esta causa habíamos de disimular, porque todos comiesen...; ya está pregonado que no rescaten más oro, como habéis querido; veremos de qué comeremos.»[2] Esta actitud le granjeaba la simpatía de la hueste frente a la intransigencia «egoísta» de los partidarios de Velázquez.

Era imprescindible, pues, encontrar con urgencia un nuevo asentamiento, porque aquellos arenales se hacían insoportables con su clima asfixiante, las picaduras de los grandes mosquitos zancudos y de los pequeños jejenes y el espectro de hambre. La expedición de reconocimiento había llegado hasta el Pánuco y recomendado como posible base de operaciones el enclave de Quiahuiztlan, situado a varias leguas de distancia. La llegada de un grupo de indígenas con vestuario y aderezos diferentes a los de los aztecas proporcionó a Cortés la oportunidad de poder emprender el desplazamiento. Su buena estrella no dejaba de brillar. Eran totonacas, enviados por el cacique de Cempoala, ciudad próxima a Quiahuiztlan, y se dirigian a Cortés con el tratamiento de «lopelucio» (gran señor), según Bernal. Así, fueron conocidos en un principio como los «lopelucios».

La autoridad de Cortés

El proyecto de marcha acabó por precipitar el conflicto, latente desde el comienzo del viaje, entre los partidarios de Velázquez —deseosos de volver a Cuba y dar cuenta de la expedición—, capitaneados por Juan Velázquez de León y Diego de Ordás, y aquellos cuyo propósito era conquistar y poblar. En la raíz del conflicto estaba la cuestión de la naturaleza de los poderes reales que Cortés ostentaba.

Dichos poderes tenían como base según Giménez Fernández[3], al que seguimos en este punto, una serie de títulos de derecho público y privado: Instrucciones del gobernador Velázquez, donde se fijaban los objetivos de la expedición, y licencia de los jerónimos, en que se contemplaba el carácter de la empresa y la función de Cortés como capitán y Velázquez como socio coarmador y se prescribía la necesidad de que se integraran un tesorero y un veedor reales para supervisión de la empresa. Por otro lado, las capitulaciones entre Velázquez y Cortés deter-

minaban los aspectos privados de organización. En suma, las Instrucciones y la licencia respondían al propósito de control e intervención del Estado, mientras que las capitulaciones eran congruentes con el sistema de empresa privada que estuvo en vigor durante la primera fase colonizadora.

Ahora bien, los fines principales de la expedición (búsqueda de viajeros anteriores, rescate de náufragos e información) no tenían sentido o habían sido alcanzados a la altura del mes de mayo de 1519. El mero rescate comercial era una finalidad secundaria y, de por sí, hubiera desvirtuado el carácter de la empresa. No obstante, si Cortés se hubiese limitado a rescatar, Velázquez no habría emprendido acción alguna contra él. Pero si decidía poblar, como era su secreto y a la vez conocido propósito, se hallaría incurso en un delito de rebelión, y su autoridad delegada sería inmediatamente revocada. Para complicar aún más la cuestión, Velázquez había obtenido del rey licencia para hacer expediciones a islas y tierras firmes no descubiertas ni pertenecientes a la zona de jurisdicción del rey de Portugal fijada por el Tratado de Tordesillas, si bien esta autorización de 13 de noviembre de 1518 (es decir, días antes de la partida de Cortés) no se conoció en las Indias hasta tiempo después. En mayo de 1519, se reconoció a Velázquez el cargo de adelantado para los citados territorios.[4]

Para Cortés, se imponía, pues, obtener una jurisdicción ordinaria ligada a la suprema legalidad de la Corona, superior a cualquier otra delegada. Probablemente, por sus inacabados estudios de jurista, conocía la doctrina de tradición tomista según la cual en defecto de la autoridad «dotada constitucionalmente de la legitimidad de origen, aquella revierte a la comunidad, que puede para ejercerla elegir sus legítimos representantes». Para realizar este plan, el protagonismo correspondía a la hueste y, aunque buena parte de ella se inclinaba por la alternativa de poblar aquellas tierras, para mayor seguridad se imponía «crear un clima de opinión» favorable. En un primer momento, Cortés aparece como el hombre que favorece los deseos de los soldados —como ya vimos en el asunto del comercio de alimentos— frente a los velazquistas. Por otra parte, a éstos los contenta plegándose aparentemente a sus pretensiones y nombrando incluso tesorero a Gonzalo Mejías. A renglón seguido, Alonso Hernández Puertocarrero, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, Juan de Escalante, Alonso de Ojeda y Francisco de Lugo se encargaron de indagar los posibles apoyos y preparar el terreno mediante la «concienciación» de los soldados. Bernal cuenta la forma en que la

comisión cortesiana le planteó la situación: «¿Paréceos, señor, bien que Hernando Cortés así nos haya traído engañados a todos y dio pregones en Cuba que venía a poblar, y ahora hemos sabido que no trae poder para ello, sino para rescatar, y quieren que nos volvamos a Santiago de Cuba con todo el oro que se ha habido, y quedaremos todos perdidos, y tomarse ha el oro el Diego Velázquez, como la otra vez? Mirad, señor, que habéis venido ya tres veces con esta postrera, gastando vuestros haberes, y habéis quedado empeñado, aventurando tantas veces la vida con tantas heridas; hacémoslo, señor, saber porque no pase esto adelante; y estamos muchos caballeros que sabemos que son amigos de vuestra merced, para que esta tierra se pueble en nombre de su majestad, y Hernando Cortés en su real nombre, y en teniendo que tengamos posibilidad de hacerlo saber en Castilla a nuestro rey y señor.»[5] El discurso debió surtir efecto en la mayoría de los integrantes de la hueste. El propio Bernal desechaba la idea de volver a Cuba.

Como era de esperar, los velazquistas tuvieron conocimiento de estos planes y protestaron enérgicamente a Cortés. Nuevamente, el astuto extremeño accede aparentemente a las pretensiones de sus contrarios y comunica la decisión de regresar. Buena treta que provoca la airada reacción de sus partidarios, que afirman sentirse defraudados por las promesas que les hicieron en Cuba, ahora incumplidas. Insisten en su propósito de poblar y Cortés se resiste fingidamente, actitud que no escapa a la aguda perspicacia de Bernal, que se refiere a ella mediante el refrán «Tú me lo ruegas y yo me lo quiero». El estado de opinión favorable estaba conseguido y entonces expuso Cortés sus condiciones: aceptaría las exigencias de la hueste siempre que fuera nombrado para los cargos de capitán general y justicia mayor. Gómara varía ligeramente la versión poniendo el acento en las peticiones de la hueste para convencer al «obstinado» Cortés: «y ansí se lo requerían, y si menester era, se lo mandaban, porque tenían muy cierto que Dios y el rey serían muy servidos que él aceptase y tuviese aquel cargo y mando.»[6]

El procedimiento legal fue muy sencillo: Cortés resignó sus poderes ante un Cabildo elegido por la comunidad y favorable a sus tesis en líneas generales. Con posterioridad, el Cabildo le designó para los cargos que pretendía y se le reconoció el quinto del oro que obtuviesen en adelante, sacado el quinto real, decisión lamentada luego, como expresa Bernal. La ciudad así constituida recibió la denominación de Villa Rica de la Veracruz, atendiendo a la festividad de la Semana Santa en que había tenido

lugar el desembarco en aquellos lugares. Como autoridades de la nueva ciudad fueron designados: Alonso Hernández Puertocarrero y Francisco de Montejo (con el ánimo de alcanzar su adhesión, poco clara para Cortés en aquellos momentos) para alcaldes; Pedro de Alvarado, capitán para las entradas; Cristóbal de Olid, maestre de campo; Juan de Escalante, alguacil mayor; Gonzalo Mejías, tesorero; Alonso de Avila, contador y un tal Corral alcanzó el cargo de alférez, según Bernal porque Villarroel, que lo había sido hasta entonces, fue casado en su cometido por el enojo que causó a Cortés a propósito de una india de Cuba. Es un dato anecdótico que revela el talante del conquistador en ciertas cuestiones. La picota de la plaza y la horca de las afueras completó el aparato administrativo y de justicia de aquella villa casi inexistente en la realidad. De todos los actos constitutivos dio fe el escribano Diego de Godoy, de acuerdo con la obsesión legislativa que preside la conquista española en América.

Los hechos consumados alarmaron a los velazquistas, quienes reiteraron su intención de volver a Cuba, en el momento en que Cortés había decidido marchar a Quiahuiztlan, el lugar recomendado por la expedición de reconocimiento como base de asentamiento. Aunque el capitán general había asegurado que no impediría el regreso a Cuba a nadie, prendió a Velázquez de León, Ordás, Escobar y Escudero, aunque, calmados los ánimos, los liberó paulatinamente.

Diplomacia y táctica del conquistador

En la ruta hacia Quiahuitztlan estaba Cempoala, la ciudad de la que procedían los indígenas llegados al campamento castellano tras la huida de Pitalpitoque, y hacia ella se dirigió Cortés con sumas precauciones, a pesar de la buena disposición que parecían tener los çempoaleses. Los castellanos fueron recibidos con flores y agasajos. Los parajes que habían cruzado eran hermosos y muy distintos de los arenales de la costa. Cempoala les pareció a los viajeros muy hermosa, comparable a Sevilla, y en su enfebrecida imaginación, toman por plata el color blanco de las paredes. Pero lo más importante para Cortés fue oír de labios del cacique cempoalés (el «Cacique Gordo», como le deno-

Entrada de Cortés en Cempoala, primera ciudad aliada del conquistador. Cuadro atribuido a Miguel González. Museo de América, Madrid. ▶


7
8



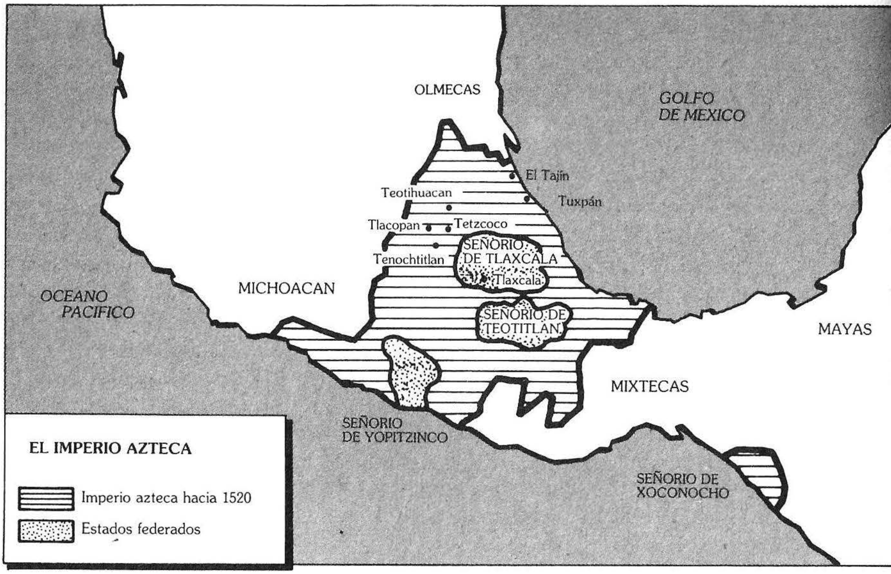
minaron los castellanos por su obesidad) su descontento por la tiranía y la fuerte tributación a la que Moctezuma les sometía: Cortés se alegró al barruntar que los aztecas tenían por allí «guerra y contrarios» y que podía apoyarse en esas disensiones para conseguir sus objetivos. Cervantes de Salazar y Fernando de Alva Ixtlilxochitl afirman que el cacique de Cempoala reveló claramente a Cortés que Moctezuma estaba en guerra con Tlaxcala, Huexotzingo y Cholula. Días después, con el auxilio de cuatrocientos tamemes puestos a su disposición por el «Cacique Gordo», los castellanos tomaban Quiahuiztlan sin demasiado esfuerzo. También esta ciudad se quejaba del yugo azteca con tintes dramáticos y el extremeño se afirmó en sus primeras apreciaciones: allí había muchos posibles guerreros aliados y porteadores, dos valiosos elementos para consolidar sus planes.

Hay una explicación para las quejas de los habitantes de Cempoala y Quiahuiztlan. Los aztecas eran un pueblo de lengua náhuatl que alcanzó la hegemonía del México central, tras su asentamiento en esta zona después de una peregrinación desde



Las disensiones entre los pueblos indígenas, convenientemente aprovechadas, fueron un factor importante para explicar la celeridad de la conquista. En la imagen, lucha entre aztecas y tecpanecas. Ilustración procedente de la obra de Diego Durán, Historia de las Indias de Nueva España. *Biblioteca Nacional, Madrid.*

su patria de origen, Aztlan, cuya realidad se mezcla con la leyenda. Luego, en la fase de apogeo, Itzcóatl, supremo dirigente o *Uei Tlatoani,* sentó las bases de la organización social y económica de los mexicas y también durante su etapa de gobierno se forjó una conciencia histórica azteca. Su sucesor, Moctezuma I Ilhuicamina (1440-1469) fue un gran constructor de templos y, a su muerte, Axayácatl (1469-1481) expandió el poder azteca por el valle de Toluca y Ahuizotl (1486-1502) conquistó zonas de influencia huasteca y el valle de Oaxaca. Así, cuando Moctezuma II Xocoyotzin alcanza el poder, en 1502, puede hablarse de la existencia de un «imperio» azteca, término aceptado generalmente pero cuyo sentido es conveniente matizar: su realidad era la de una confederación en la que «bajo el gran rey (o reyes) cabeza del imperio, había otros reyes subordinados de menor categoría. No se debe pensar que hubiera una administración uniforme ni centralizada de todas las partes del imperio; era fundamentalmente una alianza de tres grandes reinos, México, Tetzcoco y Tlacopan, con objetivos limitados.»[7]



Este poder político facilitaba a los aztecas el ejercicio de una presión fiscal considerable que globalmente se podría evaluar, a la llegada de los españoles, en 7.000 toneladas de azúcar, 4.000 de frijoles y amarota y semilla de salvia, sal, pimienta, cacao, tabaco, 200.000 libras de algodón, 10.000 medidas de tela, 150.000 taparrabos, 30.600 manojos de plumas preciosas, oro, turquesas, jade, incienso, conchas, pájaros y miel. Además, esclavos y víctimas para los sacrificios, tan importantes en el conjunto de las creencias aztecas.[8]

La consternación que podía provocar en un pueblo sometido la llegada de un recaudador azteca pudo comprobarla Cortés cuando se presentaron cinco calpixques enviados por Moctezuma para reprender a los cempoaleses por su ayuda y hospitalidad a los invasores castellanos y exigir la entrega de cautivos destinados al sacrificio. Cortés aseguró su apoyo al «Cacique Gordo» y le infundió el valor suficiente para que apresara a los recaudadores. Entonces, astutamente, impidió que se les matara y liberó, a espaldas del cempoalés, a dos de ellos para que hicieran saber a Moctezuma su magnamidad y le garantizaran la seguridad de los otros presos. «De esta manera, se concretaban dos hechos importantes: por un lado, los totonacas quedaban satisfechos por haberse sacudido el yugo de Moctezuma y sus recaudadores, y, por otro, Cortés por haber obtenido el apoyo irrevocable de un poderoso aliado (los cempoaleses lo necesitaban

tras su ruptura con Moctezuma), sin por ello haber roto con un posible adversario.»[9] Gómara ribetea con tintes novelescos la interesada protección de Cortés a los cempoaleses cuando pone en boca del conquistador una justificación caballeresca para su proceder: «... porque no venía sino a deshacer agravios y favorecer los presos, ayudar a los mezquinos y quitar tiranías.»[10]

Aseguradas estas primeras alianzas, Cortés procedió a la efectiva fundación de Veracruz, a media legua de Quiahuiztlan, en un lugar más salubre que los arenales donde se constituyó nominalmente la villa. Se respetó la planimetría propia de las ciudades españolas en América con la plaza y la iglesia como elementos nucleares. Junto a ellos, una serie de edificios públicos para acoger instituciones y servicios (casa capitular, cárcel, atarazana, descargadero, carnicería, etc), «necesarios al buen gobierno y policía de la villa».

La iglesia de la Antigua en Veracruz, primera ciudad fundada por Cortés en México y enclave costero de importancia decisiva para el desarrollo de la conquista.



Mientras se erigía la nueva Veracruz, llegó una embajada de Moctezuma (que había suspendido una incursión de castigo contra las totonacas al conocer el proceder de los castellanos con sus calpixques) de agradecimiento por la magnanimidad exhibida y al mismo tiempo de queja por la ayuda prestada a Cempoala. Cortés, sagaz por enésima vez, justificó su entendimiento con los totonacas por el abandono en que les dejó Pitalpitoque, y liberó a los tres calpixques que aún permanecían presos.

Y todavía Cortés sacaría más partido de sus inexpertos aliados cempoaleses: el «Cacique Gordo» había planeado un ataque contra Cingapacinga, ciudad vecina que causaba en su opinión constantes daños a Cempoala. Cortés le echó en cara el saqueo que practicó tras la acción de castigo y le obligó a devolver el botín capturado; así logró la amistad de una nueva ciudad. La táctica y la diplomacia a seguir en la conquista habían quedado suficientemente ensayadas.

El Cabildo de Veracruz

Al volver a Veracruz, Cortés recibió malas noticias de un tal Salcedo, llegado en un navío desde Cuba: Velázquez habia obtenido el nombramiento de adelantado, con poderes para rescatar y poblar en Yucatán. El extremeño comprendió la necesidad de actuar cuanto antes y precipitar la marcha sobre México. Estamos a comienzos de julio de 1519 y la primera medida tomada fue el envío a la Corte de los dos alcaldes veracruzanos, Puertocarrero y Montejo, con las riquezas acumuladas y una explicación de los hechos. Esta se contiene en la carta del Cabildo de la Villa, probablemente redactada por el propio Cortés y fechada a renglón seguido de la llegada de Salcedo. Este documento figura en las ediciones de las *Cartas de relación* del conquistador como primera de la serie y su interés es capital, como trataremos de explicar a continuación. Para ello, y a pesar de su extensión, transcribimos un párrafo significativo: «Pareciéndonos, pues, muy excelentísimos príncipes, que para la pacificación y concordia de entre nosotros y para gobernarnos bien, convenía poner una persona para su real servicio que estuviese en nombre de vuestras majestades [don Carlos y doña Juana] en la dicha villa y en estas partes por justicia mayor y capitán y cabeza a quien todos acatásemos hasta hacer relación de ello a vuestras reales altezas para que en ello proveyese lo que más servido fuesen, y visto que a ninguna persona se podría dar mejor en dicho



Un desembarco español, según el Códice Florentino. *A la derecha, Cortés escribiendo una de sus* Cartas.

cargo que al dicho Fernando Cortés, porque además de ser persona tal cual para ello conviene, tiene hoy gran celo y deseo del servicio de vuestras majestades, y asimismo por la mucha experiencia que de estas partes e islas tiene, a causa de los oficios reales y cargos que en ellos de vuestras altezas reales ha tenido, de los cuales ha siempre dado buena cuenta, y por haber gastado todo cuanto tenía por venir como vino en esta armada en servicio de vuestras majestades, y por haber tenido en poco, como hemos hecho relación, todo lo que podía ganar e interesa que se le podía seguir, si rescatara como tenía concertado, le proveíamos en nombre de vuestras reales altezas de justicia y alcalde mayor, del cual recibimos el juramento que en tal caso se requiere, y hecho como convenía al real servicio de vuestras majesta-

des, lo recibimos en su real nombre en nuestro ayuntamiento y cabildo por justicia mayor y capitán de vuestras reales armas, y así está y estará hasta tanto que vuestras majestades provean lo que más a su servicio convenga.»[11]

La trascendencia de este documento radica en la novedad de aplicar una concepción política tradicional a una coyuntura histórica concreta. Los hechos de Veracruz suponían, como señala el aludido Giménez Fernández, un trastueque del sistema de delegaciones y subdelegaciones existente desde los comienzos de la gobernación de Indias. Tras la constitución del Cabildo de Veracruz —que Madariaga relaciona directamente con los Cabildos abiertos que tres siglos más tarde resultarían decisivos en la independencia de las colonias españolas— quedó claro que la autoridad delegada era circunstancial y que la verdadera jurisdicción correspondía a la autoridad ordinaria, aunque fuera interina como en este caso, que buscaba el bien común y estaba sancionada por la autoridad suprema del rey. Así confluían las dos fuentes de soberanía: monarca y comunidad.

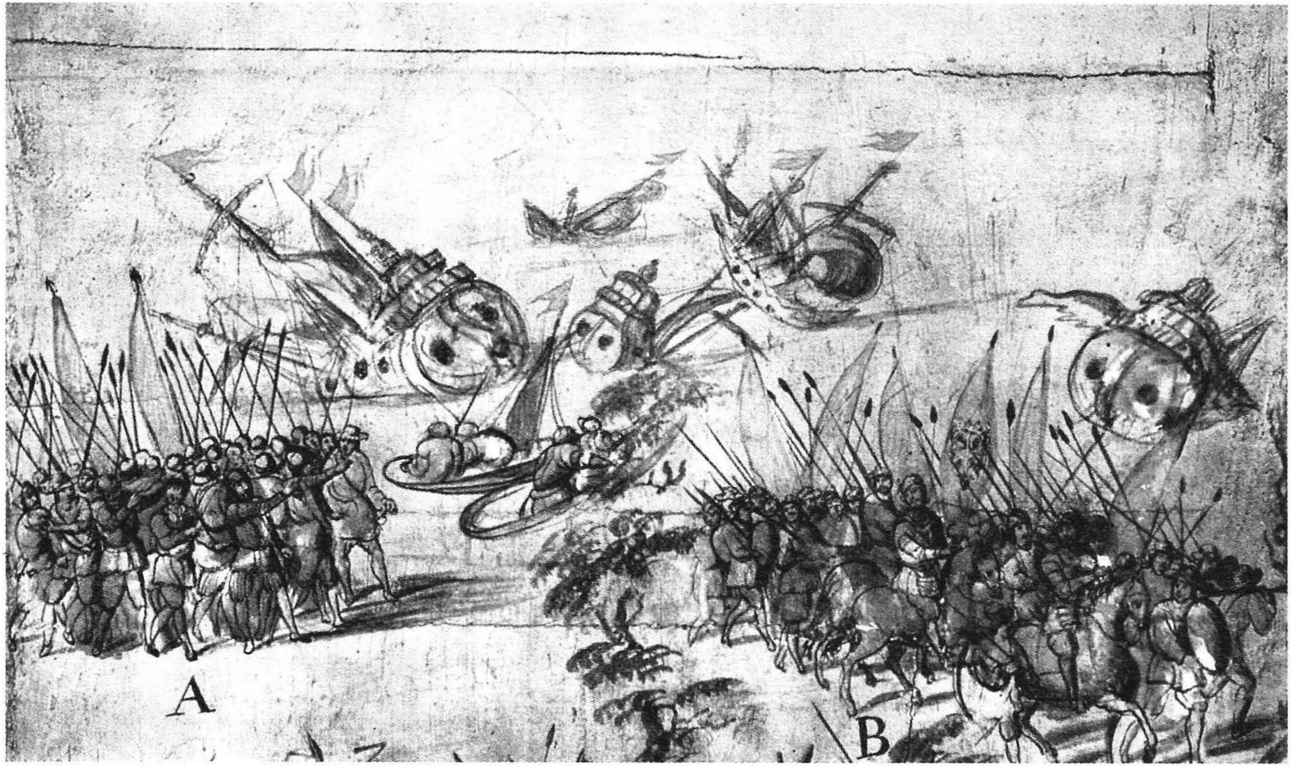
La *Carta de relación* del Cabildo de Veracruz insistía en el deseo de servicio al rey que mostraban todos cuantos constituyeron la villa. Prueba de ello era que se enviaban todas las riquezas rescatadas «sin quedar cosa alguna en nuestro poder». Para lograr el favor real se solicitaba que no se concediera ni se revocara, en su caso, cualquier nombramiento de adelantado a favor de Diego Velázquez, sobre la base de su injusto proceder, que había sido un motivo determinante a la hora de romper con su autoridad. Igualmente, se procuró excitar el interés del monarca por aquellas tierras mediante una descripción que favorecía la realidad y constantes comparaciones para una más facil comprensión: los adoratorios y templos indígenas eran «mezquitas», los pueblos presentaban un aspecto «muy amoriscado», etc. Buena falta hacia a Cortés para lograr sus propósitos cualquier ayuda —y esta carta lo era— ante la malquerencia del clan fonsequista, acaparador de la dirección desde la península de los asuntos de ultramar.

Pero, aparte de su interés desde el punto de vista de la doctrina política, el documento —y en general el proceso que arranca de la fundación de Veracruz— es el exponente de un hecho que cambia el signo de la colonización. Como apunta Vives Azancot, las islas y tierras firmes del mar Océano habían sido incorporadas al esquema económico occidental por medio de los sistemas de la factoría (enclave de intercambio asentado en lugares estratégicos) y el rescate, que permitía contactos esporádicos y

con escasa organización. Progresivamente, asistimos en la acción colonizadora a una tendencia de control por parte del Estado de los intereses de los empresarios de Indias, que tenían su base en la encomienda y los beneficios que generaba y en las expediciones de rescate. Esta línea se acentúa a medida que las dimensiones de la colonización superaban con creces las perspectivas iniciales. Precisamente, la intervención cortesiana en los hechos de Veracruz convierte una empresa de rescate en otra que sirve a los intereses de la monarquía: «La maniobra ejecutada con la fundación de Veracruz, por la que los socios y compañeros se convertían también en vecinos incorporando de esa forma una nueva capacitación jurídico-política, cabe considerarla como la frontera institucional entre una empresa meramente privada y otra que asume objetivos de carácter público, en cuanto sirve de manera explícita a los intereses del emperador.»[12] El fragmento de la *Carta de relación* del Cabildo de Veracruz es suficientemente ilustrativo sobre el propósito de poner la empresa al servicio de la Corona.

La «quema» de las naves

Tras la comunicación al rey de lo sucedido para impedir que Velázquez pudiera beneficiarse de la conquista mexicana y justificar cuanto había ocurrido, Cortés, decidido a quemar etapas en su camino hacia Tenochtitlan, optó por cortar la posible defección de algunos de sus hombres inutilizando las naves que les habían traído desde Cuba. Esta acción osada es punto obligado en cualquier biografía o consideración histórica del conquistador, y está envuelta por el halo de la leyenda. El propio Cortés da una versión del hecho en la *Segunda Carta de relación,* alegando que fue el temor al alzamiento de sus hombres y a quedar solo lo que determinó su decisión, so pena de perderse aquella oportunidad tan excepcional de servir a Dios y al rey. Gómara apunta que Cortés se conchabó con algunos pilotos para hacer saber a sus hombres que los barcos estaban dañados irremediablemente por el deterioro causado por el uso y los parásitos que vivían en las aguas tropicales. Ante ello, ordenó barrenar cinco navíos simulando gran pesar, pero al hacerlo con los cinco siguientes todos advirtieron su intención y las protestas no se hicieron esperar. Cortés manifestó la posibilidad de que quienes lo desearan pudieran regresar a Cuba en el buque que restaba; al manifestarse pocos en tal sentido, advirtió la inconsistencia nu-


A
B

mérica de sus opositores y ordenó destruir el último navío. Finalmente, Bernal afirma que la idea de inutilizar los barcos partió de los hombres y fue unánime, «pues ¿de qué condición somos los españoles para no ir adelante, y estarnos en partes que no tengamos provecho y guerras?»

Lo cierto es que la acción adquirió fama desde que se produjo y hubo autores que la achacaron a una inspiración divina (Sahagún, Mendieta, Torquemada). Los escritores del siglo XVI ensalzaron la audacia del conquistador; así, Zapata, Lasso, Bernardo de Balbuena, Villalobos o el anónimo autor del *Túmulo imperial*, que lo refiere de este modo: [13]

Más digno es de espantar que de escribir
ver con cuán gran ventura dio Cortés
con todos sus navíos al través
buscando vida en muerte y no huir.

Como hemos señalado, lo más probable es que los navíos fuesen barrenados y posteriormente «echados al través» en la playa, pero una versión muy difundida afirma que los barcos fueron quemados. El origen de la misma, según Reynolds, está en la *Epístola al muy ilustre señor don Hernando Cortés, marqués del Valle, descubridor y conquistador de la Nueva España*, que prologaba una obra de Cervantes Salazar. Más tarde, el suceso apareció reflejado en una representación pictórica de la tumba memorial erigida en México en honor de Carlos V en 1559, al parecer idea del citado Cervantes. Luego, siguieron la tesis de la quema Juan Martínez, Acosta, Dorantes de Carranza, Vázquez de Espinosa, Suárez de Peralta y, a finales del siglo XVII, Pedro Fernández del Pulgar. Probablemente, la razón de mantener esta versión radicaría en el deseo de comparar a Cortés con algunos héroes de la antigüedad clásica (Agatocles de Siracusa, Quinto Fabio Máximo, Juliano el Apóstata, etc.), recurso literario muy en boga en el Renacimiento y que utilizaron respecto a Cortés otros autores. [14] Pero sería el Romanticismo la corriente que haría la fortuna de la versión de la «quema» de las naves, hasta casi hacer olvidar la realidad de los hechos en el público poco iniciado en la biografía cortesiana.

◀ *Una de las acciones de Cortés, ensalzada y deformada por la leyenda, fue su decisión de inutilizar las naves para impedir el retorno a Cuba. Cuadro atribuido a Miguel González. Museo de América, Madrid.*

Las perspectivas de las fuentes historiográficas

Como hemos visto, el asunto de la destrucción de las naves, al igual que otros reseñados en este capítulo, ha planteado un problema insoslayable en toda biografía de Cortés: el enfoque dado a los acontecimientos por Gómara y Bernal Díaz del Castillo, que junto a las *Cartas de relación* del propio Cortés constituyen fuentes esenciales para el conocimiento del conquistador. Por ello, y dado que las referencias de ambos autores son constantes a lo largo de estas páginas, precisemos algunas notas sobre su concepto historiográfico.

La obra de Gómara, aparecida en 1552, se centra en la figura de Cortés desde una perspectiva muy de su tiempo: «Gómara está dentro de la ideología del Renacimiento al tener un concepto individualista aristócratico y heroico de la historia.»[15] De ahí que la conquista y los hechos de Cortés aparezcan identificados. Tampoco debe extrañar esta circunstancia desde el momento en que, como capellán del conquistador, tuvo al propio Cortés como fuente de información. Pero Gómara exhibe, a pesar de todo, independencia de criterio y una valoración global de los personajes muy estimable, al igual que cierto menosprecio de lo fantástico o de aquello que no concuerda con el sentido común. Ello no implica que el autor no utilice recursos y licencias literarias que «fantasean» la historia, caso de los discursos al modo clásico que pone en boca de Cortés y que contribuyen a crear la atmósfera de un determinado suceso. Por otra parte, es digno de reseñarse que el cariz pro-cortesiano del texto de Gómara —que lo convirtió en fuente poco predilecta— constituye una actitud valiente del autor en unos momentos en que la figura del conquistador era unánimamente criticada. Por si fuera poco, las críticas veladas al emperador provocaron la prohibición de la obra.

La historia de Bernal Díaz del Castillo es posterior y se compuso a lo largo de casi treinta años. El autor envió a la Corte una copia en 1575, retocada por el mercedario Alonso Remón. El hijo de Bernal quitó y añadió datos que, a su juicio, perjudicaban o enaltecían a su progenitor. Por ello, hasta fechas muy recientes no se ha dispuesto de una verdadera edición crítica. Tanto León-Portilla, Iglesia o Sáenz de Santa María, buenos conocedores del tema, rechazan la idea de que Bernal escribiera tras aparecer la obra de Gómara y con el objetivo de desautorizarle.[16] Su texto es una autobiografía que pretendió remediar las deficiencias de los de Gómara y Cortés, que dejaron escaso protagonismo a los

soldados, a la par que constituía un subrayado de su propia actuación con vistas a la obtención de recompensas. Pero, como apunta Sáenz de Santa María, era un motivo muy íntimo el último resorte que le incitó a escribir: la magna empresa de su vida estaba en entredicho, al menos desde su óptica. Bernal es menos erudito que Gómara pero «democratiza» la historiografía de Indias. Su enfoque es providencialista y marcado por un sentido caballeresco innegable. Falla en los detalles de datos numéricos o geográficos, pero, en conjunto, su obra es imprescindible para el conocimiento de la conquista mexicana. En el fondo, las divergencias con Gómara no son tantas como se ha pretendido.

7. La marcha sobre México

Destruidas las naves, la marcha sobre México aparecía como un hecho irreversible. Cortés había cruzado su Rubicón y arengó a los soldados antes de ponerse en camino: la protección divina estaba garantizada dados los fines de la expedición y con ello nada se debía temer. Y si este argumento constituía un motivo irrefutable para incitar a emprender el hecho glorioso que les aguardaba, tampoco dejaba Cortés de recordar la realidad: sin medios para regresar a Cuba, no cabía otra alternativa. De nuevo encontramos la utilización del discurso a la usanza clásica a modo de arenga militar; con ello Cortés dignificaba sus palabras con una retórica de prestigio, pero también —y quizá de ahí lo reiterado del procedimiento— encontraba un medio adecuado para justificar una determinada forma de actuar, como podemos observar en los textos de la Antigüedad.[1]

Sin embargo, aún le esperaba un último incidente antes de la partida: a las costas próximas a Veracruz había llegado a un contingente armado al mando de Alonso Alvarez de Pineda, quien actuaba en nombre del gobernador de Jamaica Francisco de Garay, que había obtenido el adelantamiento y gobernación «desde el río de San Pedro y San Pablo y todo lo que descubriese». Una estratagema sorpresiva de Cortés —disfrazó a sus hombres con las ropas de los emisarios de Garay— alejó al buque, fondeado a alguna distancia de la costa, no sin antes haber abandonado a los soldados enviados para tratar con Cortés. De este modo seis nuevos expedicionarios forzados aumentaron las filas cortesianas.

Hacia la tierra prometida

El 16 de agosto de 1519 comenzó la gran aventura, la marcha definitiva sobre la tierra prometida de Culúa. La expedición estaba compuesta por 400 soldados, 15 caballos, 7 piezas de ar-



Estandarte con una imagen de la Virgen utilizado por Cortés en la conquista. Se conserva en el castillo de Chapultepec.

tillería, 1.300 guerreros totonacas auxiliares y 40 notables cempoaleses que cumplían la doble misión de guiar la marcha y servir de rehenes, a expensas de cualquier contingencia en la retaguardia.

A partir de entonces, los castellanos no cesarán de abrir sus ojos a la admiración que les produce la deslumbrante naturaleza que contemplan. Avanzan por una zona tropical exuberante, la *tierra caliente*, «donde las frutas y flores se suceden unas a las otras en un círculo no interrumpido por todo el año: donde la brisa está impregnada de exquisitos perfumes hasta oprimir a los sentidos con su suavidad y fragancia; y donde los bosques se hallan habitados por pájaros de innumerables colores e insectos cuyas

esmaltadas alas brillan como diamantes con el refulgente sol de los trópicos».[2] Las altas hierbas, las plantas del cacao, el algodón, el tabaco y la vainilla, los grandes mangles y zapotes, los arbustos raros y las flores deslumbrantes, las nieves lejanas del Orizaba (el Citlaltépelt o «monte de la estrella» de los indígenas), todo impresiona a los viajeros.

Comienza entonces una ascensión, imperceptible en un principio por su suavidad, que apenas exige esfuerzo, pero patente por el cambio de paisaje que se va operando: el clima, menos lluvioso, da lugar a la aparición de cactus y nopales salpicados, formaciones de encinas, araucarias y pinares, etc. Los expedicionarios creen reconocer un paisaje semejante al de España y eso les anima. Los aromas del liquidámbar les hace suponer que se encuentran en las proximidades de un tierra paradisíaca. Los clérigos dan gracias a Dios por perspectivas tan venturosas.

La primera ciudad a que se llega es Jalapa (de Xalapan: «donde hay un río de agua arenosa»), ubicada 110 km tierra adentro y a 1.200 m sobre el nivel del mar, y cuya fama por el mundo va asociada curiosamente a la de un purgante de efectos drásticos. Pero a los castellanos lo que le sorprendió fue el medio natural, hermoso y variado, de aquella ciudad excepcionalmente situada en el límite de la meseta con el área costera tropical, en el que la flor era reina y señora. Preciso será aclarar que en el México de antes de la conquista, las flores tenían un significado esencial: «El indio percibía estos delicados signos de la naturaleza mucho mejor que nosotros, rindiendo un culto a la flor del que conservamos suficientes noticias para imaginar la importancia de que se revestía. Así como en la Europa de aquel tiempo una ley prohibía a los plebeyos el uso de la espada, en Tenochtitlan un código no escrito vedaba a las clases inferiores el llevar algunas flores. Al menos, la magnolia, la orquídea y la flor del cuervo eran flores destinadas a la aristocracia. La figura del *dandy* empezaba a perfilarse en las viejas ciudades. Los altos funcionarios, los nobles y los recaudadores de tributos andaban por calles y caminos aspirando el perfume de sus flores predilectas.»[3]

La etapa siguiente de la marcha fue Xicochimalco, próxima a la actual Xico y que se identifica con las denominaciones corrompidas de Cortés (Sienchimalen) y Bernal (Socochima). Ambos cronistas difieren al valorar políticamente la ciudad: para el jefe era una aliada de los mexicas, mientras que para Díaz del Castillo era enemiga de ellos, versión esta última posiblemente más ajustada a la realidad, como demuestra la excelente acogida que les dispensaron en su calidad de amigos de los cempoaleses.

A partir de aquí la ruta se endureció con subidas empinadas a las altas sierras y recorridos por zonas despobladas y frías. Los viajeros no iban muy preparados para enfrentarse a las inclemencias del tiempo en aquellas alturas y algunos indios, de los que procedían de las Antillas, perecieron a causa del frío tras una terrible tormenta de granizo. Cortés envió dos emisarios a la ciudad de Xocotla para advertir al cacique local de su llegada y los habitantes tuviesen a bien la visita. Era una población hermosa y por el color blanco de sus casas unos portugueses de la expedición la denominaron Castilblanco. El cacique se llamaba Olintetl y era corpulento, como el de Cempoala. Si este fue para los castellanos el «Cacique Gordo», el de Xocotla será conocido como el «Cacique Temblador.» De sus labios oyó Cortés las primeras noticias sobre la magnificencia y el emplazamiento lacustre de Tenochtitlan. Al ser interrogado si era súbdito de Moctezuma, manifestó su extrañeza porque pensaba que no era posible serlo de señor otro alguno. Magnificó el poder del señor de Tenochtitlan y los fundamentos en que se apoyaba. En consecuencia, se negaba a entregar oro y presentes a los españoles por temor a desagradar al poderoso Moctezuma. La presencia de los invasores, pues, era acogida fríamente y las perspectivas de conseguir ayuda eran poco halagüeñas, cuando doña Marina tomó la iniciativa y habló, con palabras que impresionaron a Olintetl, del poder de los castellanos y de sus incomparables proezas. Alimentos, algunos esclavas y presentes de oro fueron el resultado del parlamento de aquella intérprete, cuyas habilidades iban mucho más allá de la mera función a que estaba destinada. También los cempoaleses acrecentaron el halo de prestigio de los castellanos ponderando su pericia en el combate y los estragos que causaban caballos, bombardas y perros, hasta llevar a los habitantes de Xocotla la idea de que se encontraban ante teules o seres casi sobrenaturales. A pesar de todo, la acostumbrada exposición del capellán Olmedo de los principios dogmáticos cristianos no causaron el impacto deseado y, prudentemente, no se entronizaron imágenes de adoración para sustituir a los ídolos, como en Cempoala, «hasta que tengan más conocimiento de nuestra santa fe».

Tras permanecer en la ciudad unos días, el camino se continuó hasta Ixtacmaxtitlan,[4] donde era preciso decidir la ruta que se seguiría. Los naturales del lugar recomendaban el paso por Cholula, pacífica ciudad, en su opinión, sometida a Moctezuma, donde Cortés sería bien recibido. Los aliados cempoaleses, por el contrario, recelaban y aconsejaron ir por Tlaxcala, la «ciudad



El caballo y el perro, los animales de la conquista: el uno, por la sorpresa que supuso para los nativos; el otro, por su fiereza en el combate. Fragmento del Lienzo de Tlaxcala. *Biblioteca Nacional, Madrid.*

del águila», tradicional enemiga de los mexicas. Cortés se inclinó por esta última opción y reanudaba la marcha el 31 de agosto de 1519, no sin antes haber enviado una embajada de cuatro cempoaleses para anunciar su llegada, solicitar permiso para cruzar el territorio tlaxcalteca y manifestar su admiración por este pueblo. Pero si esta formulación era protocolaria y retórica, el asombro fue sincero cuando llegaron a las fortificaciones que marcaban los límites tlaxcaltecas, cuya fábrica era un índice del estadio de civilización de aquel pueblo.

Enfrentamientos con los tlaxcaltecas

Tlaxcala era, en realidad, una federación de cuatro estados aliados por una especie de pacto no muy bien definido y regida por los *tlatoanis* de cada una de las entidades coaligadas. Los asuntos de gobierno se discutían en un consejo presidido por los

cuatro altos magistrados. Su base económica era agrícola y comercial, pero la actividad que estructuraba la jerarquía social era la guerra. A diferencia de otros pueblos sometidos a los aztecas, Tlaxcala, junto con otros señoríos federados, era un estado independiente que mantenía una relación muy especial con Tenochtitlan. Precisamente, el aspecto más llamativo de esa relación fue el establecimiento de un acuerdo por el que se entablarían luchas (las llamadas «guerras floridas») entre Tenochtitlan, Tetzcoco y Tlacopan contra Tlaxcala, Huexotzingo y Cholula para ejercitar a los hijos de los señores y obtener prisioneros destinados a los sacrificios rituales. Pero esas contiendas, como señala Alva Ixtlilxochitl, no debían pretender «ganarse las tierras y señoríos y asimismo había de ser con calidad que cuando tuviesen algún trabajo o calamidad en la una u otra parte habían de cesar las dichas guerras y favorecerse unos a otros». Tal era la importancia de la guerra como elemento sagrado y espiritual en el Anáhuac. Xicoténcatl el Viejo, uno de los tlatoanis tlaxcaltecas a la llegada de Cortés e impulsor del acuerdo de las «guerras floridas», dedicó hermosos poemas a estos sucesos. Gibson, autor de una obra fundamental sobre el tema,[5] ha definido a Tlaxcala en 1519 como «un estado militarista de reducidas dimensiones, vagamente federal en su composición interna y sensible a cualquier ataque externo».

Esa sensibilidad hizo que los tlaxcaltecas, tras conocer la llegada de los españoles por medio de los embajadores cempoaleses que envió Cortés, se mostraran divididos respecto a la actitud a seguir: para unos, como Xicoténcatl el Viejo, el hecho de que Moctezuma hubiera agasajado a los invasores, sobre cuyo carácter monstruoso circulaban además muchos rumores, implicaba su consideración como enemigos. Otros, como el también tlatoani Maxixcatzin, manifestaban su opinión de recibirlos en paz. El debate culminó en la propuesta de «probar» a los forasteros mediante un ataque en el que colaborarían los aliados otomíes; si los presuntos teules eran derrotados, poco habría que temer de ellos; si, por el contrario, triunfaban, se podía responsabilizar de la acción a los díscolos otomíes.

En efecto, un nutrido grupo de indios —tres mil según Bernal y cinco mil según Cortés— rodeó a un pequeño contingente de jinetes castellanos, quienes necesitaron el auxilio del resto de las tropas para batirlos en retirada, con el balance de cuatro heridos. Inmediatamente, de acuerdo con lo planeado, acudió una embajada tlaxcalteca, con dos de los mensajeros cempoaleses que Cortés enviara previamente, y lamentó lo ocurrido. Pasaron

los castellanos la noche con las armas prestas, y no eran ociosas sus precauciones porque a la mañana siguiente llegaron los otros dos embajadores totonacas comunicando, entre sollozos, que habían estado presos y consiguieron escapar. No habían concluido el relato cuando unos seis mil guerreros tlaxcaltecas aparecieron y contestaron a las manifestaciones de amistad de los españoles —convenientemente testificadas por un escribano— con un ataque que arrinconó a los hombres de Cortés en un lugar inapropiado para el uso de la artillería y la caballería. En el llano esperaba una nutrida tropa (cien mil guerreros según Cortés, y cuarenta mil en opinión de Bernal) que fue dispersada no sin esfuerzo y con evidente peligro, pues los tlaxcaltecas portaban unas grandes espadas de madera guarnecidas con hojas afiladísimas de obsidiana.

Era el 1 de septiembre de 1519 —imaginemos la intensidad de los sucesos vividos por los castellanos en tan sólo unos días— y Cortés ordenó acampar cerca de Tecoac (o Tecoacinco), convencido de que la Providencia había velado por su ejército en las acciones anteriores: «Bien pareció que Dios fue el que por nosotros peleó, pues entre tanta multitud de gente tan animosa y diestra en pelear y con tantos géneros de armas para ofendernos, salimos tan libres.»[6] Para adelantarse a los acontecimientos, envió una nueva embajada que comunicara a los tlaxcaltecas sus buenos deseos de paz, aunque a la vez con sus jinetes, cien infantes y los trescientos auxiliares que reclutó en Ixtacmaxtitlán recorrió el valle, incendió varios lugares y tomó como rehenes a varios centenares de tlaxcaltecas que le descubrieron los planes del jefe de sus tropas, Xicoténcatl el Joven (o el Mozo), de atacar en breve. Los españoles aguantaron en bloque compacto las embestidas enemigas, ensordecedoras por el griterío y multicolores por los plumajes y banderolas que portaban. Los trece jinetes que restaban y los cañones apenas podían contener a los, según Cortés, casi ciento cincuenta mil adversarios (probablemente sólo cincuenta mil). Resultó decisiva en aquel momento la retirada del jefe chichimeca Chichimecatecuhtli por desavenencias con Xicoténcatl el Joven. Los tlaxcaltecas abandonaron la lucha por el momento.

Cortés aprovechó la circunstancia para enviar su acostumbrada embajada simultánea a una acción de castigo. El efecto psicológico fue rápido y los tlaxcaltecas correspodieron con unos presentes: cinco indios cebados, adornos de plumas, copal y gallinas. La preocupación de los indígenas era evidente y convocaron una reunión de hechiceros para que dictaminaran el camino

a seguir. En su opinión, y a la vista de lo que comían, no había duda del carácter humano de los invasores, pero también era patente que resultaban invencibles durante el día (por ser hijos del Sol), pero no en las horas nocturnas. En realidad, vislumbraban que en la oscuridad les sería muy difícil utilizar las armas «mortales» que constituían la artillería y los caballos. En los días siguientes, so pretexto de comerciar, muchos tlaxcaltecas acudieron al real español para observar cualquier detalle que pudiera resultar útil en un posible ataque. Cortés comenzó a recelar y logró que algunos confesasen sus verdaderas intenciones. Fueron devueltos los espías con las manos cortadas —castigo terrible, al igual que el desfiguramiento del rostro—, lo que causó un gran impacto entre los tlaxcaltecas.

Xicoténcatl el Joven atacó con los datos de que disponía y de noche, como le indicaron los hechiceros. No obstante, el precavido Cortés esperaba cualquier incidente y rechazó la agresión; la aureola de seres extraordinarios que adquirieron los castellanos aumentaba con cada acción y el terror que causaban a los indígenas quedaba reforzado con incursiones de castigo, cuyo fin principal era desmoralizar al enemigo, tal como la irrupción sobre Tzompantzingo y la dispersión de sus infelices moradores, que se avinieron a suministrar provisiones a Cortés.

En verdad, la situación de la tropa expedicionaria no era demasiado boyante: ante las penalidades de la marcha, la falta de alimentos y el medio centenar largo de muertos habido hasta la fecha, parte de los hombres proponían volver a Veracruz y construir un navío para solicitar socorros a Cuba. Cortés recurrió, como siempre en casos similares, a sus argumentos favoritos: la protección divina les asistía, la empresa era justa y a una hueste de soldados con aquella valentía la fortuna había de premiarla por fuerza. Por enésima vez, el peligro de defección quedaba conjurado.

Por su parte, Moctezuma, al tanto de los acontecimientos, consideraba peligroso el triunfo de cualquiera de los dos bandos enfrentados. En consecuencia, envió una embajada de seis nobles aztecas para ofrecer a Cortés la paz y la promesa de un tributo anual de oro, plata, perlas, piedras preciosas y esclavos al rey Carlos, siempre que los invasores desistieran en su empeño de alcanzar Tenochtitlan. Y, como en ocasiones anteriores, aquellos ofrecimientos se convertían en acicates para continuar adelante.

Cortés decidió sacar el máximo partido de la situación y pidió a los legados que permanecieran en su compañía hasta que

se resolviera el conflicto que le enfrentaba a Tlaxcala. Su propósito era impresionar a los aztecas con los métodos de combate de los españoles, como así ocurrió, y humillar a los tlaxcaltecas ante sus enemigos tradicionales cuando su rendición tuviera lugar.

No se hizo esperar el fin de las hostilidades: días después, una embajada tlaxcalteca dirigida por Tlacatecuhli expresaba su pesar por haber combatido a los españoles y ofrecía una sincera amistad y el suministro de alimentos. Cortés exigió una legación más representativa y Xicoténcatl el Joven acudió para ofrecerle la ciudad. Sin embargo, no efectuó la entrada inmediatamente y quedó en su campamento, con los enviados de Moctezuma que había retenido junto a sí, a la espera de dos emisarios que fueron a Tenochtitlan y volvieron con regalos. Los cuatro tlatoanis de Tlaxcala (Xicoténcatl el Viejo, Maxixcatzin, Tleheuxolotzin y Ciltlpopocatzin) decidieron que era el momento de recuperar el terreno perdido frente a los aztecas y congraciarse con el poderoso conquistador. Cortés les reconoció su excelente disposición y manifestó el propósito de ir a Tlaxcala con sus hombres, si contaba con transporte para los cañones. La entrada triunfal en la capital tuvo lugar el 23 de septiembre de 1519 entre la curiosidad de los tlaxcaltecas, asombrados por el aspecto físico de los conquistadores, los caballos y la artillería, llevada por quinientos porteadores. Cortés, siempre decidido a sacar partido de las circunstancias, llevaba consigo a los embajadores aztecas, con la intención de utilizarlos como arma psicológica y desmoralizante contra los tlaxcaltecas.

Pero los castellanos no quedaron a la zaga a la hora de expresar su admiración por la ciudad que acababan de tomar. El propio Cortés lo hizo en los siguientes términos: «La cual ciudad es tan grande y de tanta admiración que aunque mucho de lo que de ella podría decir deje, lo poco que diré creo que es casi increíble, porque es muy mayor que Granada y muy más fuerte y de tan buenos edificios y de mucha más gente que Granada tenía al tiempo que se ganó y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra, que es de pan, de aves, caza, pescado de ríos y de otras legumbres y cosas que ellos comen muy buenas. Hay en esta ciudad un mercado en que casi cotidianamente todos los días hay en él de treinta mil almas arriba, vendiendo y comprando, sin otros muchos mercadillos que hay por la ciudad en partes. En este mercado hay todas cuantas cosas, así de mantenimiento como de vestido y calzado, que ellos tratan y puede haber. Hay joyerías de oro, plata, piedras y otras joyas de plumaje,



Uno de los primeros actos tras la toma de posesión solía ser la entronización de alguna imagen sagrada cristiana, medida a veces imprudente por la resistencia indígena a abandonar sus creencias. Lienzo de Tlaxcala.

tan bien concertado como puede ser en todas las plazas y mercados del mundo. Hay mucha loza de muchas maneras y muy buena y tal como la mejor de España. Venden mucha leña, carbón e hierbas de comer y medicinales. Hay casas donde lavan las cabezas como barberos y las rapan; hay baños. Finalmente, que entre ellos hay toda manera de buena orden y policía y es gente de toda razón y concierto, tal que lo mejor de Africa no se le iguala.»[7]

A pesar de que los españoles fueron alojados en el gran Cu o templo de Tlaxcala, Cortés mostró una evidente desconfianza, advertida por los naturales, y no descuidó la vigilancia en ningún momento. Al mismo tiempo, en el breve periodo que permaneció en la ciudad, recabó toda la información posible. Así, evaluó mediante un rudimentario censo la población del área Tlaxcala-Huexotzingo en unos ciento cincuenta mil vecinos. Del mismo modo, aumentó sus noticias sobre México: la ciudad podía reu-

nir ciento cincuenta mil guerreros para el combate y su abundancia de recursos garantizaban el suministro de las tropas y la población; se encontraba en una laguna y a ella se accedía por tres calzadas, jalonadas por puentes fácilmente defendibles en caso de ataque. Una misión de reconocimiento, dirigida por Alvarado y Vázquez de Tapia, confirmó estos datos. En cambio, no resultó fructífera la estancia en Tlaxcala en lo referente a la evangelización, pues hubo una negativa cerrada a abjurar de los credos tradicionales. Tal vez como compensación, los castellanos recibieron trescientas mujeres, de ellas cinco de familia noble que fueron ofrecidas a Alvarado (la hija de Xicoténcatl el Viejo, llamada doña Luisa), Velázquez de León, Alonso Dávila, Olid y Sandoval.

Un problema historiográfico tradicionalmente debatido es el papel jugado por Tlaxcala y su ayuda a los conquistadores españoles en la caída del imperio azteca. Para ciertos autores, esta postura habría supuesto una «traición» a la «causa indígena». Lo único cierto es que los tlaxcaltecas encontraron una posibilidad de enfrentarse a los mexicas con la llegada de los españoles, y de ahí su ayuda a Cortés. Pero la colaboración tiene lugar tras un periodo de enfrentamientos y se consolida solo cuando se ve la imposibilidad de expulsar a los invasores; la famosa «matanza de Cholula», a la que nos referiremos seguidamente, fue el acontecimiento que convenció a los tlaxcaltecas en tal sentido. Su concurso sería decisivo más adelante, en el definitivo asalto de Cortés a Tenochtitlan.

En resumen, «resulta cuando menos arriesgado afirmar que los tlaxcaltecas hayan sido un pueblo traidor a una causa "indígena" que nunca existió como tal, porque en realidad los españoles fueron acogidos como aliados en su causa antiazteca.»[8]

Hacia Tenochtitlan

Determinado a concluir en breve plazo su marcha hacia México, Cortés desestimó el parecer de los tlaxcaltecas, que indicaban la ruta de Huexotzingo, y prefirió el camino de Cholula, ciudad grande y que podía constituir un excelente lugar de espera antes de la definitiva entrada en Tenochtitlan. Como siempre, exigió una embajada para concretar los extremos de su entrada en la población, pero los cholultecas enviados no obtuvieron el reconocimiento de Cortés; el conquistador reclamaba que fueran los propios caciques —que manifestaron sus temores de ir a Tlaxcala— sus interlocutores y el reconocimiento de vasalla-

je al rey de España. Cumplidas sus exigencias, se puso en camino el dia 1 de octubre de 1519, acompañado de sus aliados cempoaleses y tlaxcaltecas; estos, unos cinco mil, quedaron acampados fuera de la ciudad ante las reticencias de los cholultecas.

Nuevamente, los textos de Cortés reflejan su impresión ante lo conquistado: las veinte mil casas de Cholula y otras tantas en los arrabales; las más de cuatrocientas treinta torres, todas ellas de «mezquitas»; sus condiciones favorables para que vivieran los españoles «porque tiene algunos baldíos y aguas para criar ganados». Pero no debió percatarse el sagaz conquistador del carácter sagrado de la ciudad, consagrada a Quetzalcóatl, que aquí «se detuvo en su tránsito a la costa y empleó veinte años en enseñar a los toltecas las artes propias de una sociedad ilustrada. Los instruyó en las mejores formas de gobierno y en una religión más espiritualizada, en la cual los únicos sacrificios eran frutos de la estación».[9] De ahí que el consabido requerimiento en que se solicitaba la obediencia al rey de España y se hablaba de los fundamentos de la religión cristiana causara una mala impresión a los cholultecas.

Ciertos movimientos de gentes y el levantamiento de parapetos en la ciudad indicaron a Cortés la posibilidad de una encerrona. Ordenó la máxima alerta. La Malinche confirmó los temores cuando una anciana, sabedora de su origen, la hizo partícipe del proyecto de atacar a los españoles, con objeto de que se pusiera a salvo. La fiel doña Marina lo comunicó a Cortés, que mandó apresar a uno de los caciques y torturarlo hasta que confesó el plan. Esta es la versión oficial de los motivos de la matanza de Cholula, esgrimida por Cortés, Bernal y Gómara. Este último describe así la terrible masacre: «Hizo disparar las escopetas, que era la seña, y arremetieron con gran ímpetu y enojo todos los españoles y sus amigos a los del pueblo. Hicieron como en el estrecho en que estaban y en dos horas mataron seis mil y más. Mandó Cortés que no matasen niños ni mujeres. Pelearon cinco horas, porque como estaban armados los del pueblo y las calles con barreras tuvieron defensa. Quemaron todas las casas y torres que hacian resistencia. Echaron fuera toda la vecindad; quedaron tintos en sangre... Saqueóse la ciudad. Los nuestros tomaron el despojo de oro, plata y pluma, y los indios amigos mucha ropa y sal, que era lo que más deseaban y destruyeron cuanto posible les fue, hasta que Cortés mandó que cesasen.»[10] El ánimo vengativo y de desquite de los tlaxcaltecas fue el colofón de la terrible acción, en la que perdieron la vida unas tres mil personas, según las cifras más aceptadas.

Lógicamente, esta primera gran masacre de la conquista se ha convertido en tema de controversia. La versión oficial de matanza como respuesta a una traición, al margen de los defensores citados, aparece en los textos del historiador indígena Diego Muñoz Camargo y de Vázquez de Tapia, si bien éste declaró en 1524 contra Cortés en relación a este punto; pero su testimonio fue interesado y en momento de desgracia del conquistador.

Por el contrario, si tomamos como fuente a los informantes de fray Bernardino de Sahagún, en el origen de la matanza estaría la inquina de los tlaxcaltecas, pero en manera alguna hubo conspiración ni traición:

Hubo reunión en el atrio del dios.
Pues cuando todos se hubieron reunido, luego se cerraron las entradas: por todos los sitios donde había entrada.
En el momento hay acuchillamiento, hay muerte, hay golpes. ¡Nada en su corazón temían los de Cholula!
No con espadas, no con escudos hicieron frente a los españoles.
No más con perfidia fueron muertos, no más como ciegos murieron, no más sin saberlo murieron. [11]

Cortés sacó partido a la matanza de Cholula: según él, la traición había estado alentada por Moctezuma y ello suponía que su entrada en México se haría en calidad de enemigo. Así se lo hizo saber a los embajadores, y la respuesta fue una nueva remesa de presentes y la petición habitual de que no continuara la marcha. Sin embargo, al manifestar Cortés lo irrevocable de su decisión, Moctezuma expresó formalmente su invitación para que los españoles entraran en Tenochtitlan.

Todavía el aura de los teules aumentó más con motivo de una expedición de reconocimiento que Cortés envió al cercano Popocatépetl, al mando de Diego de Ordás. El desafío a la montaña humeante causó viva impresión entre los atónitos indígenas. Por fin, el 1 de noviembre de 1519 comenzaba el último tramo de aquella titánica marcha. Cuatrocientos cincuenta españoles y cuatro mil indígenas eran sus protagonistas. La expedición cruza

La entrada de Cortés en Tenochtilan culmina su proyecto conquistador. Ni las dificultades naturales ni la oposición de los pueblos del México central impidieron a Cortés alcanzar su objetivo. Museo de América, Madrid ▶


18
Entrada de
Cortes En Me
xico, Por la Cal
sada de S. Anto
nio Abad,
18

el paso entre el Popocatépetl («la montaña que humea») y el Iztaccihuatl («la mujer blanca»), las dos «sierras muy altas y muy maravillosas» a que se refiere Cortés, con cuyo nombre fue conocido el paso a partir de entonces. Desde la altura, la perspectiva es deslumbrante: las lagunas y las treinta ciudades de la llanura mexicana afirman en los viajeros el pensamiento de que ha valido la pena el esfuerzo si aquella es la recompensa. Cortés recibe allí a dos embajadas, una la de Tzihuacpopocatzin, un emisario que se hace pasar por Moctezuma y es fácilmente descubierto con gran enojo del jefe español; la otra ofrece un tributo anual en un último intento por evitar lo irremediable. Por cierto, que en relación con esta última embajada podemos referir una anécdota que demuestra hasta qué punto la desmoralización y el espíritu derrotista había calado entre los aztecas: en un tramo del camino abordó a los emisarios un borracho que predecía graves calamidades para Tenochtitlan. Los magos y hechiceros que figuraban en la embajada lo tomaron como una aparición de Tezcatlipoca y un anuncio de la ruina de su ciudad.

El 3 de noviembre comenzaron los españoles su descenso hacia el valle. Amecameca, ciudad de veinte mil habitantes, da alojamiento y obsequia a los expedicionarios. Tlamanalco manifiesta a Cortés sus quejas sobre Moctezuma. El día 6 empiezan a contornear la laguna de Chalco: Ayotzingo, Chalco, Tezompa, Tetelco, donde les maravilla ver las *chinampas*[12] de la isla Mixquic. Los aztecas deliberan si presentar o no batalla y envían a Cacamatzin, rey de Tetzcoco, para disuadir a Cortés de que entre en Tenochtitlan, en vano por supuesto. Vienen a continuación Ixtayapa y Tulyehralco (de donde partía la calzada que separaba las lagunas de Chalco y Xochimilco), Tlahuac... La expectación de los mexicas crece a medida que los castellanos se aproximan a la capital. Ya en el norte de la laguna, les recibe la ciudad de Tlaltenango y, finalmente, Ixtapalapa, extremo de una pequeña península entre los lagos de Tetzcoco, Chalco y Xochimilco, e inicio de la calzada de su nombre. Cuitláhuac, el señor del lugar, los agasaja y regala con mujeres y objetos de oro. Y el día 8 de noviembre de 1519 (8 Ehécatl del mes Quecholli en el calendario indígena) aquel puñado de semivisionarios emprendía su marcha definitiva sobre aquella meta soñada y culminación de sus anhelos: Tenochtitlan.

8. La «Noche Triste»

Aquel día de noviembre de 1519 se alcanzaba el momento deseado por Cortés y el que nunca hubiera querido vivir Moctezuma, firmemente convencido de que la llegada de los teules era irremediable, al ver cómo se habían ido cumpliendo ocho funestos presagios: una llama de fuego muy grande y resplandeciente había iluminado el cielo diez años atrás; el chapitel de un *cu* (templo) del dios Huitzilopochtli se incendió sin causa aparente y nada era capaz de apaciguar el fuego destructor; cayó un rayo sobre otro templo de Xiuhtecutli sin que las condiciones metereológicas fueran las indicadas para ello; un cometa recorrió el firmamento en pleno día; grandes olas se levantaron en la laguna de México; se oyó en los aires el lamento de una mujer que anunciaba la pérdida de México; un ave cazada y llevada ante Moctezuma mostraba en un espejo situado sobre su cabeza una muchedumbre de guerreros a caballo; aparecían, finalmente, cuerpos monstruosos que ante Moctezuma se desvanecían.[1]

Moctezuma y Cortés frente a frente

El atribulado emperador azteca se rindió a lo inevitable y se dispuso recibir a los invasores. Era, según Gómara, «hombre mediano, de pocas carnes, de color muy bazo, como loro, según son todos los indios. Traía cabello largo, tenía hasta seis pelillos de barba, negros, largos, de un jeme. Era bien condicionado, aunque justiciero, afable, bien hablado, gracioso, pero cuerdo y grave y que se hacía temer y acatar.»[2] Para aquel histórico encuentro, ambas partes prepararon la escenografía con el ánimo de impresionar al contrario. Los castellanos, como testimonia un informante de Sahagún, marchaban con cuatro jinetes a la cabeza y sus correspondientes perros rodeando al abanderado; una segunda fila estaba compuesta por ballesteros; en la siguiente iba un grupo de hombres a caballo y, tras ellos, los escopeteros. Seguían los infantes y los aliados tlaxcaltecas. Por su parte, Moc-

y de las demas · ciudades. comarcanas, pero el marques· como hombre sagaz. y mañoso. procuraba primero · que saliesse destos pueblos grandes don llegaua. estarse algunos dias. descansando y atrayendo para en mex.co repartillo. a sus soldados, y gente. como lo repartio, aunque pa mal de algunos, q con la codiçia de llevarlo. quando de mex.co salieron huyendo los mataron y perdieron alli la uida y lo demas. y quiça (y sin ella) el alma pa in eternum



tezuma era portado en andas por cuatro nobles y le acompañaban cerca de doscientos principales. De acuerdo con la tradición azteca, las flores constituían el ornato básico del cortejo. Los relatos indígenas insisten en la calidad de los ricos adornos: la flor del escudo, la del corazón, la flor de buen aroma, la amarilla fragante, la valiosa..., todas ellas dispuestas en sartales y guirnaldas, bien fuera para llevar en las manos, sobre el pecho o dispuestas en platos decorados. Los soldados españoles posaron sus ojos codiciosos en otros detalles: los collares de oro y piedras, el magnífico palio de Moctezuma, los adornos de plumas verdes guarnecidos con plata, perlas y piedras llamadas *chalchihuites*, las cotaras o sandalias del emperador, con suela de oro y pedrería, etc.

Al tener lugar el encuentro, Cortés pretendió abrazar al sumo dirigente azteca, pero Cacamatzin, señor de Tetzcoco, y Cuitláhuac, que lo era de Ixtapalapa, lo impidieron y explicaron el carácter inviolable e intocable de Moctezuma. Sobre el cuello del indígena dejó Cortés un collar de margaritas y cuentas de vidrio, mientras que él recibía otro de caracoles —el símbolo de Quetzalcóatl— del que pendían camarones de oro.

Moctezuma pronunció unas palabras en las que expresaba su convenimiento de que los recién llegados eran los seres divinos esperados y tenían derecho a sentarse en el trono de Izcóatl, el primer Moctezuma, Axayácatl... Eran, pues, bienvenidos a la tierra que les aguardaba. Por medio de doña Marina, Cortés trató de disipar los temores y la turbación del azteca y expresó su reconocimiento. Los conquistadores fueron alojados en el palacio de Axayácatl, donde dispararon la artillería para impactar psicológicamente a los habitantes de Tenochtitlan.

Los aztecas estaban realmente confusos y la división era evidente: para unos, los invasores eran dioses y la sumisión a ellos inapelable. Otros, los consideraban hombres y se inclinaban por la guerra para arrojarlos de su tierra. En medio, Moctezuma, el valiente guerrero de otros tiempos, abrumado por los hechos y sus propias creencias, se mostraba pusilámine.

Un análisis sereno de los hechos quizá permita comprender la actitud del emperador azteca. Hasta entonces, Cortés, ante la escasez de sus recursos humanos, había ejercido una presión in-

◄ *Moctezuma recibe a Cortés en México. Los negros augurios se cumplieron y el emperador azteca culminó su calvario de angustias y presagios para empezar otro de humillaciones hasta llegar a la muerte. Miniatura procedente de la* Historia de Indias, *de Diego Durán. Biblioteca Nacional, Madrid.*

directa sobre el imperio, estableció alianzas estratégicas, prefirió la negociación a la guerra, utilizó la información de indígenas aliados y espías, y procuró mantener la iniciativa en momentos clave. Ahora, la necesidad de llegar a México y dominarlo, le hizo quemar etapas, avanzar con rapidez, no consolidar posiciones y aceptar el reto que implicaba la posibilidad de enfrentarse a una guerra total, como ya le habían anunciado los tlaxcaltecas, en la que llevaba las de perder en principio, pues sólo podía confiar plenamente en sus menguados efectivos (la prueba es que hasta entonces utilizó a sus aliados preferentemente con fines logísticos).

Ante ello, Moctezuma, semiparalizado por la angustia de unas profecías que se estaban cumpliendo fatalmente, opuso la estrategia que estimó conveniente: la disuasión, las dilaciones, etc. Ahora, con Cortés ya en México, ambos se necesitaban: el conquistador para controlar los resortes de poder y el azteca como mecanismo de seguridad ante los cada vez más descontentos de su proceder. De ahí la ambigüedad de la situación.

Era necesario acabar con la incertidumbre y para ello nada mejor que apresar al *Uei Tlatoani*, símbolo del poder. El pretexto para ello fueron unos acontecimientos ocurridos en Nautla, ciudad próxima a Veracruz, cuyo cacique Cuauhpopoca exigió el tributo bienal a las poblaciones totonacas sometidas. Los indígenas rehusaron satisfacerlo y solicitaron ayuda a la guarnición española de Veracruz, que intervino. En la refriega murió Escalante, el comandante de las tropas acantonadas en la Villa Rica, y los castellanos incendiaron Nautla, pero no pudieron reducir a quienes se refugiaron en la cercana Tuxpan. La cabeza de un caballo y la de un soldado apellidado Argüello fueron enviados a Tenochtitlan como trofeo.

Cortés, tanto porque los hechos le ofrecían un excelente motivo como porque suponían un cambio en la estrategia azteca, actuó rapidamente: echó en cara a Moctezuma lo que consideró una traición y, aunque el emperador aseguró su inocencia y prometió la entrega del cacique de Nautla para que los españoles lo juzgaran, el español le exigió que se diera preso. La afrenta era tal que Moctezuma lo intentó todo: su persona era inviolable y por más que él se entregara, los suyos no lo consentirían. Ofreció, incluso, la posibilidad de detener a sus hijos, pero fue inútil. Fue llevado al palacio de Axayácatl entre la indignación de los mexicas, que él trató de calmar afirmando que iba allá voluntariamente para cumplir con los designios de Huitzilopochtli.

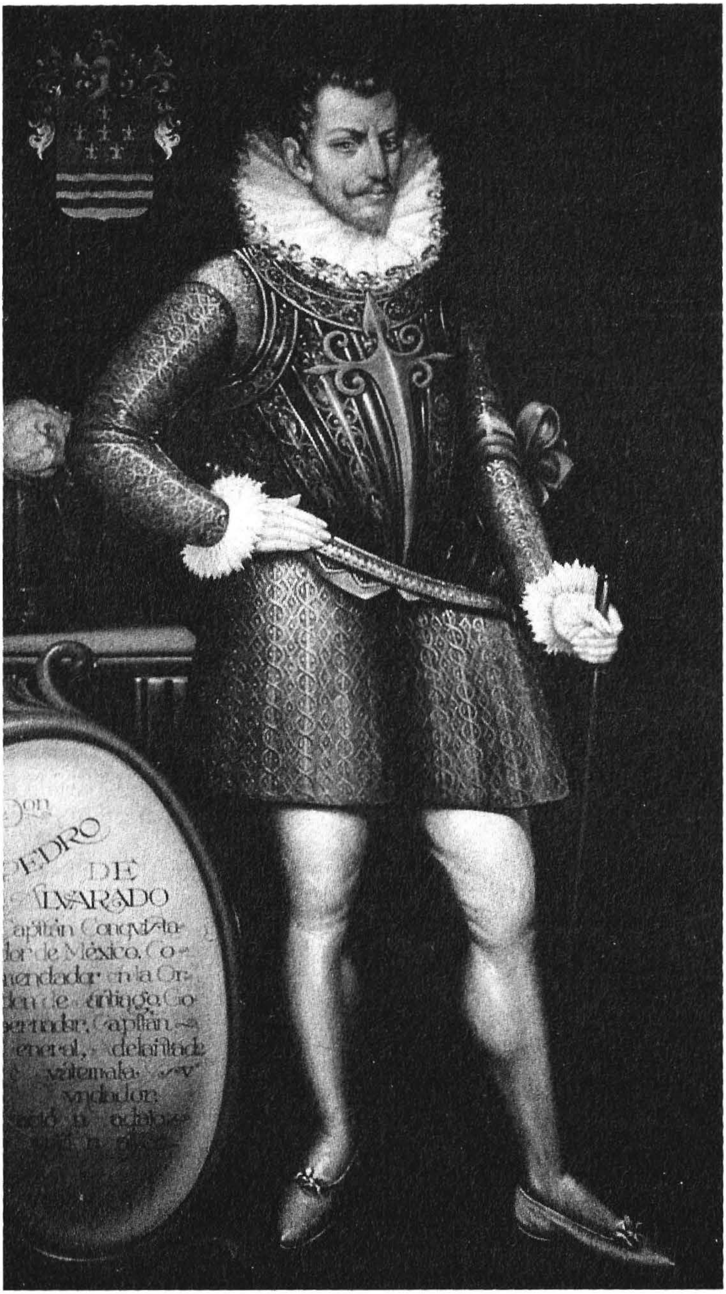
La escalada represiva y de humillación para los aztecas continuó días después con la ejecución en la hoguera de Cuauhpo-

poca y los jefes de las guarniciones del territorio totonaca que lucharon contra los españoles de Veracruz. Cortés pretendió, en vano, que declararan haber actuado por orden de Moctezuma. La situación encrespaba los ánimos cada vez más y Cacamatzin, señor de Tetzcoco, se rebeló para protestar contra la prisión de Moctezuma. A petición de Cortés, el propio soberano de Tenochtitlan se prestó a tenderle una trampa que permitió la captura del cabecilla de la revuelta. La noble figura de Cacamatzin impresionó a los españoles, como muy bien apunta Gómara. Moctezuma seguía justificando su proceder reconociendo en Cortés al Quetzalcóatl regresado.

A mediados de diciembre, llegaba a su extremo el tormento moral de Moctezuma con el reconocimiento por su parte de la soberanía del rey de España, convenientemente protocolizado ante escribano por la obsesión legalista de Cortés.

El conquistador se sintió más afirmado en su poder y decidió actuar en varias direcciones que consideraba ineludibles. Una fue la búsqueda de oro, satisfecha en primera instancia por el descubrimiento del tesoro del palacio de Axayácatl, aparecido tras una puerta tapiada, vuelta a cerrar una vez que todos contemplaron la magnificencia de las joyas y metales preciosos allí guardados. Episodio confuso que algunos interpretan como un simple regalo de Moctezuma, amedrentado por las acciones represivas, y otros como un hecho fortuito anterior a la prisión del emperador y que impulsó a consumar rápidamente su detención.

El valor de aquellas riquezas, a las que se agregó el oro recaudado en algunas provincias, ascendió a ciento sesenta mil pesos de oro y quinientos marcos de plata, una vez fundido el metal y despreciadas las valiosas piezas de plumas y otros objetos poco estimados por los conquistadores. Los soldados habían quedado deslumbrados al contemplar los escudos, discos, lunetas, ajorcas, grebas y diademas de oro, pero entonces, separado el quinto real y la parte reconocida a Cortés, lo que correspondió a cada uno fue tan exiguo que algunos lo rechazaron. Diplomáticamente, Cortés renunció a su parte, pero con ese «gesto» no se resolvió la impaciente avidez de la tropa. Le fue solicitada información a Moctezuma sobre los lugares del imperio ricos en metales. Zacatula y Coatzacoalcos fueron así los objetivos de expediciones a la busca de oro que, al mismo tiempo, marcan el inicio de la expansión conquistadora (diciembre 1519 - mayo de 1520). Y junto al móvil económico, la insoslayable finalidad religiosa. Ya había tratado Cortés en sus conversaciones con Moctezuma de inculcarle algunos rudimentos del cristianismo, casi


Don
DE
dor de México. Co-

siempre tendentes a resaltar la falsedad de las religiones indígenas, su carácter inhumano y el peligro del infierno que aguardaba a quienes las practicasen tras conocer que existía una creencia verdadera. En diciembre de 1519, Cortés quiso ir más allá derrocando los ídolos del gran *teocalli* o templo mayor de México. Moctezuma —y por supuesto los sacerdotes— fueron en este punto inflexibles. Al fin, en un rincón de la gran pirámide se entronizaron una cruz y una imagen de la Virgen ante las que se celebró la primera misa pública en México. En verdad, para una religiosidad politeísta resultaba menos duro aceptar compartir un lugar de culto que ver derribados a sus propios dioses.

Rivalidades entre los españoles

En estas circunstancias, Moctezuma tuvo conocimiento en su prisión de que nuevamente habían llegado barcos a la costa del golfo. Como Cortés le había manifestado que esperaba unos navíos, el azteca se alegró imaginando una rápida marcha de su adversario, y el conquistador pensó que le llegaban los ansiados refuerzos. Pero ambos estaban equivocados. Se trataba de una armada de diecinueve bajeles aprestada por Diego Velázquez desde Cuba con el objeto de reducir la rebeldía de Cortés. Venía mandada por el vizcaíno Pánfilo de Narváez y transportaba ochocientos soldados, ochenta escopeteros, ciento veinte ballesteros, doce cañones y ochenta caballos. Desde San Juan de Ulúa, Narváez llegó hasta Cempoala y trató de ganarse a los indígenas, sorprendidos por aquella repentina divergencia de los teules. También pretendió Narváez atraer a su partido a la guarnición de Veracruz, pero tanto el nuevo jefe, Sandoval, como Velázquez de León rechazaron la oferta.

Cortés comprendió el peligro que suponía la llegada de Narváez y abandonó México para enfrentarse a él. En la ciudad quedó Pedro de Alvarado con la mitad de las tropas para prevenir cualquier probable contingencia.

Como siempre que había de contender con fuerzas superiores en número, Cortés se valió de la intriga para conseguir sus objetivos. Así, envió al capellán Olmedo con un grupo de sus par-

◄ *Pedro de Alvarado, el Tonatiuh (sol) de los aztecas, fue un conquistador más rapaz, engreído y ostentoso que Cortés. A su falta de tacto y crueldad hay que achacar en gran medida la matanza del templo mayor de México. Castillo de Chapultepec.*

tidarios a Cempoala para minar la moral y soliviantar a los hombres de Narváez. Por su parte, Velázquez de León regalaba presentes de oro para lograr prosélitos. Tampoco el capitán vizcaíno era muy hábil y se complicó la vida enfrentándose al oidor de la Audiencia de Santo Domingo Vázquez de Ayllón, quien le recomendaba una actitud prudente si llegaba el caso de la confrontación con Cortés. El oidor fue devuelto preso a Cuba, lo que afectó a la cohesión de la hueste.

Cortés llegó a Cotaxtla y explicó claramente la situación, como después refirió al rey Carlos en su *Segunda Carta de relación*: «Yo les respondí que no veía provisión de vuestra alteza por donde le debiese entregar la tierra y que si alguna traía, que la presentase ante mí y ante el cabildo de la Villa de la Veracruz, según orden y costumbre de España. Y que yo estaba presto de obedecerla y cumplir y que hasta tanto, por ningún interés ni partido haría lo que él decía; antes yo y los que conmigo estaban moriríamos en defensa de la tierra, pues la habíamos ganado y tenido por vuestra majestad pacífica y segura y por no ser traidores y desleales a nuestro rey.»[3] En consecuencia, Narváez debía volver con sus hombres a Cuba o conquistar el territorio que Cortés le señalara.

Ya estaba creado el «ambiente» y el capitán extremeño marchó hacia Cempoala, dispuesto al combate. Narváez pensó que poco tenía que perder ante doscientos sesenta hombres y dieciséis jinetes. Era un día de lluvia torrencial y, como siempre, Cortés arengó con sus argumentos favoritos, elogió a sus hombres, y ellos, si creemos a Bernal, le exigieron que no aceptara componenda alguna con el enviado de Velázquez y que cualquier atisbo de traición se pagara con la muerte. Planeó un ataque nocturno, al amparo de la oscuridad y la lluvia, con objeto de apresar a Narváez y neutralizar su superioridad artillera. No fue posible la sorpresa total, pero las huestes de Cortés consiguieron dispersar o impedir la acción de los caballos. Sandoval asaltó en un golpe de audacia el templo en que se había hecho fuerte Narváez y lo incendió. A medida que sus defensores salían precipitadamente, eran apresados con facilidad y entre ellos el jefe. Los historiadores se han interrogado sobre las razones por las que la artillería de Narváez no actuó. Que fuera a causa del soborno o de la traición, como algunos apuntan, no es posible asegurarlo. Narváez ensalzó a Cortés por aquel triunfo sobre sus tropas, pero el extremeño humilló a su adversario al afirmar que no era ciertamente aquella su mayor hazaña. Con su triunfo, Cortés conseguía importantes refuerzos y una inesperada aliada: la vi-

ruela, portada por un negro enfermo llegado de Cuba, que en los meses siguientes causaría una notable mortandad en la población indígena, inerme al contagio de una enfermedad desconocida hasta entonces en aquellas tierras. Gómara hace, por cierto, un comentario muy en consonancia con la época cuando en tono vengativo se refiere a las víctimas de la viruela: «Parésceme que pagaron aquí las bubas que pegaron a los nuestros.»

El triunfo sobre las tropas de Narváez tuvo lugar el 29 de mayo de 1520 y Cortés lo comunicó inmediatamente a México. Pero dos días después, unos enviados tlaxcaltecas le traían una grave noticia: Alvarado y sus hombres estaban en peligro a causa de una rebelión de los mexicas.

La matanza del mes de Tóxcatl

¿Qué había ocurrido? En el mes de Tóxcatl había una festividad en el que se sacrificaba al dios Tezcatlipoca un joven preparado durante todo el año con tal fin. A lo largo de ese periodo, gozaba de todos los placeres hasta el día 20 de Tóxcatl (aquel año el 18 de mayo de 1520) en que marchaba solo al templo piramidal, dispuesto a consumar el ritual en el *téchcatl* o piedra de los sacrificios.

Los sacerdotes solicitaron permiso a Pedro de Alvarado, a quien denominaban Tonatiuh (el sol, por su cabello rubio), para celebrar la fiesta. Lo obtuvieron con la condición de que los participantes no portaran armas ni tuviese lugar sacrificio humano alguno. Aceptaron, quizás con la aspiración de efectuarlo en secreto, y comenzaron los preparativos de la fiesta. En ellos, daban forma humana al cuerpo de Huitzilopochtli, lo emplumaban y adornaban con turquesas y aderezos de oro. Luego, seguía un hermoso ceremonial en el que se conjugaban la poesía, la música de flautas, silbatos, tambores y huesos y la danza ejecutada por bailarines adornados con plumas, collares, colgantes y joyas de jade y oro.

En plena fiesta, los hombres de Alvarado cerraron las salidas del templo y atacaron en el patio a la multitud indefensa. El cronista Gómara nos proporciona las dos versiones aceptadas comúnmente para explicar esta matanza, de ejecución similar a la practicada en Cholula: el temor a una posible conspiración o que «fueron a verlos bailar baile tan loado y famoso, y viéndolos tan ricos, que se acodiciaron al oro que traían a cuestas».[4] Y añade un comentario muy expresivo: «sin duelo ni piedad cristiana



los acuchilló y mató y quitó lo que tenían encima.» Vale la pena incluir la versión indígena del *Códice florentino* sobre este suceso, uno de los puntos controvertidos de la conquista española:

«Pues así las cosas, mientras se está gozando de la fiesta, ya es el baile, ya es el canto, ya se enlaza un canto con otro, y los cantos son como un estruendo de olas, en ese preciso momento los españoles toman la determinación de matar a la gente. Luego vienen hacia acá, todos vienen en armas de guerra.

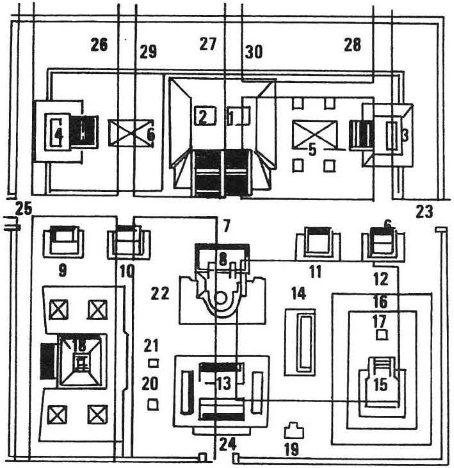
»Vienen a cerrar las salidas, los pasos, las entradas: la Entrada del Aguila, en el palacio menor; la de Acatl iyacapan (Punta de la Caña), la de Tezcacoac (Serpiente de espejos). Y luego que hubieron cerrado en todas ellas se apostaron: ya nadie pudo salir... Al momento todos acuchillan, alancean a la gente y les dan tajos, con las espadas los hieren. A algunos les acometieron por detrás; inmediatamente cayeron por tierra dispersas sus entrañas. A otros les desgarraron la cabeza; les rebanaron la cabeza, enteramente hecha trizas quedó su cabeza.

»Pero a otros les dieron tajos en los hombros: hechos grietas, desgarrados quedaron sus cuerpos. A aquellos hieren en los muslos, a éstos en las pantorrillas, a los de más allá en pleno abdomen. Todas las entrañas cayeron por tierra. Y había algunos que aún en vano corrían: iban arrastrando los intestinos y parecían enredarse los pies en ellos. Anhelosos de ponerse en salvo, no hallaban a donde dirigirse.» [5]

La reacción de los habitantes de la ciudad no se hizo esperar y los castellanos se vieron obligados a replegarse al palacio de Axayácatl, donde se atrincheraron y quedaron sitiados sin posibilidad de abastecerse. Alvarado hizo asomarse a Izcuauhtzin, *tlacochcálcatl* o jefe de tropas de Tlatelolco, a uno de los ventanales del palacio para recomendar a sus conciudadanos una actitud pacífica, deseada por Moctezuma, pero el ardid no surtió efecto. Con idéntico propósito liberó a Cuitláhuac, señor de Ixtapalapa; el plan resultó igualmente fallido porque el libertado acaudilló, junto a Cuauhtémoc, la rebelión. El sitio se mantuvo por los aztecas durante casi un mes y al mismo tiempo reprimieron a quienes secundaban la cobardía de Moctezuma.

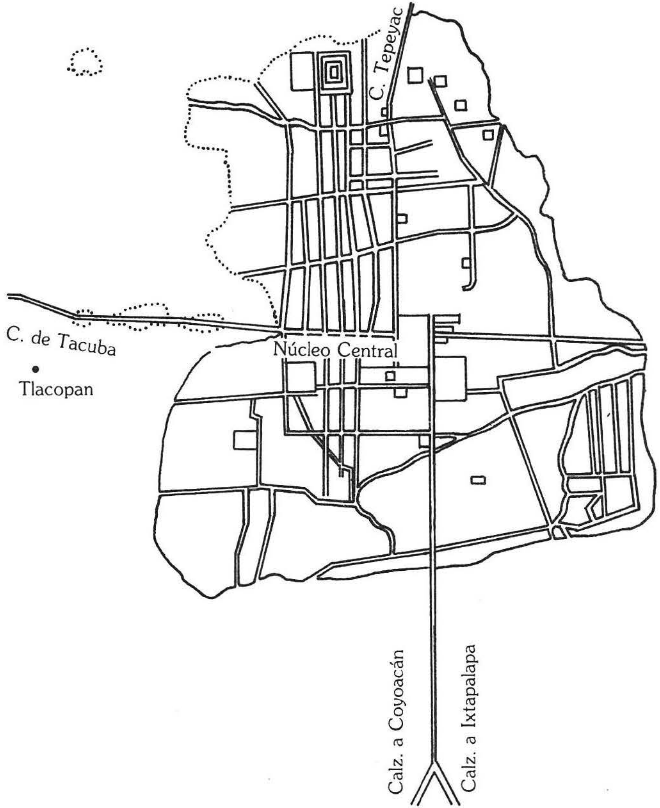
El 24 de junio de 1520 llegó a la ciudad Cortés con sus aliados Tlaxcaltecas y cempoaleses y encontró las calles desiertas.

◀ *Una fiesta tan señalada como la del mes de Tóxcatl de 1520 acabó en tragedia por el ataque de los españoles contra los desprevenidos indígenas. ¿Sospecha de traición? ¿Nerviosismo y ansiedad ante una situación tensa? ¿Codicia para apoderarse de las riquezas? Una página de la* Historia de Indias, *de Diego Durán. Biblioteca Nacional, Madrid.*



1. Templo de Huitzilopochtli; 2. Templo de Tláloc; 3. Templo de Tezcatlipoca; 4. Restos de un templo no identificado; 5-6. Edificios situados entre los templos y destinados a reuniones; 7. Pequeños basamentos para diversas ceremonias; 8. Templo de Quetzalcóatl; 9. Templo en que se encontraban los ídolos que representaban los dioses de los países conquistados; 10. Templo de la diosa Cihuacóatl; 11. Templo de la diosa Chicomecóatl; 12. Templo de la diosa Xochiquetzal; 13. Juego de pelota; 14. Tzompantli; 15. Templo del Sol; 16. Templo de Xipe; 17. Basamento donde se efectuaban los sacrificios gladiatorios; 18. "Calmécac", casas para sacerdotes y jóvenes dedicados al culto; 19. "Toxpálatl", manantial sagrado; 20. Teutlalpan, recinto con piedras y cactus en que se iniciaban las ceremonias de caza; 21. Pequeño basamento ceremonial; 22. Mástil de madera adornado para las fiestas Xocotlhuetzín; 23. Puerta de las Águilas hacia la calzada de Ixtapalapa; 24. Puerta poniente hacia la calzada de Tacuba; 25. Puerta norte hacia la calzada del Tepeyac; 26, 27 y 28. Habitaciones para los servicios del templo; 29 y 30. Jardines.

Centro ceremonial de México-Tenochtitlan



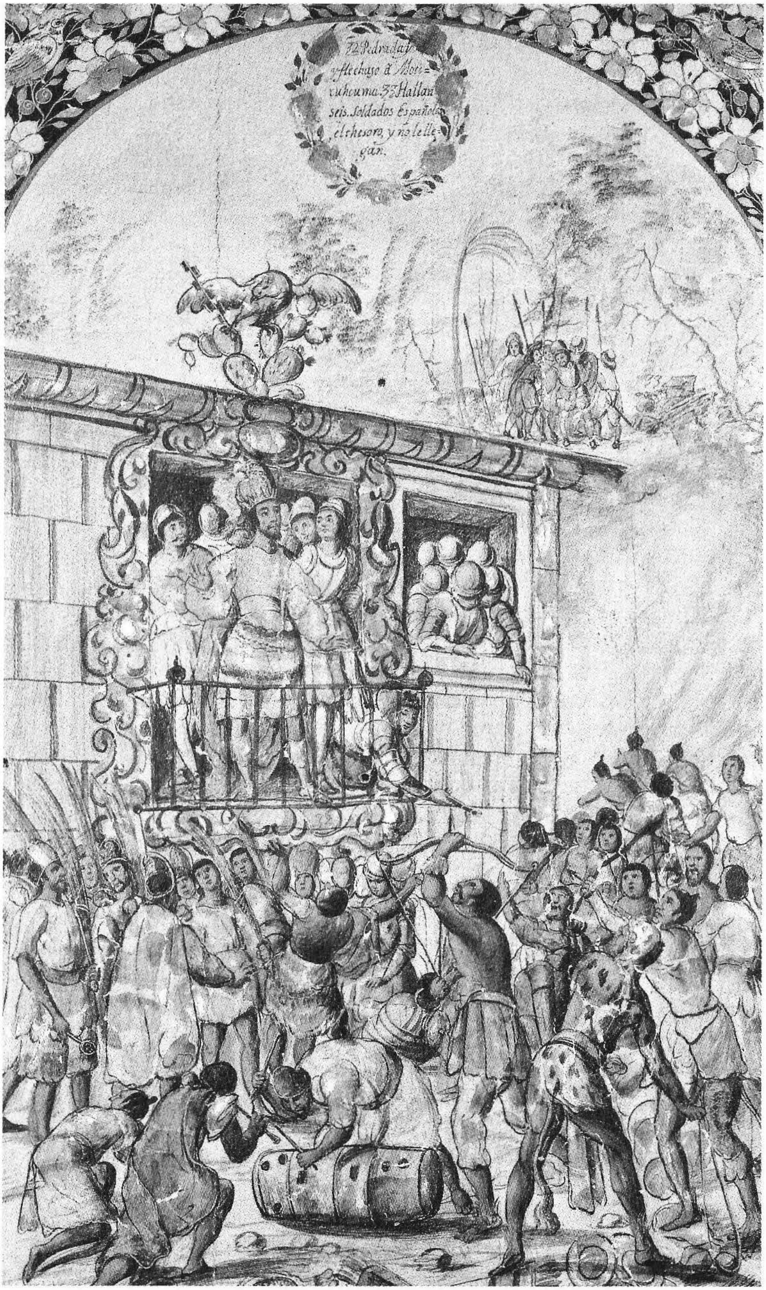
Plano de reconstrucción de México-Tenochtitlan

(Tomado de *Atlas histórico de México*. México, 1981, según Marquina y Orozco y Berra

Esta circunstancia obedecía a un plan de los indígenas: dejar entrar a los castellanos en México para sitiarlos y evitar cualquier ayuda exterior. Cortés advirtió la gravedad de la situación y censuró a Alvarado su desatino. Tal vez de ello podamos inferir que el conquistador desconocía por completo la acción de su subordinado y que ésta sólo es explicable en un contexto dominado por la ansiedad y el temor a un ataque de los aztecas.

En las jornadas siguientes, se agravó la situación de los sitiados. Las ballestas, fusiles y cañones no conseguían alejar a la multitud de atacantes ni menguar las rociadas de piedras y flechas. Era preciso tomar una iniciativa arriesgada y Cortés la planeó: con parapetos construidos con tablones se avanzaría por las calzadas para dominar los puentes. Y como operación de impacto, se acometió la toma del templo mayor, defendido por quinientos nobles. Era un edificio principal de la ciudad, una de aquellas maravillas de encantamiento que hicieron evocar a Bernal Díaz del Castillo el libro de Amadís cuando se acercaba a México. Disponemos de una descripción de Gómara de tan singular construcción: «Al templo llaman teucalli, que quiere decir casa de Dios..., vocablo harto propio si fuera Dios verdadero..... Tiene este templo su sitio cuadrado. De esquina a esquina hay un tiro de ballesta. La cerca de piedra con cuatro puertas, que responden a las calles principales que vienen de tierra por las tres que dije y por otra parte de la ciudad que no tiene calzada, sino muy buena calle. En medio de este espacio está una cepa de tierra y piedra maciza, esquinada como el patio, ancha de un cantón a otro cincuenta brazas. Como sale de tierra y comienza a crecer el montón, tiene unos grandes relejes; de manera que parece pirámide, como las de Egipto, sino que no se remata en punta, sino en llano y en un cuadro de hasta ocho o diez brazas.»[6] En aquellos días finales de junio de 1520, cuando Cortés intentaba tomarlo, su medio millar de defensores hacia rodar sobre las gradas troncos y piedras y rociaba de flechas a los atacantes. Pero todo en vano: los desesperados españoles lograron su propósito y mataron a los aztecas.

Quiso Cortés aprovechar el indudable impacto que debió suponer para los tenochcas la pérdida del teocalli en aquellas circunstancias y obligó a Moctezuma a dirigirse a su pueblo desde la prisión. El emperador hacía ver la inutilidad de la lucha contra aquellos combatientes superiores. El respeto inicial con que fue escuchando se trocó en denuestos, pedradas y calificaciones peyorativas (ruin, «mujer de los españoles») al exponer sus pretensiones. A los tres días moría el desventurado soberano, a conse-


32 Pedrada y
flechaso d' Moc-
tuheuma. 33 Hallan
seis. Soldados Españoles
el thesoro, y no le lle-
gan.

cuencia de las heridas recibidas, según la versión española. No se puede descartar, sin embargo, la posibilidad de otro tipo de muerte. Su cadáver, junto al del tlatelolca Izcuauhtzin, fue sacado del palacio de Axayácatl a la calle. A pesar de su conducta en los últimos tiempos, Moctezuma fue honrado con exequias funerarias, prueba del prestigio de la institución que representaba entre los aztecas.

Los sucesos de la «Noche Triste»

Fracasados los anteriores intentos, a Cortés no le quedaba otra salida que solicitar la paz a los jefes indígenas. La respuesta fue rotunda: la lucha sería a muerte y la superioridad numérica de los aztecas presagiaba un único resultado, catastrófico para los castellanos.

No quedaba más solución que salir de la ciudad, pero todas las calzadas habían sido inutilizadas mediante la destrucción de los puentes, excepto la de Tlacopan. Cortés intentó ganarla y consiguió dominar los puentes casi hasta la salida. En ese momento recibió una propuesta para parlamentar y regresó al palacio de Axayácatl. Era una treta de los aztecas que le hizo perder el terreno ganado y obligó a replegarse a sus tropas. La salida de Tenochtitlan era ahora aún más problemática, pero si no lograban llevarla a cabo, la alternativa era la muerte por los ataques, el hambre o la sed. Para enrarecer más el ya tenso ambiente, un soldado de Cortés apellidado Botello, que decía tener poderes adivinatorios, pronosticó que aquella noche (30 de junio de 1520) constituía la última y definitiva oportunidad para escapar a la muerte.

Ni siquiera en aquellas difíciles circunstancias abandonó Cortés su obsesión de leguleyo: llamó a su secretario Pedro Hernández y a otros escribanos y en su presencia testimonió la imposibilidad de conservar el tesoro acumulado; en consecuencia, ofrecía la posibilidad de que los soldados se beneficiaran cogiendo lo que pudieran. Bernal apunta que muchos tomaron cantidades que iban a ser fatales por su peso en la huida que se emprendía; él se limitó a tomar una petaquilla con cuatro chalchihuites, piedras muy apreciadas.

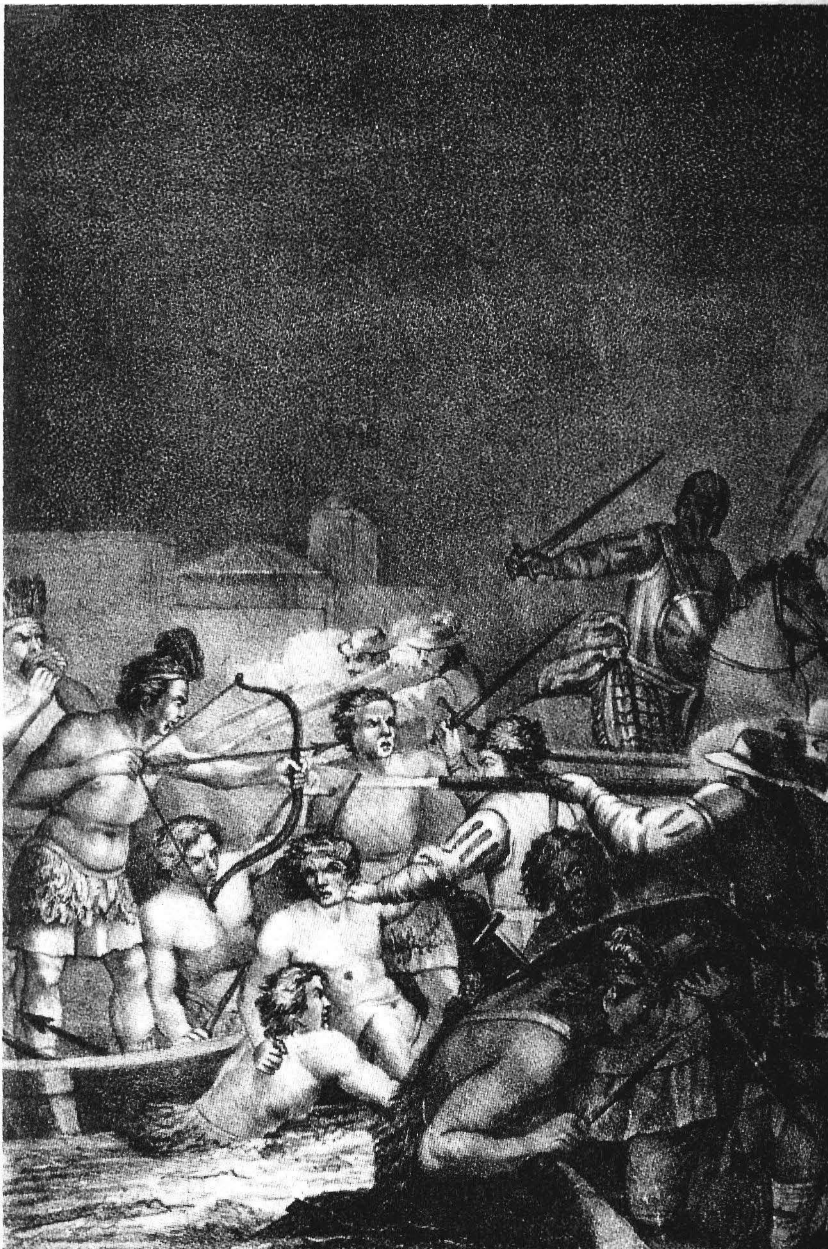
◀ *Moctezuma trata de aplacar a su pueblo. Al golpe para su dignidad que supuso la prisión se unía ahora el rechazo de los suyos por su actitud contemporizadora con los españoles. A los tres días de esta escena tuvo lugar su trágica muerte. Cuadro de Miguel González, 1698. Museo de América, Madrid.*

La vanguardia de la retirada la dirigían Sandoval y Ordás; en el centro marchaban Cortés y Cristóbal de Olid con los rehenes (los hijos de Moctezuma y Cacamatzin), doña Marina y doña Luisa y parte del tesoro, unos 32.000 pesos de oro; en la retaguardia, Alvarado y Velázquez de León, que perdería la vida en la operación, cerrando filas con los aliados tlaxcaltecas. El avance era completamente silencioso y mediante pontones se iban salvando los cortes de la calzada. Pero al llegar al cuarto, una anciana que llenaba una vasija de agua advirtió la marcha y dio la voz de alarma. Un sacerdote del templo de Huitzilopochtli hizo sonar los tambores y en breves instantes surgieron por doquier guerreros armados con macanas de punta de obsidiana, puñales de sílex, hondas y arcos. El puente se rompió y comenzaron a caer al agua cuerpos de hombres y caballos y «pronto con ellos el canal quedó lleno, con ellos cegado quedó. Y aquellos que iban siguiendo, sobre los hombres, sobre los cuerpos, pasaron y salieron a la otra orilla.»[7] Gómara refiere que la noche y la niebla contribuyeron a aumentar la confusión, entre los gritos de victoria de los indígenas y los lamentos de los castellanos, que «como vencidos, maldecían su desastrada suerte, la hora y quien allí los trujo.»

Los resultados de aquella retirada, que ha pasado a la historia con la denominación de «Noche Triste» o «Noche Tenebrosa», fueron catastróficos para los españoles: según Cortés y Oviedo, murieron ciento cincuenta castellanos y dos mil indios auxiliares; Camargo y Gómara estiman esas cifras en cuatrocientos cincuenta y cuatro mil, y Sahagún en trescientos y dos mil respectivamente. Murieron igualmente los hijos de Moctezuma y Cacamatzin, se perdió el tesoro y la artillería y sólo quedaron veinte caballos. Los españoles que se replegaron de nuevo al palacio de Axayácatl —aunque hay autores que dudan que alguno pudiera hacerlo— y los prisioneros fueron sacrificados al dios Huitzilopochtli.

En Tlacopan (Tacuba), Cortés hizo balance de la situación y no pudo por menos, según una noticia convertida en leyenda,

«"Guerreros, capitanes, mexicanos... ¡Se van nuestros enemigos! Venid a perseguirlos con barcas defendidas con escudos... con todo el cuerpo en el camino." Y cuando esto se oyó, luego un rumor se alza. Luego se ponen en plan de combate los que tienen barcas defendidas... Entonces los que tripulaban las barcas defendidas por escudos, lanzaron sus dardos contra los españoles. De uno y otro lado los dardos caían.» Así refiere Alva Ixtlilxochitl el descalabro español de la «Noche Triste». Litografía de la serie Monumentos de México. *Biblioteca Nacional, México.* ▶





que prorrumpir en un amargo llanto. Bernal incluso se refiere a un romance popularizado desde entonces:

En Tacuba está Cortés,
con su escuadrón esforzado;
triste estaba y muy penoso,
triste y con gran cuidado,
una mano en la mejilla
y la otra en el costado.

Es significativo que en aquellos atribulados momentos, Cortés se interesara, como recoge Solís, por la suerte de doña Marina y Jerónimo de Aguilar, índice de la importancia de los intérpretes, «instrumentos principales de aquella conquista».[8] Igualmente se preocupó por la suerte de Martín López, un carpintero llamado a tener un papel importante como improvisado armador de los bergantines que participaron en la definitiva conquista de México. Ello hace pensar que, incluso en la confusión de la derrota, Cortés ya pensaba en un nuevo intento para recuperar su objetivo soñado.

Otra anécdota muy famosa relacionada con la «Noche Triste» es la referente al salto de Alvarado, apoyado en su lanza y rodeado de enemigos, para salvar una zanja de gran anchura. Hecho revestido de un halo de leyenda, es puesto en duda por Bernal, siempre dispuesto a rebajar el papel individual de los jefes de la hueste: «yo digo que en aquel tiempo ningún soldado se paró a verlo, si saltaba poco o mucho, que harto teníamos en mirar y salvar nuestras vidas», afirma irónicamente el cronista sobre la pretendida proeza del Tonatiuh.

Tras el desastre, Cortés proyectó retirarse hacia Tlaxcala, con la incertidumbre de si los tlaxcaltecas habrían cambiado su actitud de aliados. La marcha fue penosa, con el hostigamiento constante de los aztecas, lo que obligaba a caminar de noche para ampararse en la oscuridad y, además, cuando tanto necesitaban abastecimiento, solamente encontraban ciudades abandonadas.

En la llanura de Otumba sorprendió a los castellanos un ejército enemigo cuyo propósito era cortarles la retirada. Cortés or-

◀ *La batalla de Otumba es el triunfo de una táctica sumaria y de un valor suscitado por la desesperación y el peligro de morir. Las consecuencias militares y el estímulo sobre la moral de los castellanos fueron muy importantes. Oleografía de la obra* México a través de los siglos, *Espasa-Salvat.*

denó abrir brechas, con los escasos caballos que quedaban, en las filas enemigas y eliminar a aquellos contrarios que, por su apariencia, pudieran ser jefes. El resultado no pudo ser más halagüeño porque los aztecas huyeron al verse privados de su mando supremo. La verdad es que una táctica mínima solía dar resultado ante los rudimentarios procedimientos de combate de unos enemigos «para quienes la batalla se basaba en el choque masivo a fin de provocar la huida del adversario».[9]

La batalla de Otumba tuvo lugar el 8 de julio de 1520 y resultó decisiva por sus resultados y significado en el futuro de la conquista de México. Al día siguiente, Cortés y sus derrengadas tropas llegaban a las tierras de los aliados tlaxcaltecas, que no mostraron reticencia alguna en continuar con la situación de entendimiento mantenida hasta entonces.

9. La caída de Tenochtitlan

Después de los sangrientos sucesos de la retirada española de Tenochtitlan, la ciudad fue recobrando su pulso. En los días siguientes se procedió a la limpieza de calles, canales y laguna, a la reparación de las calzadas y a la realización de dos actos muy importantes, de acuerdo con el sentido que la guerra revestía para los aztecas: honrar a los muertos y el sacrificio de los prisioneros: «Durante varios días resonaron lúgubremente los *huéhuetl* del templo mayor convocando a tlatelolcas y a tenochcas a presenciar el sangriento rito destinado a aplacar la cólera de los dioses ofendidos; grupos de españoles y tlaxcaltecas fueron llevados al recinto del *coatepantli;* se les hizo escalar las graderías de la pirámide y colgados en el ara de los sacrificios se les abrió el pecho para ofrecer el corazón a Huitzilopochtli, el dios solar y de la guerra.[1] Sus cráneos —el despojo y trofeo que recordaba su época de cazadores de cabezas— fueron colocados en el andamio de cráneos, el *tzompantli*.»[2]

Dentro del mismo proceso de normalización fue designado el nuevo *Uei Tlatoani* en la persona de Cuitláhuac, señor de Ixtapalapa, que durante un tiempo había sido preso de Alvarado y fue liberado con la intención de que convenciera a los suyos de la necesidad de la paz, si bien él se puso al frente de quienes defendían la postura de guerra contra los españoles.

Pero entonces una nueva calamidad asoló el Anáhuac: la epidemia de viruela —cuyo primer foco de contagio fue la expedición de Pánfilo de Narváez— se extendió con rapidez. Fue el terrible *hueząhuatl*, que los relatos indígenas describen con horror: «Era muy destructora enfermedad. Muchas gentes murieron de ella. Ya nadie podía andar, no más estaban acostados, no podía hacer movimientos de cuerpo: no podía acostarse cara abajo, ni acostarse sobre la espalda, ni moverse de un lado a otro. Y cuando se movían algo, daban de gritos. A muchos dio la muerte la pegajosa, apelmazada, dura enfermedad de granos. Muchos murieron de ella, pero muchos solamente de hambre murieron, hubo muertos por el hambre; ya nadie tenía cuidado de nadie, nadie



La epidemia de viruela, traída por los expedicionarios al mando de Pánfilo de Narváez, causó estragos en la población indígena. Fue la primera de las calamilades causantes del desastre demográfico mexicano. Códice Florentino.

de otros se preocupaba.»[3] Una de las víctimas de la plaga destructora fue el propio Cuitláhuac, que sólo ejerció el poder durante ochenta días. Su muerte tuvo lugar a finales de octubre o primeros de noviembre de 1520.

El sucesor de Cuitláhuac, indiscutido y aclamado, fue el joven Cuauhtémoc (Guatimozin en los textos españoles), que había ejercido de hecho el poder desde septiembre de 1520 hasta su designación en enero del año siguiente. Resulta enigmático el

hecho de que su entronización oficial como primer mandatario tuviera lugar entre el 28 de enero y el 1 de febrero de 1520, en uno de los cinco días funestos *(nemonteni)* para los aztecas. Recordemos que el calendario tenía dieciocho meses de veinte días y, en consecuencia, restaban cinco días, considerados de mal agüero y propicios a la desgracia, para completar el ciclo anual. Las interpretaciones sobre el porqué del inicio del mandato de Cuauhtémoc en esos días giran en torno a dos posibilidades: o bien se esperaba que los blancos fueran vencidos al conjuro de las jornadas nefastas o, lo que es más probable, asumió el poder debido a la urgencia de contar con un nuevo mandatario, ya que Cortés se aproximaba con sus tropas a México dispuesto a conquistarla.

En efecto, tras el triunfo de Otumba vimos al conquistador refugiarse en tierras tlaxcaltecas, cuyos habitantes le manifestaron nuevamente su adhesión, a pesar de los temores que Cortés abrigaba en ese sentido después de su desastrosa salida de Tenochtitlan. Es posible que en esa postura pesaran los muchos muertos tlaxcaltecas caídos a manos de los mexicas; al menos, así parecen mostrarlo las palabras pronunciadas por el tlatoani Maxixcatzin al recibir a Cortés en Hueyotlilpan. La recepción en la capital fue igualmente acogedora. Con todo, las reticencias del jefe español tenían su fundamento: Xicoténcatl el Joven, conductor de los ejércitos tlaxcaltecas contra Cortés el año anterior, pensaba que era el momento de combatir y expulsar a los extranjeros. Al parecer, estos proyectos estuvieron alentados por embajadas del propio Cuauhtémoc. Xicoténcatl inició incluso contactos con algunos tlaxcaltecas principales para calibrar su disposición en tal sentido y poder actuar rápidamente. Enterado su rival Chichimecatecuhli, denunció la trama y convocó el Consejo. Allí se pidió con insistencia la muerte del joven guerrero, pero Maxixcatzin, evocando el respeto y la veneración que se debían al anciano Xicoténcatl, consiguió que todo quedara en una severa reprobación.

No hubiera sido difícil una acción contra los españoles en aquellas circunstancias: su escaso número, las menguadas fuerzas y la inseguridad que se palpaba en medio de unos tlaxcaltecas que podían variar su actitud amistosa, eran realidades que hacían dudar de la viabilidad de la gigantesca empresa acometida. Por ello, no debe extrañar que surgieran de nuevo voces que incitaban al regreso a Cuba, conjuradas por Cortés con su sempiterna alusión al servicio a Dios y al rey que todos cumplían con aquella expedición.

La estrategia del conquistador

Como prueba de su determinación en continuar la empresa, apenas repuestas las fuerzas, un mes después Cortés planeaba un golpe de prestigio y castigo contra la ciudad de Tepeyácac, aliada de México, que poco antes había atacado a un grupo de castellanos que marchaba de Tlaxcala a Veracruz con el oro recogido en la expedición a Coatzacoalcos. Cortés se hizo acompañar de cuarenta mil indios aliados y marchó por Huexotzingo, Cholula y Acatzingo. Ante la ciudad a doblegar formuló el acostumbrado requerimiento al que los indígenas no respondieron favorablemente. Con la plena convicción de que con ese rechazo el ataque estaba «justificado», los españoles aplicaron su «ejemplar» castigo, que al asalto y saqueo unió ahora la esclavización de un conjunto de habitantes de Tepeyácac marcados a fuego con la letra G. Esta práctica se hizo habitual en las acciones siguientes y a ella se refiere Bernal Díaz del Castillo en términos harto expresivos de la mentalidad de la época ante la cuestión: «... Luego se mandó pregonar que todos los indios e indias que habíamos habido en aquellas entradas los llevasen a herrar dentro de dos días a una casa que estaba señalada para ello; y por no gastar más palabras en esta relación sobre la manera que se vendían en la almoneda, más de las que otras veces tengo dichas en las dos veces que se herraron, si mal lo habían hecho antes, muy peor se hizo esta vez, que, después de sacado el real quinto, sacaba Cortés el suyo, y otras treinta sacaliñas para capitanes; y si eran hermosas y buenas indias las que metíamos a herrar, las hurtaban de noche del montón, que no parecían hasta de ahí a buenos días; y por esta causa se dejaban de herrar muchas piezas...»[4]

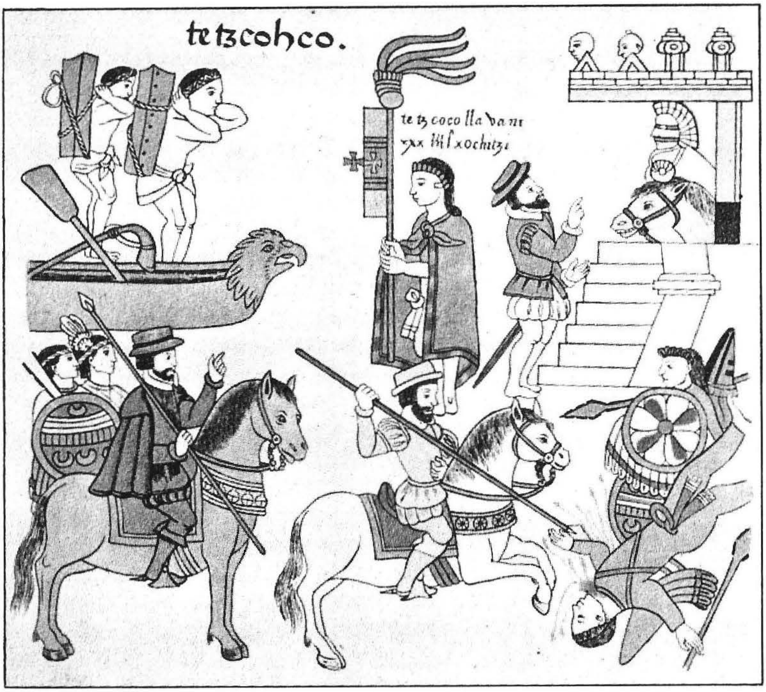
Cortés trasladó su real a Tepeyácac, tanto porque así evitaba fricciones poco convenientes, dadas las circunstancias, con los tlaxcaltecas, como por los nuevos planes estratégicos que bullían en su mente. La ciudad se denominó desde entonces Segura de la Frontera y allí escribió el conquistador su *Segunda Carta de relación*. La semejanza de aquellas tierras con España pareció tan evidente que fueron conocidas a partir de estos momentos como Nueva España.

La estrategia cortesiana, una vez asegurada la alianza de Tlaxcala, pasaba por el dominio de la zona oriental del Anáhuac para dejar expedito el paso hacia la base costera de Veracruz, por el establecimiento de pactos cuando fuera necesario y por el control de las áreas que bordeaban la laguna de México. Era,

pues, un plan tendente a minar el poder de la capital azteca. De acuerdo con él, y ante una petición de la ciudad de Huaquechula, cercana al Popocatépetl, para sacudirse el yugo mexica, Cortés envio a Cristóbal de Olid y él le siguió poco después. La sola noticia de su llegada había incitado a los huaquechultecas a la rebelión contra sus dominadores. De aquellos logró, además, el extremeño informaciones valiosas sobre México tras su partida del mes de junio anterior. Más al sur, Cortés emprendió una acción sobre Izúcar, donde recibió a unos embajadores mixtecas de Oaxaca que le hicieron presentes y aseguraron su fidelidad. En otra dirección, hacia el noroeste. de Jalapa, partió Gonzalo de Sandoval, con objeto de someter Ixtacmactitlan (el Xalacingo de Bernal) y Teziutlan, dos poblaciones a las que se castigó por haber atacado a un grupo de españoles. Con esta acción se consiguió el dominio de buena parte del oriente de la meseta.

Pero el objetivo final de Cortés no podía ser otro que la reconquista de Tenochtitlan, y en ese sentido resultaron decisivos dos hechos: uno, la incorporación a sus tropas de sucesivos contingentes armados (los procedentes de las naves que Velázquez envió desde Cuba a Narváez, a quien suponía vencedor de Cortés; los de la expedición ordenada por el gobernador jamaicano Garay al Pánuco y, en fin, las gentes que acudían, ávidas de riqueza, ante la fama que iban adquiriendo las tierras de México); el otro, la decisión de abordar la conquista de Tenochtitlan también por el agua. Dadas las características de la ciudad, el plan aparecía especialmente indicado. La realización de este proyecto resultaría descabellada en cualquier otra circunstancia, pero no en una empresa plena de acontecimientos aparentemente inverosímiles, como fue la conquista mexicana. Las maderas de los bosques de Tlaxcala y los restos de jarcias y velámenes de los navíos inutilizados en Veracruz sirvieron para que un armador improvisado, el ya citado carpintero Martín López, construyese trece bergantines que, desmontados, habían de ser trasladados a la laguna mexicana para su botadura y entrada en combate.

Cortés partió el 28 de diciembre de 1520 (en el mes Panquetzaliztli de los indígenas) desde Tlaxcala con dirección a México. La epidemia de viruela comenzaba a declinar no sin antes haber abatido al tlatoani Maxixcatzin, cuyo sucesor se aseguró el jefe español. Una vez más, enardeció a los expedicionarios con una arenga persuasiva, pero sabía que las dificultades iban a ser de envergadura. Acompañaban a Cortés cuarenta caballeros, quinientos cuarenta infantes, sesenta mil indios auxiliares y contaba con nueve piezas de artillería.



Ocupación de Tetzcoco por las tropas de Cortés. Los habitantes de la ciudad huyeron en su mayor parte a Tenochtitlan, lo que contrarió al conquistador por la pérdida de recursos que suponía. Lienzo de Tlaxcala.

Cuauhtémoc había fortificado la ciudad, ahondado las acequias, levantado muros... Los tenochcas idearon unas largas lanzas especiales para atacar a los caballos y en los caminos que descendían desde el Popacatépetl y el Iztaccihuatl sembraron magüeyes y malezas para dificultar la marcha. En el plano político, Cuauhtémoc envió mensajeros por las ciudades del Anáhuac con la promesa de exonerarlas de la obligación de pagar tributos y ofreciendo la paz a los adversarios. Incluso se pensó extender esta tentativa a los tarascos, aunque primero Zuaurigua y más tarde su sucesor Zinzicha (Caltzontzin) la rechazaron.

Cuando las tropas de Cortés comenzaron a descender sobre el valle de México, una pléyade de hogueras avisó de su presencia. Pero si los indígenas estaban preparados, también el español quiso dejar patentes sus propósitos de lucha hasta el final, y asaltó y saqueó Calpulapan; ciudad que en las luchas de meses atrás había tendido una trampa a un grupo de la gente de Cor-

tés, cuyos cadáveres aún estaban expuestos en el templo donde fueron sacrificados.

El 31 de diciembre, seis meses después de su dramática retirada, los castellanos llegaban frente a Tetzcoco. A su encuentro salió una embajada que solicitó consideración para la ciudad en el caso de que llegara la ocasión del saqueo; significativamente, expresaron sus temores a los desmanes de los tlaxcaltecas. Los emisarios daban la bienvenida a Cortés y le invitaban a entrar en la ciudad al día siguiente, pero el conquistador exigió hacerlo al punto y aquella noche ya se alojaba en el palacio del rey poeta Netzahualcóyotl. No obstante, le esperaba una sorpresa que provocó su cólera: los tetzcocanos abandonaron sus hogares en la oscuridad y marcharon a México con enseres y pertenencias. Cortés comprendió que la táctica de dejar los lugares abandonados podía resultar nefasta para sus proyectos y actuó en consecuencia. Ordenó traer de Tlaxcala al noble tetzcocano Ixtlilxóchitl, prisionero desde la retirada del verano anterior, para nombrarle señor de la ciudad y asegurarse su lealtad. El procedimiento resultaba eficaz porque, de no aceptar, le esperaba la muerte, y al dar su aquiescencia, se encontraba en una situación completamente irreversible, puesto que en Tenochtitlan se le consideraría traidor.

El 7 de enero de 1521, Cortés decidió acercarse a México por Ixtapalapa, ciudad que ofreció una dura resistencia. En un momento de la lucha y al ver que perdían terreno sobre la calzada, los ixtapalucas rompieron un dique que separaba las aguas de las lagunas de Tetzcoco y México. Ellos escaparon al peligro en canoas, pero Cortés se vio obligado a replegarse ante el avance de las aguas. No se pudo evitar, sin embargo, que perecieran ahogados bastantes indios aliados que marchaban en la retaguardia. También se perdió casi todo el botín capturado.

El contratiempo no disminuyó, empero, la impresión de temor que la presencia española causaba entre las poblaciones del valle de México. En breve tiempo Xuexotla, Coatlinchan, Otumba y Chalco hicieron propuestas de paz. La ocupación de esta última ciudad era muy importante porque permitiría un posible repliegue hacia Tlaxcala sin problemas. Gonzalo de Sandoval fue recibido por miembros de la nobleza chalca que, como prueba de amistad, le entregaron algunos guerreros llegados de Tenochtitlan que trataban de ganarlos para su causa. Cortés los devolvió a su ciudad para que comunicaran a Cuauhtémoc los propósitos pacíficos de los españoles y la renuncia a cualquier represalia por las luchas anteriores, si Tenochtitlan se sometía. La em-

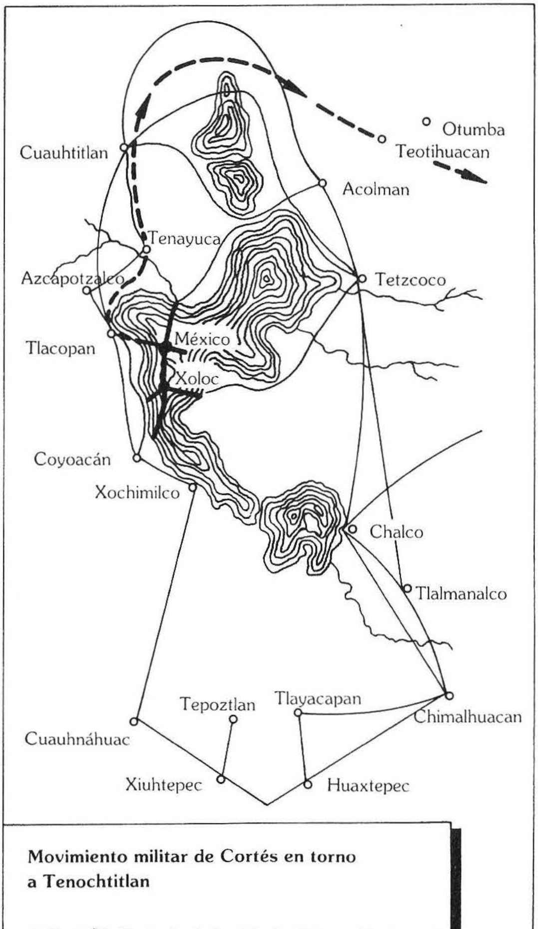


bajada fue un fracaso porque también la resolución de los tenochcas de llegar hasta el fin era inamovible.

En este punto llegaron ocho mil tlaxcaltecas a Tetzcoco portando la tablazón y aparejos con que serían armados los bergantines bajo la dirección de Martín López. La increíble operación se iba a consumar. Mientras tanto, con la ayuda de los aliados indígenas, Cortés efectuó incursiones sobre unos objetivos concretos: Xaltocan, Cuauhtitlan, Tenayuca, Azcapotzalco y Tlacopan. En esta ciudad, situada en el extremo de una calzada, los castellanos sufrieron un ataque de guerreros de Tenochtitlan, nueva advertencia de la firme actitud de resistir de la capital. Como respuesta, Cortés efectuó varias ofensivas de tanteo, en una de las cuales solicitó ver a los señores de la ciudad. A esta pretensión los guerreros contestaron que ellos eran los señores. Sobre esta base surgió la hipótesis de que en México se hubiera producido en esas circunstancias un levantamiento popular contra la facción de la nobleza partidaria de un entendimiento con los españoles. No parece demasiado probable el supuesto, y en todo caso, queda fuera de dudas que Cuauhtémoc, los sacerdotes y buena parte de los nobles estaban a favor de la resistencia hasta el final.

Pero si la capital se mostraba cohesionada, la progresiva desintegración del conglomerado de pueblos que constituía el imperio azteca favorecería a Cortés. Ahora tocó manifestar su sumisión a Nautla y otras ciudades del área totonaca en las proximidades de Veracruz. En consecuencia, a los aztecas cada día les resultaba más difícil reaccionar. Con todo, una tropa de Huaxtepec se dirigió a Chalco, estigmatizada por los mexicanos a causa de su traición. Sandoval levantó el peligro que se cernía sobre los chalcas y aceleró una ofensiva sobre la agresora Huaxtepec, verdadero vergel de flores, y Yecapixtla, cuyos defensores prefirieron despeñarse desde las alturas sobre el río antes que entregarse. Las aguas se tiñeron de sangre por una hora, nos dice Cortés. Esta cadena de éxitos preocupaba a Cuauhtémoc, para quien resultaba casi vital el dominio de Chalco con objeto de cerrar el paso al este del valle de México, por lo que intentó de nuevo su conquista, esta vez desde canoas, pero sus fuerzas fueron rechazadas por los chalcas ayudados por los huexotzincas. Con

◀ *El traslado de los bergantines de tierras tlaxcaltecas a Tetzcoco fue un hecho decisivo para el asalto final a México. Pintura realizada a partir de los grabados de* Historia de la conquista de México, *de A. Solís. Museo de América, Madrid.*



Esquema del movimiento militar de las tropas de Cortés durante el asedio a Tenochtitlan y el camino seguido durante la retirada de la «Noche Triste».

Fuente: Atlas histórico de México, 1981, según Marquina y Orozco y Berra.

ello, Cortés se aseguraba el paso y el abastecimiento sin grandes problemas.

El 5 de abril de 1521 emprendía el español una vasta operación de sometimiento de las zonas aledañas de la laguna mexicana. Tras una breve detención en Chalco, hostigada otra vez por los aztecas, se dirigió al valle de Cuautla, donde encontró resistencia en Yautepec, abatida por la artillería. Luego cayeron Xilotepec y Tepoztlan y con ellas se ganó la entrada al valle de Cuernavaca, donde se encontraba la ciudad de Cuauhnáuac (de

esa denominación deriva, por corrupción, Cuernavaca), protegida por barrancos y un río que discurría entre escarpaduras. A pesar de estas barreras naturales, los defensores huyeron ante la presión de los hombres de Cortés. Desde el valle de Cuernavaca volvieron las tropas al de México y avanzaron sobre Xochimilco, la ciudad de las flores. Sus habitantes levantaron los puentes y se atrincheraron durante tres días, aunque no pudieron evitar el saqueo e incendio final. Muchos escaparon en canoas llegadas en su auxilio desde Tenochtitlan. En una de las acciones, Cortés perdió su caballo y, rodeado por guerreros xochilmilcas, estuvo a punto de perecer, de no haber contado con ayuda llegada de modo providencial.

Cuauhtémoc contraatacó y los españoles se vieron obligados a abandonar Xochimilco y retirarse hacia Coyoacán, que incendiaron, y Tlacopan, rebelada contra Cortés y que fue asaltada sin grandes consecuencias, pues sus habitantes se replegaron hacia la calzada, no sufrieron apenas daño e incluso capturaron a dos soldados españoles, que fueron sacrificados en Tenochtitlan. En la prudente retirada que Cortés desplegó hacia Tetzcoco comprobó que Tenayuca, Cuauhtitlan y Acolman estaban abandonadas, un testimonio más del pobre balance de la campaña.

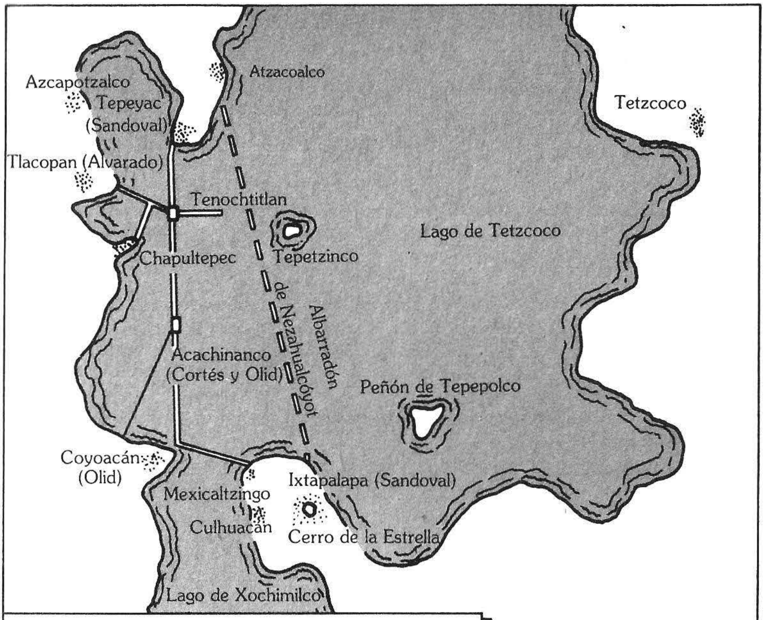
Como siempre que las operaciones militares no eran demasiado afortunadas, Cortés tuvo problemas en sus propias filas. Al parecer, un grupo de los antiguos velazquistas planeó el asesinato del conquistador y su sustitución en la jefatura de la empresa mexicana. Al frente de la conspiración figuraba un tal Villafaña, que, descubierto, acabó en el patíbulo, según nos narra el propio Cortés: «Vista la confesión de éste... y como se certificó en ella, un alcalde y yo lo condenamos a muerte, la cual se ejecutó en su persona. Y caso que en este delito hallamos otros muy culpados, disimulé con ellos.»[5] La actitud contemporizadora de Cortés —que algunos autores justifican porque Villafaña se tragó la lista con los nombres de los conjurados— estuvo en realidad dictada por las circunstancias y el deseo de no ahondar las disensiones existentes. Cortés, por cierto, lamentaría su benevolencia más tarde porque los conspiradores mantuvieron su actitud díscola.

El ataque final

A finales de abril de 1521 estaba a punto de ser concluido el canal de tres kilómetros que permitiría botar los bergantines

en la laguna de Tetzcoco. La preparación del ataque final estaba llegando a su conclusión. Los indios aprestaron cincuenta mil flechas y se fabricaron otros tantos casquillos de bronce. Merece la pena destacar la habilidad de Cortés para obtener recursos de cualquier procedencia (al inicio de la campaña, el artillero Mesa subió al Popocatépetl para disponer una provisión de azufre de origen volcánico con que fabricar pólvora). El ejército estaba preparado para intervenir y el conquistador describe el momento con estas palabras: «Y acabados los bergantines y puestos en esta zanja, al 28 de abril del dicho año, hice alarde[6] de toda la gente y hallé ochenta y seis de caballo, ciento dieciocho ballesteros y escopeteros, setecientos y tantos peones de espada y rodela, tres tiros gruesos de hierro, quince tiros pequeños de bronce y diez quintales de pólvora. Acabado de hacer el dicho alarde, yo encargué y recomendé mucho a todos los españoles que guardasen y cumpliesen las ordenanzas que yo había hecho para las cosas de la guerra, en todo cuanto les fuese posible, y que se alegrasen y esforzasen mucho, porque veían que Nuestro Señor nos encaminaba para hacer victoria de nuestros enemigos.»[7] No menciona en el recuento los cincuenta mil aliados tlaxcaltecas (veinte mil según Bernal), al mando de Xicoténcatl el Joven y Chichimecatecuhli, ni los procedentes de Huextozingo, Cholula, Chalco y Tetzcoco. Por cierto, Xicoténcatl abandonó las tropas y fue condenado a morir en la horca. Por su parte, Díaz del Castillo, siempre atento a cuanto atañe al soldado, nos informa del contenido de las ordenanzas a que aludía Cortés: no blasfemar de Dios, su Madre o los santos; dar buen trato y no robar a los indígenas aliados; no abandonar el campamento por su cuenta (casi siempre ocurría para buscar comida y costó más de un disgusto); llevar las armas y protegerse con colchadas, gorjal, papahigos, antiparas y rodela; no jugarse a suerte armas ni caballo, y dormir siempre aparejados para el combate.

La decisión de Cuauhtémoc de defender Tenochtitlan hasta el final determinó el tipo de lucha: la guerra total. Cortés hubiera preferido que el sometimiento de la capital azteca hubiera llegado con menos riesgo, pero ese deseo era imposible en aquellas circunstancias. En un combate como el que se avecinaba, el conquistador sabía que la clave del éxito estaba en las tropas españolas y en la capacidad para controlar y dirigir a las siempre dudosas, en cuanto a su fidelidad, fuerzas indígenas. De ahí que se arriesgara a dividir a los contingentes castellanos de acuerdo con un plan meditado: Alvarado se apostaría en Tlacopan con treinta caballeros, dieciocho ballesteros y escopeteros, ciento cincuenta



Posición de los conquistadores durante el sitio de Tenochtitlan

(Del *Atlas histórico de México*. México, 1981. Según Gardiner y Orozco y Berra)

infantes y veinticinco mil tlaxcaltecas. Cristóbal de Olid actuaría desde Coyoacán con treinta y tres caballeros, dieciocho ballesteros y escopeteros, ciento sesenta infantes y veinte mil auxiliares. Finalmente, Sandoval dirigiría a veinticuatro caballeros, cuatro escopeteros, trece ballesteros, ciento cincuenta infantes y treinta mil auxiliares de Huexotzingo, Cholula y Chalco; marcharía desde Ixtapalapa hasta reunirse con las fuerzas de Olid. Cortés, por su parte, entraría por la laguna a bordo de los bergantines, que servirían como puesto de tiro avanzado y tratarían de neutralizar las cuatro mil canoas aztecas llenas de guerreros.

Dispuesto a tomar la iniciativa, Cortés se apoderó de Tlatelolco y Cuauhtémoc se refugió en la parte de la ciudad que mejor podía defender. Intentó por todos los medios levantar el sitio, incluso recurriendo a un procedimiento mágico-intimidatorio: vistió a un joven guerrero con las ropas de combate y armas de su padre, el valiente Avitzotzin, con la esperanza de que los enemigos se atemorizaran al verlo.



El empleo de navíos y artillería en el asedio a Tenochtitlan concedió a los castellanos una superioridad sobre sus más numerosos enemigos. Códice Florentino.

Comenzó entonces un intercambio de embajadas para concluir la lucha. Cortés aseguró a Cuauhtémoc por medio de un emisario que, concertada la paz, serían respetados su rango y poderes. El soberano azteca respondió con presentes y la promesa de consultar a Huitzilopochtli para tomar su decisión. Pero, entendiendo que la protección divina la asistía, inició un ataque casi al tiempo que aceptaba un encuentro con Cortés nunca realizado. Entre los sitiados comenzó a cundir el desaliento y las deserciones de nativos hacia las filas españolas fueron cada vez más numerosas.

Como parecía claro que el apresamiento de Cuauhtémoc sería decisivo para el desenlace de la lucha, los bergantines atacaron la zona en que estaba atrincherado el jefe azteca. Fue Sandoval el encargado de dirigir la operación y uno de sus subordinados, García Holguín, el que consiguió el objetivo cuando Cuauhtémoc escapaba en una embarcación. Cortés dispuso un estrado de urgencia para recibirlo y concretar la rendición: «Le hice sentar no mostrándole riguridad ninguna, llegóse a mi y díjome en su lengua que él ya había hecho todo lo que de su parte era obligado para defenderse a sí y a los suyos hasta venir a aquel estado, que ahora hiciese de él lo que yo quisiese; y puso la mano en un puñal que yo tenía diciéndome que le diese de puñaladas y le matase. Y yo le animé y le dije que no tuviese temor alguno; y así, pero este señor, luego en este punto cesó la guerra.»[8] El conquistador español, de acuerdo con las normas caballerescas de la guerra, reconoció la valentía del azteca y le exigió cortésmente su rendición. Era el día 13 de agosto de 1521, fiesta de San Hipólito, y así culminaba un asedio de setenta y cinco días. Con la limpieza de calles, la retirada de cadáveres, el arreglo de cañerías y la reparación de puertas, calzadas y edificaciones ordenados por Cortés, Tenochtitlan volvía a la normalidad bajo su nuevo señor.

No obstante, un hecho lamentable puso colofón a la caída de la ciudad: la tortura del valeroso Cuauhtémoc. Al estimar que el botín recogido era escaso, algunos grupos de soldados españoles exigieron conocer los lugares en que se ocultaban los tesoros, e incluso llegaron a acusar a Cortés de connivencia con Cuauhtémoc para reservarse las riquezas. El jefe español cedió a las presiones y ordenó torturar al *Uei Tlatoani* y al cacique de Tlacopan. En el innecesario suplicio les fueron quemados los pies, previamente untados de aceite. Nada se consiguió sino demostrar la entereza y altura moral de Cuauhtémoc, y algunas piezas de metal precioso sacadas de las aguas de la laguna y encontra-

das en el jardín del soberano azteca, lugares donde confesó existían los únicos restos del tesoro.

En cierto modo, este denigrante proceder respecto a Cuauhtémoc, que probablemente Cortés aplicó a su pesar, podía constituirse en símbolo del destino del pueblo indígena y su libertad perdida, expresados en conmovedores lamentos:

Y todo esto pasó con nosotros.
Nosotros lo vimos,
nosotros lo contemplamos.
Con esta lamentosa y triste suerte
nos vimos angustiados.

En los caminos yacen dardos rotos,
los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas,
enrojecidos tienen sus muros.

Gusanos pululan por calles y plazas,
y en las paredes están salpicados los sesos.
Rojas están las aguas, están como teñidas,
y cuando las bebimos,
es como si bebiésemos agua de salitre...

Oro, jades, mantas ricas,
plumajes de quetzal,
todo esto que es precioso
en nada fue estimado.[9]

10. El proyecto colonial

Tras la conquista definitiva de México, a Cortés se le planteaban tres tareas urgentes: consolidar su autoridad mediante la confirmación real, pues hasta entonces emanaba del nombramiento provisional del Cabildo de Veracruz; emprender la expansión territorial de acuerdo con una planificación geopolítica que asegurara la colonia; y diseñar un esquema de gobierno y administración para encauzar la vida de la Nueva España por derroteros de normalidad y estabilidad después de los avatares de la conquista.

Gobernador y capitán general de la Nueva España

Cortés abrigaba serias dudas de que su actuación mereciera la aprobación del rey, sobre todo conociendo lo malquisto que resultaba para el omnipotente Fonseca, aún máximo gestor de los asuntos de Indias. Por ello, escribió su *Tercera Carta de relación* (Coyoacán, 15 de mayo de 1522), en la que justificaba su proceder durante el sitio de la capital, mientras que sus hombres elaboraban otra misiva destinada al monarca en la que apoyaban la actuación de su jefe y solicitaban se le confirmase en sus cargos. Las cartas, a las que acompañaba el quinto real del producto de la campaña y una esmeralda de rara belleza y gran valor, fueron llevadas a la Corte por Quiñones y Dávila. Estuvieron a punto de no llegar a su destino, debido a ciertas pendencias en que se vieron envueltos y a su posterior captura por un barco francés. Quiñones murió y Dávila fue apresado, pero se las ingenió para remitir las cartas a la Corte de España.

El rey estaba ausente a causa de los asuntos de Alemania, y ejercía la gobernación del reino Adriano de Utrecht, que habría de ser elegido papa con el nombre de Adriano VI, hombre de carácter poco resolutivo y desconocedor de la realidad castellana y de las Indias. De ese modo, el influjo de Fonseca resultaba incuestionable y con ello tenían cumplida representación y

defensa los intereses del bando velazquista. Así, por una Cédula de 11 de abril de 1521 se comisionaba a Cristóbal de Tapia, veedor de las fundiciones de oro de La Española, para que inspeccionase la actuación de Cortés. Sin embargo, nada más desembarcar en Veracruz, en diciembre de 1521, se convenció de la imposibilidad de cumplir su misión. Aunque Cortés ordenó que se le acogiera de acuerdo con el cargo que ostentaba, el veedor pudo apreciar el apoyo que tenía el conquistador. Su notoria avaricia hizo el resto: vendió a buen precio sus caballos, esclavos negros y equipaje, de lo que «quedó contento», según Bernal, y aquella operación corruptora dio al traste con la misión.

Cortés, por su parte, contaba con valedores en la Corte: Montejo y Ordás, a la sazón en España, su primo Francisco Núñez, hábil jurista, su padre y el apoyo «de otros caballeros y grandes señores que les favorecieron, y uno de ellos, y el que más metió la mano, fue el duque de Béjar». [1] El resultado de estas gestiones fue la remoción de Fonseca de los asuntos relacionados con la Nueva España. Al referirse a este cese de funciones, Prescott, que no disimula su inclinación por Cortés, califica a Fonseca de «cáncer» para las Indias y le achaca un carácter «oscuro y malévolo». Lógicamente, tampoco siente simpatías por Velázquez, el sempiterno enemigo de Cortés, que morirá poco después, afectado, sin duda, por el fin de sus proyectos. Sus partidarios, sin embargo, seguirían constituyendo un grupo influyente y causarían no pocos sinsabores al conquistador de México, como ha quedado recogido y veremos más adelante.

Ya había marchado a Roma el cardenal Adriano de Utrecht para ocupar el trono pontificio, cuando el rey Carlos I regresó a España en julio de 1522. Decidido a cerrar el «caso Cortés», encargó a una comisión del Consejo de Castilla y de expertos juristas, entre ellos Galíndez de Carvajal y el canciller Gattinara, que examinaran el asunto. Las acusaciones contra el conquistador insistían en que se había alzado con la armada financiada por Velázquez, ocupado cargos y ejercido funciones que no le correspondían y tratado mal al soberano azteca Cuauhtémoc. Igualmente, se sospechaba que no había remitido las riquezas correspondientes a la Corona y, por el contrario, había empleado cuantiosos recursos en reedificar la ciudad de México. La comisión encontró fácilmente rebatibles esos argumentos: la financiación de la empresa había corrido a cargo de Cortés en sus dos terceras partes; si se extralimitó respecto a las Instrucciones de Velázquez, fue por servicio a la Corona; de la tortura de Cuauhtémoc debía responsabilizarse al tesorero Alderete, que excitó a la



Hernán Cortés con atuendo de gala y junto a su escudo de armas. Carlos V le había confirmado como capitán general de la Nueva España y le concedió el marquesado del Valle. Biblioteca Nacional, México.

tropa para que exigiera oro; quedaba claro que los envíos de Cortés excedían con mucho al quinto real; los cuantiosos gastos realizados se justificaban por el interés del país y, finalmente, los resultados constituían la mejor defensa para Cortés. Sus actos fueron aprobados, y por Real Cédula de 15 de octubre de 1522 era nombrado gobernador y capitán general de la Nueva España. Bernal cita la satisfacción colectiva con que fue acogida la confirmación de Cortés en sus cargos, entre otras cosas, y aparte de la justicia de la medida, porque conllevaba la posibilidad de recompensa para la hueste. Con todo, estimaba que la persona del jefe había quedado muy honrada y enaltecida respecto a sus soldados.

Parecía que, de momento, el nombre de Cortés había quedado libre de maledicencia, pero una desgraciada circunstancia vino a demostrar lo contrario. Había llegado desde Cuba su esposa, doña Catalina Juárez, acompañada por su hermano y su madre. A pesar de que fue recibida desde su arribada a la Nueva España con arreglo al protocolo por Gonzalo de Sandoval y agasajada generosamente por Cortés, los desaires públicos de doña Catalina para con su marido se hicieron proverbiales. El día de Todos los Santos de 1522 se celebró una fiesta que tuvo como

contrapunto un incidente entre la esposa del conquistador y un capitán artillero, conflicto en el que hubo de terciar Cortés. Aquella noche doña Catalina murió en sus aposentos. Inmediatamente cundió el rumor de que había sido estrangulada y los ojos se volvieron hacia su marido, que tan poco entusiasmo había mostrado en el trance de desposarla. Con todo, la acusación formal no tuvo lugar hasta siete años más tarde, y en ausencia de Cortés, a instancias de la madre y hermanos de doña Catalina, en los tiempos de la Primera Audiencia, que tanta enemistad mostró hacia el conquistador. Se hace difícil pensar que Cortés, tan sagaz y calculador, hubiera cometido un error tan grave como el asesinato de su mujer. Hoy se acepta la tesis de la muerte natural (otras dos hermanas de doña Catalina fallecieron repentinamente) y la completa exculpación de Cortés.

Geopolítica de la conquista

Un hombre que dejaba poco a la improvisación como Cortés, ofrece un ejemplo de planificación en la estrategia que diseñó para marcar las líneas de expansión desde México. Desde fechas muy tempranas supo ver las posibilidades que brindaba la situación estratégica del territorio.

El profesor Morales Padrón ha sistematizado las direcciones expansivas[2] agrupándolas de la siguiente manera:

—anexión de zonas complementarias (Veracruz, Pánuco, Oaxaca, Michoacán);

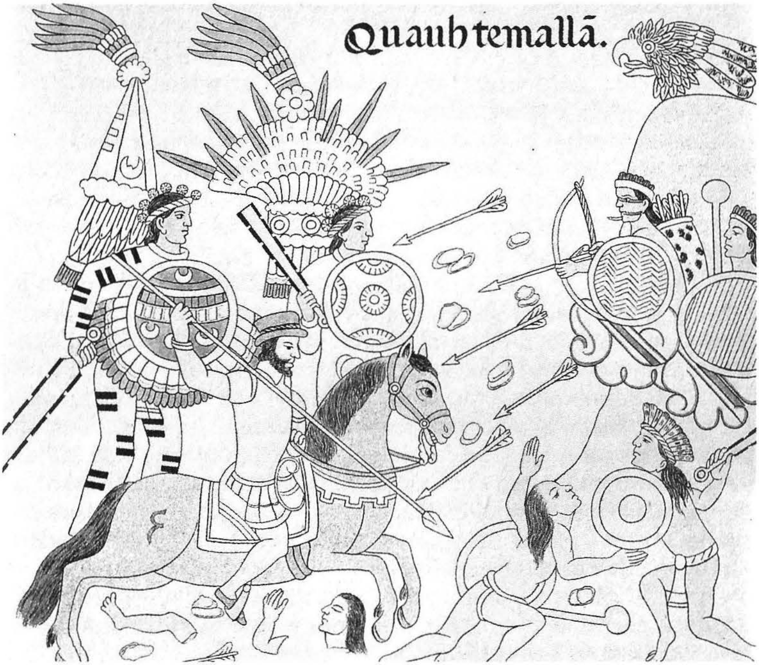
—proyección sobre América central (Guatemala, Honduras);

—exploraciones de la costa atlántica;

—exploración de la costa del Pacífico y la Baja California;

—proyección al lejano Oriente.

De ellas, unas fueron plenamente desarrolladas por Cortés antes de 1530, caso de las dos primera líneas expansivas, mientras que otras lo fueron en fecha posterior, y alguna quedó en mero proyecto. Lo importante es destacar que, al margen de su realización más o menos completa, Cortés tuvo una visión de conjunto de la expansión a partir de México que se iría verificando en el futuro. Igualmente, es necesario anotar la preocupación del conquistador por acumular datos y noticias de cualquier expedición, tuviera éxito o no. Así, en la temprana fundación de Colima solicitó al capitán de la expedición «que hiciese la visitación de los pueblos y gentes de aquellas provincias y me la trajese



La expedición de Pedro de Alvarado a Guatemala formaba parte del plan de proyección de Cortés sobre América Central. El Tonatiuh alcanzaría la gobernación del territorio. Lienzo de Tlaxcala.

con toda la más relación y secretos de la tierra que pudiese saber».[3] Lo propio encarga a Alvarado cuando parte para Guatemala, y él mismo dedicó un mes a reconocer la zona próxima a Naco en la expedición a las Hibueras. Por último, apuntemos el carácter humanitario de las instrucciones que dio a quienes partían en expediciones de conquista, índice de su escruúpulo legislativo. Que las disposiciones se cumplieran o no ya es otra cuestión.

No siempre el dominio efectivo de un territorio fue el resultado de un proceso de conquista. La caída de Tenochtitlan causó tal impacto en el mundo indígena que, poco después de ocuparse la ciudad, llegó una embajada de la zona de Michoacán, impresionada por el espectáculo desolado de la que fuera capital azteca, para reconocer la soberanía y solicitar la protección de los españoles. Cortés envió un contingente de tropas para hacer efectiva la toma de un territorio que le interesaba especialmente para llevar a cabo su proyecto de establecer una base en la cos-

ta de la Mar del Sur; con ese fin, llegó incluso a contratar la construcción de cuatro naves. En realidad, aunque las líneas de expansión seguidas por Cortés buscaban un dominio del territorio en sentido norte-sur y este-oeste, también es verdad que, en el fondo, alentaban el intento de buscar el paso que comunicara los mares del Norte y del Sur —tentativa que se trató de llevar a término por Centroamérica— y la firme decisión de llegar al Extremo Oriente desde bases de la costa del Pacífico.

Entre 1522 y 1524 la actividad conquistadora tiene más líneas definidas: al sur del Anáhuac había zonas débilmente dominadas, y Sandoval y Alvarado serán los encargados de incorporarlas efectivamente a España. En el Pánuco, tras las poco fructíferas incursiones de Francisco de Garay, gobernador de Jamaica, fue necesario acudir para sofocar una rebelión; el propio Cortés y Sandoval realizaron la expedición, que culminó con la fundación de Santisteban del Puerto. En el Pacífico, la flotilla armada por Cortés se quemó en Zacatula, pero estaba firmemente resuelto a proseguir el proyecto y así lo comunicó al emperador. La búsqueda del paso le obsesiona —«al descubrimiento del gran secreto del estrecho pospondré todos mis propio intereses y proyectos», afirmó— y concibe el intentarlo por la Florida, aunque luego el plan no fue realizado.

En 1524 parten tres expediciones en pos de las tierras centroamericanas; la dirigida por Luis Marín sobre Chiapas, la de Alvarado a Guatemala y la de Cristóbal de Olid a las Hibueras (Honduras). Esta última merece una consideración especial por tratarse de la segunda gran campaña de Cortés en el Nuevo Mundo, tras la conquista de México.

Partió Cristóbal de Olid por mar y se detuvo en Cuba, donde el siempre intrigante Velázquez concertó con él que se alzase contra la autoridad de Cortés, lo que hizo tras llegar a su destino y fundar la ciudad del Triunfo de la Cruz. Llegaron estas noticias a México mucho después y el gobernador y capitán general envió a Francisco de las Casas para que dominara la situación. Naufragó éste ya en las costas de Honduras y Olid lo apresó, aunque lograría, finalmente, dominar la colonia y decapitar al rebelde en la ciudad de Naco.

Cortés supo tan sólo el hecho del naufragio y decidió ir personalmente a castigar la insurrección, lo que le proporcionaría, por otra parte, la posibilidad de buscar el paso. Además, se encontraba cada vez más a disgusto en México por la creciente complejidad de la administración, que aumentaba la presencia de burócratas e implicaba el consiguiente control. Partió el 12 de oc-

tubre de 1524, tras encomendar el gobierno al licenciado Alonso de Zuazo y a los oficiales de la Real Hacienda Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz, que actuarían como lugartenientes de gobernador. Con Cortés marchaban cien caballeros, cincuenta infantes y tres mil indios auxiliares. Como medida de precaución y seguridad llevó consigo a Cuauhtémoc y al señor de Tlacopan. En la comitiva iban jóvenes pajes, mayordomo, repostero, músicos, bailarines y bufones. Desde luego, Cortés hacia ostensible la autoridad de su cargo con estos «símbolos de prestigio», poco frecuentes en una expedición de conquista. Al fin y al cabo, él era un representante del rey y actuaba al servicio de la Corona.

La expedición, vista desde nuestra óptica, constituye toda una gesta, si consideramos que anduvo el amplio trecho que separa el río Coatzacoalcos del golfo de Honduras, atravesando la franja de tierra que forma la base del Yucatán, un extenso istmo en realidad, con la única orientación de los guías indígenas, un «mapa» de los utilizados por los comerciantes autóctonos y una aguja de marear.

Ya en los terrenos pantanosos del río de Tabasco o de Grijalva, el ejército de Cortés hubo de recurrir a una solución empleada con frecuencia en la expedición: el cruce de las aguas mediante canoas y puentes flotantes, al tiempo que los caballos lo hacían a nado. Para comprender la dificultad de la tarea, indiquemos que en un tramo del viaje hubo que improvisar cincuenta puentes en menos de doscientos kilómetros; y pensemos el desgaste que suponía para cuerpos ya extenuados por el cansancio, el hambre, el clima y los insectos, el corte de los árboles y el aparejo de la tablazón para construir aquellos pasos provisionales. Por ello, la llegada a Itztapan, región con cuidados cultivos, después de tantas penalidades, fue saludada como si del paraíso se tratara. Como anécdota apuntemos que los expedicionarios pasaron cerca de la ciudad de Palenque, famosa por sus hermosos monumentos mayas, sin advertirlo.

De nuevo llegaron las ciénagas y pantanos y una vegetación en la que «tanta era la alteza y espesura de los árboles que aunque se subían en algunos, no podían descubrir un tiro de piedra». La falta de alimentos obligaba a comer bayas, raíces y frutos silvestres. No fue más halagüeña la perspectiva cuando abandonaron estas selvas: un ancho y caudaloso río hizo desesperar a los hombres de Cortés ante la necesidad de construir un puente de tales dimensiones. Bernal describe la titánica labor en términos expresivos: «hubimos de hacer un puente de muy gruesos maderos [mil piezas del tamaño del cuerpo de un hombre, pre-



La campaña de las Hibueras alcanzó extremos de dureza inusitada y está empañada por la polémica muerte de Cuauhtémoc, censurada en las propias filas españolas. Ilustración tomada de las Décadas, *de Herrera.*

cisa Cortés] por donde pasaron los caballos: y todos nuestros soldados y capitanes fuimos en cortar la madera y acarrearla, y los mexicanos ayudando lo que podían; y estuvimos en hacerlo tres días, que no teníamos que comer sino yerbas y unas raíces de unas que llaman en esta tierra quequexque, montesinas, las cuales nos abrasaron las lenguas y bocas.»[4] Al salir de lugar tan poco agradable, un fangal dificulta la marcha porque los caballos se hunden en el barro. Los soldados comienzan a murmurar, impacientes ya con Cortés, al que culpan del camino impracticable que siguen.

En febrero de 1525 se internan en la región de Acalan, entre campos de maíz, ají (especie de pimiento) y yuca. Es aquí donde tuvo lugar el lamentable episodio de la muerte de Cuauhtémoc, suceso tan controvertido como la matanza de Cholula o la del templo mayor de México, y que ha originado una copiosa producción historiográfica. Cortés justificó ante el emperador su actuación del siguiente modo: «Aquí en esta provincia acaeció un caso que es bien que vuestra majestad lo sepa, y es que un cuidadano honrado de esta ciudad de Tenuxtitan que se llamaba Mexicalcingo y después que es bautizado se llama Cristóbal, vino a mí muy secretamente una noche y me trajo cierta figura en un papel de lo de su tierra, y queriéndome dar a entender lo que significaba me dijo que Guatemucin, señor que fue de esta ciudad de Tenuxtitan, a quien yo después que la gané he tenido preso, teniéndole por hombre bullicioso... y Guanacaxin, señor que fue de Tezcuco y Tetepanquezal y un Tacitecle... les había parecido que era buen remedio tener manera como me matasen a mí y a los que conmigo iban. Y que después, muertos nosotros, irían apellidando la gente de aquellas partes hasta matar a Cristóbal de Olid y la gente que con él estaba. Y enviar sus mensajeros a esta ciudad de Tenuxtitan para que matasen todos los españoles... y que acabado de hacer ellos lo que pensaban, irían apellidando y juntando consigo toda la tierra por todas las villas y lugares donde hubiese españoles, hasta matarlos y acabar con todos. Y que hecho esto, pondrían en todos los puertos del mar recias guarniciones de gente para que ningún navío que viniese se les escapase, de manera que no se pudiese volver de nuevo a Castilla.»[5]

Es decir, Cortés actuó contra Cuauhtémoc por la certeza, en su opinión y de acuerdo con los informes que cita, de que se preparaba una insurrección general en la Nueva España. Sin embargo, en absoluto se pudo probar en las averiguaciones que se hicieron. Ni Cuauhtémoc ni el señor de Tlacopan reconocieron nada, y Bernal afirma que, si bien existió el proyecto conspiratorio, no se pudo probar la participación de los inculpados. También nos ofrece el cronista el testimonio de un desesperanzado Cuauhtémoc que dijo: «valía más morir de una vez que morir cada día en el camino, viendo la gran hambre que pasaban sus macehuales[6] y parientes.» Pero para un Cortés abrumado por la dureza de la expedición bastaron los indicios, y el día 25 de febrero de 1525, en Itzankanac, eran «ajusticiados» Cuauhtémoc y Tetlepanquétzal, aunque hay fuentes que citan más muertos. Fue un hecho impopular entre la misma hueste; Bernal califica

de injusta la ejecución que «pareció mal a todos los que ibamos en aquella jornada». La posteridad juzgó duramente a Cortés por su actuación, que constituye uno de los puntos negros del quehacer de conquistador. Por el contrario, la capacidad y dignidad del soberano azteca quedan fuera de toda duda. Así lo valoraba Prescott tres siglos después: «Entre todos los nombres de los principes bárbaros, no hay uno que merezca ser colocado en el catálogo de la fama antes del de Cuauhtemoctzin. Era aún joven y aunque su carrera pública no fue larga, sí fue muy gloriosa. Subió al trono en los últimos y tumultuosos momentos de la monarquía, y cuando las coaligadas naciones del Anáhuac y los fieros europeos amenazaban ya las puertas de la capital. El puesto era de tremenda responsabilidad; pero la conducta de Cuauhtemoctzin justificó muy cumplidamente la elección que hicieron de él para desempeñarlo.»[7]

Tras este suceso, la expedición continuó su marcha hacia la laguna del Petén, en cuyo interior había una isla, asentamiento de la capital. Tuvieron, al parecer, éxito los misioneros en su tarea de adoctrinamiento, ayudados por la siempre eficaz doña Marina, cuya pista histórica, como indicamos anteriormente, se pierde en esta acción. A continuación, la dureza de la sierra de los Pedernales, cuyo tránsito costó doce días y lastimó a hombres y caballos (al menos sesenta y ocho de estos últimos se perdieron y otros muchos quedaron inutilizados de los cascos). Y al salir de tan peligrosas montañas, las aguas de la estación lluviosa azotaban los cuerpos mal vestidos y dificultaban la marcha por la subida de nivel de los ríos y la formación de barro. Al igual que ocurriera en ocasiones similares, pasaron cerca de la ciudad maya de Copán sin advertirlo. Finalmente, los maltrechos expedicionarios llegaron al golfo de Honduras, y en Naco conocieron la muerte de Olid, el restablecimiento de la autoridad del gobierno de la Nueva España y, en consecuencia, que la expedición había resultado inútil en lo que a una de sus finalidades se refiere. La colonia estaba en lamentable estado y mal abastecida. Cortés, fiel a su obsesión informativa, dedicó un mes al reconocimiento de la zona.[8] Posteriormente, con dos bergantines se dirigió a Trujillo, principal establecimiento costero del área. Desde allí proyectaba una exploración a Nicaragua, con el propósito de buscar el paso entre los mares, cuando arribó un navío en el que llegó su primo Diego Altamirano, fraile franciscano, con noticias de Alonso de Zuazo, dando cuenta de la grave situación en que se encontraba México desde su partida. A la vista de las circunstancias decidió volver.

En efecto, a poco de la marcha de Cortés habían tenido lugar los primeros desórdenes, hechos de los que el extremeño tuvo conocimiento cuando aún se encontraba en la región de Tabasco. Desde allí había hecho regresar al factor Gonzalo de Salazar y al veedor Peralmíndez Chirino para que relevaran a los dos oficiales lugartenientes del gobernador en funciones. Salazar se hizo dueño del control de la situación, con lo que los vicios de gobierno y administración y el mal trato a la población indígena fueron en aumento. Además, se difundió la noticia de que Cortés y su ejército habían sido destrozados en Chiapas, por lo que los asaltos a las propiedades del jefe y otros expedicionarios estuvieron a la orden del día.

Pero si peligrosa había sido la marcha por tierra a las Hibueras, no menos lo fue el regreso por mar. Por dos veces la embarcación de Cortés hubo de refugiarse en la costa, abatida por la furia de las aguas. Quedó tan desalentado el en otro tiempo animoso capitán que por largo tiempo desistió del retorno, aun a sabiendas de la conflictiva situación de la capital. Finalmente, el 25 de abril de 1526, se hizo de nuevo a la mar, y una tempestad lo arrojó a las costas cubanas. Hasta el 16 de mayo no estuvo el barco en condiciones de navegar y, por fin, el 24 del mismo tenía lugar la arribada a San Juan de Ulúa. La noticia de la llegada se difundió como el viento y en todos los lugares del trayecto hasta México hubo recibimientos triunfales para Cortés. Casi dos años después de la partida, el gobernador y capitán general de la Nueva España volvía a la capital.

Pero eran horas de desgracia para el conquistador. Su decisión de mantener el sistema de encomiendas (nos referimos a él más adelante) en contra de las disposiciones regias y los conflictos derivados de ello, así como los desórdenes suscitados en su ausencia, habían determinado al Consejo de Indias, constituido definitivamente en 1524 y órgano supremo en la gestión de los asuntos de ultramar, a enviar un juez de residencia para que examinara la actuación de Cortés. En consecuencia, tan sólo unos días pudo ejercer nuevamente la gobernación, hasta la llegada, en julio de 1526, del juez Ponce de León, hombre joven, de sólido criterio y que fue bien acogido por el conquistador. Para su desgracia, murió de unas fiebres contraídas en el viaje y le sucedió el achacoso Marcos de Aguilar, que sólo se mantuvo ocho meses en el cargo, y a éste el tesorero real Alonso de Estrada, decididamente hostil a Cortés. Las viejas acusaciones, agravadas con nuevos argumentos, hicieron su aparición: apropiación indebida de riquezas petenecientes a la Corona, nepotis-

mo, dispendios injustificados en la ciudad y su palacio, pretensiones de independencia para el territorio de la Nueva España. Estrada lo confinó en Coyoacán y en la metrópoli se prohibía la publicación de sus *Cartas de relación* y hasta se confiscó un cargamento que había remitido desde el otro lado del océano.

A pesar de estos problemas, no olvidaba Cortés sus proyectos de expansión, en especial en lo que a la Mar del Sur se refería. En la *Quinta Carta de relación* exponía al rey grandiosos planes al respecto: «... yo me ofrezco a descubrir por aquí toda la Especiería y otras islas, sin hubiere acá de Maluco y Malaca y la China y aun de dar tal orden, que vuestra majestad no haya la Especiería por vía de rescate, como la ha el rey de Portugal, sino que la tenga por cosa propia y los naturales de aquellas islas le reconozcan y sirvan como a su rey y señor y señor natural.»[9] Sabedor además el rey de la flotilla que Cortés tenía dispuesta para explorar las costas mexicanas del Pacífico, por Real Cédula de 20 de junio de 1526 (poco antes de la llegada del juez Ponce de León) ordenó al gobernador de la Nueva España que empleara esas naves en realizar una expedición al Moluco y tratar de obtener información sobre la suerte de los viajes de García Jofre de Loaisa y Sebastián Caboto, emprendidos desde la metrópolis. Cortés designó capitán de la flota a su primo Alvaro de Saavedra, que salió del puerto de Zihuatanejo el 31 de octubre de 1527 con tres navíos y unos cien hombres. Al margen de los fines de información y, en su caso, de auxilio a expediciones anteriores, Cortés encargó a Saavedra «descubrir islas y tierras a lo largo de su viaje, sin detenerse en ellas, y procurar a su regreso traer algunos ejemplares de las plantas productoras de las especias, así como indicaciones sobre la forma de cultivo».[10] Sólo llegó a Mindanao la nave que mandaba el propio Saavedra. En varias islas del archipiélago filipino y en las Molucas recogió a algunos supervivientes de la expedición de Loaisa, que le informaron de la rivalidad portuguesa en la zona. En marzo de 1528 llegó a Tidore y en junio reemprendía el regreso, pero tras recalar en islas próximas a la actual Nueva Guinea y en alguna del archipiélago de las Bismarck, hubo de regresar a Tidore en noviembre. De nuevo intentó el tornaviaje en mayo de 1529, llegando incluso a las islas Hawai, donde murió Saavedra. Pero el desconocimiento de una ruta dificultada por los vientos contrarios y el deterioro de los barcos, obligaron a volver a Tidore a finales de año. Habría que esperar aún treinta y siete años para que Urdaneta encontrara la ruta apropiada, base de un continuo contacto entre la Nueva España y el Extremo Oriente.

La organización de la colonia

Hernán Cortés se planteó todos los problemas que conllevaba el establecimiento colonial, desde la justificación teórica de la conquista a los detalles que suponen la introducción de un cultivo o el diseño del plano de una ciudad, por citar unos ejemplos concretos.

En líneas generales, la justificación de la conquista que realiza Cortés «guarda relación con el derecho escolástico de la guerra elaborado en la Edad Media y con los conceptos acerca de las relaciones entre la Cristiandad y los pueblos infieles».[11] La concreción más significativa de esta postura teórica fue el *requerimiento*, tras cuya lectura a los indígenas se estimaba que existía fundamentación legal para implantar la fe cristiana y dominarlos políticamente. Mayor motivo había para sojuzgar a quienes, conociendo las verdades de la religión, se mostraban contumaces en no aceptarlas o se rebelaban contra el «justo» dominio español. Como se ve, Cortés asumía unas doctrinas de justificación de la soberanía del rey de España que implicaban la extensión a un mundo ajeno de teorías propias del área del cristianismo occidental latino.

Estas teorías fueron puestas en entredicho por los teólogos españoles de la segunda mitad del siglo XVI y, en algunos aspectos, Cortés parece vislumbrar posturas que serían desarrolladas plenamente por los citados pensadores.

Por otra parte, está el también problema teórico de la incorporación de los nuevos territorios en el conjunto de los dominios de Carlos V. Menéndez Pidal, en un trabajo ya clásico,[12] recoge una cita del propio Cortés («Vuestra alteza se puede intitular de nuevo emperador de ella, y con título y no menos mérito que el de Alemania») para sentar que el conquistador establecía una equivalencia, en cuanto a su condición política, entre los dominios de América y Europa. Quizá no se refiriera tanto a esa equiparación cuanto a subrayar la idea de la mera hegemonía del rey Carlos sobre otros señores. Incluso aprovechó la alusión de Moctezuma a que el señor de los castellanos, en cuanto Quetzalcóatl retornado, había de ser considerado como «señor natural» por los aztecas. Ahora bien, en la práctica el dominio de Carlos V sobre los territorios de América era más efectivo y menos contingente que el del Imperio alemán (su hijo Felipe ya no ostentó la dignidad imperial) y, en consecuencia, «puede decirse que la *translatio Imperii*, efectuada en el año 800 por Carlomagno, de los bizantinos a los germanos, se repitió en el siglo XVI, esta vez

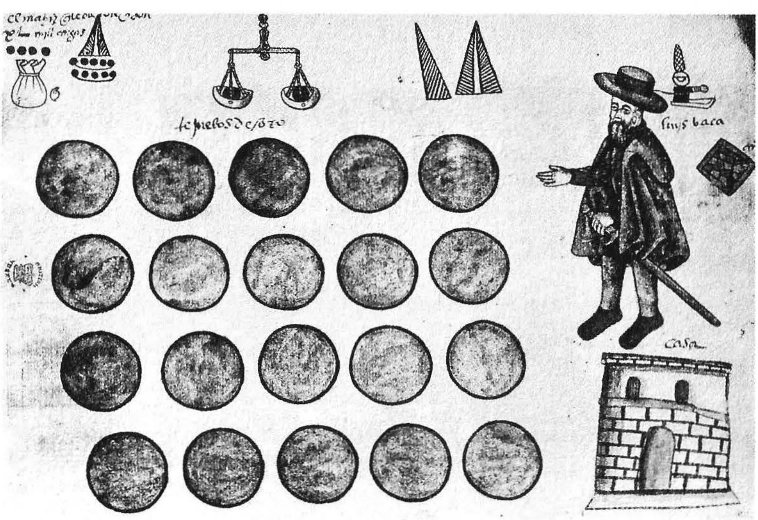
de los germanos a la América española, incluso en presencia de ciertos símbolos».[13]

Si dejamos el plano teórico y abordamos las realizaciones concretas, vemos que una de las primeras preocupaciones de Cortés fue la reconstrucción de Tenochtitlan. En un principio, pensó en una nueva capital en el valle de México. Al final, decidió conservar la ciudad antigua por su prestigio y la función que había desempeñado en la sociedad indígena. Para que pudiera seguir cumpliéndola, se precisaba dotarla de su primitivo esplendor. Era una tarea en la que la colaboración de la fuerza de trabajo indígena resultaba imprescindible y, por ello, el conquistador mostró un gran tacto para interesar a los nobles aztecas en el proyecto, que él inspeccionó en todos sus detalles. De la envergadura de las obras —y de sus consecuencias para la población autóctona— habla el hecho de que fray Toribio de Benavente, «Motolinia», consideró el trasiego de indígenas a que obligó la reconstrucción como una de las plagas que asolaron a México.

Antes de tres años, la ciudad había cambiado su fisonomía: sobre el lugar de asentamiento del antiguo teocalli, se erigía la plaza mayor como centro de las arterias principales que remataban en las calzadas y punto neurálgico en la organización de la vida ciudadana. Parte de la laguna se desecó y la arquitectura al estilo europeo confirió un nuevo aire a México. Especial atención se prestó a los edificios religiosos (catedral de la Asunción de Nuestra Señora, convento de Santiago en Tlatelolco y hasta treinta iglesias) y a su ubicación. Para la defensa de la ciudad se construyó una ciudadela y unas atarazanas. La población alcanzó en breve tiempo los dos mil vecinos de origen español y treinta mil indígenas.

Al reconstruir México y disponer los diferentes elementos de la trama urbana, Cortés mostró una percepción certera de la función integradora y centralizadora de la ciudad en la América colonial en lo económico, administrativo, religioso y militar, función sistematizada por las ordenanzas promulgadas en 1573 por Felipe II. De ahí el interés cortesiano en la fundación de ciudades y, si en los inicios de la conquista se creó Veracruz, entre 1521 y 1522 surgirían Medellín, Santisteban del Puerto, Colima, Zacatula, etc.

Pero sería la institución de la encomienda y su implantación en la Nueva España el aspecto más importante y controvertido del proyecto colonial cortesiano. Dado el carácter feudalizante de la primera etapa conquistadora y de las empresas de Indias,



El encomendero Luis Baca ante el producto de los tributos satisfechos por sus encomendados. La configuración de la encomienda como feudo rentístico fue pronto una realidad. Códice Kingsborough. *Universidad de México.*

las encomiendas se nos muestran como una consecuencia lógica, ya que constituían «los derechos correspondientes a cada uno de los actores de una conquista en carácter de beneficiarios. En tanto los monarcas hispanos no costeaban las guerras, los gastos ocasionados los cubrían los capitanes conquistadores y sus soldados, y en consecuencia todos ellos tenían derecho a la partición de las ganancias obtenidas como botín de guerra y a los repartimientos de las tierras conquistadas».[14] Por tanto, Cortés se basaba en el derecho tradicional castellano de conquista y contemplaba una organización social y económica con base en el sector agrario preferentemente. De ahí su interés en que los buques trajeran semillas y plantas, la obligación de residencia temporal mínima para los colonos o la introducción de nuevos cultivos, que tanto propulsó. El interés minero vendría más tarde.

Sin embargo, la encomienda era objeto de un agrio debate en los momentos en que Cortés decide su implantación en Nueva España. Había quedado claro que, a pesar del hipotético beneficio que su existencia suponía para la población india en orden a su cristianización, en la práctica era un medio de control de los indígenas que aseguraba el poblamiento a cambio de la utilización de una fuerza de trabajo; indirectamente, la encomienda implicaba la propiedad de la tierra (más adelante la percepción

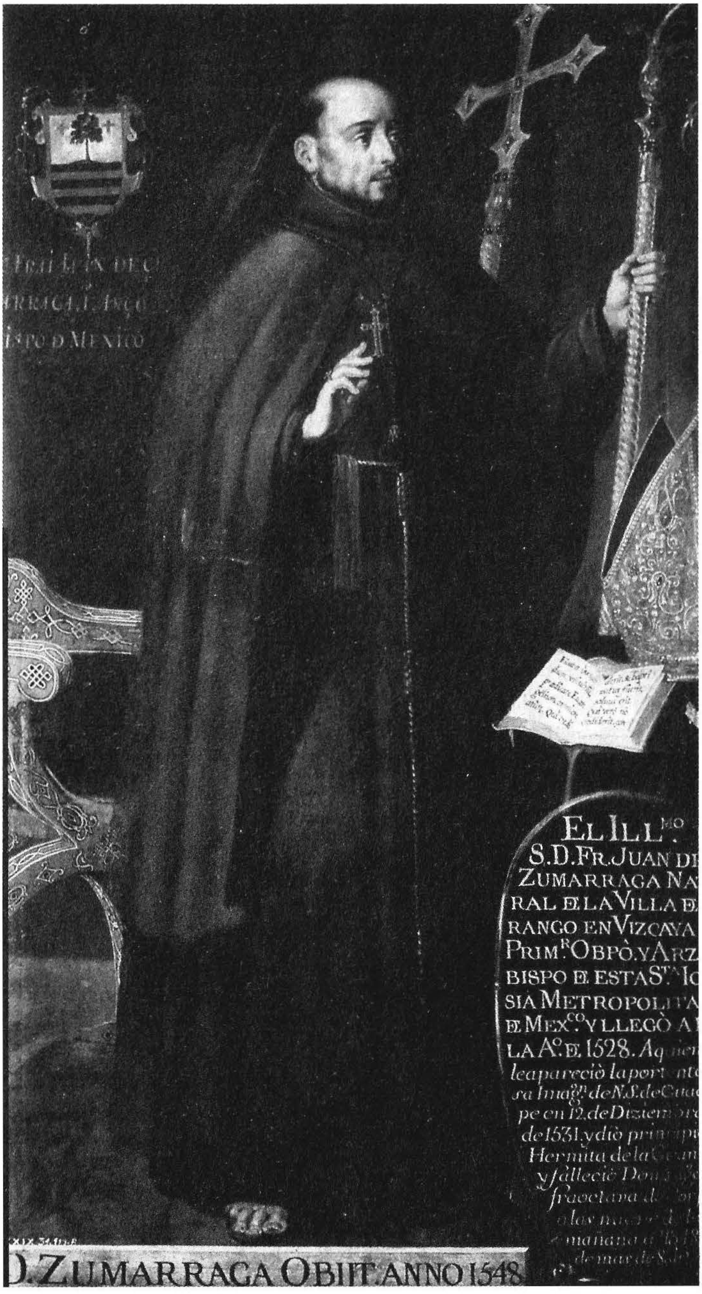
de unos tributos). Dicho sea al paso, Cortés fue muy criticado por el modo como realizó los repartimientos. Bernal lo acusa de favorecer a «cuantos vinieron de Medellín» o a los «que le contaban cuentos de cosas que le agradaban».

La polémica desatada en contra de los procedimientos coloniales españoles en lo referente al trato a los indios alcanza un momento crítico durante el gobierno de los jerónimos, y la tesis de Las Casas y sus compañeros de orden se reflejan en el plano legal. La declaración de La Coruña de 1520 se insertaba en esa línea.

Por ello, no debe sorprender que, si Cortés exponía en su *Tercera Carta de relación* (1522) que los naturales del país eran susceptibles de ser encomendados con mayor motivo que las poblaciones indígenas de las islas por su elevado nivel de civilización, y quedaba a la espera de la decisión real, la respuesta fuera la Real Cédula de 26 de julio de 1523, dada en Valladolid, que prohibía los repartimientos y anulaba los ya realizados, a la vez que solicitaba información para la implantación de un tributo.

Cortés no cumplió la disposición real; tan sólo informó a los funcionarios reales y les exigió mantener el secreto sobre la existencia de la Cédula. Se encontraba en una situación irreversible y trató de justificar ante el monarca la conveniencia de mantener la encomienda: era el único medio que los conquistadores tenían para subsistir y quedarse en el territorio, que de otro modo se perdería, a menos que la Corona costease unas tropas. Para los indígenas, la desaparición de la encomienda implicaba su pérdida de libertad. Técnicamente era imposible la recaudación del tributo sobre el que se recababa información y, además, la experiencia de las Antillas no era válida porque el fallo de la colonización de las islas estribó en una mala administración de justicia. Por supuesto, los encomenderos debían gozar de sus derechos perpetuamente y con posibilidad de transmitirlos por vía de herencia. En lo que sí estaba de acuerdo el gobernador era en extremar la protección del indígena, a cuyo fin promulgó unas ordenanzas (1524), complementadas con otras posteriores que, según Simpson, iban más allá de su modelo, las Leyes de Burgos de 1512. Cortés estimaba imprescindibles estas medidas porque buena parte de los españoles «tienen pensamiento de haberse con es-

Fray Juan de Zumárraga, obispo de México, se caracterizó por su oposición a la Primera Audiencia y por su apoyo a Cortés. Su figura es indispensable para entender los inicios de la evangelización y la aculturación de la colonia. ▶


EL ILL.MO
S.D.FR.JUAN DE
ZUMARRAGA NA
RAL E LA VILLA E
RANGO EN VIZCAYA
PRIM.R OBPO. Y ARZ
BISPO E ESTA ST.A
SIA METROPOLITA
E MEX.CO Y LLEGÒ A
LA A.O E 1528.
D. ZUMARRAGA OBIIT ANNO 1548

tas tierras como se han habido con las islas que antes se poblaron, que es esquilmarlas y destruirlas y después dejarlas».[15] En apoyo de su tesis concurrieron franciscanos y dominicos —las órdenes cuyo asentamiento en México favoreció— y los nobles indios educados por ellos.

Las denuncias, defensas y ataques de, a favor y en contra lo que ocurría en Nueva España inundaron la Corte en una clara demostración de la confusión en torno al tema y de la dificultad de fiscalizar los asuntos de un dominio tan lejano. A pesar de que ya estaba en funciones un juez de residencia para dictaminar sobre el gobierno de Cortés, el monarca y su Consejo de Indias pretendieron reforzar su control mediante la instauración de una Audiencia en México. Fue peor el remedio que la enfermedad, porque tanto el presidente Nuño de Guzmán como los oidores Diego Delgadillo y Juan Ortiz de Matienzo (los otros dos nombrados fallecieron antes de tomar posesión del cargo) se revelaron como pésimos y corruptos gobernantes. Sus ataques a Cortés encontraron respuesta en fray Juan de Zumárraga, obispo de México, defensor del conquistador, al que, por indicación del presidente del Consejo de Indias, García de Loaisa, se le ordenó venir a España para dar cuenta de sus actos. Al final, la Junta de Barcelona de 1530 decidió en contra de la Audiencia, lo que reforzó la postura de Cortés.

El problema de la encomienda siguió coleando por un tiempo. En 1530 era designada la Segunda Audiencia, con el obispo Sebastián Ramírez de Fuenleal como presidente y Alonso Maldonado, Francisco de Ceynos, Juan de Salmerón y Vasco de Quiroga como oidores. La actuación de la institución en esta nueva etapa fue radicalmente distinta, pues a la formación de sus miembros hay que unir el componente humanista utópico, en la línea de Erasmo y Tomás Moro, que aportó el oidor Quiroga. La decisión de la Audiencia sobre la cuestión encomendera fue salomónica: a favor de los intereses de la Corona desaparecían los derechos de vasallaje y la jurisdicción. Para atender las aspiraciones particulares se mantenía la posibilidad de percibir de los encomendados rentas, tributos y servicios personales. Esta sería la base sobre la que el virrey Mendoza, en 1536, fijaría el carácter de la encomienda novohispana: una especie de feudo rentístico no perpetuo. La encomienda cortesiana tuvo efectos significativos sobre la jerarquización social, tanto entre los conquistadores como entre los indios. Por lo que respecta a los primeros, sólo 53 recibieron encomiendas cuyos beneficios superaran 1.800 pesos al año; 78 percibían entre 850 y 1.800 pesos; 95 de 150 a

850 pesos y 19 menos de 150. Los grupos tendieron a hacerse cerrados y a reforzarse por vínculos familiares. La encomienda afectó igualmente a los indígenas al reducirlos a tributarios, aunque también aquí hubo diferencias. Los españoles reconocieron determinados privilegios a indios principales o aliados (caso de los tlaxcaltecas, por su relevante papel en la conquista). Hubo, igualmente, indígenas de estratos sociales inferiores que obtenían por sus servicios gobernaciones o cacicatos de indios. Debemos señalar, finalmente, que en la etapa que sigue a la conquista, en que la encomienda no estaba aún bien definida, estuvo permitida la esclavitud, como resultado de botín de guerra o trueque, medida que afectó especialmente a la población joven.

Queda un asunto polémico que, en buena medida, se relaciona con la encomienda: el descenso de la población indígena. Es un hecho de difícil evaluación y en el que se mezclan argumentaciones ideológicas con las estrictamente históricas. Admitamos las cifras de la llamada «escuela de Berkeley» (25.200.000 habitantes para el México central en 1519) o las de Angel Rosenblat (4.500.000 para igual área y momento), lo cierto es que hacia 1560 se puede evaluar el descenso de la población autóctona en más del noventa por ciento. Aunque es difícil adjudicar a la encomienda la proporción exacta de responsabilidad que le cupo en aquel desastre, sí es cierto que la nueva distribución de la tierra, los cambios de sistemas de cultivo y de especies cultivadas, la necesidad de contribuir al sustento de otros sectores de actividad, etc. rompieron el equilibrio ecológico existente. La disminución vertiginosa de la población —aparte de su carácter de tragedia humana y cultural—, si bien representaba un factor negativo desde el punto de vista económico, contribuyó también al afianzamiento del dominio español, ya que éste, «consciente de que con la ruina de la población india ya no peligraba su mundo, pudo asentar sólidamente sus propias representaciones, sus usos, sus proyecciones imaginarias, su lenguaje y sus mitos neohispanos, con la seguridad de una inquebrantable permanencia, factor altamente estructurante».[16] A la postre ese descenso sería un elemento favorecedor del mestizaje, tan consustancial al México colonial.

El gobierno espiritual

Los aspectos espirituales bajo los que Cortés llevó a cabo la conquista constituyen otra de las vertientes en la que se apre-



Xicoténcatl el Viejo se convierte en don Lorenzo de Vargas por gracia del bautismo. Este sacramento fue un ritual que los misioneros se aprestaban a realizar, a veces colectivamente. Lienzo de Tlãxcala.

cia de modo significativo su idea colonial. No cabe duda de que el conquistador concibió su acción con un sentido providencialista y así lo manifiesta en sus escritos: «no tengo otro pensamiento que el de servir a Dios y al rey» o «esta obra que Dios hizo por mi medio es tan grande y maravillosa», son afirmaciones suyas plenamente expresivas al respecto. La alusión al servicio de Dios en sus arengas o el derribo de ídolos que solía practicar en sus entradas conquistadoras encerraban una sincera y asumida religiosidad, lo cual no niega que utilizara las cuestiones espirituales con finalidad política. Siempre se hizo acompañar en sus expediciones por capellanes (Olmedo, Juan Díaz, fray Juan de las Varillas, fray Diego Melgarejo, fray Diego Altamirano), y la mejor definición sobre él en este plano procede de uno de los

primeros evangelizadores de México, Motolinia: «Aunque como hombre fuese pecador, tenía fe y obras de buen cristiano y muy gran deseo de emplear la vida y hacienda por ampliar y aumentar la fe de Jesucristo, y morir por la conversión de estos gentiles. Y en esto hablaba con mucho espíritu, como aquel a quien Dios había dado este don y deseo y le había puesto por singular capitán de esta tierra de Occidente.»[17] Como vemos, el fraile franciscano, de cuya orden fue Cortés un decidido valedor, lo ribetea con rasgos mesiánicos.

Desde el primer momento, Cortés calibró la importancia de la evangelización por diferentes motivos: era un mandato contenido en la concesión papal que legitimaba el dominio español en las Indias, pero también un factor cohesionador de la sociedad en cuanto difusor y sacralizador de contenidos ideológicos imperantes en la España del momento. Ahora bien, imbuido por el criterio reformador que Cisneros impulsara, prefiere a los frailes, a los que se proveería de potestad y de los recursos necesarios a través de los diezmos, como agentes evangelizadores, pues «habiendo obispos y otros prelados no dejarían de seguir la costumbre que por nuestros pecados hoy tienen, en disponer de los bienes de la Iglesia, que es gastarlos en pompas y otros vicios, en dejar mayorazgos a sus hijos o parientes».[18]

Lógicamente, eran las órdenes mendicantes las que podían cumplir con el cometido espiritual tal como Cortés lo concebía. En la temprana fecha de 1523 llegaban a México tres franciscanos flamencos cuyos nombres castellanizados fueron fray Juan de Ayora o Aora, fray Juan de Tecto y fray Pedro de Gante. Los dos primeros murieron en la expedición a las Hibueras y el tercero desarrolló una gran labor en las regiones Tlaxcala, México y Tetzcoco.

Pero la evangelización metódica llegaría de la mano de doce frailes franciscanos elegidos en la provincia de Extremadura por el general de la orden Francisco de Quiñones y que arribaron a Nueva España el 13 de mayo de 1524. Eran los frailes Martín de Valencia, García de Cisneros, Martín de la Coruña, Juan Suárez, Antonio de Ciudad Rodrigo, Toribio de Benavente, Francisco de Soto, Andrés de Córdoba, Francisco Jiménez, Luis de Fuensalida, Juan de Palos y Juan de Ribas. De todos ellos el más famoso fue fray Toribio de Benavente, historiador de los indios del territorio y a quien su espíritu evangélico valió el sobrenombre de «Motolinia» (el pobre), que le dieron los naturales. La zona de acción de estos mendicantes se extendió por el centro del país, Yucatán, Michoacán, Jalisco, Zacatecas y Durango. En 1526

llegaron los dominicos, que ejercieron su ministerio principalmente en Oaxaca y Chiapas, y en 1533 un grupo de agustinos, que actuó principalmente en las poblaciones de la región huasteca y en Michoacán.

Como apunta Esteva Fabregat,[19] los frailes actuaron con un criterio de redención del indígena que, en su concepto, estaban dominados por el espíritu demoniaco, materializado en los templos y dioses. Eso explica que estudiaran y conservaran la cultura autóctona en cuanto medio que facilitaba el conocimiento del indígena y su evangelización, pero también explica la destrucción de elementos importantísimos de las civilizaciones antiguas mesoamericanas. Un hombre tan fundamental en la transmisión del legado cultural de los indígenas de la Nueva España como fray Bernardino de Sahagún afirmaba sin problemas: «Acabada la enseñanza, uno o dos hermanos llevaban a los discípulos a algún teocalli inmediato y con pocos días de faena lo destruían hasta los cimientos.»

Aquellos misioneros eran creyentes instintivos y apasionados que, aunque trataban de racionalizar lo que explicaban, eran intolerantes con el desvío. Su papel fue importante también como debeladores de las injusticias que contemplaban en el trato a los indios, actitud que les hizo chocar con intereses particulares, lo que, de paso, se convertía en un factor de asimilación de los indígenas y aseguraba su fidelidad. Algunos de los centros de enseñanza (como el famoso de Santa Cruz de Tlatelolco, debido al impulso del obispo Zumárraga) y asistenciales hay que ponerlos en el haber de estos frailes evangelizadores. Quizá no fuera ajeno a ese espíritu el que animó a Hernán Cortés a instituir y dotar los hospitales mexicanos de la Concepción de Nuestra Señora y San Lázaro.[20]

Por último, hay que referir aunque sea de pasada, que el espíritu apasionado de los franciscanos en su labor tiene un fundamento concreto: su creencia en un sueño milenarista según el cual una época estaba a punto de finalizar y otra nacía, con una Iglesia que volvía a su sentido comunitario preconstantiniano, la iglesia de María, de la que México sería su centro. Aquellos indígenas de la Nueva España, pobres y con un desasimiento de lo terrenal que contrastaba con la avidez de lucro del europeo, eran una esperanza para los sueños franciscanos.[21] Las experiencias que Vasco de Quiroga desarrollaría en Michoacán —los hospitales-pueblo caracterizados por el igualitarismo de sus habitantes— están impregnadas de estas ideas y del humanismo utópico renacentista.

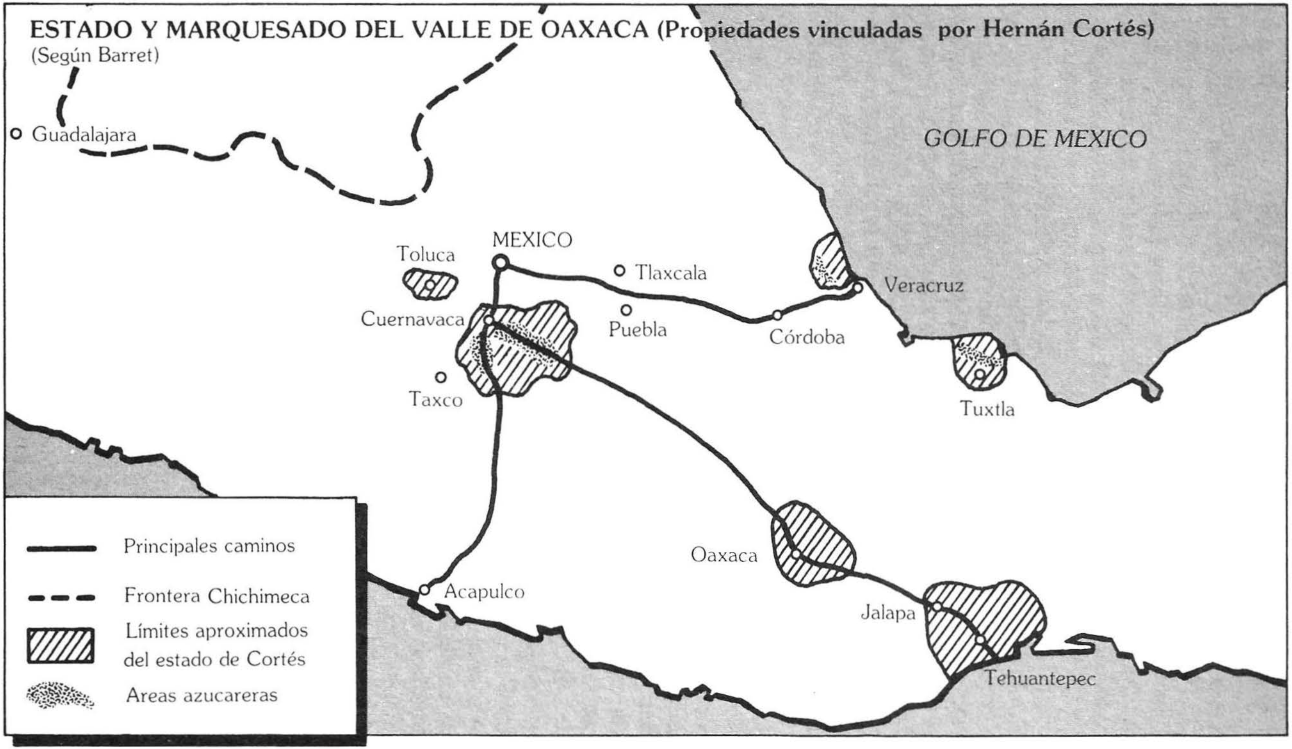
El marqués del Valle de Oaxaca

Ya quedó reseñado que la Primera Audiencia transmitió a Cortés la orden de trasladarse a la Corte para responder de su actuación. En realidad, el conquistador esperaba una ocasión así para hacer valer sus méritos ante el monarca. Emprendió el viaje en 1528 y, al llegar a Veracruz, donde debía embarcar, recibió la triste nueva de la muerte de su padre. Volvían con él sus fieles Gonzalo de Sandoval y Andrés de Tapia, varios jefes aztecas y tlaxcaltecas (entre ellos un hijo de Moctezuma y otro de Maxixcatzin), portaba un valioso tesoro, estimado en doscientos mil pesos de oro y mil quinientos marcos de plata, amén de esmeraldas y otras piedras preciosas, y completaba el cargamento con plantas y animales exóticos, objetos de la artesanía indígena, etc.

En mayo de 1528 arribaba al puerto de Palos. Una leyenda pretende que allí tuvo ocasión de entrevistarse con Francisco Pizarro, el futuro conquistador del Perú, pero el encuentro no tiene visos de verosimilitud. En cambio, un hecho luctuoso empañó el regreso a España: la muerte de Sandoval, el más capaz de los capitanes de Cortés, fallecido en plena juventud, a los treintiún años de edad. Era un buen jefe, muy recto en las cuestiones de disciplina, esforzado en la lucha, extremadamente solícito para atender las necesidades de sus hombres y, cosa rara entre los capitanes de Indias, nada avaro ni ostentoso.

Prosiguió viaje Cortés hasta Guadalupe, donde conoció a varios miembros de la familia del poderoso secretario del emperador Francisco de los Cobos, comendador de León, concretamente a su mujer doña María de Mendoza y a su cuñada, con quien, según algunas noticias, existió el proyecto de casar a Cortés. El itinerario continuó hacia Toledo para ser recibido por Carlos V. El trato que le dispensó fue afable y mostró gran interés por informarse sobre los problemas de Nueva España y su gobernación. El emperador le distinguió con muestras públicas de deferencia, especialmente la larga visita que le hizo con motivo de una enfermedad.

Por fin, el 6 de junio de 1529 Hernán Cortés recibía el título de marqués del Valle de Oaxaca. La Real Cédula le concedía derechos señoriales sobre veintidós pueblos de indios asentados en el valle de Toluca, la provincia de Cuernavaca, Coyoacán, Valle de Oaxaca, istmo de Tehuantepec y provincias de Cotaxtla y San Andrés Tutxla. Su extensión era de 65.000 km^2, los vasallos en torno a 23.000 y sus rentas fueron de 80.000 pesos de oro en 1569. Estas cifras dan idea de la magnitud del dominio. Además,


ESTADO Y MARQUESADO DEL VALLE DE OAXACA (Propiedades vinculadas por Hernán Cortés)
(Según Barret)
Guadalajara
GOLFO DE MEXICO
MEXICO
Toluca
Tlaxcala
Veracruz
Cuernavaca
Puebla
Córdoba
Taxco
Tuxtla
Oaxaca
Acapulco
Jalapa
Tehuantepec
Principales caminos
Frontera Chichimeca
Límites aproximados del estado de Cortés
Areas azucareras

buen conocedor de la geografía mexicana, Cortés gestionó la ubicación de sus posesiones en enclaves principales de las rutas comerciales prehispánicas. Hasta el siglo XX, tras la independencia de México, las propiedades y derechos vinculados por Cortés constituyeron el estado y marquesado del Valle de Oaxaca.

No deja de resultar curioso que cuando la encomienda va camino de adquirir sus perfiles de feudo rentístico no perpetuo, se conceda al conquistador un señorio con jurisdición sobre tierras y personas, dentro del más puro esquema medieval. Las mismas expresiones de la concesión evocan tiempos pasados: se le daban, de forma hereditaria y perpetua, las tierras, aldeas y términos de las villas y sus pueblos tributarios y las «jurisdicciones civil y criminal, alta y baja, mero y mixto imperio y rentas y oficios y pechos y derechos y montes y prados y pastos y aguas corrientes, estantes y manientes con todas las otras cosas». Tal potestad llevó a Cortés a comportarse con un aparato acorde con ella. Estableció una especie de corte en Cuernavaca, sus expediciones se caracterizaban por el boato; creó, al morir, un Colegio de Artes y Teología en Coyoacán, como si de un noble renacentista se tratase, y hasta consiguió del papa, en 1531, la concesión para ejercer el derecho de patronato sobre iglesias propias, si bien la Corona lo impidió con buen criterio. También vería mermada el marquesado sus atribuciones de jurisdicción en 1574, a causa de la supuesta participación de Martín Cortés, hijo del conquistador, en una conspiración.

Casi desde su constitución, Cortés organizó la explotación económica de sus posesiones diversificándola en distintas actividades: cereales para el abastecimiento de ciudades y centros mineros; azúcar, desde 1530, en Tuxtla, Cuernavaca y Tlaltenango; ganadería y curtidos en Jalapa del Marqués (Tehuantepec), Mazatepac (cerca de Cuernavaca), Tlaltizapan (Morelos) y Matlultizinco (Oaxaca); gusanos de seda en Coyoacán y varios puntos de Morelos; minas de oro (Tehuantepec) y plata (Taxco, Sultepec y Zumpango), aunque sin la trascendencia posterior. El marquesado percibía censos por tierras arrendadas y rentas procedentes de las propiedades urbanas del Zócalo de México. Fracasó, en cambio, un proyecto comercial con tierras del Perú.

El marquesado experimentó ciertos cambios al morir Cortés y fue embargado por la Corona a su hijo Martín por la supuesta conspiración ya aludida. Devuelto a la familia en 1584, conoce una etapa anodina durante el siglo XVII y experimentó un auge notable en la centuria siguiente. En 1835 fue dividido y sus diferentes partes enajenadas.[22]

Pero si el marquesado del Valle supuso un reconocimiento generoso para los servicios de Cortés, no obtuvo el conquistador la confirmación como gobernador, sin duda por un criterio de recorte de poder por parte de la Corona y no como represalia por no haber desposado a la cuñada de Francisco de los Cobos, como Bernal señaló. Sí prorrogaba, en cambio, Cortés su mandato como capitán general de la Nueva España, título que se hacía extensivo a las costas de la Mar del Sur, donde quedaba facultado para hacer descubrimientos y gobernar los países que conquistara. Con objeto de poner en práctica las posibilidades que el nombramiento le otorgaba, Cortés gestionó una capitulación, que firmó la reina Isabel el 27 de octubre de 1529. Según este documento, las expediciones habían de ser financiadas con capital privado y a cambio se reconocía la gobernación y una doceava parte de los beneficios. El trato a los indios debería regirse por las ordenanzas dadas en Granada en 1526. En verdad, esta capitulación no concedía ningún trato especial al conquistador, prueba de que la Corona pretendía un mayor control de los resultados de las empresas colonizadoras.

También consiguió Cortés su ingreso en la Orden de Santiago como caballero, pero no llegó a ser comendador, que era su pretensión. Finalmente, el provechoso viaje revistió una faceta venturosa por el matrimonio del conquistador con doña Juana de Zúñiga, sobrina de su valedor el duque de Béjar e hija del conde de Aguilar; de esta manera, emparentaba con una de las familias importantes de la nobleza española.

Libre, por el momento, de las sospechas que sobre él pesaron y colmado de honores, Hernán Cortés aprovechó la marcha de Carlos V a Italia para decidir su regreso a México.

11. Las últimas empresas

En la primavera de 1530 regresó Hernán Cortés a la Nueva España, acompañado por su esposa doña Juana de Zúñiga y su madre y alentado por los éxitos alcanzados en su viaje a la Corte de España: confirmación en algunos de sus cargos —excepción hecha de la gobernación, como apuntamos—, concesión del marquesado del Valle de Oaxaca, reforzamiento de su postura frente a la Primera Audiencia, etcétera.

Por ello, y ante la inminencia para que los componentes de la Segunda Audiencia tomaran posesión de sus cargos, se detuvo en La Española un tiempo, con objeto de evitar cualquier enfrentamiento desagradable con el presidente Nuño de Guzmán, que durante la ausencia del conquistador le había abierto sumario por el asesinato de su primera mujer Catalina Juárez, a cuya muerte en circunstancias repentinas y poco esclarecidas ya nos referimos. Al mismo tiempo, se mantenía la acusación casi perenne contra Cortés por sus veleidades independentistas, malversación y apropiación de fondos pertenecientes a la Corona, etc. Sin embargo, la Primera Audiencia no resultaba indeseable sólo para el conquistador: su gobierno corrupto e ineficaz le granjeó la enemistad de buena parte de los colonizadores y su comportamiento tiránico supuso una dura prueba para la población indígena. Su relevo, pues, iba a realizarse con beneplácito casi general.

Pero, ante la lentitud de realización del cambio, Cortés se decidió por fin a viajar a Veracruz, donde desembarcó el 15 de julio de 1530. De allí se dirigió a Tlaxcala y a Tetzcoco, donde hubo de fijar su residencia por la prohibición que pesaba sobre él de residir a menos de diez leguas de México con objeto de evitar conflictos con la Audiencia. Su itinerario desde la costa había constituido una muestra continua de alegría por el regreso, vítores y manifestaciones de adhesión hacia su persona, que continuaron en las numerosas visitas recibidas en su retiro tetzcocano.

Tuvo lugar, finalmente, la constitución de la Segunda Audiencia —cuya composición ya reseñamos, y el alejamiento de



Palacio de Cortés en Cuernavaca (México), sede de la pequeña corte del marquesado del Valle. El edificio fue decorado en nuestro siglo por Diego Rivera con murales de matiz crítico alusivos a la conquista española.

su contumaz enemigo Nuño de Guzmán, designado para la gobernación de Nueva Galicia. De momento, las relaciones de la institución con Cortés fueron normales, pero pronto surgirían las fricciones, polarizadas en torno a tres cuestiones: la extensión de sus jurisdicciones y poderes en cuanto capitán general de la Nueva España, la interpretación del número de vasallos del marquesado del Valle (la Audiencia estimaba la concesión real en veintitrés mil personas y Cortés argumentaba que la cifra se refería a cabezas de familia, con sus miembros correspondientes) y los asuntos derivados de las expediciones a la Mar del Sur. Ante el empeoramiento de la situación, el conquistador se retiró a sus posesiones de Cuernavaca, donde estableció una pequeña corte y organizó el centro de la administración del marquesado.

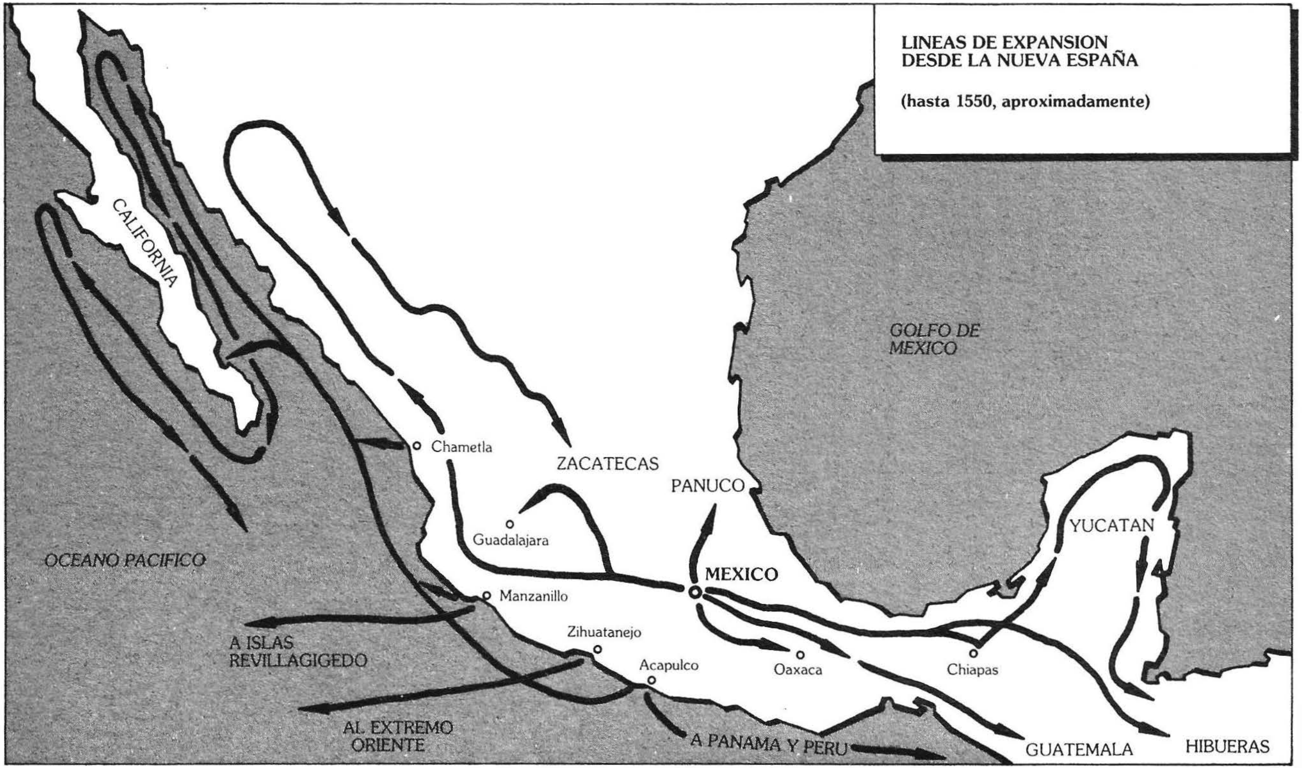
La atracción de la Mar del Sur

Sabido es que desde fechas tempranas, anteriores a la expedición a las Hibueras, Cortés tenía el propósito de realizar viajes de exploración y conquista por la Mar del Sur, con objeto de establecer asentamientos y buscar el paso que pusiera en comunicación los dos Océanos y facilitar de ese modo los viajes al Extremo Oriente.

Ha constituido esta vertiente de la acción cortesiana un aspecto mal estudiado en su desarrollo y consecuencias. Por fortuna, una reciente monografía del profesor León-Portilla viene a llenar esta laguna.[1] La seguimos fundamentalmente en lo que atañe a este respecto.

En 1531 llegó a la Audiencia mexicana una Real Cédula en la que se instaba a Cortés a emprender las exploraciones y conquistas acordadas en la capitulación de 27 de octubre de 1529. La verdad es que la Corona esperaba con ello mantener a Cortés ocupado en ese menester y distraerlo de actividades que pudiesen ocasionar otro tipo de conflictos. La razón de fondo del interés real estribaba en que, tras la firma del Tratado de Zaragoza de 1529, por el que Carlos V renunciaba a las Molucas en favor de Portugal y se perfilaban las demarcaciones en el Extremo Oriente, poco definidas por el Tratado de Tordesillas de 1494, urgía ocupar todos los territorios del Pacífico que correspondieran a España en virtud de aquel pacto de partición del mundo. No necesitaba, sin embargo, el conquistador que se le incitara demasiado a llevar a término lo pactado. Su interés por la Mar del Sur era notorio y, ya en 1527, tuvo dispuestos navíos para explorar el Océano desconocido, pero hubieron de ser enviados al mando de Alvaro de Saavedra para dar cumplimiento a las órdenes llegadas del mismo monarca, que prescribían indagar la suerte de las armadas de Loaisa y Caboto. Contrariados sus planes, Cortés prosiguió la construcción de barcos en astilleros que encontró seriamente deteriorados a su regreso de España, sin duda como una consecuencia más de la enemistad que le dispensó la Primera Audiencia. Ahora, desde Cuernavaca, dirigía la armadura de navíos en Tehuantepec y tampoco los problemas estuvieron ausentes: la Audiencia denunció la utilización de tamemes indios en el transporte de aparejos de las naves. Cortés se quejó al rey de no encontrar más que obstáculos en el cumplimiento de sus disposiciones.

Al interés que la Mar del Sur tenía como objeto de exploración y conquista, se unía el atractivo derivado de un mito autóc-


LINEAS DE EXPANSION
DESDE LA NUEVA ESPAÑA
(hasta 1550, aproximadamente)
CALIFORNIA
GOLFO DE
MEXICO
Chametla
ZACATECAS
PANUCO
Guadalajara
YUCATAN
OCEANO PACIFICO
MEXICO
Manzanillo
Zihuatanejo
A ISLAS
REVILLAGIGEDO
Acapulco
Oaxaca
Chiapas
AL EXTREMO
ORIENTE
A PANAMA Y PERU
GUATEMALA
HIBUERAS

tono, que confluyó con otro difundido en el occidente medieval. Según la concepción indígena del mundo, Cihuatán o Cihuatlán («lugar de mujeres») correspondía al sector de poniente del Universo, donde se suponía que las mujeres muertas en los partos se convertían en compañeras del Sol, como si de guerreros se tratase, desde el cénit al ocaso, es decir, en el cuadrante del poniente. Algunos toponímicos como Cihuatlan (Jalisco) y Zihuatanejo (Guerrero) se relacionan con la denominación del mítico emplazamiento femenino. Por su parte, en la literatura caballeresca se recoge el relato de una isla poblada por mujeres y gobernada por la reina Calafia, donde al hombre no cabía más papel que el de procreador. Cuando Gonzalo de Sandoval tuvo conocimiento, en una expedición de 1523, del mito indígena, lo relacionó con el conocido por los españoles y alimentó más aún la fantasía conquistadora ante los territorios y mares del occidente. De ahí que el nombre de California fuera dado a la península —estimada isla entonces— que todavía lo ostenta.[2]

El primer viaje propulsado por Cortés en esta nueva etapa se realizó en 1523, con dos naves —*San Marcos* y *San Miguel*— comandadas por Diego Hurtado de Mendoza. Tenía la orden de recorrer la costa hacia el norte a cien o ciento cincuenta leguas más allá de la jurisdicción de Nuño de Guzmán. Cortés deseaba evitar cualquier incidente que diera lugar con posterioridad a pleitos y querellas. Las zonas a explorar eran peligrosas por el carácter belicoso de sus naturales, pero el viaje se endureció a causa de los estragos que ocasionaron los temporales y la falta de víveres. En estas circunstancias, tuvo lugar un motín de parte de los hombres, que regresaron en el *San Marcos*, mientras que Hurtado de Mendoza se perdía con el otro navío, tal vez en aguas próximas a Sinaloa. Los amotinados embarrancaron en la bahía de Banderas, donde fueron apresados por orden de Nuño Guzmán. Ante las reclamaciones de Cortés, el gobernador de Nueva Galicia afirmó desconocer el asunto objeto de litigio, salvo que el barco había quedado inservible y era presumible que sus tripulantes se hubieran internado tierra adentro y los indígenas habrían dado cuenta de ellos. De lo que no cabía duda era de la violación por parte de Cortés de su zona de jurisdicción. Quedó el contencioso en pie, y como balance de la expedición habría que reseñar la exploración de las costas actuales de Guerrero, Michoacán, Jalisco, Colima y Sinaloa y el descubrimiento de las islas de las Tres Marías.

Desde finales de 1532 o inicios de 1533, se estaba gestando el siguiente viaje de exploración y conquista. Ante él Cortés pre-

tendía asegurar sus derechos y ampliarlos hasta extremos que debían resultar inaceptables para la Corona. En un memorial que presentó en su nombre Juan de Ribera, solicitaba la gobernación vitalicia y hereditaria de las tierras que descubriese; la décima parte de las riquezas y los beneficios que generaran los derechos que se le concediesen para sí y sus descendientes; la quinta parte de los rendimientos de las navegaciones a la Especiería; tres islas para incorporarlas a su señorío; exclusiva de negociación en las islas que se descubrieran; dotación de las armas y pertrechos necesarios; licencia para importar cuantos animales de carga fueran precisos; permiso para establecer fortalezas defensivas y gestión de una bula del papa con indulgencia plenaria para los participantes en las expediciones.

En octubre de 1533 partía desde Manzanillo una flotilla de dos navíos al mando de Diego de Becerra, embarcado en *La Concepción*, y Hernando de Grijalva, capitán del *San Lázaro*. Una tempestad separó a los dos bajeles y Grijalva derivó hacia las actuales islas Revillagigedo; como curiosidad mencionemos que los tripulantes del *San Lázaro* afirmaron haber visto un enorme pez extraño u hombre marino al paso del navío. Becerra, por su parte, continuó el derrotero por las costas de Michoacán, donde se insubordinó el piloto Fortún Jiménez y, de resultas de la revuelta, murió el jefe de la armada. Los rebeldes costearon parte de la Baja California y llegaron a la bahía de Santa Cruz, según Gómara. En estas tierras los indios atacaron a los expedicionarios y mataron a Fortún Jiménez. Muy desmoralizados por el descalabro, los supervivientes arribaron a Matanchel (Jalisco), en la jurisdicción de Nuño Guzmán, que ordenó incautarse del barco y su cargamento. Nuevamente, el gobernador de Nueva Galicia recurrió a la Audiencia y al rey para protestar contra lo que estimaba una lesión de sus derechos.

Para evitar estas fricciones, se ordenó a Cortés no emprender nuevas expediciones por el momento y a Guzmán devolver lo incautado (1534). La situación era tensa y podía llegar a ser explosiva, si Alvarado conseguía su propósito de realizar expediciones a la Mar del Sur. Ninguno obedeció las indicaciones que se les dieron. Cortés argumentó que su actuación se había ajustado escrupulosamente al mandato real y alegaba que suspender los viajes le suponían un grave quebranto, al tener otros cuatro navíos preparados y haber invertido cincuenta mil pesos, vendido parte de su hacienda y empeñado joyas de su mujer para financiar las expediciones. En su opinión era Guzmán quien había conculcado todo derecho al apoderarse de naves y bienes de su



Constituido el virreinato de Nueva España, fue designado como titular del mismo don Antonio de Mendoza (1535), que desplegó una notable labor.

propiedad y torturar a sus hombres. En declaración ante la Audiencia afirmaba su propósito de cumplir las obligaciones capituladas y solicitaba la no injerencia de Nuño de Guzmán en sus asuntos.

Como prueba de su determinación, el propio Cortés asumió la jefatura de la empresa siguiente. En la primavera de 1535 dispuso tres navíos (*San Lázaro, Santa Agueda* y *Santo Tomás*) en Chametla y otros dos en reserva en los astilleros de Tehuantepec. El conquistador marchó por tierra a reunirse con los primeros, para lo cual debía atravesar zonas de la gobernación de Nuño de Guzmán. En Ixtlán, emisarios de su obstinado enemigo le requirieron para que no transitase por Nueva Galicia, pero Cortés continuó el camino hasta encontrar a los suyos. Partió con la gente que cabía en los tres barcos dispuestos hacia el golfo de California y dejó el resto —unos trescientos hombres y treinta y siete mujeres— bajo el mando de Andrés de Tapia. El 3 de mayo llega al lugar donde murió Fortún Jiménez y, dada la festividad del día, lo denominó bahía de Santa Cruz. Allí fundó un establecimiento y volvió a recoger a quienes quedaron con Ta-

pia. Los problemas de abastecimiento comenzaron pronto y los navíos *San Lázaro* y *San Miguel*, enviados para allegar subsistencias, tuvieron problemas; el primero regresó a las costas novohispanas y el segundo dilató mucho su vuelta. Mientras tanto, una nave, enviada por doña Juana de Zúñiga para indagar la suerte de su marido, al mando de Francisco de Ulloa, le llevó la noticia de la llegada del virrey don Antonio de Mendoza y la petición que hacía a Cortés para que volviera. Así lo hizo al rendir fin su viaje en el puerto de Acapulco.

A su regreso, llegaron nuevas del Perú comunicando el sitio de Lima y la solicitud de ayuda por parte de Pizarro. Hernán Cortés decidió enviar una expedición en auxilio de su paisano de Trujillo y emprender otra para rescatar a quienes habían quedado en el asentamiento de California.

El viaje al Perú se emprendió en 1536, cuando la situación de la capital limeña ya no era problemática. Los dos barcos enviados fueron comandados por Fernando de Alvarado, que regresó a Acapulco al año siguiente, y Hernando de Grijalva, que marchó hacia el oeste por el Pacífico sur. Hay autores que interpretaron la acción de Grijalva como una insubordinación, pero al parecer recibió una instrucción secreta de Cortés para buscar una ruta desde las costas peruanas al Extremo Oriente. Grijalva no regresó, pues el viaje se convirtió en un infierno y el capitán murió a manos de la tripulación sublevada. Los rebeldes llegaron a las Molucas, donde fueron capturados por los indígenas y rescatados finalmente por el portugués Antonio Galvao, que ha dejado una interesante narración de los hechos.

En 1538 parece que Cortés envió otro navío al Perú con fines comerciales y para recabar información de las exploraciones. Sus logros fueron escasos, al igual que ocurrió con los viajes emprendidos entre 1538 y 1540 a Panamá. No obstante, fue el inicio de los contactos entre las dos áreas clave de los dominios españoles en América y con la zona del istmo, vital para las comunicaciones. Desde esta perspectiva, las empresas ciertamente tuvieron su interés.

En 1536 regresaba por el norte del México actual Alvar Núñez Cabeza de Vaca, superviviente de la expedición de Pánfilo de Narvaéz a la Florida, que atravesó en un viaje increíble de ocho años el sur de lo que hoy son los Estados Unidos. Con él llegaron a la Nueva España las noticias de tierras ricas situadas al norte. El virrey Mendoza alentó ante ellas proyectos de exploración, mientras que Nuño de Guzmán estimaba los ansiados territorios próximos a su gobernación de Nueva Galicia, y Cortés

los consideró incursos en la jurisdicción de la Mar del Sur, al estar situados al norte de la bahía de Santa Cruz. Nuño de Guzmán fue relevado de su cargo en 1538, por lo que la rivalidad quedó establecida entre el virrey de Nueva España y el que había sido su conquistador. Mendoza envió a fray Marcos de Niza a los territorios del norte y el franciscano volvería con las noticias de haber contemplado las siete ciudades de Cíbola, legendarias fundaciones de siete obispos que habían emigrado de la Península Ibérica cuando los musulmanes la invadieron. La leyenda guarda relación con el mito indígena de las siete cuevas originarias de las comunidades del centro de México. Lo que fray Marcos de Niza vio en realidad fueron las edificaciones de los indios pueblos. Más adelante sería Vázquez Coronado el enviado del virrey Mendoza para continuar las exploraciones.

Cortés prosiguió sus expediciones por la Mar del Sur y el 8 de agosto de 1539 salía Francisco de Ulloa desde Acapulco con tres navíos: el *Santo Tomás*, que se perdió a poco de iniciar el viaje, el *Trinidad*, mandado por Ulloa y el *Santa Agueda* encomendado a Preciado. Ambos dejarían interesantes relatos del viaje. Los barcos costearon Jalisco, Colima, Sinaloa, Sonora y el golfo de California. Ulloa dobló el cabo San Lucas, extremo sur de la península, y subió por el borde occidental hasta la isla de Cedros. El navío de Preciado regresó en abril de 1540 con información para Cortés y fue detenido en Tluatulco por orden del virrey, que había prohibido facilitar el aprovisionamiento a la armada aparejada por el conquistador. El barco de Ulloa se perdió, aunque otras noticias confirman su regreso y la participación del capitán en la expedición a Argel de 1541 junto a Cortés.

El balance de los viajes cortesianos a la mar del Sur arroja un saldo positivo en su conjunto, a pesar de los notorios fracasos:

—abren la tradición de las construcciones navales mexicanas con las veinticinco naves armadas en los astilleros de Zacatula, Tehuantepec, Acapulco y Manzanillo;

—demostraron la posibilidad de los viajes al Extremo Oriente desde México y Perú. La experiencia de las expediciones de Saavedra, en 1527, y Ulloa, en 1539-40, sirvieron a Urdaneta para encontrar la ruta del tornaviaje e iniciar así unas relaciones que son muy importantes para comprender la vida de la colonia. También las noticias del portugués Galvao respecto al viaje de Hernando de Grijalva pudieron facilitar la navegación de Perú a Filipinas;

—quedó desechada la idea de la proximidad de Cipango y Catay a las costas americanas tras los viajes a California. Este

dato y la ubicación correcta de una serie de islas aparecen ya en los mapas de Gianbattista Agnese (1542), Alonso de Santa Cruz (1542) y Sebastián Caboto (1544);

—inician la navegación entre Nueva España y Perú a través del nexo panameño. Así se configuraban las rutas del comercio intercolonial.

Pero los viajes a la mar del Sur supusieron también para Cortés su enemistad con el virrey Mendoza. De la cordialidad inicial en la que una exquisita prudencia evitó cualquier problema de jerarquía o protocolo, se pasó a un enfrentamiento abierto que Gómara refiere: «riñeron malamente Cortés y don Antonio de Mendoza sobre la entrada de Cíbola y pretendiendo cada uno ser suya por merced del emperador; don Antonio como virrey, y Cortés como capitán general. Pasaron tales palabras entre los dos, que nunca tornaron en gracia, sobre haber sido muy grandes amigos; y así dijeron y escribieron mil males el uno del otro; cosa que a entrambos dañó y desautorizó.»[3]

Las vanas esperanzas de la Corte

Con el fin de defender sus intereses, Cortés se trasladó a España en enero de 1540. A pesar de la abundancia de documentación, el periodo final de la vida del conquistador está mal estudiado; rellenar esta laguna implicaría, como apunta León-Portilla, captar bastantes datos sobre la personalidad de Cortés y su obra, a la vez que se comprenderían mejor los resortes del funcionamiento del aparato burocrático del Estado de Carlos V, en especial del sistema de Consejos.

El punto principal de sus reclamaciones al monarca era precisamente el de los derechos de los descubrimientos. Ni una instrucción enviada desde Nueva España ni un memorial al rey obtuvieron respuesta. Para estas fechas ya había alcanzado la licencia para explorar el virrey, pero, además, pretendían una concesión similar Hernando de Soto, Nuño Guzmán y Pedro de Alvarado. El pleito fue largo y tedioso y ello permitió que la muerte del conquistador de Guatemala, en un accidente demasiado estúpido para quien había escapado a tantos peligros, y de Hernando de Soto en el Mississipi, dejaran como contendientes únicos a Cortés y Guzmán. Mendoza quedaba un tanto al margen, ante la preeminencia que le confería su cargo. De hecho, el virrey siguió sus planes con el citado viaje de Vázquez Coronado y Hernando Alarcón, que marcharon hacía el norte por tierra y

mar respectivamente, y la empresa de llegar a las islas de la Especiería, encomendada a Ruy López de Villalobos.

Aparte de los derechos de los descubrimientos, Cortés tenía aún varios asuntos judiciales pendientes: la conclusión del juicio de residencia, iniciado en 1526, el cargo formulado por la Segunda Audiencia por la utilización de tamemes indios, la clasificación del número de vasallos adscritos a los dominios del marquesado del Valle, etc.

A la espera de la resolución de tantos asuntos, Cortés, bien fuera porque el deambular cortesano le resultaba poco agradable, ya por hacer méritos a los ojos del emperador, se decidió a tomar parte en la expedición dirigida contra Argel en 1541. Le acompañaron sus dos hijos llamados Martín, el legítimo y el que tuvo con doña Marina, y gran cantidad de escuderos, criados y caballos. Bernal cita que llevaba valiosas joyas «como gran señor». No pudo comenzar peor la empresa, pues una tempestad hizo naufragar bastantes barcos, entre ellos la galera en que viajaba el conquistador que pudo salvar la vida pero no las joyas que portaba.

Pero la prueba más dura iba a ser su exclusión del consejo de guerra que convocó el emperador para decidir si se proseguía el ataque o se levantaba el sitio de la ciudad argelina. Fue esta última la decisión tomada y a Cortés le faltó tiempo para manifestar su discrepancia porque «él entendía, con el ayuda de Dios y con la buena ventura de nuestro César, que con los soldados que estaban en el campo de tomar Argel; también dijo a vueltas de estas palabras muchos loores de sus capitanes y compañeros que nos hallamos con él en la conquista de México, diciendo que fuimos para sufrir hambres y trabajos, y que doquiera que les llamase hacía con ellos heroicos hechos y que heridos y entrapajados no dejaban de pelear y tomar cualquier ciudad y fortaleza, aunque con ello aventurasen a perder las vidas».[4] La no convocatoria de Cortés, para algunos un error, era un índice de la escasa atención que se le prestó en esta su estancia española, que había de ser la definitiva.

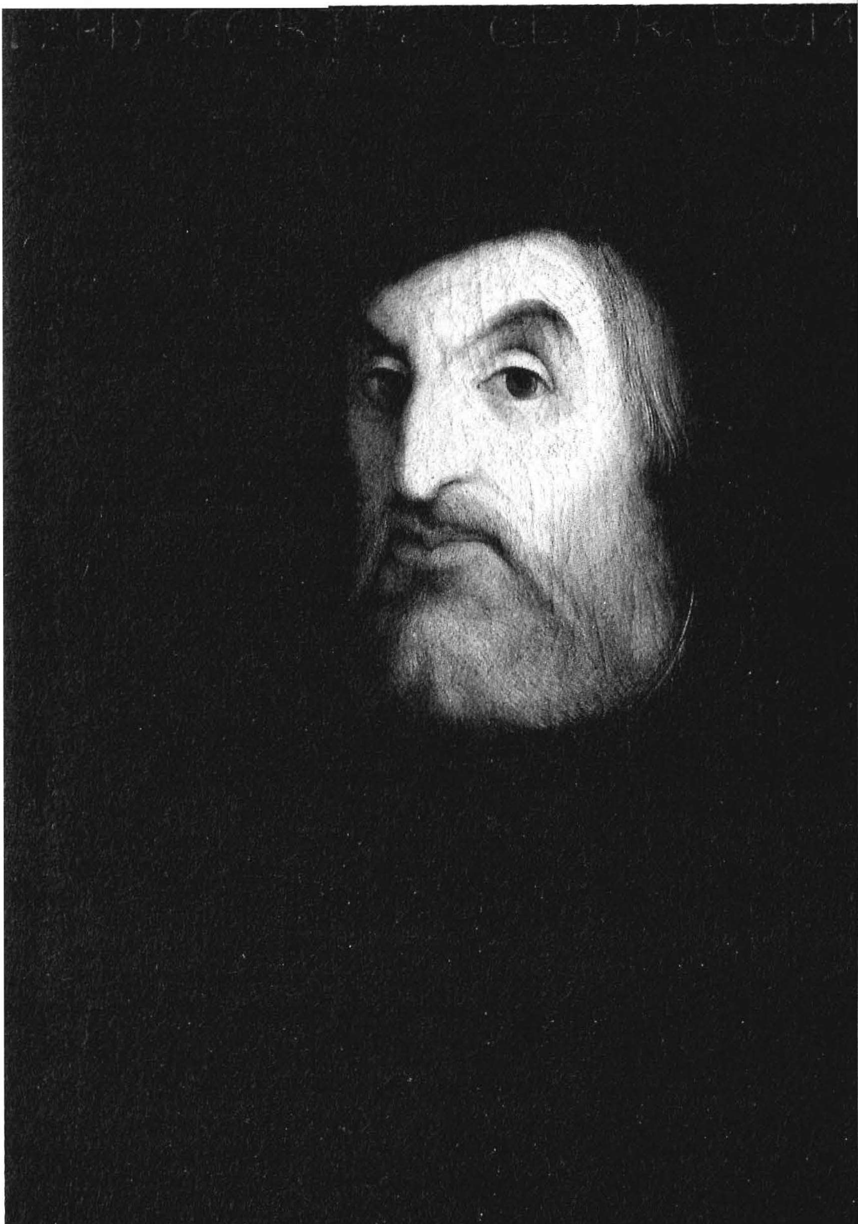
En efecto, en 1544, escribe por última vez al emperador expresando sus quejas de que a él, instrumento de Dios que ha dado tantas glorias y tierras al rey, se le niegue «una partecica». La carta está fechada el 3 de febrero de 1544 y es bien expresiva de la desesperanza de Cortés por alcanzar sus objetivos: «paréceme que al coger el fruto de mis trabajos no debía echarse en vasijas rotas y dejarlo en juicio de pocos, sino tornar a suplicar a V. M. sea servido que cuantos jueces V. M. tiene en sus Con-

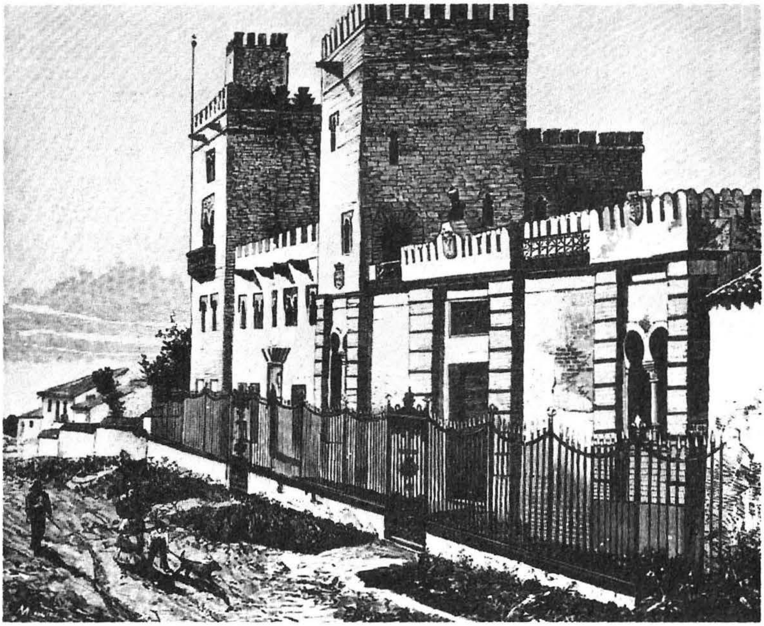
sejos conozcan de esta causa y conforme a justicia la sentencia sea... y que V. M. mande a los jueces que fuese servido que entiendan en ello, que en cierto tiempo, que V. M. les señale, lo determinen y sentencien, sin que haya esta dilación... porque no tengo ya edad para andar por mesones, sino para recogerme a aclarar mi cuenta con Dios, pues la tengo larga, y poca vida para dar los descargos, y será mejor dejar perder la hacienda que el ánima.»[5] Una anotación en el margen de la carta dice que no se responda, y parece que fue el secretario Francisco de los Cobos quien lo reseñó. Decididamente, la situación se deterioraba a medida que pasaba el tiempo y los pleitos no se resolvían. Las pretensiones de Cortés no tenían cabida en el modelo estatal que se imponía, aparte de que siempre existió el temor a concentrar un excesivo poder en manos del conquistador y el peligro de que «muriera con corona», como expuso al monarca el escribano Diego de Ocaña.

Y vino la muerte a llamar a su puerta

En estas circunstancias penosas para él, que las consideraba humillantes y un pésimo reconocimiento a sus relevantes servicios, Cortés decidió el regreso a Nueva España. No obstante, durante la primera etapa del viaje cayó enfermo, probablemente de disentería, y hubo de detenerse en Sevilla. Bernal afirma que la ruptura del compromiso entre su hija María y don Alvaro Pérez Osorio, primogénito del marqués de Astorga, supuso una contrariedad insalvable para su ánimo y minó su salud. Al presentir que su fin se acercaba dictó testamento el 12 de octubre de 1547. Sus albaceas en España fueron el duque de Medina Sidonia, el marqués de Astorga y el conde de Aguilar, y en México su mujer, doña Juana de Zúñiga, y tres prelados. El principal beneficiario fue su primogénito legítimo Martín Cortés, hijo de su segunda esposa, pero no olvidó al resto de su numerosa prole: sus hijas legítimas María, casada con el conde de Luna, Juana, que lo haría con el duque de Alcalá, y Catalina; por otro lado, los bastardos: Martín, hijo de doña Marina, Luis, Catalina, habida con una indígena de Cuba, Leonor, hija de Isabel Moctezuma

En sus últimos años, Cortés sufrió la amargura de quien se cree postergado y lesionado en unos derechos adquiridos por méritos propios. Cuando ya había renunciado a cualquier pretensión, le sobrevino la muerte. Retrato de Hernán Cortés. Museo Naval, Madrid. ▶





Casa de la localidad sevillana de Castilleja de la Cuesta donde falleció Cortés en 1547. Imagen procedente de La Ilustración Española e Hispanoamericana.

y que casaría con el minero Juan de Tolosa y María, que engendró en otra princesa azteca. Observamos la repetición de nombres, fenómeno que también se dio cuando el conquistador bautizó a varios nobles tlaxcaltecas con el apelativo de Lorenzo. Ante ello, un biógrafo de Cortés apunta con gracejo que no era muy fértil la imaginación onomástica de don Hernando a pesar de disponer del nutrido santoral cristiano.

Del testamento del conquistador llama la atención sus escrúpulos de última hora referidos a la posesión y esclavitud de indios procedentes de botines de guerra o de rescates y en lo tocante a ciertas adquisiciones de tierras. Por ello, recomendaba a sus herederos que averiguaran la verdad sobre estas cuestiones y repararan las injusticias que se hubieran producido.

Sus últimas voluntades disponían igualmente lo necesario para la dotación de los hospitales de la Concepción de Nuestra Señora (luego Hospital de Jesús) y de San Lázaro en México y el colegio y convento de Coyoacán. Finalmente, dejó encargado que acudieran a su entierro todos los clérigos de Castilleja de la



Claustro del Hospital de Jesús, en México, fundación benéfica del conquistador y lugar donde reposan sus restos tras múltiples peripecias.

Cuesta, localidad próxima a Sevilla a la que se trasladó; cincuenta pobres vestidos de paño y con caperuzas llevarían hachas encendidas en la ceremonia fúnebre; los sirvientes habían de vestir ropas de luto y recibirían seis meses de sueldo; se aplicarían cinco mil misas en sufragio de su alma. Y así, todo dispuesto conforme a su voluntad, expiró en Castilleja de la Cuesta el 2 de diciembre de 1547, a los sesenta y dos años de edad.

Pero no por ello los restos del conquistador tuvieron la paz de los muertos. Su cuerpo fue depositado en el monasterio de San Isidoro del Campo de Sevilla, primero en la cripta de los duques de Medina Sidonia y, en 1558, en la de Santa Catalina. En 1566, conforme a los deseos de Cortés, fue trasladado a la Nueva España, para reposar en el convento de San Francisco, en Tetzcoco. En 1629, nuevo traslado al convento homónimo de la ciudad de México, hasta que en 1791 el virrey, conde de Revillagigedo, aprobó la construcción, en el Hospital de Jesús, de un monumento, que realizó el famoso escultor Tolsá, para acoger definitivamente los restos de Cortés, como así ocurrió en 1794.

No concluyó con ello el fúnebre peregrinaje. En los sucesos que siguen a la independencia mexicana, que supusieron la revalorización de lo autóctono y el rechazo de cuanto implicó el dominio colonial, ante el temor a una profanación de los restos del conquistador, parece que fueron llevados, en 1823, a la iglesia de Santo Domingo, hasta que cuatro años después el ilustre político e historidador mexicano Lucas Alamán los ocultó en un lugar de la iglesia del Hospital de Jesús distinto de su emplazamiento oficial. Previsor de que esta permanencia provisional podía prolongarse por largo tiempo, depositó un sobre lacrado en la legación diplomática española donde precisaba la ubicación de los restos. Hubo que esperar a que transcurriera el agitado siglo XIX y el periodo revolucionario mexicano para que, en 1946, la Embajada del gobierno de la República Española en el exilio revelase el secreto celosamente guardado y Hernán Cortés pudiera descansar por fin, cuatro siglos después de muerto, en su monumento funerario del Hospital de Jesús.

12. La memoria apasionada

Expusimos al comienzo de estas páginas que en el hecho de haberse convertido Cortés en un mito —positivo y negativo— radicaba la causa principal de la diversidad de reacciones que su figura suscita. El análisis histórico del personaje ha sido sustituido con frecuencia por la controversia apasionada.

La consideración del Cortés heroico es un producto esencialmente español. Su origen hay que buscarlo en los tiempo contemporáneos y subsiguientes a la conquista, que coinciden con el llamado Siglo de Oro de la cultura hispánica. Para los autores de esta etapa, Cortés es el prototipo de héroe forjado en las Indias y esta visión la encontramos en las figuras cimeras de las letras clásicas españolas (Herrera, Vicente Espinel, Lope de Vega, Cervantes, Quevedo, Gracián, Saavedra Fajardo...), pero también en escritores de menor calidad estética que, por ejercer una mediación creadora menos profunda al elaborar sus textos, resultan significativamente representativos del contexto ideológico de la época en que escriben.

Los autores que forjan la visión heroica del conquistador tienen un denominador común: «su siempre presente fascinación con lo extraordinario encontrado en Cortés. Es más que lo extraordinario estereotipado, un paso más allá a la idealizada perfección estética de virtudes caballerescas. Es casi una atracción mística a su capacidad de ser original y diferente.»[1] El recurso a que acuden es la exaltación del personaje mediante la adscripción de cualidades en grado excelso o comparaciones con figuras históricas o de ficción de indudable ejemplaridad.

Cortés era, ante todo, un héroe parangonable a los de la Antigüedad clásica. Se le comparó con Aquiles, Eneas, Alejandro, Augusto, César, Coriolano, Graco, Héctor, Hércules, Leónidas, Marco Antonio, Pirro, Pompeyo, Escipión, Trajano, Ulises, Viriato, Aníbal, Jerjes, Dario y hasta el rey Arturo y Carlomagno:

Un Viriato español,
un Héctor en la prudencia,
Escipión en atreverse
y en el conquistar un César.


A
HERNAN CORTES
AÑO
MDCCCXC

Precisamente, César y Alejandro Magno son los personajes que más se citan como modelos de Cortés, en especial el primero por su doble condición de militar de genio y escritor («César indiano», lo llamó Gracián).

Junto a su cualidad de héroe, Cortés era para los autores del Siglo de Oro un instrumento de la providencia destinado a atraer a la verdad cristiana a las masas de infieles. Reynolds opina que Jerónimo Ramírez, en su poema *Al marqués don Fernando Cortés sobre la conversión de los indios de la Nueva España*, es el mejor exponente de esta visión:

La Majestad eterna sacrosanta
sólo a Cortés entrega la bandera
y escoge por más apto y suficiente
para alumbrar a aquella errada gente.

Su carácter de elegido confiere a la acción que dirige la impronta de cruzada.

El genio militar y político del conquistador queda realzado por diferentes cualidades: el valor y la inteligencia en feliz amalgama y no siempre aprovechados, como ocurrió en el ataque a Argel, según Vélez de Guevara. El valor de Cortés es destacado en momentos clave, a veces de derrota (la «Noche Triste», Otumba) y no se ve menoscabado por el hecho de, por ejemplo, tener miedo ante una tempestad (evocación de la figura de Eneas en idéntico trance). La valentía consciente faculta al héroe para acometer lo que otros no se pueden plantear y aumenta su gloria. Al respecto, Saavedra Fajardo citaba a Cortés como ejemplo de quien adquiere una fama mucho más importante que la proporcionada por un linaje ilustre. Es una gloria, además, compatible con la verdadera de la vida eterna, en cuanto que quien la gana está realizando una obra grata a Dios. El genio cortesiano en el campo militar le permitía el tratamiento generoso al enemigo, le investía del carisma necesario para mantener a hombres e intereses contrapuestos y hasta lo hacía inmune a flaquezas corporales como el sueño y el cansancio.

Cortés fue —siempre según los escritores que plasman su mito— un hombre de inquebrantable lealtad a su rey; en todo momento respetó básicamente los designios de la Corona y, si en

◀ *Resulta casi insólito encontrar una calle o monumento dedicados a Cortés. En la imagen, la estatua erigida en su Medellín natal.*

alguna circunstancia no lo hizo, la justificación de su proceder le obsesionó. En la obra *Cortés triunfante en Tlaxcala*, de Cordero, su autor pone en boca del conquistador estos versos:

Por Dios que mudo el semblante
señor Alcalde, el servicio
del Rey es inseparable
de un corazón como el mío...

Esa lealtad sufre una dura prueba cuando el conquistador estima que se le somete a trato injusto, caso de su última estancia en España a la espera de que se fallaran los pleitos pendientes. No puede dejar de evocarse en estas circunstancias la figura del Cid, desterrado por su rey, pero leal a su autoridad, al igual que Cortés, como se aprecia en este romance de 1638:

El que con su sola espada
conquistó del sol los fines
en una sala en palacio
sólo un cancel le resiste...
Salía de misa el rey
y Cortés llegó a pedirle
que despachase sus pleitos
que era tiempo de partirse.
«Ya los veré», dijo el rey
y Cortés quedó tan triste
en ver que el rey no le honra
y Ruiz Gómez lo desvíe.
Asióle del brazo al rey;
puesta la mano invencible
en el puño de su espada
aquestas razones dice:
«Vuestra majestad, señor,
escuche a Cortés y mire
que con la capa que cubre
y con la espada que ciñe
le ha ganado más provincias
(que por mí gobierna y rige)
que le dejaron ciudades
su padre y abuelos insignes...

Son otros muchos los rasgos con que los escritores de los siglos XVI y XVII idealizaron la figura de Cortés: la compasión, sin

duda para neutralizar la mala fama que comportaban los indudables actos de crueldad de la conquista; así, lo vemos llorar bajo el legendario ahuehuete de Popotla en la «Noche Triste», tras la batalla de Otumba o para lamentar la muerte de Moctezuma y Maxixcatzin. En otros textos, Cortés es generoso y caritativo, agradecido, gentil o autodisciplinado. Incluso los datos que pudieran ser estimados poco edificantes para la época, como sus múltiples relaciones con mujeres, se presentaron del modo que menos contradictorio resulta con la moralidad imperante.

Sin que la etapa de la Ilustración —crítica, reformista y que pone en tela de juicio la realidad colonial tal como se había desarrollado hasta entonces— invalidara la figura de Cortés, la mitificación del héroe aparece con nuevos perfiles en escritores prerrománticos como Cadalso. No resulta extraño en un autor que se plantea la deuda de la patria con sus hijos heroicos, terminología harto significativa. Calificará precisamente a Cortés de «héroe mayor que los de la fábula» y le dedica una de las *Cartas marruecas* para justificar su acción y criticar la de aquellos que censuran la colonización española y en cambio defienden y se lucran del comercio esclavista.

El romanticismo y la ideología liberal exaltaron a Cortés por dos razones básicas: como componente que alimentaba la ideología nacionalista y en cuanto figura excepcional que reforzaba las tesis historiográficas liberales sobre el papel del individuo en la historia.

Finalmente, el Cortés mitificado positivamente hizo fortuna al amparo de la reacción del nacionalismo conservador que sigue a la derrota española en Cuba en 1898 y que, entre otros contenidos, desarrollará la idea de Hispanidad, en cuanto comunión de España y los pueblos que colonizó, lo que comporta una valoración altamente positiva de aquel proceso y sus actores. Tras la guerra civil española de 1936-39, esa ideología adquiere una dimensión mayor como soporte del proyecto de «Imperio» que alienta el régimen franquista. Con ello, la concepción de Cortés como paradigma mítico del conquistador adquiere su máxima proyección.

El contrapunto de la visión positiva idealizada del conquistador es su correspondiente negativa, con lo que la figura de Cortés adquiere connotaciones de maniqueísmo puro con escasa validez histórica.

La elaboración del mito negativo cortesiano pasa por dos momentos, uno coincidente con la fase de expansión colonial y otro posterior a la independencia mexicana, de mayor interés.

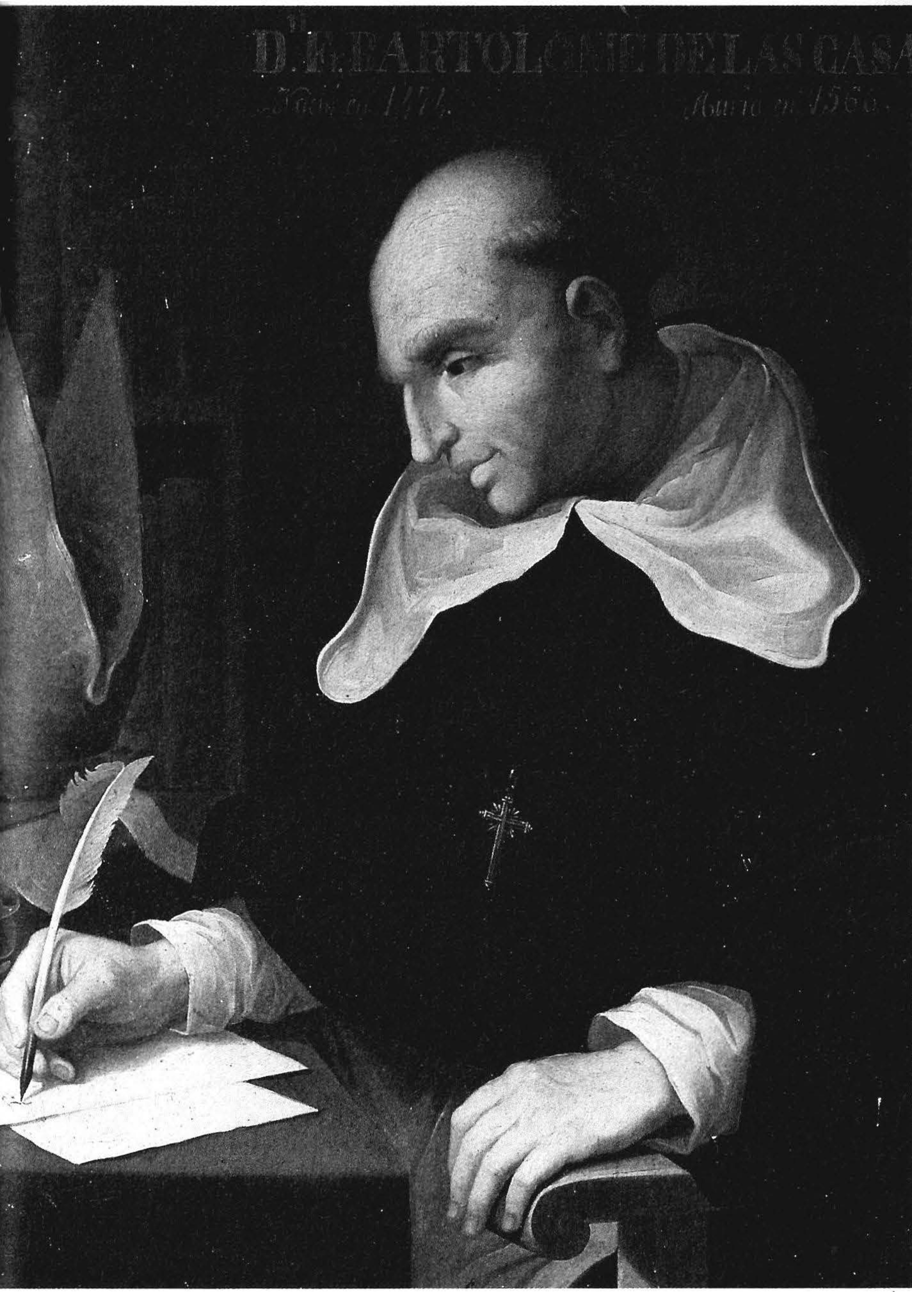
Alusiones poco favorables a Cortés las encontramos en el mismo Bernal Díaz del Castillo, al criticar el plan de ataque a Tenochtitlan, donde una acción mal ejecutada provocó la prisión, y después muerte, de sesenta y dos españoles.

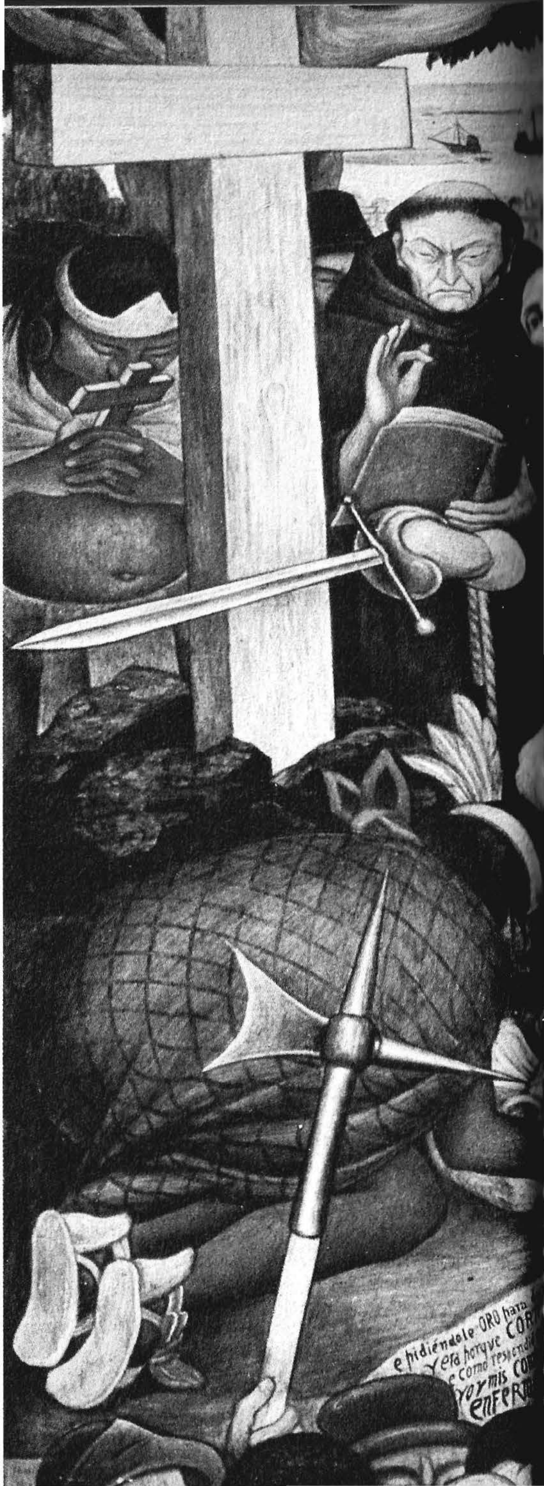
Pero el verdadero iniciador de la corriente anticortesiana es fray Bartolomé de las Casas, que censura la insensibilidad del «malaventurado» conquistador ante la matanza de Cholula donde, según el dominico, se había mostrado tan cruel como Nerón ante el incendio de Roma. Igualmente lo ve codicioso y avaro y, a su parecer, el aprovechamiento que Cortés hizo de las disensiones indígenas para conseguir sus planes era un claro índice de tiranía. Otro clérigo, fray Francisco Mayorga, lo acusó de tener un corazón duro, «como el del faraón», a la hora de exigir prestaciones de trabajo a los indígenas.

Los malos tratos, las matanzas de Cholula y del templo mayor de México, los presuntos asesinatos de su primera mujer y de Francisco de Garay, la tortura y muerte de Cuauhtémoc, las burlas a mujeres, etc. son las argumentaciones más usadas contra el conquistador por los autores europeos que escriben o ilustran libros sobre Cortés o la conquista de México con un criterio antiespañol: Montaigne, Benzoni, Defoe, el grabador De Bry. En el fondo, estas críticas tienen un trasfondo: la polémica sobre los asuntos coloniales entre los estados interesados en ellos. Francia, Inglaterra, Portugal y España consuman sus unidades territoriales y el perfil de un modelo estatal moderno a finales del siglo XV aproximadamente. Los proyectos coloniales comenzaron a plantearse como colofón lógico del proceso, pero tanto españoles como lusos se adelantaron y obtuvieron concesiones papales para legitimar sus dominios, con exclusión de las otras potencias. Ello llevó al rey Francisco I de Francia a preguntar sarcásticamente en que cláusula del testamento de Adán se especificaba el legado de aquellas mercedes pontificias. De este modo, se aprovecharon las acusaciones contenidas en textos de la época para cuestionar la legitimidad del dominio español; la difusión de esos escritos constituyó un factor decisivo en la expansión de la denominada «leyenda negra».

Pero será la independencia de México el catalizador de la formación de una corriente de estudio y opinión anticortesiana. Con la conquista, la población autóctona había disminuido numéricamente en proporciones de desastre y además perdió los

Las Casas, apasionado defensor de los indios y contradictor de Cortés. ▶
Archivo de Indias, Sevilla.


D.r F. BARTOLOME DE LAS CASA
Nació en 1474.
Murió en 1566.



Diego Rivera (1886-1957), el gran pintor mexicano, realizó a finales de los años cuarenta los murales del Palacio Nacional de México, a los que pertenece este detalle. Fue una obra polémica, en lo que a Cortés respecta, por el tratamiento dado a la figura del conquistador, deforme y de escasa nobleza en su porte. La justificación de que tal imagen se basaba en informes científicos sobre los restos de Cortés no evitó la controversia.



n de aquella Nueva gentes
untó si Moteczuma tenía ORO.
eme, dice, dellos Ca Tenemos
COrazón,
nal de
ana
CON

fundamentos de su conciencia histórica. Parecía que sobre el esplendor del pasado indígena había caído el silencio y el olvido.

Al alcanzar México su independencia, las pugnas entre conservadores y liberales dieron lugar a dos interpretaciones históricas: para los primeros, la conquista y con ella la figura de Cortés eran asumibles; para los segundos, el conquistador era el exponente de cuanto de afrenta tenía un periodo que debía ser considerado un paréntesis en el devenir mexicano. Por lo tanto, el pasado indígena constituía el antecedente genuino de la historia de México y Cuauhtémoc su emblema indudable. A la altura de los años sesenta del siglo XIX la defensa de Tenochtitlan era ensalzada como símbolo de la resistencia indígena. Precisemos que estos contenidos ideológicos se difunden en unos tiempos en que la capital se ha convertido en un objetivo clave durante las luchas de la era de la Reforma, por lo que su impacto sobre el presente resultaba incuestionable. Por otra parte, ni el pregonado indigenismo ni el hecho de que la noble figura de un indio zapoteca, Benito Juárez, presidiera la República implicaron una mejora sustancial de las condiciones de vida de los indígenas, impelidos a rebeliones desesperadas durante el Porfiriato.

En consecuencia, la ideología indigenista fue un instrumento liberal en la lucha contra la oligarquía conservadora, que exigía el desprecio por lo que la conquista y su artífice Cortés habían representado. Con ello, los mexicanos se dividieron ante la figura del conquistador.

Desde este punto de vista ideológico, la Revolución no varió esencialmente las cosas. Es sintomática la agria polémica suscitada en los años cuarenta cuando aparecieron unos restos en la iglesia de Ixcateopan (Guerrero) que Eulalia Guzmán identificó como los de Cuauhtémoc. Una comisión de expertos negó tal posibilidad, a pesar de lo cual los sectores «indigenistas» se mantuvieron en sus posturas iniciales porque aquellos restos representaban la materialidad de su símbolo.

Por el contrario, el desvelamiento del lugar del Hospital de Jesús donde estaban enterrados los despojos de Cortés, cuya autenticidad era indudable, provocó una furiosa reacción para negarla. Aunque ya el macabro trasiego de los restos del conquistador eran una prueba de su carácter de mito negativo para parte de los mexicanos, hubo incluso un sindicalista que llegó a solicitar que fueran enterrados con los del general Franco.

Al socaire de estos acontecimientos, Diego Rivera pintó unos frescos de tema cortesiano, destinados al Palacio Nacional. La figura del conquistador aparecía deforme, muy distinta a otras

versiones realizadas anteriormente por el propio pintor. Según él, la variación se debía a que había tenido en cuenta los estudios científicos efectuados en los restos de Cortés al descubrirse. Pero nadie creyó esta justificación y se convino en que «Diego [Rivera] pintó a Cortés en forma tan desmedrada con el fin de afirmar aún más el carácter negativo de la conquista y colonización españolas..., así como para destruir el prestigio de que goza la figura histórica del conquistador en una parte de la población de México.»[2] La actitud del artista fue ampliamente censurada.

En un trabajo reciente, Octavio Paz[3] meditaba sobre el tema que nos ocupa a propósito de otra obra de arte, ahora de Orozco, en la que aparecen Cortés y la Malinche, desnudos, como pareja originaria, y a sus pies un indio muerto. Para Paz era el enigma del origen, por muy trágico que resultara. La mitificación negativa de Cortés no es la solución para un problema cuya superación pasaba, según el pensamiento integrador de Vasconcelos, por la asunción del conquistador para evitar que siguiera dividiendo a los mexicanos.

Si tanto españoles como mexicanos destruyen los mitos de Cortés, el positivo y el negativo —y hay razones para pensar que ello esté ocurriendo—, la memoria del conquistador dejará de ser apasionada para convertirse en histórica.

Notas

Capítulo 1

1. Carlos FUENTES: «La conquista reconquistada: Cortés el príncipe que no fue», en *El País*. Madrid, 24 de noviembre de 1985.
2. Mario HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA: «Introducción» a las *Cartas de relación*, de Hernán CORTÉS. Madrid, Historia 16, 1985, p. 11.
3. André Gunder FRANK: *La acumulación mundial, 1492-1789*. Madrid, Siglo XXI, 1979, p. 32.
4. Antonello GERBI: *La naturaleza de las Indias Nuevas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 113.
5. Sobre la percepción del tiempo histórico en el Renacimiento, cfr. Ágnes HELLER: *El hombre del Renacimiento*. Barcelona, Península, 1980, pp. 192 y ss.
6. Carlos FUENTES: loc. cit.

Capítulo 2

1. Miguel Angel LADERO QUESADA: *Historia de América. I. España en 1492*. Madrid, Hernando, 1978, p. 37.
2. José Antonio MARAVALL: *Poder, honor y elites en el siglo XVII*. Madrid, Siglo XXI, 1979, p. 43.
3. Francisco LÓPEZ DE GÓMARA: *Historia de la conquista de México*. Madrid, Atlas, 1946, p. 246. A partir de ahora, todas las citas de este texto proceden de esta edición, correspondiente a la Biblioteca de Autores Españoles.
4. José Antonio MARAVALL: *El concepto de España en la Edad Media*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1964, p. 285. (Hay nueva edición en Centro de Estudios Constitucionales.)
5. Maxime CHEVALIER: *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*. Taurus, Madrid, 1976.
6. El libro de I. A. LEONARD: *Romances of Chevalry in the Spanish Indies* (Universidad de Berkeley, 1933) recoge en profundidad el impacto de la literatura caballeresca en los conquistadores de Indias.
7. José Antonio MARAVALL: *El mundo social de «La Celestina»*. Madrid, Gredos, 1981, p. 34.
8. Bartolomé BENNASAR: *Los españoles. Actitudes y mentalidad*. Barcelona, Argos-Vergara, 1976, p. 137.
9. Stephen GILMAN: *La España de Fernando de Rojas*. Madrid, Taurus, 1978, p. 272.
10. Baltasar GRACIÁN: *El héroe*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1938, pp. 29-30.

Capítulo 3

1. Francisco LÓPEZ DE GÓMARA: ob. cit., p. 296.
2. Francisco LÓPEZ DE GÓMARA: ibíd., p. 297.

3. Para obtener mayor información sobre este punto puede consultarse el interesante trabajo de Juan PÉREZ DE TUDELA BUESO «La quiebra de la factoría y el nuevo poblamiento de La Española», en *Revista de Indias*, núm. 60, Madrid, 1955, pp. 197-252, del que procede parte de la información que recogemos en estas páginas.
4. Mario HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA: *Historia de América. II. América europea*. Madrid, Alhambra, 1981, p. 27.
5. Fernando de ALVA IXTLILXOCHITL: *Historia de la nación chichimeca*. Ed. de Germán VÁZQUEZ. Madrid, Historia 16, 1985, p. 223.
6. Lucio MARINEO SICULO: *De los claros varones de España*. La biografía de Cortés perteneciente a esa obra se reprodujo en el núm. 108 de *Historia 16*, con estudio de Miguel LEÓN-PORTILLA.
7. Francisco LÓPEZ DE GÓMARA: ob. cit., p. 297.
8. Antonio de HERRERA Y TORDESILLAS: *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*. Madrid, Real Academia de la Historia, 1935-1955, III, pp. 308-309.
9. Salvador de MADARIAGA: *Hernán Cortés*. Madrid, Espasa-Calpe, 1982, p. 84.

Capítulo 4

1. Los juicios de residencia eran revisiones de la actuación de los cargos públicos, bien al finalizar el periodo de ejercicio o en cualquier momento del mismo.
2. Gonzalo FERNÁNDEZ DE OVIEDO resume esta situación de manera precisa: «La gobernación de estas cuatro personas [los jerónimos y Zuazo] por la forma que es dicha, fue asaz buena lo que duró, y aquellos padres lo hicieron lo mejor que Dios les dio a entender; pero también entendieron en remover indios. El remover los indios ha sido una cosa de las más peligrosas que acá ha habido para la conciencia de los gobernadores: lo que estos padres en este caso hicieron fue sancto, porque los quitaron a todos los caballeros y privados a quien el Rey Católico había mandado darlos, y no los dejaron a ninguno ausente, e diéronlos a los pobladores e vecinos de la isla; e hiciéronlos reducir en pueblos, a causa que les fuesen mejor administrados los sacramentos estando juntos e fuesen informados de las cosas de nuestra santa fe» (*Historia general y natural de las Indias*, edición de la Biblioteca de Autores Españoles, I, cap. II).
3. Puede consultarse a este respecto su obra *Los grupos de conquistadores en Tierra Firme (1509-1530). Fisonomía de un tipo de conquista*, Santiago de Chile, 1962.
4. Fray Bartolomé de LAS CASAS: *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Madrid, Sarpe, 1985, pp. 57-58.
5. Utilizaremos a partir de ahora la versión publicada por la revista *Historia 16*, edición de Miguel LEÓN-PORTILLA (Madrid, 1984).
6. Bernal DÍAZ DEL CASTILLO: ob. cit., I, p. 67.
7. Ibíd., p. 71.
8. Fray Diego de LANDA: *Relación de las cosas de Yucatán*. Madrid, 1985. Ed. de Miguel RIVERA DORADO, p. 161 (pertenece a la serie ya citada de la revista *Historia 16*).
9. Cfr. Fernando BENÍTEZ: *La ruta de Hernán Cortés*. México, Fondo de Cultura Económica, 1974, p. 63.
10. Bernal DÍAZ DEL CASTILLO: ob. cit., I, p. 95.
11. Francisco LÓPEZ DE GÓMARA: ob. cit., pp. 298-299.

Capítulo 5

1. Bernal DÍAZ DEL CASTILLO: ob. cit., p. 111.
2. Véase Salvador de MADARIAGA: ob. cit., p. 129.
3. Luis WECKMANN: *La herencia medieval de México*. México, El Colegio de México, 1984. 2. vols.
4. Bernal DÍAZ DEL CASTILLO: ob. cit., p. 113.
5. Demetrio RAMOS: *Determinantes formativos de la «hueste» indiana y su origen modélico*. Santiago de Chile, 1965.
6. Luis WECKMANN: ob. cit., I, p. 117.
7. Cfr. Fernando REDONDO DÍAZ: «La organización de la "compaña" indiana de Hernán Cortés», en *Quinto Centenario*, núm. 9, Madrid, 1985, pp. 92-93.
8. Jesús Mª G. LÓPEZ RUIZ: *Hernández de Serpe y su «hueste» de 1569 con destino a la Nueva Andalucía*. Caracas, Academia Venezolana de la Historia, 1974.
9. Richard KONETZKE: *América Latina. La época colonial*. Madrid, Siglo XXI, 1971, p. 61.
10. Francisco LÓPEZ DE GÓMARA: ob. cit., pp. 301-302.
11. Luis WECKMANN: ob. cit., I, p. 175.
12. Fernando BENÍTEZ: ob. cit., p. 102.
13. Antonio de SOLÍS: *Historia de la conquista de México*. Madrid, Espasa-Calpe, 1970, p. 165.

Capítulo 6

1. Salvador de MADARIAGA: ob. cit., p. 149.
2. Bernal DÍAZ DEL CASTILLO: ob. cit., I. p. 170.
3. Manuel GIMÉNEZ FERNÁNDEZ: «Hernán Cortés y su revolución comunera en la Nueva España», en *Anuario de Estudios Americanos*, V. Sevilla, 1948.
4. Los adelantados en las Indias asumían funciones militares, de gobierno y judiciales amplias en territorios en fase de descubrimiento y conquista. El origen del cargo es medieval y fue característico de la primera etapa de la conquista. Su importancia decreció a medida que surgieron instituciones de gobierno normalizadas (virreinatos, audiencias) y el Estado fue ejerciendo el control sobre la iniciativa privada.
5. Bernal DÍAZ DEL CASTILLO: ob. cit., I, p. 174.
6. Francisco LÓPEZ DE GÓMARA: ob. cit., p. 316.
7. Pedro CARRASCO: «La sociedad mexicana antes de la conquista», en *Historia general de México*, I. México, El Colegio de México, 1981, p. 205.
8. Los datos reflejados, según el *Códice mendocino* y el *Códice de tributos*, los aporta David VIÑAS: *Historia de América Latina. 4. México y Cortés*. Madrid, Hernando, 1978, p. 19.
9. Ibíd., p. 42.
10. Francisco LÓPEZ DE GÓMARA: ob. cit., p. 318.
11. «Carta-relación de la Justicia y Regimiento de la Villa Rica de la Vera Cruz a la Reina doña Juana y al Emperador Carlos V su hijo», en Hernán CORTÉS: *Cartas de relación*, ed. cit., p. 63.
12. Pedro VIVES AZANCOT: «La conquista de Nueva España como empresa», en *Hernán Cortés y su época*. Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana-Historia 16, 1986, p. 48.
13. *Túmulo imperial de la gran ciudad de México*, reproducido en la *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, de GARCÍA ICAZBALCETA.
14. Por ejemplo, Fernando de ALVA IXTLILXOCHITL dice que usó sus cargos con

tanto acierto como Alejandro o Julio César. GÓMARA prefiere la comparación con un personaje contemporáneo, «Barbarroja», el del brazo cortado.

15. Ramón IGLESIA: *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*. México, El Colegio de México, 1980, p. 103.
16. Miguel LEÓN-PORTILLA es el editor de la versión, ya citada, del texto de Bernal que utilizamos como fuente. Para fundamentar su postura se apoya en dos trabajos, uno de Ramón IGLESIA: *El hombre Colón y otros ensayos*. México, 1944, y otro de Henry R. WAGNER: «Bernal Díaz del Castillo. Three Studies on the Same Subject», en *The Hispanic American Historical Review*, XXV, núm. 2. Washington, 1945, pp. 199-221. Carmelo SÁENZ DE SANTA MARÍA, por su parte, ha elaborado un interesante trabajo sobre el tema: *Historia de una historia. La crónica de Bernal Díaz del Castillo*. Madrid, CSIC, 1984.

Capítulo 7

1. Véase al respecto el trabajo de Manuel ALVAR: «Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo», en *ABC*, 29 de diciembre de 1985.
1. William H. PRESCOTT: *Historia de la conquista de México*. México, Porrúa, 1976, libro III, p. 185.
3. Fernando BENÍTEZ: ob. cit., p. 183.
4. Algunos autores, como PRESCOTT o FUENTES MARES, sitúan los hechos descritos y el cacicazgo de Olintetl en Ixtacmaxtitlan. Las fuentes de primera mano difieren en este punto y preferimos su versión. Con todo, en este caso serían los hechos y no el lugar el dato relevante.
5. Charles GIBSON: *Tlaxcala in the Sixteenth Century*. Stanford, 1952.
6. Hernán CORTÉS: *Segunda Carta de relación*, ed. cit., p. 93.
7. Ibíd., p. 98.
8. José ALCINA FRANCH: «Hernán Cortés y los tlaxcaltecas», en *Hernán Cortés y su época*, ob. cit., p. 30.
9. William H. PRESCOTT: ob. cit., pp. 225-226.
10. Francisco LÓPEZ DE GÓMARA: ob. cit., p. 337.
11. Informantes de SAHAGÚN: *Códice Florentino*, libro XII, cap. X, en *Crónicas indígenas. Visión de los vencidos*. Ed. de Miguel LEÓN-PORTILLA. Madrid, Historia 16, 1985, p. 80.
12. Las *chinampas* eran áreas de cultivo dispuestas sobre zonas lacustres. Flotantes en un principio, se iban fijando sobre el fondo de la laguna a medida que el grosor del suelo aumentaba. Era un ingenioso y laborioso procedimiento de cultivo, vital para el abastecimiento de México.

Capítulo 8

1. Fray Bernardino de SAHAGÚN: *Historia general de las cosas de Nueva España* (selección titulada *Hablan los aztecas*). Barcelona, Tusquets-Círculo de Lectores, 1985, Libro XII, pp. 227-228.
2. Francisco LÓPEZ DE GÓMARA: ob. cit., p. 341.
3. Hernán CORTÉS: *Segunda Carta de relación*, ed. cit., p. 149.
4. Francisco LÓPEZ DE GÓMARA: ob. cit., p. 364.
5. Informantes de SAHAGÚN: «Códice Florentino», en *Crónicas indígenas. Visión de los vencidos*, ed. cit., p. 108.
6. Francisco LÓPEZ DE GÓMARA: ob. cit., p. 349.
7. Informantes de SAHAGÚN: loc. cit., p. 117.

8. Antonio de SOLÍS: ob. cit., p. 304.
9. Juan BATISTA GONZÁLEZ: «El juego de la estrategia en la conquista de México», en *Quinto Centenario*, núm. 9. Madrid, 1985, p. 71.

Capítulo 9

1. Los dioses más venerados en México eran Huitzilopochtli y Tezcatlipoca «el Negro» (los Uichilobos y Tezcatepuca de los cronistas españoles). Junto a Quetzalcóatl y Tezcatlipoca «el Rojo» formaban el conjunto de los cuatro dioses creadores, hijos de la pareja divina originaria (Ometeuctli y Omecihuatl). Huitzilopochtli aparece como el dios de la ciudad mexicana, verdadero guía y protector de su pueblo. Tezcatlipoca era la deidad de los guerreros jóvenes. Sin embargo, hemos de tener en cuenta que la religiosidad azteca no se limitaba a adjudicar unos atributos o papel a los dioses y a rendirles culto; toda su existencia tenía un sentido religioso en un universo esencialmente sagrado.
2. Salvador TOSCANO: *Cuauhtémoc*. México, Fondo de Cultura Económica, 1980, pp. 169-170.
3. Informantes de SAHAGÚN: *loc. cit.*, p. 122.
4. Bernal DÍAZ DEL CASTILLO: ob. cit., II, p. 43.
5. Hernán CORTÉS: *Tercera Carta de relación*, ed. cit., p. 284.
6. El alarde era una formación militar en la que se pasaba revista y hacía recuento de hombres y armas.
7. Hernán CORTÉS: *Tercera Carta de relación*, ed. cit., p. 225.
8. Ibíd., p. 272.
9. Ms. anónimo de Tlatelolco, en *Crónicas indígenas...*, pp. 166-168.

Capítulo 10

1. Bernal DÍAZ DEL CASTILLO: ob. cit., p. 213.
2. Francisco MORALES PADRÓN: *Historia del descubrimiento y conquista de América*. Madrid, Editora Nacional, 1971.
3. Hernán CORTÉS: *Cuarta Carta de relación*, ed. cit., p. 301.
4. Bernal DÍAZ DEL CASTILLO: ob. cit., II, p. 267.
5. Hernán CORTÉS: *Quinta Carta de relación*, ed. cit., pp. 360-361.
6. Los macehuales (macehualtin) constituían el estrato social inferior de la sociedad azteca. Tenían unas ocupaciones específicas y les estaba vedada la propiedad de la tierra y bienes de cierto rango.
7. William H. PRESCOTT: ob. cit., p. 551.
8. La *Quinta Carta de relación* contiene numerosas informaciones de tipo antropológico, etnográfico y cultural, en el amplio sentido del término. Al respecto puede resultar de suma utilidad la consulta del trabajo de Miguel RIVERA DORADO: «Hernán Cortés y el mundo maya», en *Hernán Cortés y su época*, ya citado, pp. 36-41.
9. Hernán Cortés: *Quinta Carta de relación*, ed. cit., p. 425.
10. Carlos PRIETO: *El Océano Pacífico: navegantes españoles del siglo XVI*. Madrid, Alianza, 1984, p. 72.
11. Silvio ZAVALA: «Hernán Cortés ante la justificación de su conquista», en *Quinto Centenario*, núm. 9. Madrid, 1985, p. 15.
12. Ramón MENÉNDEZ PIDAL: *Idea imperial de Carlos V*. Madrid, Espasa-Calpe, 1963.
13. Luis WECKMANN: ob. cit., II, p. 401.

14. Guadalupe RIVERA MARÍN DE ITURBE: *La propiedad territorial en México (1301-1810)*. México, Siglo XXI, 1983, p. 167.
15. Hernán CORTÉS: *Cuarta Carta de relación*, ed. cit., p. 333.
16. Georges BAUDOT: «La percepción histórica del drama demográfico de México en el siglo XVI», en *Quinto Centenario*, núm. 1. Madrid, 1981, p. 23.
17. Fray Toribio de BENAVENTE o MOTOLINIA: «Carta al Emperador Carlos V», 2 de enero de 1555, en *Historia de los indios de la Nueva España*. Madrid, Historia 16, 1985, p. 323.
18. Hernán CORTÉS: *Cuarta Carta de relación*, ed. cit, p. 330.
19. En la «Introducción» a la obra de fray Toribio de BENAVENTE citada.
20. Sobre estas fundaciones se puede consultar el trabajo de Francisco GUERRA: «La caridad heroica de Hernán Cortés», en *Quinto Centenario*, núm. 9. Madrid, 1985, pp. 37-49.
21. Cfr. en torno al tema las obras de Georges BAUDOT: *Utopía e historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*. Madrid, Espasa-Calpe, 1983 (en especial cap. II, ap. 1) y Jacques LAFAYE: *Mesías, cruzados, utopías. El judeo-cristianismo en las sociedades ibéricas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
22. Una visión global del Marquesado en Bernardo GARCÍA MARTÍNEZ: *El marquesado del Valle, tres siglos de régimen señorial en Nueva España*. México, El Colegio de México, 1969. Es útil también la obra de Ward BARRET: *La hacienda azucarera de los marqueses del Valle (1535-1910)*. México, Siglo XXI, 1977 (el cap. I contiene una breve reseña general del marquesado, su organización y administración).

Capítulo 11

1. Miguel LEÓN-PORTILLA: *Hernán Cortés y la Mar del Sur*. Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1985.
2. Ibíd., pp. 37-39.
3. Francisco LÓPEZ DE GOMARA: ob. cit., p. 454.
4. Bernal DÍAZ DEL CASTILLO: ob. cit., II, pp. 416-417.
5. *Carta* de Hernán Cortés al emperador, en PRESCOTT, W. H.: ob. cit., pp. 647-648.

Capítulo 12

1. Winston A. REYNOLDS: *Hernán Cortés en la literatura del Siglo de Oro*. Madrid, Editora Nacional, 1978, p. 307.
2. Jorge GURRÍA LACROIX: «Hernán Cortés y Diego Rivera», en *El retorno de Quetzalcóatl*, vol. IV de la *Historia de México*. México-Barcelona, Salvat, 1974, p. 96.
3. Octavio PAZ: «Exorcismo y liberación de Hernán Cortés», en *El País*. Madrid, 12 de octubre de 1985.

Cronología

1485 Nace Hernán Cortés en Medellín (Badajoz), en fecha no precisada. Su familia es hidalga pero con escasos medios de fortuna.

1492 Colón descubre América y con ello se abre una nueva era de la historia de la humanidad. Durante los primeros tiempos de la colonización predomina el modelo colombino, de carácter factorial-mercantilista, que entra en crisis por el diferente concepto de la acción colonizadora que tienen quienes se asientan en el Nuevo Mundo y por las dimensiones, mucho más amplias de lo que se supuso en un principio, de la empresa.

1493 Bulas del papa Alejandro VI concediendo a los monarcas españoles la titularidad del dominio de los territorios descubiertos.

1494 Tratado de Tordesillas, que reparte el mundo en zonas de influencia para España y Portugal a efectos coloniales.

1499 Hernán Cortés llega a Salamanca para estudiar en la Universidad. Adquirirá una sólida formación humanística, aunque no llega a obtener el grado de Bachiller en Leyes. Dos años después regresa a Medellín.

1502 Moctezuma II Xocoyotzin se convierte en *Uei Tlatoani* de Tenochtitlan y cabeza de la Confederación Azteca.
Cortés no puede viajar a La Española en la expedición de Ovando debido a una caída causada por un lance amoroso.

1503 Se crea la Casa de la Contratación de Sevilla, órgano máximo para la regulación de la actividad comercial con América.

1504 Cortés embarca en Sanlúcar de Barrameda rumbo a La Española. Durante siete años ejercerá tareas burocráticas y será un colono más, beneficiado por los repartos de indios.

1509 Fin del gobierno de Ovando e inicio del de Diego Colón.

1511 Cortés pasa a Cuba en la expedición de Diego Velázquez. Tras una serie de desavenencias, en las que se mezclan motivos políticos con la negativa de Cortés a desposar a Catalina Juárez, recobra la confianza de Velázquez y es nombrado alcalde de Baracoa.
Se inicia, con el «sermón de Montesinos», la labor de denuncia de la colonización española en América, cuyo más caracterizado representante será fray Bartolomé de las Casas.

1512 Leyes de Burgos para reglamentar el trato a los indios.

1516 Comienzo del gobierno de los jerónimos.

1517 Expedición de Francisco Hernández de Córdoba a las costas del Yucatán. Se inicia la exploración de áreas del México actual.

1518 Nuevo viaje, ahora dirigido por Juan de Grijalva, a tierras mexicanas. Llega hasta San Juan de Ulúa, próximo a Veracruz. El gobernador Velázquez decide enviar una tercera expedición cuya capitanía consigue Cortés con el concurso de Andrés de Duero y Amador de Lares. Cortés abandona Santiago y marcha a la Trinidad ante los recelos de Velázquez. Recluta la hueste para la empresa.

1519 Febrero: Cortés llega a La Habana y concluye la preparación del viaje; el día 18 zarpa hacia Cozumel, donde llega el 25. Allí se incorpora a la expedición Jerónimo de Aguilar, un náufrago cautivo que vivía entre los mayas y conocía su idioma. Se convertirá en *lengua* (intérprete) de Cortés.

Marzo: llegada al río de Grijalva (Tabasco), donde tiene lugar un enfrentamiento con los indígenas. Sometidos a Cortés, los caciques se reconocen vasallos del rey de España y entregan como presente un grupo de indias entre las que figura la famosa doña Marina, en lo sucesivo intérprete de la lengua náhuatl y eficaz colaboradora y amante de Cortés. Llega la expedición a San Juan de Ulúa, donde Cortés toma contacto con los emisarios de Moctezuma y entabla las primeras alianzas con pueblos indios descontentos del dominio azteca. A continuación, decidido el conquistador a poblar, surgen desavenencias con los que desean volver a Cuba. Para sacar adelante sus proyectos, Cortés se hace nombrar capitán general y justicia mayor por el cabildo de la recién fundada villa de Veracruz, lo que implicaba romper los lazos de dependencia de Velázquez. Seguidamente, inutiliza sus naves para impedir que nadie regrese a Cuba.

Agosto: Cortés emprende el camino hacia Tenochtitlan. Su intento por obtener garantía de la neutralidad de los tlaxcaltecas no obtiene respuesta inmediata e inicia la lucha.

Septiembre: los españoles entran triunfantes en Tlaxcala, hermosa ciudad que impresiona a los conquistadores. Se concreta una alianza de gran importancia para el futuro de la conquista.

Octubre: Cortés tiene noticias de que en Cholula se han concentrado cincuenta mil guerreros y de que se le prepara una trampa. Se anticipa a esos planes e inflige un castigo terrible, a consecuencia del cual se producen más de tres mil muertos.

Noviembre: marcha sobre Tenochtitlan, donde Moctezuma se dispone a recibir amistosamente a Cortés. No obstante, antes intenta convencerlo, una vez más, de los males que se seguirán para él y sus hombres de continuar en sus propósitos. El día 8 tiene lugar el esperado encuentro. Días después llegan noticias de Veracruz comunicando un ataque azteca contra la guarnición mandada por Juan de Escalante. Moctezuma es tomado como rehén.

Diciembre: Cortés regresa a Cempoala para enfrentarse a las tropas enviadas desde Cuba y mandadas por Pánfilo de Narváez para someterle. Al mes siguiente, Cortés triunfa sobre su adversario.

1520 Mayo: Pedro de Alvarado, que quedó como jefe destacado en Tenochtitlan, trata de impedir la fiesta en que se sacrificaba un jòven a Tezcatlipoca y atacó a los mexicas de improviso. Los indígenas se rebelan y son duramente reprimidos. Cuando se rehacen, asedian a los españoles.
Junio: Cortés regresa para sofocar la rebelión, pero las medidas que adopta son inoportunas y la revuelta se generaliza. Los aztecas llegan incluso a atacar a Moctezuma, del que Cortés pretendía que controlara a su pueblo. El jefe azteca muere unos días después de resultas de las heridas recibidas. Su hermano Cuitláhuac le sucede. El día 30 de junio Cortés intenta una retirada nocturna ante la difícil situación. Sorprendidos en su tentativa, mueren ciento cincuenta españoles, dos mil aliados y se pierde buena parte de los caballos, armas y tesoros acumulados. Es la denominada «Noche Triste». Los soldados de Cortés que no pudieron consumar la huida y retrocedieron hasta Tenochtitlan fueron muertos o sacrificados a Huitzilopochtli, dios de la guerra.
Julio: Cortés rehace sus tropas y derrota a un ejército azteca en Otumba. A pesar de este triunfo, se repliega hasta la zona de dominio de los aliados tlaxcaltecas para reorganizar el ejército y planificar nuevamente su estrategia.
Noviembre: La viruela causa estragos entre los aztecas. Muere Cuitláhuac.
Diciembre: Cortés traslada, con la ayuda de ocho mil cargadores y la protección de veinte mil guerreros tlaxcaltecas, los bergantines que había mandado construir hasta Tetzcoco, donde son botados.

1521 Enero: Cuauhtémoc se convierte en el nuevo supremo dirigente de los aztecas.
Mayo: comienza el sitio de Tenochtitlan. A lo largo del mes de junio son tomados los enclaves principales de la capital.
Julio: asalto general a la ciudad, que culmina a mediados de agosto con la captura de Cuauhtémoc.
Octubre: Cortés es reconocido como gobernador y capitán general de la Nueva España. Comienza a configurarse la administración del territorio.

1522 Expedición de Cristóbal de Olid a Michoacán y Zacatula.
Muere doña Catalina Juárez, esposa de Cortés, en circunstancias poco claras que convirtieron al conquistador en sospechoso.

1523 Alvarado inicia la conquista de Guatemala.
Cortés realiza una expedición de castigo contra Tututepec.
Sandoval marcha sobre Colima.

1524 Los franciscanos llegan a México e inician la «conquista espiritual» del territorio.
Termina el sometimiento de los chiapanecos por Luis Marín.
Establecimiento definitivo del Consejo de Indias, perfilado como institución desde cinco años antes.
Expedición de Cristóbal de Olid a las Hibueras (Honduras). Se alzará contra la autoridad de Cortés, y el capitán general marchará contra su antiguo subordinado. Se hizo acompañar de Cuauhtémoc y otros señores indios.

1525 Muerte afrentosa de Cuauhtémoc, acusado de conspiración nunca probada, otro de los hechos negros de la vida de Cortés.

1526 Creación de la Audiencia de México.
Llegan los dominicos, que evangelizarán Oaxaca y las áreas mixteca y zapoteca.

1527 Saavedra marcha en una expedición al Extremo Oriente.
Montejo inicia la colonización del Yucatán, largo proceso en el que su hijo tuvo un importante papel.
Mazariegos ha de marchar para pacificar a los chiapanecos.

1528 Cortés regresa a España para responder de acusaciones formuladas contra él.
Fundación del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, clave en la evangelización y la cultura mexicana colonial, a instancias de Zumárraga.

1529 Hernán Cortés alcanza el título de marqués del Valle de Oaxaca y el reconocimiento como capitán general de la Nueva España, adelantado de la Mar del Sur y caballero de la Orden de Santiago, pero pierde la gobernación de México. Casa con Juana de Zúñiga, sobrina del duque de Béjar.

1530 Cortés regresa a México.
Nuño de Guzmán dirige la conquista de Nueva Galicia.

1531 Fundación de Querétaro.

1532 Expedición de Diego Hurtado de Mendoza por la costa del Pacífico.

1533 Nuevo viaje, esta vez a cargo de Diego de Becerra, por la costa pacífica siguiendo los proyectos de Cortés para explorar la zona.
Fundación de Guadalajara.
Llegan los frailes agustinos, evangelizadores de regiones no confiadas a otras órdenes.

1534 Creación del virreinato de Nueva España. Al año siguiente asume las funciones virreinales don Antonio de Mendoza.

1535 Expedición de Cortés por la Baja California.

1536 Expedición al Perú para auxiliar a Pizarro. Desde allí partirá Hernando de Grijalva para el Extremo Oriente, con un fin desastroso.

1539 Expedición de Francisco de Ulloa, que descubre la costa occidental de la península de California.

1540 Regreso de Cortés a España.

1541 Cortés participa en la fracasada operación de Carlos V contra Argel.

1542 Promulgación de las Leyes Nuevas.

1547 Tras unos años grises, con inacabables pleitos en defensa de los derechos que considera lesionados, muere Hernán Cortés en la localidad sevillana de Castilleja de la Cuesta. El día 12 de octubre había escrito su testamento y el 2 de diciembre tuvo lugar el óbito. Proyectaba regresar a México cuando le sobrevino la muerte.

Testimonios

Lope de Vega

Cortés soy, el que venciera
por tierra y por mar profundo
con esta espada otro mundo
si otro mundo entonces viera.

Dí a España triunfos y palmas
con felicísimas guerras,
al rey infinitas tierras,
y a Dios infinitas almas.
(*La Arcadia*, 1597)

Anónimo

Fernán Cortés de Monroy,
gran simulacro de César,
nuevo Alejandro español
y nuevo Tiburcio en Tebas,
fuerte defensor y escudo
de la católica Iglesia,
que fue el blasón de las armas
que enriqueció su nobleza...
Y habiendo sujeto un mundo
con su espada y mano diestra,
dejó a su rey por señor
y a España por heredera.
Muchas coronas de reyes
a la corona sujeta,
dando eterno nombre y vida
a su ilustre descendencia.
Cercó a México y ganóla,
y antes de verla sujeta
puso al grande Moctezuma
en una prisión estrecha.
Levantó el pendón de Cristo
y su ley divina enseña,
eterno ejemplo dejando
a los siglos de la tierra,
que envidiosos de su nombre
y de su grande excelencia
quieren romper con envidia
el muro de su nobleza.
Llegó con victoria a España
cargado de años y quejas,

que los buenos capitanes
así escapan de las guerras.
Ante su rey presentóse
puesta la rodilla en tierra,
que quien por virtud se humilla
se levanta a más alteza,
diciéndole: «Gran señor,
Cortés soy, y es bien que sea,
el que fue, ganó y venció
lo que vio, y está de vuelta.»
Admirado el rey le dice,
de ver su grande excelencia:
«Dos mil veces bien venido
el Marqués del Valle sea.»
(*Romance*, siglo XVII)

Duque de Rivas

Gloria la mayor de España,
asombro y pasmo del orbe,
sin que después haya visto
el absorto mundo un hombre
que, de Hernán Cortés al lado,
la historia inmortal coloque.
(*La buenaventura*, 1838)

William H. Prescott

El rasgo más prominente de su carácter era la constancia de sus empresas; pero una constancia que no se arredraba en el peligro, no flaqueaba por falta de éxito ni se cansaba jamás por los reveses y las demoras. Era un caballero andante en toda la extensión de la palabra. De la multitud de caballeros aventureros que la España produjo en el siglo XVI, y que se lanzaron en busca de nuevos descubrimientos y conquistas, ninguno estaba tan profundamente poseído del espíritu de romanticismo en las empresas como Hernando Cortés. Los peligros y las dificultades, en vez de desalentarlo, parece que tenían cierto atractivo a sus ojos, o que eran necesarios para excitarlo y persuadirlo de su propia capacidad. Desde que comenzó la lucha, si me es permitido expresarme así, parece que prefirió emprenderla por la parte más difícil.
(*Historia de la conquista de México*, 1843)

Charles Braden

La pasmosa hazaña de marchar con un puñado de hombres al corazón mismo de un vasto imperio indio, después de haber destruido sus naves para cortar toda posibilidad de retirada; la captura del propio emperador y su prisión en su propio palacio; la completa sujeción del imperio azteca al rey de España, todo esto en pocos meses, han asegurado a Cortés para siempre un lugar entre las grandes figuras militares de la historia.
(*Religious aspects of the Conquest of Mexico*, 1930)

Salvador de Madariaga

Mas no es sólo el don de gentes el rasgo de su carácter que hay que admirar en esta ocasión; más admirable todavía es el modo como supo mantenerse por en-

cima de las luchas personales de aquella crisis y distinguir entre Cortés el hombre y Cortés el capitán. ¡Con qué constancia permaneció fiel a los fines superiores de la empresa, dando de lado a sus sentimientos personales para tomar las medidas que más convenían al conjunto con los rebeldes y adversarios del día en quienes su vista penetrante desetrañaba amigos y soldados leales para el porvenir! Este dominio de sí, esta subordinación total del ser a la obra es una de las grandes cualidades de Cortés que contribuyen a hacer de él uno de los hombres de acción más geniales que la historia ha conocido.
(*Hernán Cortés*, 1941)

John H. Elliot

Es un golpe de fortuna que la conquista de México haya impulsado a escribir sobre ello a dos soldados cronistas tan perspicaces como Cortés y Bernal Díaz. En las relaciones de Cortés es posible palpar la etapa de observación en el sentido de la palabra empleado por Humboldt, en su esfuerzo para llevar lo exótico al rango de lo familiar, cuando describe a los templos aztecas como mezquitas o al comparar la plaza del mercado de Tenochtitlan con la de Salamanca. Sin embargo, existen evidentes limitaciones en la capacidad observadora de Cortés, particularmente cuando lleva a cabo la descripción del extraordinario paisaje por donde caminaba su ejército invasor.
(*El Viejo Mundo y el Nuevo, 1492-1650*, 1970)

Jacques Lafaye

Nadie ha llevado tan alto el valor militar y el sentido político como Hernán Cortés; por su origen, su vida y la osadía de sus iniciativas, es un buen ejemplo de conquistador, a la vez que un héroe ejemplar (esta expresión no implica ningún juicio moral por nuestra parte); Cortés fue uno de los conquistadores mejor dotados, poseedor de los vicios y las virtudes de los grandes capitanes de la conquista. Su perspicacia y el azar —la Providencia, afirmaba él— le hicieron descubrir uno de los imperios más importantes de la América antigua. Pero el papel de us voluntad y su talento de conductor de hombres nunca se mostraron más determinantes que en los inicios de la conquista de México. En toda la medida en la que los hombres pueden hacer historia —y no seguirla—, Cortés hizo historia, la precedió o aceleró por muchos años. Su importancia en la conquista del continente es comparable a la de Colón en el descubrimiento de las islas.
(*Los conquistadores*, 1971)

Antonello Gerbi

No cabe duda de que Cortés tenía clara conciencia de la originalidad de México con respecto a las tierras centroamericanas. Esta conciencia se expresa espontáneamente en una forma negativa: no, las tierras de México no son tan diferentes de España como lo son las tierras centroamericanas... Cortés, por lo tanto, es el primero y decidido afirmador de la ecuación de Europa y América, el primero que creyó factible medir el Nuevo Mundo con los metros europeos, y asimilarlo en todo al mundo antiguo.
(*La naturaleza de las Indias Nuevas*, 1978)

Lesley B. Simpson

Sin embargo, al mismo tiempo que destruía aquellas civilizaciones o, más bien, sus estructuras política y religiosa, Cortés fundaba el México moderno, pues Cor-

tés fue un auténtico constructor, por mucho que deploremos la violencia que precedió a la construcción.
(*Muchos Méxicos*, 1981)

Octavio Paz

Cortés es una figura renacentista sólo por un costado; por el otro es medieval: fue siempre un vasallo leal... Fue un hombre extraordinario, un héroe en el antiguo sentido de la palabra. No es fácil amarlo, pero es imposible no admirarlo. La figura histórica de Cortés despierta y soporta los juicios más diversos y las comparaciones más osadas, pero ¿su mito? Porque Cortés es un mito. A diferencia de los personajes históricos, que son complejos y ambiguos como la realidad misma, los mitos son simples y unívocos. De ahí que las pasiones que convocan sean directas, fervientes y no pocas veces feroces. El mito de Cortés es un mito mexicano y es un mito negro, negativo. Por lo primero, es casi incomprensible para los extranjeros; por lo segundo, se asemeja a una herida enconada. Cortés es el emblema de la conquista: no como un fenómeno histórico que, al enfrentar a dos mundos, los unió, sino como la imagen de una penetración violenta y de una usurpación astuta y bárbara.
(*Exorcismo y liberación de Hernán Cortés*, 1985)

José Mª de Areilza

Cortés poseía el arrojo del aventurero; la sagacidad táctica del capitán; la visión estratégica del general y la habilidad diplomática del político intuitivo que utiliza discordias ajenas introduciéndolas, en cuña, entre las facciones rivales del adversario. También aprovechó el factor mágico que representaban los soldados de raza blanca a caballo; los cañones ruidosos y destructores; los arcabuces y las ballestas; el aparente milagro de los que suben a la cumbre prohibida del volcán sagrado y regresan incólumes, ante el pasmo general de los nativos, y el anuncio solemne de que viene en nombre de un lejano monarca del otro lado de los mares que tiene también sacerdotes, estandartes, protocolo y corte, como la del todopoderoso y semidivino soberano de Tenochtitlan.
(*Perfil de un español*, 1985)

Julián Marías

Hernán Cortés fue, ante todo, el fundador de México, y en eso consiste su verdadera magnitud, que lo coloca a un nivel que muy pocos han alcanzado. Esa fundación no se hizo, ciertamente, sin violencia, sin sangre, sin dolor, sin errores; hay que medir también cuanto de todo eso evitó, y hay que recordar también la proporción de todos esos males que ha empañado la fundación de todos los pueblos, en todos los continentes, en todos los tiempos. Si se hacen esas cuentas, y se hacen bien, la figura de Cortés resulta todavía más grande y genial, resplandeciente por entre sus sombras.
(*La magnitud de Hernán Cortés*, 1985)

Guillermo Céspedes del Castillo

El conquistador y fundador de la Nueva España mereció el apelativo de *héroe* en cualquiera de los dos significados que, tanto en el lenguaje ordinario como en el léxico de la historiografía, tiene ese vocablo. Héroe es, en primer lugar, quien

lleva a cabo una acción heroica; Cortés llevó a cabo no una sino muchas acciones heroicas... Sin embargo, la dimensión más importante de la figura de Cortés es su categoría de héroe en el sentido que, desde Hegel acá, se suele aplicar a dicho término en la historiografía y en la teoría de la historia para designar a aquellos destacados hombres de acción o de pensamiento que supieron descubrir y realizar las nuevas posibilidades que su época ofrecía... El Marqués del Valle, como organizador de una elite política de encomenderos, como fundador de una sociedad birracial y mestiza, como explorador del Pacífico y organizador de expediciones al Asia, como empresario y colonizador en tierras de su señorío de Oaxaca, iba a sentar las bases de la posterior nacionalidad mexicana. Su visión de México como puente entre Asia y Europa otorgaba al país cuya conquista llevó a cabo un destacado papel en el comercio mundial que sólo en parte llegaría a materializarse. Cortés influenció el curso de la historia en el siglo XVI como en los albores del XIX pudo hacerlo Napoleón o, en el siglo XX, Lenin.
(*Hernán Cortés: el héroe, el conquistador*, 1986)

Carlos Trías

La fortuna premiaba a los audaces: necio, santo o pusilánime era el hombre que no respondía a su llamada. Cortés y los suyos no desaprovecharon la ocasión. Supieron estar a la altura y se ganaron fama eterna con su espada y su palabra. Iban a por oro, con una tosca idea civilizadora, pero, renacentistas al cabo, encontraron tiempo suficiente, entre refriega y refriega, para contarnos cómo era el paraíso que se disponían a arrasar.
(*El águila y la serpiente*, 1986)

Bibliografía

I. Fuentes historiográficas

La relación que sigue pretende recoger las obras historiográficas más notables que hacen referencia a Cortés y la conquista de México. Las que se consideran de mayor interés van señaladas con un asterisco (*).

AGUILAR, fray F. de: *Relación breve de la conquista de Nueva España.* México, 1977.

ALVA IXTLILXOCHITL, F. de: *Historia de los chichimecas.* Madrid, Historia 16, 1985.

ANGLERÍA, P. M. de: *Décadas del Nuevo Mundo.* México, 1964.

ALVARADO TEZOZOMOC, F. de: *Crónica mexicana.* México, Leyenda, 1944.

ANÓNIMO: *El conquistador anónimo. Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Temestitán México, escrita por un compañero de Cortés.* México, Alcancía, 1938.

ARGENSOLA, B. L. de: *Conquista de México.* México, Ed. Pedro Robredo, 1940.

CASAS, fray B. de las: *Historia de las Indias.* México, Fondo de Cultura Económica, 1951. 3 vols.

CERVANTES DE SALAZAR, F.: *Crónica de la Nueva España.* Madrid, Atlas, 1971.

(*) CORTÉS, H.: *Cartas de relación.* Madrid, Historia 16, 1985.

——: *Testamento de Hernán Cortés.* México, 1925.

(*) *Crónicas indígenas. Visión de los vencidos.* Edición de Miguel LEÓN-PORTILLA. Madrid, Historia 16, 1985.

«De Rebus gestis Ferdinandi Cortessi (Vida de Hernán Cortés)». Obra probablemente de Francisco LÓPEZ DE GÓMARA, en *Colección de documentos para la historia de México,* México, Porrúa, 1971.

(*) DÍAZ DEL CASTILLO, B.: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España.* Madrid, Historia 16, 1985. 2 vols.

DURÁN, fray D.: *Historia de las Indias de Nueva España.* México, Porrúa, 1967.

(*) FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, G.: *Historia general y natural de las Indias.* Madrid, Atlas, 1959. 5 vols.

HERRERA Y TORDESILLAS, A. de: *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano (Décadas).* Madrid, Real Academia de la Historia, 1934-57.

LANDA, fray D. de: *Relación de las cosas de Yucatán.* Madrid, Historia 16, 1985.

(*) LÓPEZ DE GÓMARA, F.: *Historia de la conquista de México.* Madrid, Atlas, 1946.

MARINEO SICULO, L.: *Don Fernando Cortés, marqués del Valle.* Extraída de la obra *De los claros varones de España,* publicada por LEÓN-PORTILLA, en *Historia 16,* núm. 106.

MENDIETA, G. de: *Historia eclesiástica indiana.* Madrid, Atlas, 1973.

MOTOLINIA, fray Toribio de Benavente, llamado: *Historia de los Indios de la Nueva España.* Madrid, Historia 16, 1985.

MUÑOZ CAMARGO, D.: *Historia de Tlaxcala.* México, Laguna, 1948.

(*) SAHAGÚN, fray B. de: *Historia general de las cosas de Nueva España.* México, Porrúa, 1982. Una selección de la obra en *Hablan los aztecas.* Barcelona, Tusquets-Círculo de Lectores, 1985.

SOLÍS Y RIVADENEYRA, A. de: *Historia de la conquista de México*. Madrid, Espasa-Calpe, 1970.
TAPIA, A. de: «Relación hecha por el señor Andrés de Tapia sobre la conquista de México», en la *Colección de documentos para la historia de México*, de GARCÍA ICAZBALCETA. México, Antigua Librería, 1858-66.
TORQUEMADA, fray J. de: *Monarquía indiana*. México, Porrúa, 1975-79 (especialmente vol. I).
VÁZQUEZ DE TAPIA, B.: *Relación de méritos y servicios del conquistador Bernardino Vázquez de Tapia*. México, UNAM, 1972.

Para una valoración de las anteriores fuentes se puede consultar:

ESTEVE BARBA, F.: *Historiografía indiana*. Madrid, Gredos, 1964.
IGLESIA, R.: *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*. México, El Colegio de México, 1980.
SÁENZ DE SANTA MARÍA, C.: *Historia de una historia. La crónica de Bernal Díaz del Castillo*. Madrid, CSIC, 1984.

II. El contexto histórico de Cortés y la conquista de México

Recogemos en este apartado algunas obras que ayudarán a comprender la biografía de Cortés y a ampliar datos sobre la conquista mexicana y el sustrato indígena.

BAUDOT, G.: *Utopía e historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*. Madrid, Espasa-Calpe,1983.
CARRASCO, P.: «La sociedad mexicana antes de la conquista», en *Historia general de México I*. México, El Colegio de México, 1981.
CASO, A.: *El pueblo del Sol*. México, Fondo de Cultura Económica, 1974.
CLAVIJERO, F. X.: *Historia antigua de México*. México, Porrúa, 1982 (especialmente el Libro VIII).
COOK, S. y BORAH, W.: *Ensayos sobre historia de la población: México y el Caribe*, vol. I. México, Siglo XXI, 1977.
CHAMBERLAIN, R. S.: *Conquista y colonización de Yucatán (1517-1550)*. México, 1982.
DAVIES, N.: *Los aztecas*. Barcelona, Destino, 1977.
DUJOVNE, M. y AMENGUAL, L.: *La conquista de México*. México, Nueva Imagen, 1978 (montaje sobre ilustraciones del *Códice Florentino)*.
FLORESCANO, E. (coord.): *Atlas histórico de México*. México, Siglo XXI, 1983.
GIBSON, Ch.: *Los aztecas bajo el dominio español (1519-1810)*. México, Siglo XXI, 1981.
GURRÍA LACROIX, J. (coord.): «El retorno de Quetzalcóatl», en *Historia de México*, vol. IV. México-Barcelona, Salvat, 1974.
KATZ, F.: *Situación social y económica de los aztecas durante los siglos XV y XVI*. México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1966.
LEÓN-PORTILLA, M.: *El reverso de la conquista*. México, Joaquín Mortiz, 1974.
——: *La filosofía náhuatl*. México, UNAM, 1979.
MORENO TOSCANO, A.: «El siglo de la conquista», en *Historia general de México I*. México, El Colegio de México, 1981.
OROZCO Y BERRA, M.: *Historia antigua y de la conquista de México*. México, Porrúa, 1960.
——: *Historia de la dominación española*. México, 1937.

PRESCOTT, W. H.: *Historia de la conquista de México*. México, Porrúa, 1976.
RICARD, R.: *La conquista espiritual de México*. México, Jus, 1947.
SIMPSON, L. B.: *Los conquistadores y el indio americano*. Barcelona, Península, 1970.
SOUSTELLE, J.: *El universo de los aztecas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
TOSCANO, S.: *Cuauhtémoc*. México, Fondo de Cultura Económica, 1980.
VAILLANT, G.: *La civilización azteca*. México, Fondo de Cultura Económica, 1973.
VIÑAS, D.: *Historia de América Latina. 4. México y Cortés*. Barcelona, Hernando, 1978.
WECKMANN, L.: *La herencia medieval de México* . México, El Colegio de México, 1984. 2 vols.
ZAVALA, S.: *Los intereses particulares de la conquista de la Nueva España*. México, 1964.

III. Obras específicas sobre Hernán Cortés

BABELON, J.: *Hernán Cortés*. Madrid, Aguilar, 1944.
BENÍTEZ, F.: *La ruta de Hernán Cortés*. México, Fondo de Cultura Económica, 1974.
BENITO, J. de: *Hernán Cortés. Boceto biográfico*. México, Ediciones Nuevas, 1944.
BLACKER, I. R.: *Cortés and the Aztec Conquest*. New York, American Heritage Publishing, 1965.
CANTABRIA, H. de: *Hernán Cortés*. México, Herrero, 1943.
COLLIS, M.: *Cortés and Moctezuma*. New York, Hargourt-Brace and Co., 1955.
DÁVALOS HURTADO, E.: *Los restos de Hernán Cortés*. México, 1955.
DESCOLA, J.: *Hernán Cortés*. Barcelona, Juventud, 1978.
DOTOR, A.: *Hernán Cortés, el conquistador invencible*. Madrid, Ed. Gran Capitán, 1948.
FUENTES MARES, J.: *Cortés, el hombre*. México, Grijalbo, 1982.
GARCÍA MARTÍNEZ, B.: *El marquesado del Valle, tres siglos de régimen señorial en Nueva España*. México, El Colegio de México, 1969.
GÓMEZ DE OROZCO, F.: *Doña Marina, la dama de la conquista*. México, Xóchitl, 1942.
GURRÍA LACROIX, J.: *Relación de méritos y servicios del conquistador*. México, 1972.
JOHNSON, W. W.: *Cortés*. Boston, Little Brown and Co., 1975.
LEÓN-PORTILLA, M.: *Hernán Cortés y la Mar del Sur*. Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1985.
MADARIAGA, S. de: *Hernán Cortés*. Madrid, Espasa-Calpe, 1982.
MARTÍNEZ COSSÍO, L.: *Heráldica de Cortés*. México, Jus, 1949.
PEREYRA, C.: *Hernán Cortés*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1946.
REYNOLDS, W. A.: *Hernán Cortés en la literatura del Siglo de Oro*. Madrid, Editora Nacional, 1978.
——: *Romancero de Hernán Cortés*. Madrid, Alcalá, 1967.
ROMERO DE TERREROS, M.: *Los retratos de Hernán Cortés*. México, Librería Robredo, 1944.
SOLANA Y GUTIÉRREZ, M.: *El marqués del Valle de Oaxaca (ensayo biológico)*. Oaxaca, 1933.
VASCONCELOS, J.: *Hernán Cortés, creador de la nacionalidad*. México, Xóchitl, 1941.

WAGNER, H. R.: *The Rise of Fernando Cortés* . Berkeley, The Cortes Society-Bancroft Library, 1944.

Con motivo del quinto centenario del nacimiento del conquistador aparecieron algunas publicaciones conmemorativas, entre ellas: *Quinto Centenario* (núm. 9, Madrid, Universidad Complutense, 1985), *Historia 16* (Informe en el núm. 107, marzo de 1985), *Hernán Cortés y su época* (Instituto de Cooperación Iberoamericana- Historia 16, Madrid, 1986) o los números de los diarios *El País* (12-X-1985) y *ABC* (dominical de 29-XII-1985), ambos de Madrid.

IV. Obras de creación

Citemos algunas obras, preferentemente narrativas, que tocan de modo más o menos directo la vida de Cortés, el hecho de la conquista o su impacto sobre el mundo indígena.

GARCÍA SERRANO, R.: *Cuando los dioses nacían en Extremadura*. Madrid, Espasa-Calpe, 1973.
JENNINGS, G.: *Azteca*. Barcelona, Planeta, 1981.
MADARIAGA, S. de: *El corazón de piedra verde*. Madrid, Espasa-Calpe, 1979.
——: *Guerra en la sangre. Una gota de tiempo*. Madrid, Espasa-Calpe, 1983.
PASSUTH, L.: *El dios de la lluvia llora sobre México*. Barcelona, Luis de Caralt, 1982.

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón,** por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel,** por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi,** por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin,** por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia,** por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx,** por Werner Blumenberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill,** por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway,** por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare,** por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie,** por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1),** por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2),** por Ernest Jones.
14. **Dickens,** por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante,** por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.
16. **Nietzsche,** por Ivo Frenzel. Prólogo de Miguel Morey.
17. **Velázquez,** por Juan A. Gaya Nuño. Prólogo de José Luis Morales Marín.
18. **Pasteur (1),** por René J. Dubos. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
19. **Pasteur (2),** por René J. Dubos.
20. **Luis XIV,** por Ragnhild Hatton. Prólogo de Víctor L. Tapié.
21. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.
21. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge. (2.ª serie.)
22. **Russell,** por Ronald Clark. Prólogo de Jesús Mosterín.
23. **Rembrandt,** por Christopher White. Prólogo de Josep Guinovart.
24. **Julio César,** por Hans Oppermann. Prólogo de Agustín García Calvo.
25. **García Lorca,** por José Luis Cano.
26. **Edison,** por Fritz Vögtle. Prólogo de Manuel Toharia.
27. **Verdi,** por Charles Osborne. Prólogo de José Luis Téllez.
28. **Chaplin,** por Wolfram Tichy. Prólogo de Carlos Barbáchano.
29. **Dostoyevski (1),** por Henri Troyat. Prólogo de Joaquín Marco.
30. **Dostoyevski (2),** por Henri Troyat.
31. **Falla,** por Manuel Orozcò.
32. **Van Gogh,** por Herbert Frank.
33. **Sartre,** por Walter Biemel.
34. **Buda,** por Maurice Percheron. Prólogo de Alfredo Fierro.
35. **Byron,** por Derek Parker. Prólogo de Pere Gimferrer.
36. **Juan XXIII,** por José Jiménez Lozano.
37. **Casals,** por Josep M. Corredor. Prólogo de Enric Casals.
38. **Lope de Vega,** por Alonso Zamora Vicente. Prólogo de Alonso Zamora Vicente.
39. **Rousseau,** por Sir Gavin de Beer. Prólogo de Manuel Pérez Ledesma.
40. **Galileo,** por Johannes Hemleben. Prólogo de Víctor Navarro.
41. **A. Machado,** por José Luis Cano. Prólogo de Mátyás Horányi.
42. **Garibaldi,** por Andrea Viotti. Prólogo de Santiago Perinat.

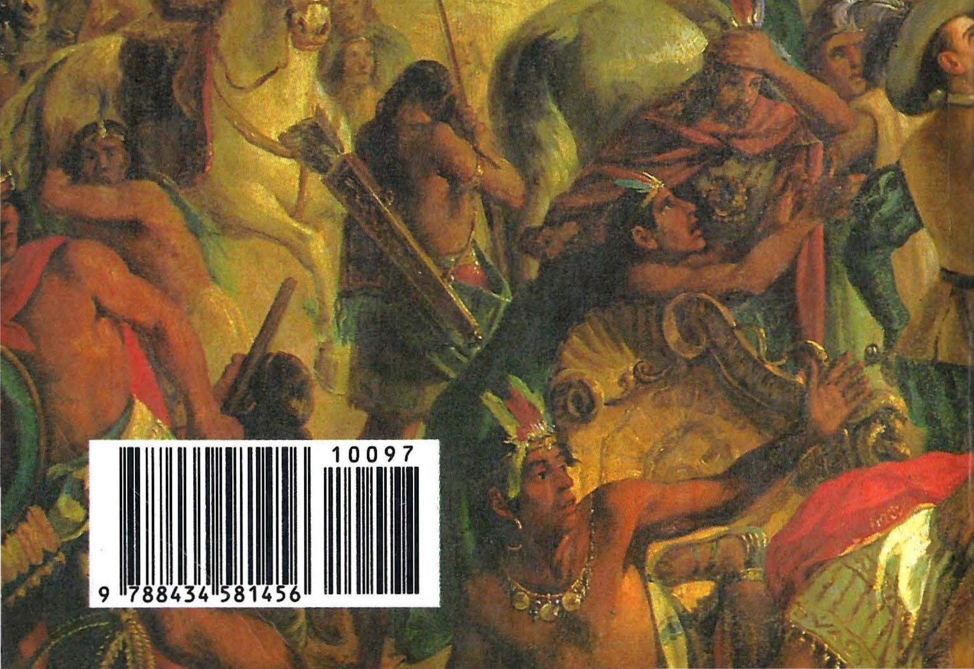
43. **E. A. Poe,** por Walter Lennig.
44. **Lorenz,** por Alec Nisbett.
45. **Juárez,** por Ivie E. Cadenhead. Prólogo de Fernando Benítez.
46. **Kepler,** por Arthur Koestler.
47. **Nelson,** por Tom Pocock. Prólogo de Laureano Carbonell.
48. **Humboldt,** por Adolf Meyer-Abich. Prólogo de Juan Vilá Valentí.
49. **Beethoven,** por Marion M. Scott. Prólogo de Arturo Reverter.
50. **Durero,** por Franz Winzinger.
51. **Wagner,** por Charles Osborne. Prólogo de Angel Fernando Mayo.
52. **Fleming (1),** por Gwyn Macfarlane.
53. **Fleming (2),** por Gwyn Macfarlane.
54. **Le Corbusier,** por Norbert Huse. Prólogo de Oriol Bohígas.
55. **Bach,** por Malcolm Boyd. Prólogo de Jacinto Torres.
56. **Carlomagno,** por Wolfgang Braunfels.
57. **Voltaire,** por Haydn Mason.
58. **De Gaulle,** por Jean Lacouture.
59. **Kennedy,** por André Kaspi.
60. **Gaudí,** por Joan Bassegoda.
61. **Balzac (1),** por André Maurois.
62. **Balzac (2),** por André Maurois.
63. **Bismarck,** por Wilhelm Mommsen. Prólogo de Francisco Gutiérrez.
64. **Cajal,** por José M.ª López Piñero. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
65. **San Pablo,** por Claude Tresmontant.
66. **Carlos V,** por Philippe Erlanger.
67. **Mahoma,** por Washington Irving. Prólogo de Pedro Martínez Montávez.
68. **Mozart,** por Arthur Hutchings.
69. **Stalin (1),** por Ian Grey.
70. **Stalin (2),** por Ian Grey.
71. **Maquiavelo,** por Edmond Barincou. Prólogo de Francisco Gutiérrez Contreras.
72. **Hitler,** por Helmut Heiber.
73. **Victoria I,** por Lytton Strachey.
74. **Mussolini,** por Giovanni de Luna.
75. **Enrique VIII,** por Philippe Erlanger.
76. **Leakey,** por Richard E. Leakey.
77. **Lutero,** por Hanns Lilje. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
78. **Oppenheimer,** por Peter Goodchild.
79. **Lenin,** por Hermann Weber.
80. **Marco Polo,** por Jacques Heers.
81. **J. von Neumann/N. Wiener (1),** por Steve J. Heims. Prólogo de Manuel Abejón.
82. **J. von Neumann/N. Wiener (2),** por Steve J. Heims.
83. **Cervantes,** por Melveena McKendrick. Prólogo de Alonso Zamora Vicente.
84. **Alejandro Magno,** por Gerhard Wirth. Prólogo de Rodolfo Gil Grimau.
85. **Mao,** por Tilemann Grimm.
86. **Stravinski,** por Eric Walter White y Santiago Martín. Prólogo de José Luis Pérez de Arteaga.
87. **Buñuel,** por Carlos Barbáchano. Prólogo de Antonio Lara.
88. **Goethe (1),** por Marcel Brion.
89. **Goethe (2),** por Marcel Brion.
90. **Leonardo,** por Richard Friedenthal.
91. **Colón,** por Pedro Voltes.
92. **Roosevelt,** por Joseph Alsop.
93. **Erasmo (1),** por Johan Huizinga. Prólogo de José Manuel Morán.
94. **Erasmo (2),** por Johan Huizinga. Prólogo de José Manuel Morán.
95. **Goya,** por José M. Cruz Valdovinos.
96. **Picasso,** por Roland Penrose. Prólogo de Margarita Pérez Grande.
97. **Cortés,** por Francisco Gutiérrez Contreras.



HERNAN CORTES

Hernán Cortés fue, a la vez, un prototipo de los conquistadores españoles y un ejemplo singular entre ellos. Aunque compartía los móviles comunes a los capitanes de Indias, su formación le hizo reflexionar, con mayor o menor lucidez, sobre los hechos que protagonizó. Además, existe otra vertiente ineludible en todo análisis de Cortés: su consideración mítica y la controversia ideológica que su figura provocó, primero en la Europa de la época, más tarde en la crítica ilustrada y por último en el México independiente.

El libro del profesor Francisco Gutiérrez Contreras ofrece una visión global de la figura y la acción de Hernán Cortés centrada en el momento histórico que le tocó vivir, único modo de resituar al personaje –como ya señalara el gran poeta Octavio Paz– en el ámbito exclusivo que puede dar una idea cabal de su dimensión humana: la historia.



10097
9 788434 581456